



Chris Stewart

El loro

en el limonero



de

Las vidas de Chris, Ana y su hija Chloë continúan en su cortijo El Valero. Un loro algo misántropo se colará en la familia, la chica lleva adelante su vida escolar en el pueblo, montan el teléfono, los vecinos siguen con sus algo locas historias de amor y pependencias, y de golpe descubren que su amado valle quizás esté una vez más bajo la amenaza de ser sumergido por la construcción de una presa.

Al mismo tiempo comienza la vida literaria de Chris y, tras el éxito de su primer libro, *Entre limones*, los periodistas hacen el sendero del aislado cortijo hasta golpear inesperadamente su puerta y él hace recuento de su anterior vida: los duros tiempos en que iba a esquilar ovejas a Suecia (cruzando mares helados para llegar a remotas granjas); su primera toma de contacto con España para aprender a tocar la guitarra flamenca a los 20 años; o su ilustrísima carrera musical, primero como batería de un grupo escolar llamado *Genesis* (expulsado a los 17 años, nunca hubiera podido ser un Phil Collins) y con su paso por el circo de *sir* Robert Fossett. Nuevos e irresistibles episodios de una historia entre limones.



Chris Stewart

El loro en el limonero

ePub r1.1
Titivillus 15.09.15

Título original: *A parrot in the pepper tree*

Chris Stewart, 2002

Traducción: Alicia de Benito Harland

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Entre hielos

Era noche cerrada y ya llevaba seis largas horas conduciendo por una carretera helada que, semejante a un túnel, atravesaba los bosques nevados del norte de Suecia. Encorvado sobre el volante y con el cuerpo entumecido, escudriñaba la monotonía de los pinos y de la nieve a través del lúgubre haz de los faros. Uno de ellos ya se había apagado y pasado a mejor vida tras luchar en vano contra el azote del hielo y una temperatura de veinticinco grados bajo cero, y más allá del pálido haz de luz de su compañero y del mortecino resplandor verde del salpicadero se extendía una negrura ilimitada. Hacía ya más de una hora que no me había adelantado ningún coche, y ni siquiera se veía el brillo de una farola entre los árboles. Los campesinos suecos tienen la curiosa costumbre de dejar una luz encendida en la ventana toda la noche para animar al viajero que por allí pasa, pero durante muchos kilómetros lo único con que me había encontrado había sido la negrura profunda de un cielo tachonado de estrellas y un frío fulminante. Envuelto en la cálida y cargada atmósfera del interior de mi Volvo de alquiler tenía la sensación de encontrarme más alejado de mis semejantes de lo que jamás hubiera creído posible.

La radio no servía de mucha ayuda. La única emisora que había conseguido captar parecía estar totalmente dedicada a piezas de acordeón y violín para baile, el tipo de música sobria y alegre que podría escucharse en el funeral de un perro famoso. Así pues, para mantenerme despierto me puse a practicar chino mandarín, que llevaba años intentando aprender. Contar en voz alta —*yi, er, san, si, wu*— es una buena manera de

acostumbrarse a los tonos, pero además me ayudaba a olvidar lo increíblemente solo que me sentía. Cada vez que llegaba hasta cien más o menos, dejaba volar mi imaginación para retornar a mi casa de España: el sol iluminando un bancal de naranjos y limoneros, mi mujer, Ana, y yo tumbados en la hierba mirando hacia arriba por entre las hojas con los ojos entrecerrados, mientras nuestra hija, Chloë, le arrojaba palos al perro... y entonces sentía una punzada de añoranza que casi me producía un dolor físico, con lo que volvía a comenzar: *yi, er, san, si, wu...*

Al llegar por tercera vez a sesenta y tantos, el motor del coche empezó a hacer de las suyas. Cada pocos minutos su zumbido continuo era interrumpido por una serie de preocupantes toses y vibraciones, y el vehículo se ponía a traquetear hasta alcanzar un climax de demenciales sacudidas. Entonces el motor se calmaba de nuevo y reanudaba su zumbido habitual.

Cada vez que esto sucedía me asaltaba la vivida imagen de mi propia muerte por congelación. Con el aire del exterior a veinticinco grados bajo cero no sería preciso mucho tiempo. La calidez de la cabina se desvanecería en unos diez minutos. Eso me daría justo el tiempo suficiente para sacar la ropa de la bolsa y ponérmela toda encima, coronando la operación con el enorme abrigo de lona y piel de borrego —treinta euros en la tienda de excedentes del Ejército sueco—, unas gruesas manoplas y un gorro de lana. El calor de mi cuerpo calentaría el conjunto desde dentro durante aproximadamente media hora tras lo que, en virtud del proceso habitual de intercambio termodinámico, la inmensa masa de aire frío invadiría la diminuta masa de calor de mi persona y la anegaría. Dar saltos, correr en parada o hacer alguna actividad de este tipo prolongaría un poco más las chispas de calor, pero había leído en algún sitio que no se debe abusar de esas cosas. Sin embargo, no podía recordar bien qué era lo que se entendía por abusar.

De todos modos, cuando el motor se reanimó y una vez más reanudó su zumbido, le di unos afectuosos golpecitos al salpicadero con la esperanza de que ello diera aliento al coche para olvidar sus problemas y llevarme hasta Norrskog, el pueblo de agricultores al que me dirigía, aún a muchas horas de viaje por el bosque.

Había recogido el coche la tarde anterior en Weekie's Car Lot, una tienda de alquiler de coches situada frente al muelle marítimo de Copenhague. Weekie me había mirado a través de los gruesos cristales de sus gafas y la niebla producida por el humo de su cigarrillo. «Llévese el que quiera... —me había dicho— ... de los de allí», y había señalado con un gesto desdeñoso hacia lo que parecía ser un cementerio de coches. Salí al frío glacial del exterior donde el viento azotaba la orilla del estrecho de Öresund e inspeccioné la oferta. Había viejos cacharros con aire triste esparcidos por todas partes, algunos desplomados sobre una rueda pinchada y otros sin el capó, dejando al descubierto unos motores cubiertos de grasa y aceite endurecido y con una ligera capa de nieve por encima. Este era el lugar donde acababan sus días los coches de la gente respetable y adinerada, relegados a una zona marginal para servir de medio de transporte a aquellos que no podían permitirse el lujo de alquilar un coche como es debido. Pero había algo de atractivo en el establecimiento de Weekie. Era como un santuario de caballos a los que nadie quiere y donde, por una cantidad mínima de dinero, podías sacarlos a dar una vuelta. Elegí un Volvo de color verde botella, dejé una pequeña señal y, arrojando mis cosas en la parte trasera, puse rumbo hacia el norte de Suecia a lo largo de sus interminables carreteras.

Había venido a pasar un mes para hacer algún dinero esquilando ovejas durante lo más oscuro del invierno —un trabajo que daba lo suficiente para que nuestra pequeña familia y nuestro cortijo en Andalucía pudiesen ir tirando durante el resto del año—. Parecía que yo estaba condenado a este purgatorio anual. Para vivir en nuestro cortijo de montaña de Andalucía no hacía falta mucho ya que, gracias a que contábamos con sus productos para mantenernos, teníamos pocos gastos y facturas que pagar, pero prácticamente no le sacábamos ningún dinero. Nunca parecía haber bastante para hacer frente a las diferentes crisis domésticas que nos acosaban, por ejemplo cuando se averiaban el generador o la nevera de gas, cuando un jabalí destrozaba nuestra nueva cerca de tela metálica, o cuando los perros hacían trizas uno de los adorados zapatos de flamenco de Chloë. Por eso estos viajes a Suecia resultaban esenciales.

Mientras conducía rumbo a Norrskog iba reflexionando, al igual que había hecho todos y cada uno de los años anteriores, sobre otras posibles maneras de obtener dinero en efectivo. Este año tenía una nueva posibilidad, pues había enviado a unos amigos editores de Londres unas cuantas historias que había escrito sobre la vida en nuestro cortijo. Me preguntaba qué pensarían sobre mis páginas manuscritas —probablemente, que había demasiadas cosas sobre ovejas y perros— y me permití el lujo de ponerme a soñar despierto (aunque en Suecia la profunda oscuridad de las tardes de invierno invitan más a soñar dormido) en un contrato editorial y un cheque. Entretanto, muerto de cansancio, me mantenía ojo avizor por si aparecía algún alce.

Los alces suponen un gran peligro en las carreteras suecas. No puedes asegurarte contra ellos porque las carreteras están literalmente plagadas de estos animales. Surgen de pronto entre los árboles y de un salto se plantan justo delante del coche —tan solo un par de segundos de aviso y ahí los tienes—. Cuando tienes mala suerte, el coche les golpea en las patas y les hace perder el equilibrio —un gran alce es como un caballo gigante con cornamenta— tras lo cual, pasando como bólidos por encima del capó, se te cuelan en la cabina a través del parabrisas.

Invariablemente, estas confianzas pueden resultar mortales para ambas partes: para el alce, porque ha sido golpeado por una tonelada de hierro desplazándose a gran velocidad, y para ti porque te encuentras sujeto a tu asiento por el cinturón de seguridad con un alce retorciéndose en tus rodillas entre estertores de agonía. Si vas realmente deprisa, pueden llevarse por delante toda la parte superior del coche, junto con la parte superior de sus ocupantes. Los suecos hacen todo lo posible por mitigar esta situación tan desagradable erigiendo cercas de gran altura a lo largo de las autopistas y unos postes especiales que captan las luces de los coches y lanzan señales de advertencia hacia el interior del bosque. Pero a pesar de ello cada año hay centenares de accidentes.

Yo tengo un truco que siempre me ha resultado muy útil para evitar a los alces. Buscas un gran camión que vaya más o menos a la misma

velocidad que tú y te pegas a sus talones. Por supuesto, te cae encima todo el barro que salpica con sus ruedas traseras y, si el camionero frena de repente y tú no te das cuenta, te encuentras con todos los inconvenientes de que, en lugar de un alce, sea un camión gigantesco lo que se te cuele por el parabrisas. Pero aún así, considerando todos los factores, eso resulta más relajado que la tensión que supone el escudriñar constantemente la franja oscura que se extiende entre el bosque y la carretera por ver si hay señales de movimiento.

Era la perspectiva de un encuentro con un alce lo que me había impulsado a elegir el Volvo de Weekie. Resentido por la competencia japonesa en el mercado automovilístico, Volvo puso una vez un anuncio que apareció en las vallas publicitarias de toda Suecia. En él se veía un coche nipón lleno de japoneses con aspecto muy sorprendido y, delante de ellos, cerniéndose sobre el coche, un enorme alce macho. La leyenda decía: «Compre Volvo; en Japón no hay alces».

La primera población que rompía la interminable monotonía del bosque y la oscuridad era Norrköping. Me detuve para tomarme un plato de albóndigas calentadas en microondas y llamar por teléfono a la primera granja de mi itinerario, que se encontraba en una pequeña isla trescientas millas al norte.

—El mar se ha congelado —me dijo por teléfono el granjero—. Podrá pasar con el coche si no se acerca demasiado a la orilla. Junto a los juncos la capa de hielo no es muy gruesa. Colgaré un cubo rojo en el abedul que hay a la entrada del camino para que sepa por donde tiene que ir.

—De acuerdo —dije, sin absorber del todo la información.

Mientras espoleaba el viejo coche para penetrar en la enorme oscuridad que se extendía más allá de las farolas del pueblo, la noche me envolvió como las aguas de un océano. La calefacción seguía ronroneando, llenando la cabina de un aire cálido y cargado, y durante un par de horas el motor funcionó sin problemas. Me sentía cansado y me fue invadiendo una agradable sensación de calor. Pero justo cuando me removía en el asiento para tratar de encontrar una postura cómoda, el motor se paró con una

sacudida; a continuación se volvió a encender y, tras arrancar, tosió un poco y se detuvo otra vez. La sangre se me heló en las venas y se me quedaron flojos los brazos y las piernas.

Salí del coche. Empezaban a caer con fuerza gruesos copos de nieve que amortiguaban el, ya de por sí, sordo silencio. Reinaba una tranquilidad tan absoluta que hasta oía correr la sangre por mis capilares y los rítmicos latidos de mi corazón; incluso percibía el infinitesimal zumbido de las neuronas en el interior de mi cerebro.

La carrocería del coche crujió y rechinó un poco a medida que se enfriaba el metal caliente. Me quedé quieto durante tal vez un minuto, casi sin atreverme a respirar por si acaso rompía el mágico e increíble silencio. Cuando ya no pude aguantar más el frío, volví a entrar en el coche. Si dejaba que el motor se enfriara durante unos minutos, tal vez volvería a arrancar. Me quedé sentado tras el volante con la boca abierta observando cómo iban cayendo los gruesos copos en el pálido resplandor de la nieve. En cuestión de unos minutos el coche se había enfriado, y todo el calor de la cabina había desaparecido. Le di al motor de arranque. Se encendió. Entonces puse las luces y el coche empezó a avanzar de forma vacilante por la carretera.

El motor funcionaba ya con mucha brusquedad, y la llegada de una nueva borrasca de nieve no mejoró mucho las cosas. Las ventiscas pueden tener un efecto hipnótico peligroso, ya que la nieve al caer forma ante ti un túnel del que puede resultar difícil apartar los ojos. Estaba empezando a preocuparme de verdad. Mi mapa mostraba una pequeña población a unos veinte kilómetros de allí, por lo que seguí avanzando con el corazón en un puño, pensando solo en el momento en que todos mis problemas habrían acabado.

El pueblo se llamaba Åbro y, cuando aparecí por él a las once, daba la sensación de que había echado el cierre hacía varias horas. Había una pizzería solitaria cerrada a cal y canto, y la única luz que se veía provenía de las farolas de la calle. Pero mientras daba vueltas traqueteando por las callejuelas, me encontré con un rótulo débilmente iluminado en que se leía la palabra «Hotel».

Aparqué el coche y llamé al timbre. Esperé tiritando unos minutos, y la simple fuerza con que caía la nieve me cortó la respiración. El Volvo crujió a mi lado. Volví a llamar al timbre, pero de nuevo, nada, ni una luz, ni un sonido. Por fin se abrió una de las ventanas del piso de arriba.

—¿Sí? ¿Qué quiere? —pronunció la voz brusca de una mujer de edad madura.

—Ah, mmm..., este es el hotel, ¿no?

—Sí.

—Es que se me ha averiado el coche y le estaría realmente agradecido si me pudiera dar cama para esta noche.

—No es posible, no tenemos *övernattning*^[1].

—¿Qué quiere decir con que no tienen *övernattning*?

—¡Pues eso mismo: que no tenemos *övernattning*!

—¿Entonces esto no es un hotel?

—Sí, es un hotel.

—Pues si es un hotel, digo yo que podré quedarme a pasar la noche, ¿no?

—Es un hotel pero no puede quedarse a pasar la noche porque no tenemos *övernattning* —repitió con firmeza y, dando por satisfactoriamente concluido el asunto, cerró la ventana de un porrazo. Le grité que, dado que no tenía ningún otro sitio donde dormir, si me moría de congelación ella sería totalmente responsable. Pero era como si se lo estuviese gritando a la nieve. La hotelera no iba a ablandarse por un enclenque extranjero contrariado por su postura en cuestión de *övernattning*, que, por cierto, quiere decir «quedarse a pasar la noche».

Media hora antes habría dicho que ya había tocado fondo, pero aquello no era nada comparado con este nuevo nivel de desesperación. Mis opciones para superar aquella noche glacial estaban adquiriendo unos tintes de lo más sombríos. Decidí dormir en el asiento trasero del coche frente al condenado hotel y dejar el motor en marcha, tanto para mantenerme caliente como para fastidiar a la arpía del hotel. Corría el riesgo de morir asfixiado o congelado, pero al menos tendría la satisfacción de que por la mañana se encontrarían a la puerta del hotel los embarazosos restos de un hombre congelado en el interior de su coche.

Me tendí totalmente vestido, poniéndome unas cuantas capas más de ropa, por si acaso, bajo el abrigo de piel de carnero. La bilis se me había alterado, la cólera me inundaba la cabeza y me castañeteaban los dientes. Sin embargo, pronto caí dormido y cuando desperté de madrugada el motor seguía ronroneando, el zumbido de la calefacción continuaba sonando y yo seguía vivo. Respiré con júbilo al notar cómo se me encogían y congelaban los pelos de los orificios nasales y para que esto suceda tiene que hacer muchísimo frío.

Salí del pueblo todavía despotricando contra el hotel. ¿De qué servía una cosa tan absurda? ¿Qué execrable objeto podía tener? Parecía muy poco probable que los honrados habitantes del pueblo se entregasen a echar una cana al aire en habitaciones alquiladas por horas. Las poblaciones rurales de Suecia no son famosas por las correrías eróticas que puedan tener lugar en ellas, por lo cual tenía que ser para beber: en la Suecia rural no hay ningún lugar donde uno pueda sentarse en un ambiente agradable y pedir una cerveza o beberse pensativamente poco a poco una botella de vino. El método preferido consiste en beber vodka o *whisky* barato de una botella discretamente oculta en una bolsa de papel de estraza. Estaba visto que el hotel era un local para beber.

Al cabo de una hora, sin embargo, mi cólera se había esfumado ante las atenciones mecánicas de Matts, un hombre fornido de barba crecida y ojos bondadosos que me ayudó a empujar el coche hasta su taller, situado a la entrada del pueblo siguiente. Matts sabía exactamente cuál era el problema y, mientras su mujer me traía humeantes tazas de té, él trabajaba sin parar con destornillador y llave inglesa, hasta que al cabo de media hora declaró que ya estaba arreglado. Con cierto nerviosismo, ya que cualquier tipo de reparación en Suecia tiene unos precios astronómicos, le pregunté cuánto le debía.

—Oh, no se preocupe —insistió—. Yo también solía viajar mucho de joven, y de todos modos es un placer ayudar a un viajero extranjero; aquí no llegan muchos.

Insistí pero no quiso aceptar nada, y me dijo adiós jovialmente con la mano mientras el coche y yo desaparecíamos por el bosque con el motor ronroneando. Matts era el tipo de sueco que puede conseguir que hacer *övernattning* en una furgoneta refrigerada resulte tolerable.

Contento con el giro que habían dado los acontecimientos, comencé a disfrutar del paisaje sueco. Las nubes ya se habían levantado y el sol iba subiendo lentamente por la parte baja de un helado cielo azul. La nieve centelleaba en los árboles y, al despejarse un poco el campo, pude ver la perfecta blancura del mar congelado bajo una capa de nieve recién caída. Cuando descubrí el cubo rojo colgado de un abedul, bajé serpenteando a través del bosque por una sinuosa pista de purísima blancura salpicada de manchas de luz. Al final de la pista había un pequeño embarcadero totalmente cubierto de nieve y, efectivamente, junto a este la pista descendía por el terraplén y penetraba en el mar. Unos tres kilómetros más allá se veían unas islas cubiertas de pinos cuyo color oscuro contrastaba con la blancura deslumbradora del mar. Al comenzar a descender cautelosamente por el terraplén hacia la carretera marcada, los neumáticos rechinaron sobre la nieve recién caída. Entonces, estremeciéndome con cada sacudida y cada crujido del coche, empecé a atravesar el mar.

¿Qué ocurre si el hielo se rompe?, pensé. Sin duda el coche se sumergiría en el agua helada como si fuera un ladrillo. Después, aun suponiendo que consiguiera salir con dificultad y llegar nadando hasta la superficie del agujero dejado por el coche, una tarea nada fácil, tendría que encontrar la manera de trepar por las gruesas paredes de hielo. Recordé que esto resulta imposible de hacer sin grampones. Necesitas uno en cada mano para agarrarte al hielo con la fuerza suficiente para poder subir. E incluso si tuvieras un par de ellos a mano y la fuerza suficiente para darte impulso y salir, ¿cuánto tiempo durarías empapado de agua y sentado en un mar de hielo?

Mientras avanzaba siguiendo cautelosamente las boyas con la cabeza llena de estos negros pensamientos, vi cómo un pequeño objeto amarillo, que parecía una furgoneta de juguete, dejaba la isla y venía hacia mí. En poco tiempo su tamaño creció, hasta alcanzar enormes proporciones al pasar a gran velocidad soltando una ráfaga de nieve. El conductor, con un

cigarrillo colgando de la boca, me dirigió una jovial sonrisa. Se trataba de un camión de muebles. Me sentí aliviado y, acto seguido, algo preocupado de que su enorme peso hubiera resquebrajado el hielo.

¿Cómo sabe esta gente en qué momento el hielo deja de ser lo suficientemente seguro como para pasar por encima con un camión de muebles?, me pregunté. Pero la suerte estaba de mi lado, y pronto llegué hasta los juncos amarillentos que crecían alrededor de la isla. Detuve el coche y puse cautelosamente los pies en el hielo. Mirando hacia atrás vi cómo el camión se desvanecía entre el resplandor de la nieve.

Al apagar el motor, me quedé impresionado una vez más por el extraordinario silencio del invierno sueco, en el cual no sopla la menor ráfaga de viento y, aún en el caso de que soplara, los árboles, cargados de una gruesa capa de nieve helada, serían demasiado pesados para moverse. No se oye el canto de los pájaros, y un sarcófago de hielo acalla el ruido del mar. El único ruido del paisaje proviene de ti.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el repentino estruendo de una moto de nieve. Por un hueco entre los árboles apareció un granjero vestido con un mono naranja y un gorro de lana, que bajándose de la moto se encaminó pesadamente hacia mi coche.

—*Hej!* —dijo con aire triste—. Bienvenido a Norbo.

Se tomó un tiempo en quitarse la manopla derecha mientras miraba distraídamente la nieve. Entonces extendió una mano sonrosada y blanca.

—Björn —murmuró, retirando rápidamente la mano después de apretármela.

—Chris —dije yo.

—Bienvenido a Norbo —dijo de nuevo.

—*Tak* (Gracias) —le repliqué intentando que no se cortara la conversación, aunque nuestro intercambio parecía haber tenido un cierto carácter definitivo.

Björn, un hombre sonrosado y rechoncho de aire melancólico, tenía unos treinta años. Parecía sentirse más cómodo en silencio que hablando de trivialidades, aunque cuando nuestras miradas se cruzaron se permitió esbozar una lánguida sonrisa que iluminó momentáneamente sus facciones apagadas. Le dirigí a su vez una amplia sonrisa, pero esto pareció ser

demasiado para él, por lo que desvió la mirada y se tapó la boca con las manoplas fingiendo una tos discreta.

Cargamos mis bártulos en el remolque de la moto en amistoso silencio, nos subimos a ella y nos deslizamos por el hielo hasta la orilla. Medio escondida entre los pinos había una gran casa amarilla, construida parte en piedra y parte en madera, que había recibido recientemente una capa de pintura pero cuya carpintería necesitaba algunos cuidados básicos para estar a la altura del aspecto immaculado que habitualmente tienen las casas suecas. Sin embargo, tal como tan bien lo expresan los suecos: *Bättre lite skit i hörnet än ett rent helvete*, «más vale un poco de mierda en un rincón que un infierno limpio».

Dejamos atrás la granja y, zigzagueando por un bosquecillo de abedules, llegamos a las dependencias de las ovejas. Se trataba de una catedral de madera, una mole colosal de tablas de color rojo desteñido y vigas podridas de cuyo interior surgía el balido de cientos de ovejas semejante al zumbido de un enjambre de abejas gigantescas.

Björn cogió una pala y dando unas hábiles paletadas a la nieve, reveló una pequeña puerta de madera. Con su cuchillo cortó la cuerda que la sujetaba y le dio un fuerte puntapié. Rechinando, la puerta se abrió hacia adentro lo suficiente para que pudiéramos pasar. Cuando entramos el balido se hizo ensordecedor y mi nariz fue asaltada por un denso miasma a lana húmeda, heno enmohecido y excrementos de oveja.

Poco a poco mis ojos se fueron adaptando a la penumbra —la poca luz que había penetraba a través de las grietas que quedaban entre las tablas y por unas ventanas llenas de polvo— y a un espectáculo verdaderamente desolador. Había ovejas por todas partes, unos negros animales mugrientos cuyos lomos despedían vaho. Este formaba una gran nube hedionda en cuyo interior y como flotando en el aire podían verse aún más ovejas paseándose por unos tablones que conducían hasta la cavernosa bóveda del establo. Por todas partes había enormes pacas malolientes de heno y ensilaje, en cuyo interior y por cuya superficie pululaban ovejas como si se tratase de gorgojos en una galleta.

—Tienes algo de follón aquí, ¿no, Björn? —murmuré, utilizando un eufemismo muy distante de la realidad. Me encontraba frente a uno de los trabajos más duros que había tenido que emprender en los diez años que llevaba yendo a trabajar a Suecia.

Björn parecía alicaído. Bajó los ojos retorciéndose las manos, y las pestañas le rozaron las mejillas.

—Lo que pasa es que ha sido un año terrible —dijo en voz baja.

—Desde luego que lo ha sido, Björn: ¡tienes una porquería de ovejas! Pero, en fin, no te preocupes, esta tarde nos ponemos con ellas y en un par de días volverán a estar como nuevas.

—Bueno, entonces, ¿vamos a tomar un bocado? —dijo con un atisbo de sonrisa. Llegué a la conclusión de que Björn me caía bien.

Los padres de Björn, Tord y Mia, estaban esperándonos en la cocina que, a diferencia del establo, tenía un aspecto limpio y alegre —evidentemente, se trataba de los dominios de Mia—. De una bandeja colocada sobre una gran mesa de madera emanaba un olor a café y panecillos de canela calientes.

—Venga usted a comer —dijo solemnemente Mia acercándose al horno con dificultad y doblándose por la cintura en una envarada reverencia para sacar otra bandeja más de panecillos. Con una leve mueca de dolor se enderezó de nuevo.

—Espero que se quede —añadió mirando a su marido como para pedirle que apoyara la invitación. Tord, una versión más grande, gruesa y sonrosada de Björn, me dirigió una amplia sonrisa pero no pareció dispuesto a comprometerse de palabra. En lugar de ello se sirvió otro panecillo y me hizo un gesto para que hiciera lo mismo.

—Gracias, estos panecillos están muy buenos —dije con entusiasmo. Era cierto que estaban buenos y que tenían mucha canela y mucho azúcar, pero por otro lado eran iguales a todos los panecillos que había tomado en cualquier momento y en cualquier rincón de la Suecia rural, desde el extremo norte al sur.

—*Aah det är de...* (Sí que lo están...) —coincidió Tord haciendo un gesto en dirección a la cafetera.

—Buen café —comenté con algo menos de sinceridad puesto que detesto el café recalentado. Sin embargo, este no parecía el momento adecuado para ponerse de cháchara.

Miré significativamente a Björn. Este asintió y nos levantamos de la mesa para regresar al establo de las ovejas. Una vez allí, me cambié para ponerme mi gélida y grasienta ropa de esquilar y colgué mi máquina en un rincón mientras Björn encendía una lámpara de mercurio. No eran más que las dos y media pero el sol bajaba ya rápidamente. Las cochambrosas ovejas negras rumiaban insolentemente a nuestro alrededor, y cuando la lámpara de mercurio alcanzó su máxima potencia me hallé de pronto en el centro de un foco bañado por una luz azulada, semejante a un actor en una obra de teatro alternativo. Björn desapareció en la oscuridad y regresó con una oveja, el primer cliente del día, con lo que le di un tirón al cordón de arranque.

Cuando se esquila una oveja, con el primer movimiento la esquiladora se desliza desde el pecho a la barriga —o al menos, así debería ocurrir—. Pero la máquina se atascó casi inmediatamente en una maraña de lana apelmazada. Empujé con un poco más de fuerza, saqué el peine y probé de nuevo desde otro ángulo, pero daba lo mismo: por más que empujaba, tiraba de uno y otro lado y me esforzaba, esa primera porción de lana del día se negaba a separarse de la piel. O Björn me había elegido la peor oveja del rebaño, o me esperaba un auténtico suplicio durante una temporada.

La oveja era una auténtica calamidad, pero finalmente conseguí quitarle la mayor parte de la lana a fuerza de empujones y codazos, y de darles tirones con la mano sin piedad a los mechones más reacios. Cuando al fin regresó a la oscuridad, su aspecto era lamentable.

—Lo siento, Björn —dije jadeante—. Está hecha un espantajo, pero me ha llevado casi quince minutos esquila una maldita oveja. Si hay tantas como dices que hay vamos a pasarnos aquí toda la semana, y ¡menuda semanita va a ser!

Björn adoptó una expresión de abatimiento.

—Tal vez esta sea un poco mejor —sugirió esperanzado mientras sacaba a rastras de la oscuridad la siguiente oveja.

Pero no lo era. Como tampoco lo era la siguiente. A continuación le llegó el turno a una que solo podía ser descrita con juramentos. Me enderecé dejando escapar un gemido a causa del dolor de espalda. Llevaba una hora trabajando y había esquilado cuatro ovejas. Se suponía que era un rebaño de unas trescientas... lo cual significaba setenta y cinco horas de este suplicio.

Con un gemido me puse a pensar en la larga semana que me esperaba —el frío, el establo maloliente— y más que nada en la soledad, ya que aunque Björn me caía bien, ni él ni sus padres eran el tipo de personas que uno elegiría para pasar con ellos una semana. Empecé a pensar en la posibilidad de escaquearme en aquel mismo momento.

—¿Quién esquila normalmente estas ovejas, Björn?

—Generalmente lo hago yo, lo que pasa es que me he hecho daño en la espalda, trabajando con la motosierra en el bosque. —El problema de siempre en Suecia.

Me dio la impresión de que Björn me estaba leyendo el pensamiento. Parecía realmente desesperado, y con razón: si no esquilaba yo esas ovejas, no veía cómo iba a llegar nadie más hasta aquí para hacerlo. Me puse a pensar en el largo viaje que había hecho, en el dinero que necesitaba, en la tarea cada vez más difícil que dejaría sin hacer y me ablandé. Le hice señas a Björn para que sacara otra oveja.

Aunque no quiero seguir insistiendo demasiado en el tema del esquilado de las ovejas, cuatro ovejas en una hora es un calvario. Cuando se trata de ovejas en buen estado y limpias, en general puedo esquilar entre veinte y veinticinco por hora. Yendo a esa velocidad, el cuerpo está continuamente en movimiento, con todos los músculos bien ejercitados y moviéndose fluida y libremente en lo que casi parece una danza coreografiada. Pero cuando estás inclinado sobre la misma oveja, forcejeando, empujando y dando tirones en la misma postura terrible, el dolor en la parte baja y media de la espalda, así como en las piernas, es casi insoportable, y para las ovejas tampoco es un placer.

Mientras yo forcejeaba y luchaba con las ovejas, Björn permanecía de pie a mi lado lleno de abatimiento, con el aliento saliéndole en forma de vaho debido al aire frío y húmedo del establo. A medida que avanzaba el día mis pensamientos se iban volviendo cada vez más negros y maldecía en silencio todo y a todos: a Björn, sus desgraciadas ovejas, su repugnante establo y a sus padres. No sentía nada que no fuera amargura y dolor de espalda. ¡Vaya una manera de ganar dinero! ¡Qué pérdida de tiempo!

—Vamos a acabar ya —me rogó Björn viendo que la cólera se apoderaba de mí.

—No, vamos a hacer dos más. Así habrá dos menos al final de la faena.

Björn trajo dos ovejas más y, como si estuviese siendo recompensado por mi perseverancia, ambas resultaron rapidísimas. Jóvenes y de carnes prietas y rollizas, se quedaron sentadas en la tabla dóciles y sumisas mientras la lana se les desprendía como si fuese seda gris.

Me enderecé tambaleándome y me estiré, soñando con una cerveza. Pero entonces recordé que estaba en la Suecia rural. Lo mejor que podía esperar era una cerveza ligera, fabricada mediante algún proceso químico repugnante. Hasta podría ser *lättöl* (sin alcohol), pero también sin sabor, sin aroma y sin placer. Esta bebida siempre me hace pensar en la «Cerveza de la Victoria» de la novela de George Orwell *1984*.

Colgué las tijeras de esquila y, juntos, atravesamos lentamente el patio helado haciendo crujir la nieve con nuestras botas (lo que quiere decir, si no me equivoco, que la temperatura era de al menos diez grados bajo cero). Björn abrió de un tirón la puerta de la casa y nos colamos en tropel entre hileras de botas y ropa de trabajo malolientes. Nos quitamos las prendas exteriores y entramos en la luminosa cocina arrastrando nuestros calcetines de lana. Tord se encontraba allí, esbozando como siempre una amplia sonrisa, y me pasó una botella y un vaso de plástico de color rosáceo.

—Gracias te daré —dije utilizando esa curiosa forma de hablar de los suecos.

Tord miró cómo me iba bebiendo sin entusiasmo la cerveza. Esta noche, nos dijo, iríamos a la reunión semanal del Círculo de Estudio de los Granjeros de Norrskog, pues pensaba que sería muy interesante para mí asistir y participar en el encuentro. Pensé en la posibilidad de rehusar. Sabía

que por supuesto eso no iba a suponer una noche de diversión desenfadada, pero por otro lado nos imaginé a todos pasando la velada sentados alrededor de la mesa de la cocina dando sorbitos a nuestro *lättöl* y contemplando el montón decreciente de bollos de canela. Así pues, fui a coger mi abrigo.

Avanzando a toda velocidad en el coche de Tord por unas carreteras heladas, nos dirigimos al centro cultural y social del pueblo, situado en un claro del bosque, deteniéndonos de camino para recoger a Ernst, el presidente del Círculo de Estudio, que vivía en una casita roja en el mismo borde de la carretera. Ernst era pequeño y enjuto, con una boca de labios delgados ligeramente torcida, y Tord parecía sentir por él un respeto reverencial. Llegados al edificio, Tord me hizo pasar por la cámara de descompresión, unas pesadas puertas dobles, antes de adentrarnos en una cálida habitación de madera intensamente iluminada. Grupos variopintos de hombres altos y corpulentos vestidos con camisas de lana y gorras de béisbol daban vueltas con aire inseguro bebiendo a sorbitos sus refrescos de fruta en vasos de papel. Estos hombres trabajaban solos en lo más profundo del bosque con sus motosierras, o vivían en comunión íntima con sus cerdos en unos establos oscuros cuyas ventanas permanecían tapadas por la nieve, y charlar sobre temas triviales no era lo que mejor sabían hacer. Cuando Tord y Ernst entraron se hizo un silencio que detuvo, para gran alivio de los concurrentes, sus espasmódicos y constreñidos intentos de entablar conversación.

—¡*Hejsan!* (¡Hola!) —exclamó Ernst mientras pasábamos por la sala. Todos bajaron los ojos y movieron nerviosamente los pies de un lado a otro llenos de embarazo.

—¡*Hej, Ernst!* —murmuró algún valiente.

—*Hej, hej, hej...* —añadieron a coro en voz baja. Estaba claro que Ernst era el dueño del cotarro, lo que quiera que este fuese, y cuando hablaba la gente le escuchaba, acogiendo con alivio cualquier cosa que dijese porque gracias a ello nadie más estaba obligado a decir nada. Por eso todos los reunidos permanecían pendientes de sus palabras.

—Esta noche tenemos a un inglés entre nosotros —anunció Ernst—. Va a hablarnos de la agricultura y la ganadería en Inglaterra.

—Maldita sea, Ernst, no puedo... —farfullé, antes de que mis palabras fueran ahogadas por una ronda de tibios aplausos. Dirigí la mirada al mar de gorras de béisbol (bueno, por lo menos serían veinte) inclinadas hacia arriba y comencé—. Esto..., buenas tardes —dije.

—*Go'afton* —replicaron uno o dos.

Se hizo una pausa.

—Realmente no soy ningún experto —aventuré tratando de ganar tiempo—. No sé mucho sobre el aspecto técnico de la agricultura, ni siquiera sobre cosas corrientes como las tasas de conversión de materia seca o la recuperación del subsidio... ¿no podría, esto..., simplemente contestar a algunas de vuestras preguntas sobre animales y cosechas?

Las gorras de béisbol apuntaban hacia mí con expectación, pero nadie se decidía a romper el silencio, hasta que finalmente Ernst puso las cosas en marcha.

—Kris —comenzó (*kris* quiere decir «crisis» en sueco)—, dinos, ¿con qué tamaño vendéis una vaca en Inglaterra?

Por el asentir concertado de las gorras vi que se trataba de un tema que suscitaba un interés universal. Sin embargo, no tenía la menor idea del tamaño con que vendíamos las vacas en Inglaterra. Traté de imaginar una vaca, el tipo de vaca gorda que podría ponerse a la venta. Las vacas son unos bichos enormes, con grandes panzas colgantes y unas cabezas descomunales. Hice un cálculo mental rápido.

—Bien, pues supongo que con un par de toneladas.

De la multitud de gorras surgió un grito ahogado, seguido de un animado murmullo. Evidentemente, me había pasado en mis cálculos.

—Por supuesto —añadí—, una vaca así sería muy grande, en realidad una de las más grandes. Supongo que un tamaño más normal sería de alrededor de una tonelada y media.

Nuevos gritos ahogados aún más incrédulos. Me había hundido hasta el cuello.

—Y por supuesto muchas de ellas son bastante más pequeñas... algunas, incluso, solo pesarían una tonelada, las más canijas, claro está.

Las cosas fueron empeorando cada vez más. Para el final de la velada había pintado una imagen de Inglaterra como una tierra poblada por unos

animales de proporciones fabulosas y llena a rebosar de los más inverosímiles cultivos y las más asombrosas cosechas.

Más tarde, una vez en el coche, Björn rompió el denso silencio.

—No te preocupes, Kris —dijo—. La gente da demasiada importancia a los datos.

Hizo una pausa.

—Lo que has dicho ha sido... bueno, digamos que inusual. Ha hecho que la gente se despertara.

—Björn —gemí—. ¿Cómo he podido decir que una vaca pesa dos toneladas? ¡Eso supone casi tres veces su tamaño normal! Deben estar pensando que soy un auténtico gilipollas.

—No sé —dijo Tord desde el asiento trasero. Hablaba sin apenas poder contener la risa—. ¡Tampoco es que hayas dicho que alguna vez les limpiaste el establo!

Le tomé bastante cariño a Björn durante la semana que estuve en Norbo. Los tristes días que pasamos juntos en el establo de las ovejas nos hicieron llegar a un cierto grado de cordialidad; un par de noches cruzamos esquiando el mar a la luz de la luna, y otra fuimos al baile del pueblo, donde nos dedicamos a mirar a las chicas desde las sombras apoyados en una pared mientras bebíamos *whisky* de una botella de Coca-Cola escondida en una bolsa de papel de estraza.

Cuando Björn anunció que creía que solo quedaban cuatro ovejas, sentí una oleada de afecto hacia mi melancólico amigo, que ni siquiera se disipó cuando esas cuatro se convirtieron en quince o más escondidas en la penumbra. Mientras nos dirigíamos a la puerta del establo salió el sol, y unos rayos finos como agujas se filtraron por los agujeros del revestimiento podrido de las paredes pintando manchas en los palpitantes flancos esquilados de las ovejas, cuyo aliento se escapaba en forma de vaho. Björn miró su rebaño con evidente alivio y, quitándose la manopla, me estrechó solemnemente la mano.

—Gracias te daré —me dijo.

Al día siguiente, lancé mis cosas al interior del coche y volví a cruzar el mar, desplazándome a otra media docena de granjas separadas por fatigosas travesías de bosques infestados de alces.

Como de costumbre, el viaje duró alrededor de un mes: mucho tiempo para estar fuera de casa, y mucho tiempo para pasar a oscuras, en la carretera o entre ovejas. El momento culminante fue la llegada de una carta de mi familia mientras me encontraba en una de las granjas. Chloë me enviaba un breve poema en español acompañado del dibujo de una princesa, y Ana me escribía una maravillosa y divertida carta con unas noticias trascendentales.

Al parecer mis amigos editores de Londres opinaban que tal vez iban a poder sacar algún provecho de mis historias del cortijo, y habían enviado un adelanto para que pudiera ponerme manos a la obra y terminar de escribirlas. «Prepárate para ser un escritor de éxito —advirtió Ana con tono de cansancio—. No tienes más que vender unos cuantos cargamentos de libros y nunca más necesitarás regresar a Suecia para esquilas ovejas».

Ante esta remota perspectiva sonreí bovinamente como lo haría una vaca gigante en los prados de Inglaterra.

De nuevo entre limones

Me apeé del autobús en Órgiva, la pequeña población y centro de la vida urbana de Las Alpujarras Occidentales, y el fuerte sol de abril me hizo entrecerrar los ojos. Después de pasar un mes fuera, hasta una parada de autobús de mala muerte me parecía alegre y animada, flanqueada como estaba por la óptica de color verde pastel y el supermercado rojo y blanco, y con unas bolsas de plástico de vivos colores revoloteando alrededor de los contenedores de basura. Respiré profundamente el inimitable olor de los pueblos españoles a café, ajo y tabaco negro y, echándome al hombro la bolsa, me encaminé a mi casa. Siempre prefiero hacer a pie el último tramo del viaje de regreso, ya que le añade una cierta nota romántica y me da la oportunidad de disfrutar de las vistas y de los ruidos del campo durante el camino. Esta última etapa dura aproximadamente una hora y media, en las raras ocasiones en que no te encuentras a nadie con quien detenerte a hablar.

Tras cruzar el hilillo de agua del río Seco, descendí a grandes zancadas hacia la vega —los campos de olivos, naranjos y hortalizas que rodean el pueblo— y tomé la carretera hacia Tíjola. La carretera entraba y salía serpenteando de los barrancos para luego ir subiendo y bajando por los cerros, y sus bordes estaban revestidos de una suave hierba recién salida y matas de oxalis de un amarillo deslumbrante. Entre el oscuro follaje de los naranjos y limoneros colgaban multitud de frutos de vivos colores, algunos de los cuales rodaban por la carretera aquí y allá. Al aparecer las primeras

casas, los perros del pueblo, que yacían acostados en el asfalto caliente, se pusieron de pie para ladrarme.

«Adiós», decían las mujeres del pueblo asomándose entre las nubes de geranios y margaritas que crecían en sus patios plantadas en latas viejas de pintura. «Adiós», les replicaba saludándolas con el brazo. En España es así como se saluda normalmente a alguien al pasar^[2]. Puede que parezca algo raro decirle adiós a una persona que se te acerca, pero si pasas de largo la cosa tiene una cierta lógica.

Dejé atrás Tíjola y tomé el camino que asciende entre rocas y matorrales hasta la cresta situada al extremo de nuestro valle. Cuando llegué a lo alto me descolgué la bolsa del hombro y me senté en una roca caliente para mirar la vega que acababa de atravesar. A mis pies se extendía un mosaico de campos bien cuidados de diferentes colores y texturas. Un penacho de humo azulado se elevaba por la atmósfera serena, y el sol arrancaba destellos a las plateadas cintas de agua que serpenteaban entre los campos. Pensé en los oscuros bosques de pinos de Suecia aguantando a duras penas su pesada carga de hielo y me permití esbozar una amplia sonrisa de satisfacción. Entonces volví a echarme al hombro la bolsa y comencé a subir la última parte de la cuesta.

Aparte del ruido que hacían mis pies al avanzar pesadamente por el polvo de la carretera, lo único que se oía era el fragor del río allá abajo precipitándose por la garganta. Tras unos minutos más de marcha alcancé la hendidura de la roca que es el primer lugar desde el que puede divisarse nuestra casa, El Valero, pequeña y distante al otro lado del río. Un enorme eucalipto oculta la vista de la casa desde la carretera, pero distinguía los campos del lado del río con su cosecha de alfalfa, así como el verde más intenso de los bancales de riego por debajo de la acequia (uno de los canales de riego árabes que conduce el agua por la ladera desde el río hasta el cortijo). Más arriba, veía las ovejas moviéndose entre los matorrales, mientras que cerca de ellas Lola, mi yegua, atada en el cauce del río, se espantaba las moscas con la cola.

«Casi estoy en casa», pensé al doblar la curva del camino y alcanzar el almendro seco, el lugar en que los visitantes anuncian su llegada tocando el claxon del coche o con un grito. Así pues, formando bocina con las manos,

lancé un grito. No es un sonido fuerte, pero a lo largo de los años Ana y yo lo hemos perfeccionado hasta conseguir el tono adecuado que nos permite oírnos el uno al otro desde los rincones más apartados del valle. Incluso si no oímos el grito, nunca falla en conseguir que los perros se pongan a ladrar y, efectivamente, pude distinguir el ladrido agudo de Big, el terrier, el de bajo profundo de nuestra perra pastor Bumble y un sonoro graznido de Bonka, su madre. No es fácil explicar por qué un perro tiene que graznar como un pato, pero Bonka siempre lo ha hecho así y me apenaría que alguna vez cambiara.

Vislumbré una esbelta figura que saludaba con el brazo desde el bancal de los mandarinos. Se trataba de Ana. Apretando los ojos, intenté fijarme en los detalles —se había cortado el pelo, no, era un gorro— pero estaba demasiado lejos para distinguirlo bien. Entonces un árbol empezó a moverse frenéticamente y de repente apareció bajo una de sus ramas, moviendo los brazos con entusiasmo, una pequeña figura con una mata de pelo rizado rubio: Chloë, mi hija de cinco años. Grité un poco más, di voces y saltos moviendo frenéticamente los brazos, y entonces me adentré a grandes zancadas en el valle. Es una sensación rara el poder ver tu casa desde lo alto durante un tiempo antes de llegar a ella, como si se te estuviera ofreciendo un avance en exclusiva. Aún me quedaban más de veinte minutos para alcanzarla.

Caminé otro kilómetro más a lo largo de la carretera, que por aquí estaba espectacularmente cortada en la roca por encima del río, y después bajé deslizándome y resbalando por el empinado sendero que conduce a la acequia. A medida que iba avanzando por su orilla a la sombra de los eucaliptos, el aire se iba haciendo más fresco gracias al rápido discurrir de las aguas.

Por fin tomé la pista que descendía hasta el lecho del río y comencé a avanzar aguas arriba hacia el puente. En el banco de guijarros junto al río descubrí la figura de un hombre fornido de baja estatura con sombrero de paja y la camisa rota. Estaba en cuclillas, medio escondido entre los matorrales, absorto al parecer en algo que había en el suelo. Se trataba de Domingo, mi vecino.

Domingo me vio en el mismo momento en que yo le descubrí, y me hizo señas para que me acercara. Se encontraba inclinado pensativamente sobre una oveja de aspecto enfermo, hurgándole aquí y allá. Le separó uno de los párpados y escudriñó el interior del ojo.

—Es lo de siempre —dijo sin mirar hacia arriba—, los ojos como papas. Mira, no tienen ningún color.

Domingo no tiene ninguna dote para los saludos.

La oveja yacía en el suelo con los flancos palpitantes y ese aire resignado que suelen tener las ovejas.

—No tiene demasiado buen aspecto —observé, pensando en realidad que estaba en las últimas.

—No, no lo tiene —respondió sonriéndome—. Pensaba que podía ser el hígado. He *notao* cómo les han *salió* algunos quistes en el hígado a un par de ovejas que han muerto hace poco. Pero también tenían el estómago lleno de albaida, con lo que es difícil saber de qué murieron. (La albaida es la *Anthyllis cytisoides*, un arbusto de flor amarilla que tapiza los montes, y que en esta época del año está lleno de flores y semillas —un sabroso aperitivo de alto contenido en proteínas si se mordisquea con moderación, pero que a menudo resulta mortal si se consume de manera desaforada).

—¿Cómo demonios sabes eso, Domingo? —exclamé—. Normalmente es necesaria una autopsia para descubrir esas cosas.

Domingo se encogió de hombros.

—Bueno, no le sirven *pa'ná* a nadie cuando están muertas, ¿no? Qué más da abrirlas y echarles una *ojeá* por dentro. —Dicho esto, dio una palmada en el costado de la oveja y le dio la vuelta para que se enderezara—. Pero esta se recuperará, aún no está *demasiao* mal.

Poniéndose de pie, se estiró y se secó el sudor de la frente con el brazo, mientras yo miraba a la oveja alejarse tambaleándose para luego dejarse caer a la sombra de un tamarisco. Creo que a mí no se me da mal diagnosticar las enfermedades ovinas, pero al parecer Domingo estaba en una clase más avanzada que yo.

—Entonces —dijo alargando la mano con una amplia sonrisa—, ¿cómo te ha *í*o en Suecia?

—No me ha ido mal —respondí y, espoleado por este comienzo inusitadamente expansivo, le conté lo de mi contrato para escribir un libro mientras él me escuchaba en silencio.

—¡Um!, no está mal si te gustan esas cosas —comentó, comenzando acto seguido a hablarme de una disputa sobre pastizales. Me sentí curiosamente decepcionado por su falta de interés.

—¿Y tú, Domingo, cómo van las cosas en tu lado del río? ¿Y cómo está Antonia?

—'Tamos bien —respondió—. También he *estao* haciendo otras cosas. Tendrías que venir a verlas. ¿Por qué no vienes... —dijo bajando los ojos mientras empujaba una piedra con la punta del zapato—... o *venís tós* a cenar mañana por la noche?

Y eso fue todo, una simple invitación, hecha con una cierta dosis de embarazo. Pero creo que los dos la reconocimos como algo diferente. En los trece años que llevaba viviendo en el valle, nunca antes me había invitado Domingo formalmente a cenar a su casa. Era evidente que la vida de cada uno de nosotros se había desviado levemente de su eje: yo me encontraba de pronto con un contrato en la mano para escribir un libro, y Domingo se dedicaba a extender invitaciones para cenar.

Le miré socarronamente durante unos momentos.

—Bueno... sí, por supuesto que iremos —le dije.

Seguimos de pie un rato más mientras Domingo me explicaba los problemas que estaba teniendo con unos cazadores y unos propietarios del cerro que había a nuestras espaldas. Después, desatando su burra de los carrizos donde la había amarrado, mi vecino se montó en ella y echó a andar al trote camino arriba, mientras yo seguía andando hacia el puente absorto en mis pensamientos y preguntándome qué capricho del destino había querido que Domingo hubiera formado pareja con una escultora holandesa.

Durante casi cuarenta años Domingo había llevado una vida tranquila y más bien solitaria en el cortijo de su familia. Parecía bastante satisfecho, pero su vida y su trabajo apenas se beneficiaban de su aguda inteligencia y su sed de nuevas ideas y conocimientos. Una breve temporada trabajando en Barcelona en una fábrica había puesto fin a las ansias de conocer mundo que hubiera podido sentir, pero a cambio se puso a aprender todo lo posible acerca de las ideas y costumbres noreuropeas de sus vecinos extranjeros, Joop y Marijke, una pareja holandesa que vivía valle abajo, en La Cenicera, y nosotros.

Y entonces un verano llegó una holandesa pecosa de pelo castaño llamada Antonia. Se dedicaba a hacer esculturas de los distintos animales que había en nuestro valle y decidió quedarse, haciendo un improvisado hogar del cortijo abandonado de La Herradura. Las ovejas de Domingo pacían de vez en cuando en La Herradura, pero el verano en que Antonia empezó a vivir allí se convirtieron en parte de la decoración, pastando en la finca hasta dejarla como una mesa de billar. Para cuando empezaron las lluvias de octubre, Domingo había convencido a Antonia para que se fuera a vivir con él a su cortijo, e inmediatamente después comenzó a reconstruir la casa para alojar a su primer y único amor junto con su taller de artesanía.

Antonia regresó a Holanda, en donde pasó gran parte del invierno obteniendo encargos y ocupándose del fundido en bronce de sus modelos, pero a principios de primavera regresó al valle. Ana me había escrito diciendo que se habían hecho inseparables y que en aquellos momentos estaban trabajando juntos arreglando el viejo y destartado cortijo de Domingo. Yo estaba intrigado por ver qué es lo que estaba sucediendo.

Atravesé nuestro desvencijado puente de madera hasta alunizar los verdes campos a orillas del río. Allí, los penachos gigantes del bosque de eucaliptos se elevan por encima de los olivos que bordean el campo de alfalfa. La propia alfalfa, salpicada de florecillas azules, tiene el más profundo color verde que uno pueda imaginar, y en verano con solo mirarla

sientes una sensación de frescor. En este lugar el camino atraviesa lo que es prácticamente un túnel de gigantescas zarzamoras, tamariscos y retama, y a partir de ahí comienza la cuesta que asciende hasta la casa.

Este es el momento en que siempre suelen empezar a asaltarme preocupaciones acerca de mi vuelta a casa. ¿Estarían Ana y Chloë tan contentas de verme como me habría gustado pensar que lo estaban, o se mostrarían frías y un tanto molestas de que hubiera vuelto a introducirme en sus vidas justo cuando se habían acostumbrado a estar sin mí? ¿Les decepcionaría que después de tantas semanas de separación siguiera siendo el mismo tipo normal y corriente de antes? A medida que subía penosamente la cuesta iba dándole vueltas a estos pensamientos, hasta que de pronto, bajando a toda velocidad, llegaron los perros meneando el rabo locos de alegría, saltando y cubriéndome de polvo y de babas. Ellos sí sabían quién era yo y les importaba un bledo que fuera del montón. Eso me dio ánimos.

Entonces, antes de que me diera tiempo a extender los brazos, Chloë se lanzó de golpe contra mi pecho. Cuando miré hacia arriba entre aquel amasijo de brazos, piernas y patas vi a Ana sonriendo en la terraza. Chloë miró al mismo tiempo y los tres nos sonreímos tímidamente.

A la tarde siguiente, con una botella de vino bajo un brazo y balanceando a Chloë entre Ana y yo con el otro, atravesamos el valle y nos encaminamos a paso lento a la casa de Domingo y Antonia. Por detrás se oía el aullido lejano de los perros, que veían con malos ojos que les dejáramos atados en la terraza. El aire era mucho más fresco en el fondo del valle, y una casi imperceptible brisa nos traía el olor embriagador de la retama en flor, junto con alguna que otra esporádica vaharada a estiércol de oveja.

El tinao de Domingo (el pequeño patio cubierto que constituye la principal zona de estar de todas las casas alpujarreñas) tenía muchas más flores y plantas de las que yo recordaba, y la oscura cocina de antes contaba ahora con una claraboya, una reciente innovación que consistía en un agujero abierto en el tejado y cubierto por el parabrisas de la vieja furgoneta

Mercedes que, desde que yo recordaba, había permanecido arrumbada entre los matorrales junto al gallinero. Esto había mejorado las cosas de tal manera que ahora uno podía ver lo que estaba haciendo en la cocina. Antes la madre de Domingo había tenido que efectuar sus tareas más bien al tacto y por instinto.

Acercamos nuestras sillas a la mesa, en el centro de la cual había un tarro de mermelada con una de esas hermosas etiquetas adhesivas para conservas caseras pegada en su exterior. Lo cogí y le di la vuelta distraídamente. En la etiqueta se leían las palabras «Mermelada de membrillo y nueces», escritas con una cuidadosa letra.

—Es buena, pero me parece que le puse *demasio* membrillo —dijo Domingo—. Esta es mejor, llévatela a tu casa —y me entregó otro tarro que había en un estante, esta vez con una etiqueta donde ponía «Níspero y jengibre».

—¿Quién ha hecho las etiquetas? —pregunté.

—Yo —dijo Domingo.

—Domingo tiene unas ideas extrañas sobre la mermelada —comentó Antonia, como si el experimentar con mermeladas fuera la ocupación más natural de un pastor alpujarreño—. Pero a veces dan un resultado muy bueno. Esa de ahí es deliciosa.

Ana me miró con intención y me dio un puntapié por debajo de la mesa para que no me quedara con la boca abierta, mientras Antonia nos servía a todos un misterioso mejunje que había preparado, sazonado con jengibre y cilantro recién cortado. A medida que sus sabores orientales inundaban mis sentidos, me puse a pensar que algo extraño estaba sucediendo en nuestro pequeño valle.

Después de comer fuimos a visitar el estudio, que era la habitación antes dedicada a los cerdos y cuya transformación Domingo estaba llevando a cabo. Chloë y Ana se pusieron a deambular admirando las figuras de bronce, algunas de las cuales eran antiguas conocidas, entre otras una excelente reproducción de Lola y un temible jabalí. Ana cogió una nueva, una cabra montés maravillosamente reproducida y, sosteniéndola con cuidado en la mano, se volvió para mostrármela.

—¿Qué os parece? —preguntó Antonia sonriendo.

—Es maravillosa —replicamos los dos al mismo tiempo—. Una de las mejores que has hecho, Antonia —añadí—. Reproduce a la perfección la gracia de movimientos de una cabra montés.

—También les pareció eso a los trabajadores de la fundición, y ellos no suelen hacer comentarios sobre los objetos que funden —añadió—. Me sentiría halagada si fuera mía. —Y se volvió para sonreír a Domingo—. Él no sabe el talento que tiene.

Ana y yo nos quedamos boquiabiertos, dirigiendo nuestros ojos desde la cabra montés a su escultor. Esta era otra noticia extraordinaria cuya trascendencia me costaba asimilar, pero Ana, como de costumbre, me había tomado la delantera.

—¿Quieres decir que la has hecho tú? —exclamó.

—Bah, no es *ná* —respondió Domingo encogiéndose de hombros—. Simplemente la estuve mirando un rato y la copié.

Después, entusiasmándose con su papel de artista expositor, se fue a buscar los diferentes toros, cabras montesas y caballos que había modelado en cera con herramientas de madera y caña que se había fabricado él mismo.

Si a Antonia le inquietaba mínimamente el que Domingo se revelara también como escultor, lo ocultaba muy bien. Recordé cómo le había enseñado yo a esquilar ovejas y cómo el alumno había aventajado a su maestro en muy poco tiempo.

—Voy a intentar vender algunas —continuó Domingo—. Antonia cree que puede conseguir que una galería de la costa exhiba algunos de mis animales. A lo mejor es algo que puedo hacer cuando ya esté demasiaio viejo para pasarme el día yendo detrás de las ovejas por estos montes.

De vuelta a El Valero, decidí que había llegado el momento de coger por los cuernos mi propio nuevo futuro profesional. Me levanté inusitadamente temprano y me sumergí en mis faenas matutinas. El ejemplo de Domingo me había dado la idea y hoy iba a ser el día en que iba a conseguirme un estudio y a convertirme en escritor.

En primer lugar, le serví a Ana su taza de té bastante más temprano de lo que ella hubiera deseado; a continuación di de comer a las gallinas, después a las palomas y más tarde bajé al establo para soltar las ovejas. Una vez hecho esto, eché a andar por el sendero que rodea la casa hasta llegar a un edificio bajo que se encuentra justo debajo de la antigua era y empujé su puerta de madera. Se trataba de la «cámara», o almacén, donde Pedro Romero, el último propietario del cortijo, había guardado sus alimentos no perecederos. Cuando nosotros llegamos estaba festoneado por ristras de pimientos, cebollas, ajos y pedazos amarillentos de tocino. Extendidos por el suelo había montones de sal y de farfollas de maíz, sacos de grano y, en un rincón, una vieja máquina de hierro para despinochar maíz con un volante y una manivela.

La máquina de despinochar todavía seguía en el rincón, aunque ahora rodeada de un tipo diferente de detritos: viejas macetas, cajas llenas de ropa, juguetes jubilados y libros polvorientos, así como una guitarra que, semejante a un perro muy querido, esperaba ahí pendiente de mi antojo. Este iba a ser el lugar donde iba a sentarme a escribir el libro.

Quitó de en medio la máquina de despinochar maíz, di un soplido a la mesa para eliminar el polvo y la limpié con una camiseta vieja. A continuación me senté, saqué punta a algunos lápices, llené de tinta mi estilográfica y me puse a buscar el tipo adecuado de papel para dar comienzo a mi trabajo. Con un gesto triunfal escribí las palabras «El Libro» en la parte superior de la página.

Me detuve unos instantes para mirarlas con satisfacción, y entonces dirigí los ojos hacia la ventana y vi las palomas volando alrededor del eucalipto a cuyos pies se encuentra el huerto de Ana. De pronto noté un pequeño movimiento en el rincón de las fresas... ¡Maldición! ¡Era una oveja! ¡Las ovejas estaban atacando el huerto! Crucé la puerta como una exhalación y salí disparado camino abajo. Esto podía ser el principio de una catástrofe de grado A. Ana se pondría furiosa y las ovejas, cuya popularidad con las mujeres de mi familia se encontraba ya en un punto bastante bajo, correrían el riesgo de ser expulsadas del cortijo.

—¿Qué pasa? —gritó Ana al verme pasar corriendo aguadamente por delante de la casa.

—¡Nada, solamente voy a dar un paseo! —respondí a gritos, mientras desaparecía cuesta abajo en medio de una nube de polvo con los perros ladrando eufóricamente a mi alrededor.

—Como esas malditas ovejas se hayan metido otra vez en el huerto... —comenzó a decir Ana, pero la amenaza quedó ahogada por el estrépito que produjo al saltar la cerca y abrirme paso entre los matorrales de barrilla.

Entre los perros y yo, y a fuerza de gritos y ladridos, conseguimos que las ovejas salieran del huerto dejando solo unos pocos daños colaterales. Tras alejarlas con horribles maldiciones, me puse a tapar los agujeros por donde se habían introducido.

Y en eso quedó mi primera mañana como escritor.

Pasé aquel primer mes desde mi regreso a casa sufriendo toda una serie de retrasos e interrupciones en mis primeras tentativas literarias. Durante mi ausencia se habían acumulado en el cortijo multitud de tareas: había que desbrozar las acequias, limpiar el establo y segar la cosecha de alfalfa. Era necesario llevar y recoger a Chloë de la parada del autobús escolar en el otro extremo del valle, había que arreglar como es debido la cerca del huerto de Ana, además hacía falta desmontar el coche (tras lo cual había que encontrar a alguien para que lo montara de nuevo) y así sucesivamente, hasta que, como ocurre a menudo, llegamos a una situación límite y me vi obligado a buscar ayuda.

El día que finalmente decidí que las cosas se habían pasado de la raya y que era necesario tomar algún tipo de medida vino marcado por un acontecimiento singular. Había atravesado el valle a primera hora de la tarde con idea de ir a ver a Joop, no recuerdo con qué intención, antes de recoger a Chloë del autobús escolar. Ciertamente había reservado esa hora para escribir, pero sin duda tenía urgentes asuntos que discutir con mi vecino.

Cortando desde el valle, el sendero hasta la casa de Joop serpentea por una zona llena de matorrales, árboles y chumberas entre los que crece una multitud de enredaderas y plantas trepadoras. Una pequeña curva pedregosa discurre entre un profundo tajo y una chumbera donde, si uno resbala, en

una fracción de segundo tiene que decidir si rodar barranco abajo o caer en la chumbera y pasarse un mes extrayendo millones de púas microscópicas. Esta vez sorteé la curva sin contratiempos y subí jadeando el último tramo del camino hasta llegar a la carretera, donde encontré a Joop mirando hacia las ramas de una alta higuera que se inclinaba sobre el sendero.

Mi vecino me sonrió apesadumbrado mientras miraba hacia arriba rascándose la barbilla cubierta de una barba incipiente. Me detuve a su lado.

—Hola, Joop, ¿qué tal?

—Buenos días, Cristóbal, no estoy mal, no me puedo quejar, pero tengo un pequeño problema aquí.

—¿Qué ocurre?

Como respuesta señaló la copa de la higuera. Miré hacia las ramas de arriba protegiéndome los ojos del sol con la mano: en lo alto del árbol había algo que parecía ser un perrito. Miré socarronamente a Joop.

—Sí —dijo—. ¿Ves?, es *der Moffli*.

—Sí, ya veo que es el Moffli, pero ¿qué diablos está haciendo en lo alto de ese árbol?

—Está muerto —dijo Joop con cierta solemnidad.

—Ah —dije, aliviado de haber descubierto la explicación del extraño aspecto del perro, si bien ello arrojaba poca luz sobre la razón por la que se encontraba ahí. El Moffli era el perro de la familia de Joop, un pequeño pequinés muy querido de los niños. Al principio habían sido dos (llamados los Mofflis por los personajes de una historieta holandesa) pero el primero había sucumbido a alguna enfermedad el año anterior, para gran disgusto de los niños. Y ahora parecía que el otro había seguido el mismo camino.

—Se murió anoche —explicó Joop—. El último de los pequeños Mofflis. No quería que lo vieran los niños, así que decidí esperar hasta que se marcharan al colegio para arrojarlo al barranco. Pues bien, lo hice girar dándole varias vueltas así, ¿sabes? —dijo mientras hacía un movimiento circular con el brazo— y luego lo solté... pero me parece que apunté mal.

Joop desvió la mirada del árbol para volverse hacia mí y, para gran vergüenza nuestra, ambos estallamos en carcajadas. Pero inmediatamente Joop se tapó la boca con la mano y me hizo gestos para que me callara.

—No, no, es muy triste —dijo— y un problema tremendo. El árbol se encuentra justamente en el camino que siguen los niños cuando vienen del autobús. Imagínate lo que les afectaría si miraran hacia arriba y vieran al Moffli ahí colgado.

En ese preciso instante un suave céfiro levantó el cuerpo de Moffli, que comenzó a balancearse en el lugar de su descanso eterno. Ahora me daba cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Pero cómo vamos a poder bajarlo —se preguntó Joop— antes de que vuelvan los niños?

—Podríamos tirarle piedras para intentar que caiga al suelo —sugerí.

La idea le gustó a Joop, por lo que reunimos un montón de piedras y nos pusimos a lanzárselas al desgraciado animal. A pesar de que de vez en cuando dábamos en el blanco, lo cual era gratificante a su manera, lo único que conseguimos fue empujar al Moffli aún más hacia el interior de su hendidura.

—No —declaró finalmente Joop—. Así no conseguiremos nada. Vamos a tener que pensar en otra cosa.

En aquel momento un ruido de motor y la aparición de una nube de polvo por la curva anunció la llegada del autobús escolar. Tenía que tomar una decisión: o subía corriendo para encontrarme con los niños e improvisar alguna distracción, o daba media vuelta y me quitaba de en medio para bajar a recoger a Chloë en el puente. Elegí esta segunda opción.

Tal vez para expiar este arrebatado de cobardía poco digna de un vecino me prometí a mí mismo quedarme escribiendo hasta muy tarde y continuar trabajando en el libro durante todo el día siguiente, decisión que no me costó mucho tomar mientras regresaba a paso lento al cortijo a última hora de la tarde. Después de cenar me retiré a la «cámara», pero mientras me dirigía hacia allí noté que las ovejas aún no habían vuelto al cortijo: se encontraban todavía en la ladera de detrás de la casa. Estaba haciéndose de noche y empecé a preocuparme por el riesgo que corrían si las dejaba ahí arriba: era luna llena y las alimañas estarían delirantes de malevolencia contenida. Las pobres ovejas, a quienes la luna no parece afectar, no

tendrían nada que hacer. Así pues, agarrando un palo y con Bumble y Big a mis talones, comencé a ascender la ladera.

Los perros desaparecieron alegremente entre los matorrales mientras yo subía por las gradientes más suaves del sendero, deteniéndome de vez en cuando para aguzar el oído en el silencio que me rodeaba e intentar captar el tintineo de un cencerro. No se oía nada y pronto se hizo de noche. Seguí subiendo con dificultad por el tosco sendero, intentando acostumbrar mis ojos a la tenue luz de las estrellas y sin que hubiera aún una sola señal ni se oyera un solo ruido de las ovejas. Entonces la suave palidez que surgía por el este detrás de una alta escarpadura se transformó de repente en el gran disco refulgente de la luna llena, cuyo blanco resplandor contrastaba con la negrura de los tajos. Los perros corrían jadeantes entre la maleza de un lado para otro, asustando a las perdices que se elevaban histéricas por el aire y corrían con estrépito monte abajo. Bumble, gigantesca y blanca a la luz de la luna y con su oscura sombra avanzando junto a ella a lo largo del polvo blanquecino del camino, parecía el espectro de un perro.

De repente oí el ruido de un cencerro, claro y cercano, a no más de cincuenta metros. Me quedé inmóvil. Silencio. Los perros se me acercaron y juntos nos quedamos los tres completamente quietos con los ojos clavados en la oscuridad. No volvió a oírse el sonido del cencerro; el monte seguía envuelto en silencio.

Permanecimos inmóviles aguzando el oído por si captábamos algún sonido que delatara la presencia de las ovejas. Yo respiraba por la boca para no hacer ruido, y por un momento me sentí, en lugar de como un enclenque europeo de edad madura con gafas, como un guerrero Masai, señor silencioso del cerro que se extendía ante mí en la noche de montaña.

Pero pronto me cansé de mi pose de guerrero. A lo lejos se oía el ladrido de unos perros, y más allá del cerro me pareció percibir en la distancia el aullido salvaje de los zorros. Continué ascendiendo, dejando el valle para dirigirme a los pinares. Los perros corrían dichosos, y para mí hay pocas maneras mejores de pasar una noche de luna que deambulando por los montes, pero se estaba haciendo tarde y ya había desperdiciado una noche de trabajo. Sin embargo, tampoco podía sentarme a escribir mientras

mis ovejas eran perseguidas en el monte por manadas enloquecidas de perros salvajes.

A pesar de mi recelo, al fin tuve que admitir mi derrota. Había pasado la mayor parte de la noche recorriendo en vano el cerro de arriba abajo, y siempre cabía la posibilidad —y esta no sería la primera vez— de que el rebaño hubiera bajado dando un rodeo y regresado al establo.

Al pasar por la casa vi que estaba a oscuras: Ana se había acostado. Seguí bajando hacia el establo. Reinaba un silencio absoluto pero al inclinarme para mirar por la ventana oí de pronto un movimiento y el tintineo de un cencerro. Ahí estaban las muy cabronas, sanas y salvas en la cama. Las reconvine furioso por haberme hecho perder la noche.

—No volváis a hacerlo —les insté—. Estoy intentando hacer algo que podría beneficiarnos a todos: imaginaros, nuevos pesebres, un tipo mejor de grano...

Pero las ovejas se me quedaron mirando, mascando insolentemente semejantes a un grupo de gamberros en un descampado.

Al día siguiente me desplomé sobre mi mesa de trabajo, agotado tras la noche anterior y un tanto desmoralizado. Tal vez debía olvidarme de la idea de hacerme escritor. Si tenía que dedicarle una parte tan grande de mi tiempo al día a día —y evidentemente ese era el eterno problema que representaba vivir en un remoto cortijo— ¿cómo diantres iba a encontrar tiempo para hacer algo creativo? Sin duda pronto empezaría a sonar el teléfono, y sería mi amigo y socio esquilador José Guerrero anunciando el comienzo de la temporada de esquila: más de dos meses de trabajo ininterrumpido y agotador que me dejarían absolutamente extenuado. Era como si un sueño hecho realidad solo a medias ya estuviera empezando a desvanecerse.

Pero entonces Ana propuso una solución. Podría emplear el anticipo que me habían pagado para contratar a alguien que me echara una mano en el cortijo. Resultaba absurdo que yo tratara de dar de sí tanto y, en cualquier caso, ¿acaso no era ese el objeto de un anticipo, el que me quedara un poco más de tiempo para escribir? Se trataba de una idea perfecta que solo tenía un defecto: no conocíamos a nadie a quien preguntar. Los buenos trabajadores agrícolas escasean hoy en día en Las Alpujarras, y El Valero,

situado como estaba en el lado más inaccesible del río, no era el lugar más solicitado ni más cómodo donde trabajar.

—Deberías preguntarle a Manolo, es un buen trabajador —dijo Domingo cuando fui a pedirle consejo.

—¿Manolo del Molinillo, dices?

—Sí, no hay nadie mejor que él, pero eso ya lo sabes tú de cuando te ayudó a limpiar la acequia con su padre hace un par de años. Y además es bueno con las ovejas.

—Conozco bien a Manolo —dije con aire abatido— y ya sé que es verdad lo que dices. Pero es una persona a la que no puedo contratar...

—¿Por qué no?

—Bueno... —comencé. En realidad no había querido mencionar esto—. Manolo todavía no me ha pagado por haberle esquilado las ovejas el año pasado.

—No me puedo creer eso de Manolo. Es más *honrao* que nadie...

—Eso era lo que pensaba yo —dije—. Pero en cualquier caso, cuando te debe dinero una persona es un poco difícil pedirle que trabaje para ti...

—Sí, pero mucho más difícil sería si fueras tú el que le debe dinero a él —respondió Domingo dándose la vuelta para marcharse. Tenía un trabajo que quería terminar en su estudio.

Manolo del Molinillo

Paco de la Charca vive entre El Valero y Órgiva, en un cortijo que, como su nombre indica, está situado en un cenagal. Comparte este terreno poco envidiable con trescientas o cuatrocientas ovejas que deambulan por allí hozando y comiendo grandes cantidades de menta de agua, juncos y otras plantas propias de zonas pantanosas, así como abundantes mimbres. Llevo muchos años esquilando las ovejas de Paco y he llegado a conocerle bastante bien. No es un auténtico alpujarreño pues procede de Iznalloz, un pueblo al pie de las sierras del norte de Granada, aunque al oírle hablar nunca se sospecharía ya que, al menos cuando estoy yo delante, se limita a arremeter contra la gente de cualquier lugar situado más allá de los confines de Órgiva, en especial los extranjeros.

—¡Venís aquí a invadir nuestra tierra, a cargaros nuestro idioma! ¡La hostia! ¡Y no os entiendo ni jota! ¡No servís *pa'ná* como no sea esquilar ovejas, y ni siquiera eso lo hacéis bien! ¡Mira esa oveja! ¿A eso lo llamas tú esquilar? ¡Y, encima, seguro que no me vas a cobrar menos por esquilarla! ¡Tos los extranjeros sois unos ladrones del carajo, que nos dejáis con lo puesto a los de aquí!

Todos estos disparates los suelta refunfuñando a gritos con una voz áspera y quebrada y, a medida que va entusiasmándose con el tema, grita más fuerte y con voz cada vez más áspera, apretando un cigarrillo en la comisura de la boca y clavando en ti sus ojos astutos. Yo antes pensaba que hablaba en serio, y la primera vez que le esquilé las ovejas estuve por largarme dejando el trabajo a medio hacer, pero Domingo, que estaba

trabajando conmigo, me dijo que Paco le hablaba así a todo el mundo y que lo hacía sin mala intención. Y parece que así es. Ahora le adivino un atisbo de sonrisa bailándole en los ojos mientras suelta los peores insultos. Pero en cualquier caso soy consciente de que para tomarle gusto hace falta que pase tiempo.

Paco es solo un par de años mayor que yo, pero cuando le conocí calculé que tendría por lo menos sesenta y cinco: el efecto del sol y del viento y del tabaco y de las emanaciones de la ciénaga y de la dieta implacable a base de productos del cerdo... y de dar muchas voces. De hecho, hace un año sufrió un pequeño infarto que le dejó muy debilitado y hasta un tanto apagado.

Poco después de este episodio me lo encontré un día en el bar Paraíso, desde donde me llamó con el tono de voz que una persona normal utilizaría para llamar de lejos a un taxi pero que probablemente tenía un par de decibelios menos que su saludo habitual.

—¡Cristóbal! Ven *pa'cá*, que no me queda más que un hilo de voz. Tengo que contarte una cosa. He *vendío* las ovejas.

—¿Y qué diantres vas a hacer sin las ovejas, Paco? Te vas a volver loco.

—No valgo *pa'ná*. Ya no le sirvo a nadie —prosiguió con cara de resuelto estoicismo—. Ahora voy a dedicarme más a empinar el codo. Pero, mira que te diga, le he *vendío* las ovejas a Manolo.

—¿Manolo el del Molinillo?

—Sí, a ese mismo muchacho, y al cabrón de su amigo Miguel. Me las han *compraio* a un precio muy bueno, y a estas horas estarán con ellas en el cenagal. Quiero que las esquiles.

—De acuerdo, por qué no. Conozco bastante bien a Manolo, pues ha trabajado para mí algunas veces. Es un muchacho simpático y bueno con las mulas; pero la verdad es que no le veo como pastor.

—No, yo tampoco. Y Miguel es *demasiaio* vago, no podrá contar mucho con él para ayudarle. Va a ser un desastre. Pero eran ellos los que querían comprarlas.

Una mañana de la semana siguiente fui temprano en coche por el cauce del río hasta La Charca y coloqué mis trastos a la sombra irrisoria de un olivo medio seco que crecía en el corral de Paco. Pronto llegó Manolo, vestido con su mono azul, sonriendo con orgullo a la cabeza de su rebaño.

Me puse manos a la obra y comencé a esquilar las ovejas, a medida que Manolo las iba cogiendo y poniendo de golpe y sin esfuerzo a mi lado en una tabla. De vez en cuando se detenía y buscaba con la mirada a Miguel, que había prometido venir a ayudarlo. Sin embargo Miguel no se presentó, y Manolo se pasó el día buscando pretextos sin perder el buen humor.

Hicieron falta dos días de duro trabajo para terminar con todo el rebaño. Finalmente, mientras recogía mi maquinaria y la guardaba en el coche, Manolo me confió:

—En este momento *toavía* no tenemos el dinero, Cristóbal... ¿podemos pagarte la semana que viene?

—Claro que sí, Manolo —accedí—. No te preocupes en absoluto, págame cuando puedas.

En doce años que llevaba esquilando ovejas en España había trabajado para algunos tipos terribles, pero nunca había tenido el menor problema a la hora del pago, aparte de algún que otro maquillaje de cuentas. Además yo conocía bien a Manolo y era honrado como él solo.

Un mes más tarde me encontré de nuevo con Paco. Estaba mucho mejor y había abandonado el asunto de hablar en susurros.

—¡Eh, Cristóbal! —comenzó—. ¿Has *cobrao* ya por esquilar las ovejas?

—No, todavía no, pero solo es cuestión de un par de semanas...

—¡No te van a pagar *ná!* —anunció Paco adoptando con deleite el papel de buscapleitos.

—¿Qué me dices?

—Pues que la cagaron del *tó*, como te dije que harían, y ahora les he *compra*o otra vez las ovejas. Van a pagar las deudas que puedan —pienso, pastos, trabajo y *tó* eso— pero le han dicho a Manolo que al extranjero no le pague.

Me quedé absolutamente estupefacto pero me recobré lo mejor que pude.

—Entonces, Paco —refunfuñé—, si las ovejas eran tuyas antes y ahora otra vez son tuyas y yo las he esquilado, quien me debe dinero eres tú, porque tú eres el que se beneficiará de que estén esquiladas, ¿no?

—Bueno —dijo sonriendo Paco mientras desdoblaba un mugriento trozo de papel que se había sacado del bolsillo—. En otras circunstancias, a lo mejor. Pero este papel dice que las deudas contraídas mientras las ovejas eran de ellos son responsabilidad suya. Por eso son ellos los que tienen que pagarte... y no me parece que lo vayan a hacer.

Trescientas ovejas a 150 pesetas la oveja —un total de 45 000 pesetas— equivalían más o menos a doscientas libras esterlinas. Ese era un dinero que necesitábamos, pero lo que empeoraba todavía más las cosas era el principio: iba a resultar humillante ser engañado de esa manera. Así pues, aquella tarde telefoneé a Manolo, solo para que su madre me dijera que no estaba en casa; y lo mismo ocurrió la noche siguiente y la de después. Pronto me cansé de llamar y me hundí en la tristeza por haber juzgado tan mal las cosas.

Como una semana después de mi conversación con Domingo, Ana me llamó para que saliera a la terraza. Había observado a un hombre a caballo avanzando por el cauce del río hacia nuestro cortijo. Con los ojos entrecerrados a causa de la luz del sol, nos pusimos ambos a mirar la figura que aparecía y desaparecía entre los peñascos.

—Es Manolo del Molinillo —murmuró Ana sorprendida. Mi mujer tiene mucha mejor vista que yo, pero inmediatamente pude comprobar que estaba en lo cierto. Manolo es más alto que la mayoría de los hombres de aquí y más corpulento, y además monta a caballo de una manera tan relajada y natural que es difícil confundirle con otra persona.

Efectivamente, diez minutos más tarde estaba Manolo atando su caballo a un poste de la cerca justo debajo de la casa. Bajé a verle adoptando una expresión fría y neutral que parecía totalmente inadecuada para saludar a un tipo tan simpático como Manolo.

También él parecía sentirse violento y miraba inquieto hacia el suelo en lugar de saludarme con su amplia sonrisa habitual.

—Mmm... Te he *traído* una cosa, Cristóbal.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que me has traído?

Me entregó un gran fajo de billetes.

—Es solo la mitad del dinero que te debo y siento haber tardado tanto, pero han *sío* unos tiempos difíciles. Perdimos una pila de dinero con las ovejas de Paco y he *tenío* que trabajar yo solo para pagar lo que debíamos. He *estao* trabajando *toas* las horas que he *podío* para sacar dinero con que pagar nuestras deudas, y ha *sío* mucho dinero. Te traeré la otra mitad en cuanto gane más, pero ahora no hay mucho trabajo.

Me puse loco de contento. Yo había sabido desde el principio que no había maldad ninguna en Manolo, pero ahora las dudas se habían disipado. Me dirigí a él como a un amigo a quien hubiera perdido tiempo atrás:

—Manolo, ya sabía yo que no me fallarías. Mira, si necesitas más dinero siempre puedes venir a trabajar para mí... bueno, de hecho no me vendría mal algo de ayuda.

Manolo se mostró encantado con la oferta, y con un par de cervezas sellamos el trato. También me contó lo terriblemente mal que lo había pasado durante las semanas de pastoreo en que había intentado mantener el rebaño él solo, para luego descubrir que estaba siendo acosado por las deudas. El recuerdo de esto le hizo estremecerse, pero después me dedicó una sonrisa aún más amplia que antes. Iba a instalarse a trabajar regularmente en El Valero, mientras yo... ¿qué era lo que yo iba a hacer? Ah, sí... iba a sentarme ahí en la «cámara» a escribir un libro.

Manolo comenzó a trabajar al día siguiente de nuestra reconciliación y juntos bajamos al establo para decidir cuáles eran las tareas más urgentes. Cuando vio nuestro tractor se detuvo en seco.

—Vaya, tienes un tractor —dijo sin apenas poder contener su entusiasmo.

—Sí —dije—. Un tractor.

Lo que teníamos delante era un Massey Ferguson 135 de cincuenta años aparcado bajo un naranjo: una magnífica y práctica máquina en que podían verse algunas pequeñas manchas de pintura roja asomando entre el polvo y la herrumbre. La habíamos comprado con un dinero que nos había dejado Grum, que era como llamábamos a la abuela de Ana. A la buena señora, con ciento cuatro años, creo que no le había hecho demasiado infeliz marcharse al otro barrio, aunque quizá habría preferido dejarnos en recuerdo un objeto algo más refinado.

Por mi parte, trataba el tractor con una cierta veneración y veía en él un nuevo comienzo agrícola para El Valero. El único problema era que encontraba difícil armarme del valor suficiente para ponerme al volante. Tal vez se debía al hecho de ser padre, o quizás a las pendientes tan acusadas de nuestro terreno y a todos los accidentes de tractor que tanto gustaba a la gente relatarme. Cualquiera que fuese la razón, sentado en lo alto de aquel exoesqueleto de acero de sobrecogedora fuerza hidráulica me sentía extremadamente vulnerable, un blando y frágil objeto de carne y hueso.

Manolo, por el contrario, no tenía tales reservas y, embelesado, subió de un salto al asiento para empezar a buscar impacientemente la manera de poner en marcha el motor.

—Hay un mando negro —expliqué—. Presiónalo primero y luego dale vuelta a la llave.

Esa fue la primera y la última vez que tuve la supremacía en conocimientos sobre tractores. A partir de entonces Manolo y la máquina se hicieron inseparables, y ya no hubo trabajo con tractor que le arredrara. El tractor tenía un cargador delantero, con el que Manolo comenzó a transformar el paisaje de nuestro cortijo. Allanó las profundas rodadas del camino que conducía a la casa hasta dejar una lisa superficie de suaves contornos; apartó del lugar donde habían dificultado el cultivo unas rocas que hasta entonces habían sido imposibles de quitar; y con la cultivadora labró la tierra de unos bancales tan estrechos que no se habían tocado desde hacía años.

Durante todo aquel proceso Manolo trabajó con un placer que daba alegría contemplar, hasta que un día el tractor decidió escacharrarse en mitad de un campo. Manolo se quedó desconsolado.

Fuimos a consultarle a Domingo, quien dijo que era el perno de seguridad de la caja de embrague. Con el corazón en la boca, Manolo y yo le contemplamos mientras sustituía hábilmente el perno roto por el nuevo.

—Tienes que tener más *cuidao*, Manolo —advirtió—. Como no vayas más tranquilo, el que se te rompa el perno de seguridad va a ser el menor de tus problemas.

Ambos nos quedamos algo preocupados por aquello y le insistimos a Domingo para que nos diera más consejos.

—Menos forzarlo y hacerlo rechinar con el acelerador *pisao* a fondo —advirtió—. Hay que tratarlo como a una mujer.

—Vale. Como a una mujer —musitó Manolo sonriendo no del todo seguro.

Puede que fuera coincidencia, pero a partir de entonces empecé a notar que Manolo prestaba pequeñas atenciones al tractor. Con un trapo suave le frotaba las pocas partes que aún tenían posibilidades de relucir, y a intervalos regulares le engrasaba el motor con aceite. Compró un llavero de plata con una imagen de San Isidro, patrón de los agricultores, y una mañana se presentó con un cojín de lana de colores para el asiento. Siempre que podía encontraba una excusa para llevarse el tractor a casa por las noches y lucirse paseándose en él por la pista de Tíjola.

Durante un tiempo me preocupó que el tractor se hubiera convertido en una obsesión que fuera a reemplazar sus dotes tradicionales de mulero. Manolo tiene dos mulas así como una hermosa yegua baya joven, y cuando alguna persona del valle necesita subir una carga pesada a algún lugar imposible, o labrar un campo en una ladera casi vertical, es a él a quien se lo pide. Con sus bestias puede llevar a cabo tareas delicadas que están más allá de la capacidad de cualquier tipo de maquinaria agrícola.

Me hubiera apenado que perdiera sus dotes, pero no había motivo de preocupación porque Manolo tenía una relación especial con sus mulas y no iba a permitir que perdieran forma; muchas veces, al pasar por la vega las tardes de verano y los fines de semana, le veíamos trabajando con sus bestias.

Entretanto yo intentaba labrarme un nuevo porvenir laboral. Un día, hacia el final de la primera semana de trabajo de Manolo en el cortijo, una vez despachada Chloë en el autobús escolar, me dirigí a la «cámara», me senté ante el escritorio, abrí mi cuaderno de rayas y le doblé hacia atrás el lomo. El ordenador que acababa de desempaquetar se encontraba acusadoramente ante mí, pero traté por todos los medios de ignorarlo mientras cargaba la estilográfica. «*On with the job* —me dije con determinación—. A la faena...».

Sin embargo a los pocos minutos me había puesto a mirar fijamente la máquina de despinochar que había colocado en el rincón. Me imaginaba a mí mismo dándole vueltas a la gran manivela de madera hasta que el gran volante de hierro se ponía a zumbar girando como una peonza, listo para que se le introdujeran unas panochas de maíz. Ya veía el maíz meneándose y saltando a continuación un poco, antes de desaparecer de pronto entre los dientes del interior de la máquina, de cuya boquilla surgía entonces una rociada de granos que caían al cesto repiqueteando. Tenía que haber muy pocas maneras mejores de pasar una hora o dos que dándole vueltas sudando a la manivela mientras se veía cómo iba aumentando la cantidad de grano en el cubo, al mismo tiempo que el montón de farfollas rojizas iba creciendo junto a la máquina con la promesa de una cálida lumbre las heladas noches de invierno, ya que las farfollas son un material maravilloso para encender el fuego de la chimenea.

Tras exhalar un suspiro miré sin entusiasmo el ordenador de plástico barato y me dispuse a garabatear de nuevo en mi cuaderno. En los entresijos de mi cerebro se puso en marcha una ruedecita; desenrosqué la estilográfica y escribí una frase corta. Entonces volví a cargar la pluma y empecé a escuchar los sonidos del cortijo. Oía el ruido del tractor de Manolo trabajando junto al eucalipto, y me puse a pensar amargamente que eso era precisamente lo que yo quería hacer, trabajar ahí fuera con un tractor, en lugar de mirar fijamente una hoja de papel para intentar ganar dinero con que pagar a Manolo para que lo hiciera él. Entonces el ruido del motor se

extinguió y empecé a oír el arrullo de las palomas contra el telón de fondo de millones de cigarras.

El aire del interior de la «cámara» se iba haciendo asfixiante a medida que el sol de mediodía calentaba el delgado techo de hormigón. Extendiendo los codos sobre la mesa apoyé la cabeza en la parte blanda de mi antebrazo y me quedé beatíficamente dormido. Más tarde, solo sé que me desperté al oír silbar a alguien fuera e, inmediatamente después, abrirse con gran estrépito la puerta. Y ahí estaba Manolo sonriendo algo desconcertado.

—¿'Tás escribiendo?

—Bueno, intentándolo. ¿Y tú, qué estás haciendo ahí abajo?

—He *labrao* el campo del establo y luego lo he *sembrao* de hierba...

—¿Has pasado la grada?

—No, mañana me traeré las mulas para hacerlo. Y he *regao* la alfalfa, las tuberías estaban *atascás* y he *tenío* que desmontarlas *toas pa'quitarles* la mugre, había un tapón que *pa'qué*. Es ese viento que ha hecho, que ha *llenao* la acequia de palos, hojarasca y pétalos de adelfa y *tó* eso ha *acabao* en las tuberías. ¿Cuándo vas a hacer ese filtro del que siempre estás hablando?

—Lo siento. A ver si puedo ponerme a hacerlo mañana...

—Bueno. Y también he puesto bien el almiar y he *arreglao* el bebedero de los carneros, y he *atao* los tomates...

Miré la hoja de papel que tenía ante mí en el escritorio. Manolo iba avanzando poco a poco para intentar echar un fugaz vistazo a mi trabajo de la mañana, y me apresuré a taparlo con el brazo.

Manolo miró detenidamente la habitación.

—Muchos libros —observó.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y cómo va tu libro?

Dirigí la mirada al escritorio y pensé en la formidable cantidad de tareas que había conseguido hacer Manolo durante la mañana. En la hoja de papel estaba escrita la frase: «Capítulo I. Llegada a El Valero»; cogí la pluma y le añadí un punto.

—No va mal —mentí—. No va mal.

Hacia las cinco o seis de la tarde el calor empieza a amainar un poco y la jornada agrícola toca a su fin. Manolo había venido a la casa a tomarse una cerveza. Estábamos sentados en el patio, Manolo dándonos por turno afectuosas palmaditas a los perros, acostados fervorosamente a su alrededor, y yo sentado junto a él bebiéndome a sorbos un té de menta mientras discutíamos las cosas que había que hacer en el cortijo.

—Tendrás que comprar abono artificial *pa' echarle* a la alfalfa —dijo Manolo.

—No, Manolo —repliqué—. Ya sabes que nos estamos inscribiendo como productores ecológicos, por lo que no podemos utilizar productos químicos de ningún tipo, ni abono artificial.

—Pondremos estiércol, entonces...

—Sí, estiércol y mantillo...

—Entonces, ¿abono no? Parece una lástima no echar siquiera un poco de abono.

—Mira, Manolo. Tú sabes que la gente de aquí utiliza demasiados productos químicos, que luego van al río y envenenan los peces. Y los pájaros también. Acuérdate de cómo estaba esto antes, cuando empezaste a venir a limpiar la acequia. Romero tenía este sitio tan saturado de productos químicos venenosos que nunca se oía cantar a los pájaros, y ahora, escucha...

Nos pusimos a escuchar mientras seguíamos sentados. Mezclados con el sordo rugir del río y el sonido de la brisa en el eucalipto nos llegaba el canto de las oropéndolas doradas, los mirlos, las alondras de algún que otro tipo y hasta un ruiseñor tardío.

—En Tíjola no se oye cantar a los pájaros —comentó Manolo—. Y llevas razón, los productos químicos los envenenan. *Tós* los días me encuentro media docena de pájaros muertos.

—Exactamente, y esos habrían sido precisamente los pájaros que se habrían comido los insectos que acaban con las cosechas. Hay que lograr un equilibrio entre la naturaleza y la agricultura, y una vez que empiezas a bombardear el campo con productos químicos destruyes ese equilibrio y las

plagas se descontrolan. Y además creo que merece la pena recolectar un poquito menos de cada producto simplemente por el placer de escuchar el canto de los pájaros.

—Sí, llevas razón... pero aún así parece una lástima no poner siquiera una *mijilla* de fertilizante en la alfalfa.

Encargamos a Barcelona una carga de fertilizante ecológico, lo cual apaciguó un poco a Manolo. Se trataba de humus de lombriz o algo semejante: una turba negra y arenosa con unos poderes de retención de agua al parecer extraordinarios, que es justamente lo que hace falta aquí, pues el factor de retención de agua de nuestra tierra es nulo. Se suponía que un kilo de este producto retenía diez litros de agua.

Mis discusiones con Manolo las considero como una especie de cruzada por el planeta. Si logramos convencerle de los beneficios de la agricultura ecológica, bajaremos a predicar al pueblo, y cuando caiga Tíjola no pasará mucho tiempo antes de que Tablones, Las Barreras y hasta Órgiva empiecen a ver las cosas desde un punto de vista diferente.

Un día de junio pareció que al fin se había producido el avance decisivo. Manolo subió con gran estruendo las escaleras y franqueó la cortina de flecos como una exhalación.

—Mira lo que tengo aquí —dijo jadeante. Llevaba en los brazos un melón, enorme y perfecto—. Vaya meloncillo —dijo con entusiasmo—. Y sin una gota de abono —añadió, como si todo hubiera sido idea suya.

(Antes de continuar debo explicar que una de las grandes idiosincrasias del idioma español, y en particular del dialecto andaluz, es el uso constante y excesivo de los diminutivos, utilizando los sufijos *-ito* o *-illo*. Pero realmente no se trata tanto de tamaño como de una expresión de entusiasmo por el objeto en cuestión. Especialmente entre la gente del campo, este fenómeno puede a veces estar totalmente fuera de control. Así, «un vinillo» resulta una expresión bastante razonable para referirse a un pequeño vaso de vino, pero ¿«un vasito de agüilla»? Ni que decir tiene que la exclamación «¡vaya pedazo de meloncillo!», apenas contaría como una contradicción en sí misma).

Aquel verano, como para remachar el mensaje ecológico, tuvimos nuestra primera cosecha excepcional de patatas. Mientras intentábamos aprovechar al máximo esta superabundancia vegetal tuvimos que renunciar a la idea de llevar a cabo cualquier otra tarea, lo cual me resultaba un tanto frustrante porque por fin me había espabilado y había redactado suficientes páginas en el ordenador para enviar un disquete a mis amigos editores, que ya estaban esperando recibir más. Pero la llamada de las patatas era urgente, y cada tarde dedicábamos más y más tiempo a lavarlas y meterlas en sacos, arrojando a la chumbera las que se encontraban en mal estado. Ana y yo trabajábamos juntos, con la ayuda esporádica de Chloë, y, mientras pasábamos tarde tras tarde inclinados sobre montañas de patatas y unos barreños de agua repugnante, de vez en cuando nos preguntábamos si merecía la pena. Una patata se vende a peseta o poco más y, con un poco de suerte, en una hora apenas llegaríamos a embolsar cien patatas entre los dos. Como bien puede imaginarse, era un trabajo duro y poco gratificante, pero así es la agricultura: patata tras patata tras patata, cada una de ellas lavada sucesivamente en dos barreños y puesta a secar al sol.

Las apilamos en un edificio anexo, oscuro y bastante fresco, y nos pusimos a preparar platos a base de patatas para celebrar nuestra producción propia: patatas al romero, asadas en un horno muy caliente con aceite, una mata entera de romero, ajo y aceitunas; «aligot», un puré ligerísimo a base de patatas cocidas con queso, nata y ajo, batido hasta un punto en que hay que sujetarlo en la sartén para que no se vaya flotando; y hasta probamos una receta para un postre, fundamentalmente puré de patatas con chocolate líquido, que no fue ningún éxito.

Y entonces les dio la roya. Por el suelo junto a los sacos aparecieron unos charcos mugrientos y mefíticos de un líquido negro, y cuando volcamos los sacos retrocedimos horrorizados. Una patata con roya se convierte en un lodo maloliente. Cuando se le hunde un dedo en la piel te encuentras con una sustancia parecida a las aguas residuales, y esto te hace pensar en el sufrimiento que tuvo que suponer la hambruna de la patata en Irlanda: las multitudes de indigentes muertos de hambre asistiendo desesperados a la apertura de los ensilados, solo para encontrarse con un fango blanquecino maloliente; y los miles de personas muriéndose con la

boca verde a causa de la hierba que intentaban comer mientras por el Liffey bajaban grandes barcos repletos hasta los topes de cajones de alimentos para exportar a Inglaterra. Las fuerzas del mercado salvarían la situación. Una patata con roya me recuerda a eso...

Como para compensarnos por nuestra mala suerte con las patatas, Manolo aumentó sus obsequios de alimentos y frutas procedentes de su parcela de Tíjola. Tras atravesar el puente, llegaba cargado de bolsas de plástico llenas de queso fresco de oveja, tomates, cebollas, berenjenas y los correosos pimientos verdes locales.

Pensándolo bien, Manolo se había convertido en parte de la familia. Además de su trabajo en el cortijo, también nos ayudaba a llevar y traer a Chloë del colegio. Yo solía encargarme de hacer el viaje de la mañana, que combinaba de vez en cuando con una visita a la oficina de correos para mandar la siguiente entrega del libro, y muchas veces Manolo iba a esperarla al autobús al final de la jornada. Para ello utilizaba una vieja moto de *motocross* que un amigo había dejado en el cortijo, y la manejaba como si se tratara de un caballo, haciéndola pasar con habilidad entre las rocas y las pozas del río. Mi propia técnica era un poco temeraria, y en más de una ocasión Chloë y yo habíamos acabado en el río. No había lugar a dudas: cuando se trataba de las cosas auténticamente de hombres —aparte de la esquila de sus ovejas y las mías, la única tarea en la que aún me defiendo bien— yo no estaba a la misma altura que Manolo del Molinillo.

Esperando a Juan

Cuando sube hasta la casa a media mañana para hacer una pausa en su trabajo, Manolo tiene la costumbre, unos tres segundos antes de aparecer por entre la cortina de flecos de nuestra cocina, de ponerse a silbar desafinando terriblemente. Se trata de un considerado aviso de su llegada, pero no es suficiente para evitar que me pille en el acto —*in flagrante fregantis*, como lo llama Ana—, es decir, fregando los platos sumergido hasta los codos. Manolo se detiene, y su cara enrojece de vergüenza al mirar primero a Ana leyendo el periódico en el sofá y luego a mí cubierto de espuma en el fregadero.

—¿'Tás fregando? —dice tentativamente.

—Eso —asiento—. Fregando...

Como para indicar esta anomalía, asiente con la cabeza.

Después, a la hora de comer, Manolo suele silbar de nuevo al llegar y generalmente me encuentra junto a la cocina.

—¿'Tás cocinando?

—Eso, cocinando —le respondo.

Ahora bien, a mí me encanta cocinar. Lo considero uno de los grandes placeres de la vida que solo puede ser mejorado mediante su práctica constante, y no me importa demasiado fregar después unos cuantos platos y cacharros. Sucede que Ana detesta ambas tareas pero demuestra una peculiar tolerancia, que yo exploto al máximo, hacia la limpieza, la compra y el lavado de la ropa. Y así nos repartimos las tareas cotidianas de un modo razonablemente equitativo.

Sin embargo esto no es lo normal entre los hombres alpujarreños. Cuando trabajan, lo hacen como mulas durante todo el día, pero cuando terminan, se acabó: descansan, echan un trago y extienden sus extremidades doloridas mientras sus mujeres les sirven, descansadas tras toda una ronda de quehaceres domésticos y trabajo en el huerto y en los campos. Por supuesto que hay algunos hombres que a veces ayudan en el huerto, con el cuidado de los niños o que hasta ponen en práctica algunas ideas culinarias —véase la confección de mermelada de Domingo—. Pero se trata de algo bastante inusual. Tendría que ser muy valiente el hombre que interrumpiera una charla sobre temas de caza o derechos de agua en un bar del pueblo con una nueva receta de *soufflé* de castañas.

A decir verdad, una parte de mí se encoge cada vez que Manolo me descubre en la cocina. Su «'Tás fregando» tiene un cierto tono que me hace cuestionarme a mí mismo y preguntarme si todo está como es debido con el tema de la hombría. No es que Manolo diga nada en particular, la verdad, pero su tono y su mirada levemente avergonzada tienen un efecto peculiarmente turbador. Me recuerda, me temo, a mis propias reacciones ante Eduardo, un frugívoro fundamentalista *okupa* de una casa a medio construir en la vega de Tíjola. Eduardo es un fundamentalista en cuanto que no solo se alimenta exclusivamente de fruta, sino que solo come la fruta caída; «el árbol debe dar sus frutas sin que se le coaccione arrancándolas», explica. Como puede uno imaginar, esta no es una dieta muy fortalecedora y, cuando los árboles resultan más generosos de lo normal, tiene que acarrear su recolecta a casa en pequeños sacos, como si fuera una hormiga transportando los pedacitos de una hoja.

Nada de esto debería importar, salvo que a veces hay momentos en la vida en que resulta útil tener fama de macho. Por ejemplo, el verano de después de mi vuelta de Suecia, en que corrió la voz de que Juan Gallego, un pastor de los alrededores, andaba empeñado en asesinar primero a su examante y después a mí.

El episodio había comenzado una tarde de julio en la carretera a las afueras de Órgiva. Me encontraba de pie junto a mi coche, hablando con un

primo de Manolo, cuando de pronto se oyeron unos gritos y unas voces, y apareció dando trompicones por la curva una mujer en estado de histeria.

—Ayúdela, por favor —farfulló—. ¡Va a matarla, se ha vuelto loco de remate, vaya para allá, por Dios...!

—Espere —le dije—. Dígame lo que quiere que haga y qué es lo que está pasando y dónde...

—¡Vaya *usté* para allá nada más, por favor, por ahí! —imploró.

Así pues, subí al coche y fui en la dirección que me había indicado la mujer, preguntándome en qué demonios me estaba metiendo pero sabiendo que en cualquier caso tenía que ir. Tras recorrer aproximadamente un kilómetro me encontré con dos personas que estaban de pie al lado de la carretera. Una de ellas era Petra, una menuda danesa de pelo largo color castaño claro con el que se cubría la cara en un vano intento de ocultarse tras él. La otra era su amante Juan, un hombre a quien yo conocía un poco por haber esquilado sus ovejas unas cuantas veces. Aunque apenas más alto que Petra, de algún modo su fiera mirada amenazadora le hacía parecer mucho más alto que ella.

Petra recibió mi llegada con una mirada aterrorizada.

—Por favor, no me dejes sola con él, Chris, va a matarme.

—Cristóbal, ¿qué haces tú aquí? —preguntó Juan con una mirada de furia.

Salí del coche y Petra me explicó lo mejor que pudo lo que pasaba.

—Voy a dejarle, Chris. Ya no aguanto más sus malos humores ni su violencia. Y él no puede aceptar que me vaya tal cual, y no hace más que agarrarme, sacudirme y tratar de hacerme decir que me quedo. Y ahora está diciendo que va a matarme. Hemos llamado a la policía pero, por favor, no me dejes sola con él. Quédate hasta que llegue la policía.

Petra estaba ahora llorando y frotándose los brazos llenos de moretones.

—De acuerdo —dije—. Me quedaré hasta que me digas que ya puedo irme.

Todo esto lo habíamos dicho en inglés. De alguna manera no parecía ser necesario traducirlo en atención a Juan.

—¿Qué estáis diciendo? Hablar en español —gritó.

—Petra me está diciendo lo que pasa y yo voy a quedarme aquí hasta que me diga que puedo marcharme —le contesté a Juan.

—Puedes irte ya. Yo no te quiero aquí.

—No, aquí me quedo hasta que Petra me diga que puedo irme —repetí.

Juan se erizó —un hombre corpulento, con la mayoría de los dientes saltados, la nariz bien rota y un bigote de tres días— y vino hacia mí con los músculos tensados. Me mantuve firme.

—Cristóbal, un hombre no se mete entre otro hombre y su hembra —bramó.

—Sí se mete cuando hay violencia, Juan, así que aquí me quedo.

Poco a poco, a medida que nuestro grupo se movía hacia adelante y hacia atrás entre la casa, de la cual Petra estaba sacando sus posesiones, y la furgoneta, en donde las estaba colocando, Juan comenzó a volverse agresivo conmigo. No me pegaba, pero se sucedieron todos esos empujones con el pecho inflado que los hombres se dan uno a otro como preludio a estamparse los puños en la cara.

—Antes éramos amigos, Cristóbal —masculló Juan—. Pero ahora tienes en mí a un enemigo de verdad.

En cualquier caso, hice lo que me correspondía y me pegué a Petra como una lapa, y después de como media hora apareció un coche patrulla de la Guardia Civil del que se bajaron dos guardias. Uno de ellos era un hombre joven de aspecto agradable que evidentemente estaba en período de pruebas, y el otro un hombrecillo de grueso bigote gris que se pavoneaba como un gallito.

—Enséñeme los papeles, el pasaporte... —le espetó a Petra—. Y usted —dijo volviéndose hacia mí—, ¿qué está haciendo aquí?

—Estoy aquí para asegurarme de que mi amiga no sufra ningún daño.

—Pues ya se puede largar —me dijo lanzándome una mirada de desprecio.

—Me quedaré hasta que esta mujer me diga que puedo marcharme —le repliqué con lo que confiaba fuera un tono desdeñoso. Saltaba a la vista que este pequeño y noble guardián de la ley pensaba que, si Juan quería darle una paliza a su novia, era asunto suyo y ninguno de nosotros tenía que entrometerse.

El gallito desapareció en el interior de la casa con Petra para comprobar sus papeles, y Juan y yo nos quedamos fuera a oscuras con el joven aprendiz. Juan todavía se mostraba agresivo conmigo.

—No vas a llegar vivo esta noche a tu casa, Cristóbal —dijo.

—Juan —le advertí—, bien está amenazar a un hombre, pero hacerlo delante de este señor guardia no puede ser más que una imprudencia, ¿no?

La porra y la pistola del policía, así como su absurda gorra verde, hacían que me sintiera algo envalentonado.

Al final la Guardia Civil escoltó a Petra al cuartelillo, y al irse esta última me aseguró que tenía unos amigos que la recogerían y que con ellos estaría bien.

—Gracias, Chris —me dijo—. Ya no me pasará nada.

Subí al coche y regresé a casa. Ana y yo nos sentamos fuera a cenar, como se suele hacer las noches calurosas de verano, mientras Chloë dormitaba en el sofá. A mitad de la comida sonó el teléfono y Ana lo cogió.

—Quiero hablar con Cristóbal —se oyó que decía una voz airada.

—Diga —respondí, solo para oír como colgaban el teléfono de un porrazo—. Sería Juan —aventuré—, comprobando si estoy en casa para así poder venir a matarme.

La llamada ensombreció un tanto el resto de la cena. Nos sumimos en el silencio y hasta se oía el tintineo de los cubiertos y el borbotear del vino al ser vertido en los vasos. A las doce, Ana se levantó de la mesa.

—Estoy segura de que estarás bien, Chris, pero dame una voz si oyes algo que te preocupa —dijo, haciendo todo lo posible por aparentar que no le daba importancia al asunto, tras lo cual me dio las buenas noches con un beso sorprendentemente tierno y se fue a la cama con Chloë. Yo me fui al tejado, donde a menudo dormía las noches de verano, y coloqué una azada debajo de la cama.

Pues bien, una azada es una herramienta bastante contundente. Un buen golpe en la cabeza probablemente acabaría en una grave herida o en la muerte. Pero por otro lado calculaba que si Juan hacía el esfuerzo de llegar hasta aquí en plena noche no iba a ser para traerme un ramo de flores.

Vendría a acabar conmigo, pues parecía tan irritado por mi papel en el episodio de la tarde como por la pérdida de Petra. Estaba en juego su orgullo.

Una de las cosas extrañas sobre este suceso era que me había dejado una especie de sentimiento de culpabilidad, como si hubiera ofendido algún instinto animal básico y Juan tuviera razón al pretender darme una paliza o algo peor. Me preguntaba cómo me habría sentido si la situación hubiera sido al revés. Seguro que me habría alegrado de tener a alguien ahí que me impidiera seguir dando puñetazos, es decir, una vez que me hubiera calmado, ¿no? Habría dado mucho en aquel momento por saber si Juan compartía esta opinión.

El tejado que había elegido como dormitorio para el verano cuenta con una vista panorámica en todas direcciones y está un poco más en alto que el resto de la casa. Juan no podría verme en la cama a menos que hubiera decidido acercarse arrastrándose por detrás, pero esto le supondría dar deliberadamente un rodeo muy largo por las montañas. Había una luna casi llena, por lo que yo vería a mi enemigo mucho antes de que él me viera a mí, suponiendo, claro está, que no me quedara dormido.

¿Qué ropa se supone que debes ponerte en la cama cuando estás esperando a que alguien venga a matarte? Era una noche calurosa y lo que suelo ponerme las noches calurosas es absolutamente nada. Sin embargo no estaría bien tener que echarme algo por encima antes de empezar a defenderme aunque, por otro lado, un hombre desnudo blandiendo una azada dista mucho de parecer un temible oponente. Decidí utilizar como traje de batalla una camiseta y unos calzoncillos, con unas sandalias que coloqué bajo la cama junto a mi arma, dispuestas para poder ponérmelas en un instante.

Me acosté de espaldas y me puse a mirar el luminoso cielo. Había demasiada luz para dormir así, por lo que me di la vuelta y empecé a mirar por encima de la almohada los ríos y valles iluminados por la luna. Intenté respirar sin hacer ruido para así poder oír las posibles pisadas furtivas por encima del suave susurro del río. Entonces me cansé de esa postura y me di de nuevo la vuelta, palpando rápidamente la azada para cerciorarme de su presencia.

Todo esto era un feo asunto. Me parecía una mala suerte tan injustificada el encontrarme en un tejado iluminado por la luna preparándome para luchar por mi vida en calzoncillos con una azada. La vida, que hasta ahora me había parecido bastante buena, de pronto se me antojaba todavía más deleitosa. Palpé de nuevo mi azada y me di otra vuelta. Un coche penetraba lentamente por el valle. Podía ver la luz de los faros en las oscuras rocas por encima de La Herradura. Ahí estaba Juan. Era muy tarde: ¿quién más iba a venir a estas horas de la noche? Disponía de un buen cuarto de hora antes de que llegara hasta aquí, suponiendo que dejara el coche al otro lado del río; y tendría que hacerlo, porque no iba a venir en coche hasta el mismo cortijo y perder lo que él consideraba la ventaja de la sorpresa.

Me puse los pantalones, me abroché las sandalias y agarré la azada, sentándome luego unos momentos en la cama. De nuevo se había hecho el silencio; el coche había desaparecido en el interior del valle. Sopesé la azada. Ahora bien, ¿cómo se golpea a un hombre con una azada? ¿Se le rompe la cabeza con la parte de atrás? ¿O se adopta una táctica de lucha libre y se acaba con el cabrón de una vez por todas partiéndole en dos por la mitad con la hoja?

No estaba seguro, pero probablemente quedaría clara la técnica a medida que se avivara el combate. Subí un poco por la ladera para poder ver el puente. Tuve el tiempo justo para ver cómo las luces tomaban la pista que iba hacia Carrasco. No se trataba de Juan, pues, sino de algún visitante nocturno para nuestros vecinos del otro lado del río.

Regresé a la cama. Me puse a pensar en Petra y Juan. Había creído que su *affaire* era romántico, pero tal vez no lo era. Petra era generosa, *sexy* y optimista, y siempre se apuntaba a hacer algo interesante. Se había venido a Órgiva cuando se cansó de su trabajo de oficina en Copenhague, y se había enamorado de un tipo hispanomarroquí de Ceuta. Juntos iban y venían a Marruecos, buscando artefactos para vender en un puesto del mercado. Más tarde Paco, su pareja, decidió irse a la India a trabajar con su karma, mientras que Petra trabó amistad con un artista de instalaciones y soldador a tiempo parcial a quien había conocido en Alicante. Las cosas parecieron ir bien durante un tiempo y mi amiga volvía llena de alegría con su nuevo

amante a pasar temporadas con sus amigos en los pueblos de las montañas. Pero entonces un día, mientras me encontraba deambulando por los cerros de la Contraviesa, de pronto me vi en medio de un gran rebaño de ovejas detrás del cual, cuidando de ellas con un palo y un par de perros de aspecto zarrapastroso, iba Petra, la misma Petra que había trabajado una vez en el departamento de compras de una compañía de telefonía móvil adquiriendo material de oficina.

Las ovejas, dijo, pertenecían a Juan. Yo conocía un poco a Juan y me había parecido un tipo de hombre callado y reservado a quien apreciaba. Petra prosiguió contándome cómo había decidido unir a él su suerte y se había trasladado a su destartalado cortijo para compartir su vida de pastor. A veces me la encontraba en el pueblo en su furgoneta, cargándola con sacos de pienso y pertrechos de pastor. Y un día me contó que los dos habían dejado el rebaño a cargo de unos primos y se habían ido de vacaciones a recorrer España en la furgoneta, algo que Juan nunca habría soñado con hacer antes.

Así pues, en general parecía que Petra enriquecía la vida de Juan, y Juan y su existencia pastoril eran como una revelación para Petra.

—Es maravilloso, Chris —me decía con entusiasmo—. Me ha revelado todo un mundo nuevo para mí. No puedes imaginarte el placer que me produce vivir en la montaña con las ovejas, aprendiendo a conocer esta nueva forma de vida.

Mientras decía esto, sus ojos relucían de excitación, por lo que yo sabía que realmente era así.

Y ahora estaba aquí, solo a la luz de la luna con mi azada, esperando a Juan que venía de camino para matarme. No podía evitar sentirme decepcionado sobre todo ello. Me di la vuelta y me puse a escuchar los sonidos de la noche. Un insecto zumbaba, otro silbaba hasta que se detuvo cerca de mi oído. En el río un mochuelo empezó su monótono ulular —uh... uh... uh...— un sonido capaz de hacerte enloquecer. Una tía de Ana, la tía Ruth, había venido desde Brighton para pasar con nosotros un fin de semana.

—¿Estáis seguros de que no hay ninguna fábrica por aquí? —nos había preguntado, escudriñando temerosamente la negrura absoluta de la noche de

montaña.

—No, que nosotros sepamos —contestó Ana con acritud.

—Pero ese ruido —dijo Ruth— suena de modo tan parecido a gente que estuviera fichando a la salida del trabajo.

Me puse a escuchar al mochuelo y a recordar un poco la visita de la tía Ruth. Había hablado con gran entusiasmo sobre el cortijo: «Qué maravilla el vivir libres y salvajes en las montañas, bebiendo agua de la fuente, tan lejos del barullo, del ajetreo, de la febril competitividad de la vida moderna, y no atrapados en un atasco interminable de tráfico en la selva de hormigón», y había conseguido empalmar un tópico tras otro. Más tarde descubrimos que había tenido tanto miedo del agua del manantial que se había lavado los dientes con gaseosa.

Me quedé dormido durante un rato, pero de pronto me di cuenta de que los perros estaban ladrando furiosos —el ladrido dedicado a los intrusos—. Vuelta a ponerme los pantalones, a agarrar la azada, buscar a tientas las gafas junto a la pata de la cama. Los perros se estaban volviendo locos; alguien merodeaba por los alrededores de la casa. Ya había llegado el momento. «¡Adelante, cabrón! ¡Ven a que te dé lo que te mereces!», me dije a mí mismo en voz alta, cobrando ánimo con el sonido de estas palabras y su sentido de violencia inminente. Miré hacia abajo desde el tejado con ojos escrutadores. Nada, ni un sonido. Pero los perros seguían ladrando, enfurecidos por la presencia de algo.

Y entonces lo oí. Era el grito de un zorro en el valle, ese aullido de añoranza salvaje, la síntesis de toda la violencia, la ferocidad y el horror de la noche, una llamada que te estremece la sangre, y que vuelve chiflados a los perros. Es la llamada de la selva, y hace que los perros se sientan culpables de su ruina moral mientras dormitan en la alfombra junto al fuego. Les recuerda la manera como deberían ser —no unos seres que confraternizan con gatos, que desayunan zampándose su comida para perros con galletas y que caminan obedientes al extremo de una correa—. «Venid conmigo —les dice la llamada del zorro—, así es como hay que vivir la vida, corriendo por los bosques las noches estrelladas, masacrando corrales enteros de gallinas obesas, deleitándose con sus gritos de terror. Vamos,

comodones y mimados gandules, venid a por ello». ¿Cómo no va a sacar de quicio a los perros este grito?

Me volví a la cama, casi apesadumbrado por la falta de acción. Me resultaba difícil conciliar el sueño, ya que la noche era sencillamente demasiado emocionante y, además, si Juan lograba clavarme su cuchillo, bien podría esta ser la última noche de mi vida. Me parecía, pues, una lástima desperdiciarla durmiendo.

La luna siguió bajando hasta esconderse detrás del Cerro Negro, y el cielo se llenó de estrellas. Dirigí la vista hacia la Vía Láctea y recordé cuando de niño me quedaba despierto en la cama escuchando los horrores de la noche, los movimientos y crujidos causados por la vieja casa de mis padres o, lo que era más probable, por los aterradores diablos y seres demasiado horrorosos de nombrar al salir lentamente de debajo de la cama. Siempre me sorprendía un poco ver el sol por detrás de las cortinas al despertarme y descubrir que había conseguido pasar otra noche más. Pero con el transcurso de los años me acostumbré a superar mis temores, y esta era la primera noche que me había sentido inseguro desde hacía mucho tiempo.

Mientras pensaba en las estrellas durante esas horas oscuras que preceden al amanecer, comencé a sentirme más seguro de poder llegar hasta la mañana. Pero entonces le oí —claro que tenía que elegir la hora más oscura—. Se movía sigilosamente por entre los matorrales en el cerro justo por encima de mí. Desde ahí podía verme antes de que yo le viera. Me quedé helado de miedo, tanteé de nuevo el suelo buscando mis gafas y me puse a esperar tiritando junto a la cama, azada en ristre. Estaba tan cerca que se oía su respiración. Entonces oí una cautelosa pisada y el ruido que hacía un matorral al romperse. Agarré fuerte la azada. A continuación le oí toser, y después el sonido de un gigantesco pedo. Ningún hombre podía ventosear tan fuerte, ni siquiera el temible Juan. Era Lola, la yegua, y ahora podía oírla masticando tranquilamente entre las matas de romero.

Un gallo cantó a lo lejos y después otro, y el mochuelo cesó de ulular. La luz del sol fue aumentando poco a poco, se me posó una mosca en la nariz y supe que había llegado la mañana. Juan ya no vendría. Tampoco vino a la noche siguiente.

Cuando le conté a Manolo este asunto me miró con gravedad.

—¿Juan? —dijo—. ¡No te metas con Juan! Está loco. ¡Juan mata *pa'divertirse!* Ya sabes que mató al Pepe Díaz, ¿no? Tiene fama de peleón, hasta la Guardia Civil le tiene miedo; bueno, esos le tienen miedo a *tó* el mundo, pero sobre todo a Juan. Lleva siempre un navajón metió en la bota. Es un tipo de *cuidao*. Cristóbal, ahora sí que te has *metío* en una buena.

—Gracias —le repliqué—. Eso me tranquiliza mucho. ¿Pero cómo sabes tú todo eso?

Manolo puso los ojos en blanco.

—Trabajé *pa'Juan* el año *pasao*, sacando el estiércol del establo de sus ovejas. Ese cabrón tiene muchas fuerzas. Es capaz de levantar una mula con una mano. Y tiene un genio de mil demonios... antes me metería con un jabalí que con Juan.

—Por lo menos —repliqué manteniendo una fachada de optimismo— no vino a pillarme anoche ni anteanoche. Ya no creo que vaya a molestarse en venir a matarme. A lo mejor me he escapado...

—Pues yo no contaría con eso. Seguramente te agarrará en la Feria, que es cuando se hacen esas cosas aquí. Estará borracho y con ganas de pelea, y furioso por haber *perdió* a su rubia. Sí, será en la Feria cuando te pille.

Manolo me sonrió feliz.

La Feria de Órgiva era a la semana siguiente. El asunto de Juan podría hacerla algo más interesante que de costumbre. La Feria supone unos días de increíble cacofonía en los que la gente del pueblo se vuelve loca entregándose a su pasión por el ruido. En la Feria todas y cada una de las atracciones tienen su propio sistema de sonido, a cual más ensordecedor. Por las calles se alinean puestos de dulces vivamente iluminados y tómbolas donde puedes ganar peluches fosforescentes de poliéster, los cuales a su vez tienen su propia música emitida a aproximadamente diez veces el nivel de decibelios necesario para dejarte sordo como una tapia. Mientras tanto, los bares de la plaza tienen unos sistemas de sonido del tamaño de pequeñas

casas que retumban y golpetean día y noche, haciendo imposible el mantener el menor asomo de conversación. Sin embargo los lugareños se quedan ahí sentados charlando como si tal cosa. Creo firmemente que los españoles tienen unos oídos más evolucionados que el resto de nosotros.

Por si fuera poco el ruido, la Feria es también la época del año en que se levanta el viento. Llega poco a poco desde lo alto de la Contraviesa, ganando velocidad a medida que se precipita por los barrancos y gargantas, y rugiendo luego al subir desde el puente de los Siete Ojos hasta entrar a ráfagas huracanadas en el pueblo llevando por delante bolsas de plástico y latas de cerveza. Gime y aúlla al dar la vuelta a las esquinas, lleno de tierra y gravilla que se te mete por los ojos y la nariz y te produce dentera cuando estás en la plaza comiéndote la paella comunal.

Lo único que salva a la Feria de Órgiva es el puesto de los pinchitos, donde puedes pasar hora tras hora apoyado en la barra de chapa zampándote unas bien sazonadas brochetas de cerdo y bebiendo jerez seco caliente en un vaso de papel. Es el recuerdo de esto —junto con el hecho de que a Chloë le gusta pasearse por la Feria con sus amigas del colegio— lo que me hace volver cada año. Pero, además, en esta Feria tenía que dejarme ver. No iba a permitir que un pastor homicida me intimidara y me hiciera perderme los placeres de las fiestas... aun cuando fuera capaz de levantar una mula con una mano y aun cuando llevara un navajón de diez pulgadas.

Casi tan pronto como llegamos al pueblo Ana, Chloë y yo, descubrí a Juan charlando con un par de amigos en la calle. Estuve a punto de acercarme a él en seguida para airear mi masculinidad, pero Ana me lo imposibilitó yéndose y dejándome solo con Chloë. Una jugada inteligente, pues ella sabía que yo no consideraría una pelea el más edificante de los espectáculos para mi hija de seis años.

Después que se hubo ido Chloë con sus amigas, me instalé un rato en el puesto de los pinchitos y me puse a esperar a encontrarme con Juan. Manolo y Domingo estaban en el bar, y para consolarme Domingo me aseguró que Juan pensaba que yo había sido amante de Petra —¿por qué otra razón iba a intervenir?— y que su ira no se había apaciguado.

Pero Juan no volvió a aparecer.

Algunas semanas después de la Feria me encontré con Petra en el pueblo por primera vez desde la noche de la violencia. Me dio un caluroso abrazo.

— ¡Por el amor de Dios, Petra, déjame! — dije echándome hacia atrás—. ¿Acaso quieres hacer otra vez que me maten?

—No, no te preocupes, Chris. Solo quería darte las gracias por haber estado tan fenomenal aquella noche.

—Bien está decir «no te preocupes», pero hay por ahí un loco peligroso con un cuchillo bien grande y, si ve a su rubia echándoseme encima en la calle principal, me hace picadillo.

—Oh, Juan no es malo. No es para nada un loco peligroso. De hecho, tengo que darme prisa porque ahora voy a recogerle para llevarle al hospital...

—¿¡Que vas a hacer qué!?

—Tiene piedras en el riñón y el dolor le vuelve loco. Por eso en parte se mostraba tan agresivo aquella noche; estaba loco de dolor y yo me había negado a llevarle al hospital.

—Petra, ¿por qué diantres no me dijiste nada de eso entonces? — pregunté consternado.

—Tal vez yo estaba equivocada aquella noche. Juan es normalmente tan manso como un corderito. Pero tengo que irme corriendo. ¡Hasta luego!

Le conté a Manolo lo que me había dicho Petra.

—Ah, Juan no es malo —dijo—. No es capaz de matar una mosca. En *realidá* tampoco mató a Pepe Díaz, fue un infarto. No, estoy completamente seguro, Juan no te habría hecho daño.

Le miré de reojo.

—¿Y entonces el navajón que lleva en las botas?

—Yo de eso no sé *ná* —respondió con una sonrisa—. Nunca he *tenío* que mirárselas por dentro.

Telefonía

Hasta ahora en El Valero nos hemos resistido al reclamo del teléfono móvil. Es cierto que su atractivo es limitado en cuanto que un móvil no funcionaría en el lugar donde vivimos, ya que estamos rodeados de montañas. Pero en cualquier caso me siento un poco incómodo con la tecnología telefónica; una vez perdí toda una mañana en casa de unos amigos tratando de hacer una llamada con el mando a distancia del televisor. También Ana es un poco ludita y, por ejemplo, no quiere saber nada de ordenadores. No hace mucho tiempo alguien le regaló una vieja máquina de escribir a bola IBM que es tan grande y tan pesada como una pequeña locomotora de tracción. Se quedó encantada con ella, a pesar de que salpica con pegotes de aceite de máquina de coser cualquier papel que se le ponga. «Este es el futuro», anunció mientras metía trabajosamente el armatoste por la puerta.

Durante muchos años no tuvimos ningún tipo de teléfono en El Valero. Escribíamos cartas a nuestros amigos y recibíamos cartas de ellos y, en las raras ocasiones en que había algo urgente, íbamos al locutorio de Tíjola. Una emprendedora familia del pueblo había invertido en un contador de llamadas. Esto les permitía ofrecer un servicio público y, con una multiplicación astronómica del precio ya de por sí ruinoso de Telefónica, obtener unos buenos beneficios. Sin embargo, por mucho que cobraran, el locutorio no era el lugar más indicado para hacer una llamada relajada. El teléfono y el contador estaban montados en la pared de la sala de estar familiar, entre un cuadro del Sagrado Corazón y un ramo de flores de

plástico desteñidas. Estaba claro que cuando alguien venía a hacer una llamada estaba invadiendo la intimidad familiar.

El modo más rápido de llegar al locutorio por aquel entonces era mediante una caminata río abajo por un camino particularmente malo, y de este modo una llamada telefónica se convertía en toda una operación. Primero estaba el tonificante paseo de una hora, que incluía una estrepitosa travesía de los cañaverales y un chapotear hasta el muslo en la fuerte corriente. Y después estaba el problema de introducirse en el hogar de un extraño tratando de no llenar de agua del río el suelo recién fregado.

El método habitual era anunciar tu llegada dando una voz —o al menos eso era lo que hacían los lugareños—. Yo solía mostrarme un poco vacilante, preguntando en un lenguaje excesivamente formal «si sería tal vez posible utilizar el teléfono durante unos breves momentos». La mujer del teléfono me miraba entonces de arriba abajo con desaprobación, clavando los ojos con especial disgusto en mis zapatos empapados, antes de indicar con gesto imperioso que debía seguirla al otro lado de la cortina de flecos. Una vez dentro de la oscura sala de estar, ponía el contador a cero y se quedaba de pie junto a él con los brazos cruzados mirándome iracunda. Los días verdaderamente malos, otros miembros de la familia se congregaban y también me miraban iracundos.

Mientras marcaba el exótico número extranjero, me quedaba pegado a la pared sonriendo con vacuidad a los espectadores mientras el teléfono sonaba al otro extremo de la línea. Sonaba una y otra vez —Telefónica te da un minuto— hasta que finalmente se paraba. Durante todo ese minuto todos me miraban fijamente.

—No contestan —le decía a la mujer del teléfono.

—No le han *contestao* —traducía ella en atención a los otros, quienes recibían la noticia con un gruñido y se alejaban arrastrando los pies.

Y entonces yo regresaba río arriba, trotando y saltando entre las rocas para intentar llegar a casa antes de que se hiciera de noche.

Ana y yo nos las arreglamos con cartas y con el locutorio de Tíjola durante nuestros primeros seis años en España, incluido el momento del

nacimiento de Chloë, lo cual en retrospectiva quizá fuera un poco imprudente. Pero estábamos satisfechos con la situación y coincidíamos en que probablemente la vida era mejor sin teléfono —incluso si hubiéramos podido tener uno, lo cual no era el caso—. Porque Telefónica, una entidad con poco entusiasmo por la filantropía, no iba a tender una línea hasta el valle, a lo largo de toda esa distancia, y pasarla luego al otro lado del río solo para nosotros.

Pero un día de principios de verano pasamos por delante de una tienda en Granada que anunciaba un nuevo tipo de radioteléfono. Entramos a echarle un vistazo y, como una pareja de palurdos, antes de que nos diéramos cuenta estábamos firmando el contrato. Casi parecía demasiado bueno para ser verdad. Podíamos comprar un flamante auricular junto con su base a un precio especial, subvencionado cuando las viviendas se encontraban en zonas rurales alejadas, y en el plazo de una semana vendría un técnico a encargarse de su instalación.

Y así sucedió, llegando poco después nuestro técnico, sudoroso y sofocado por la caminata desde el puente y quejándose de que la pila de su receptor estaba descargada. Se pasó otra media hora deambulando por los alrededores y rezongando, haciendo todo lo posible porque nos sintiéramos culpables de la molestia que le estábamos causando con nuestra decisión de instalar un teléfono en un remoto cortijo. Su mal humor parecía aumentar por momentos, hasta que finalmente declaró, como si de una terrible sentencia se tratase:

—No, no va a funcionar. No hay señal en ningún lugar de la casa. Están demasiado lejos de todas partes.

—Pero acaba de decir que la pila estaba descargada —le indiqué.

—Claro, pero eso no tiene nada que ver —respondió con un gruñido—. Espere, en ese sitio de ahí hay una ligera señal; es casi demasiado débil para poder oír, pero es lo mejor que van a poder conseguir en este lugar de mala muerte. Ahí mismo es donde tienen que poner el teléfono.

Y nos dirigió una mirada triunfal.

—No podemos poner un teléfono ahí —dijimos con voz entrecortada—. Está justo en mitad de la chumbera.

Pues bien, la chumbera es una planta que adorna prácticamente todos los cortijos de la Península. En el siglo XVI, cuando fue traída de América junto con las pitas y el oro y la plata, se descubrió no solo que daba unos sabrosos frutos, sino que tenía la extraordinaria propiedad de absorber la mierda. La chumbera se convirtió en un componente esencial de cualquier vivienda del campo, y para la gente del campo es una comodidad a la que le resulta difícil renunciar. El año pasado un pastor de Torvizcón, aguas arriba del Cádiar, me enseñó las dependencias de su recién modernizado cortijo. Fue abriendo con orgullo cada una de las puertas para mostrarme todas las innovaciones: el televisor, la lámpara de araña, la cocina amueblada; finalmente, con un ademán triunfal, abrió de par en par la puerta del cuarto de baño:

—Y aquí —dijo— está el váter, con agua corriente y *tó*. Lo pusimos el año *pasao* —añadió, mirándome para comprobar que le estaba prestando atención— pero gracias a Dios todavía no hemos *tenío* que usarlo.

Así pues, aunque se pueden decir muchas cosas a favor de la chumbera, no es el lugar más indicado para poner un teléfono. Me había imaginado, tal vez tontamente, que íbamos a poder tener teléfono en casa, pero evidentemente no iba a ser así.

—Lo que tienen que hacer —dijo el técnico— es hacer obra y construir una especie de cabina para el aparato receptor.

Una cabina telefónica en el jardín. Bien, la verdad es que eso tenía un cierto atractivo, y tan pronto como se marchó el técnico nos pusimos a hablar de su construcción. Ana se mostraba particularmente entusiasmada.

—Si se va a construir una cabina telefónica en la chumbera —sugirió—, ¿por qué no combinarla con algo más útil, como por ejemplo una caseta para el perro?

—Tienes razón, ¿por qué no? Podría ser una caseta con cúpula, ¿no te parece? —Yo siempre había querido construir una cúpula.

—Puede ser de la forma que tú quieras —dijo Ana, contenta de tener una caseta para el perro del tipo que fuese—, hasta con arbotantes si fuera necesario.

Así pues, comencé a construir la caseta con cúpula. Pero, por supuesto, a partir de una cierta altura los ladrillos empezaron a caerse hacia adentro y,

a pesar de que busqué inspiración en un libro sobre Estambul con imágenes de la gran mezquita de Santa Sofía, me desanimé y aplané la cúpula. El resultado final parecía más bien una seta de cuento o la planta inferior de una pagoda truncada.

Dos semanas más tarde se presentó un nuevo técnico de Telefónica. Se trataba de otro hombre distinto, un aficionado a la cría de palomas que llevaba un receptor con la pila completamente cargada, lo cual le granjeó inmediatamente mi afecto.

—¿Qué diantres es eso? —preguntó al llegar, mirando aquella especie de caseta para el perro.

—Es lo que hemos construido para alojar el aparato receptor del teléfono —dije con orgullo.

—¡Bendito sea Dios, hombre, ahí no puede poner un teléfono! —dijo mirándome lleno de asombro—. ¡Está en medio de la chumbera!

Le conté lo de su predecesor con su pila descargada.

—Pues, de acuerdo con mi contador, pueden ponerlo aquí mismo donde estamos hablando, justamente en la cocina... sí, esta señal será más que suficiente —dijo señalando la viga de madera de encima de la ventana, el lugar ideal para un teléfono. Dio unas cuantas vueltas más por la casa por si acaso encontraba una señal mejor en algún otro lugar, pero afortunadamente no fue así.

—Esas palomas que tienen ahí son preciosas —dijo mirando unas cuantas que se habían posado en nuestro tejado.

—Son una maravilla, ¿verdad? —dije alardeando—. Son de cola de abanico. —Y en ese preciso instante comenzaron a revolotear por el tejado.

—Ya lo veo —dijo—. Me gustan las de cola de abanico, pero vuelan muy mal, ¿sabe? Tengo palomas en mi casa y algunas vuelan de maravilla. Si quieren les traeré unas cuantas. Su teléfono empezará a dar guerra dentro de una semana más o menos. Les traeré las palomas cuando venga a arreglarlo.

Aquella noche celebramos la llegada del nuevo teléfono llamando a mi madre a Inglaterra. Pues bien, he telefoneado a mi madre en innumerables ocasiones, pero muy pocas me ha impresionado tanto el fenómeno de la aparición de su voz en mi oído desde otro lugar del mundo. Me parecía

increíble estar charlando con ella mientras veía por la puerta nuestras mismísimas montañas y mismísimos ríos. Y yo la notaba igualmente conmovida por la ocasión. «¿Es Chloë la que se oye al fondo? ¡Santo cielo, ahí está Bonka!», exclamó llena de excitación.

Después llamamos a Joop a su casa al otro lado del valle. Él también acababa de instalar uno de esos nuevos artilugios, así que le llamamos para comparar notas y felicitarnos mutuamente por el gigantesco paso que habíamos dado hacia el futuro. La Cenicera, el cortijo de Joop y Marijke, se encuentra a apenas un kilómetro de distancia en línea recta y, cuando el viento sopla en la dirección adecuada, podemos hablarnos a gritos. Pero aquella noche era como si hubiésemos estado a una milla de profundidad bajo el agua. Hicimos lo que pudimos durante cinco minutos, hasta que por fin colgué de un porrazo el aparato sin haber conseguido entender ni siquiera una palabra de la parte de la conversación correspondiente a Joop, si es que de hecho era Joop con quien había hablado.

Cuando Enrique el técnico se presentó a la semana siguiente para arreglar el teléfono, que había superado sus predicciones dejando de funcionar por completo, llegó con una gran caja de cartón bajo el brazo dentro de la cual había un par de preciosas palomas blancas de cola recta. Las encerramos una semana con las nuestras de cola de abanico para que se acostumbrasen a su nuevo hogar y después las soltamos. Eso fue toda una revelación, pues estas palomas de veras sabían volar. Se lanzaron juntas desde el tejado, surcando el trémulo fulgor del aire que cubría el valle, y se dirigieron hacia los lejanos cerros más allá del río. Después, blancas contra el azul profundo del cielo y el color oscuro de las montañas, regresaron a cuál más rápida, volaron sobre la acacia y se posaron en el tejado para volver a repetir la misma operación. Resultaba emocionante observarlas.

—Nuestras palomas de cola de abanico no vuelan nada —dijo Ana—. Son unas holgazanas. ¡Y pensar que podríamos no haber sabido nunca lo que es un auténtico volar de palomas!

Las palomas de Telefónica eran inseparables, y juntas volaban cada vez más lejos, mientras que las de cola de abanico las ignoraban por completo y seguían con sus arrullos y aleteos habituales. Sin embargo después de algún tiempo las voladoras parecían tratar de alentar a las holgazanas. Las de cola

de abanico se pasaban el día entero posadas en una larga línea al borde del tejado —al menos las que no estaban ocupadas en empollar huevos en el palomar de debajo— y las voladoras se paseaban con calma de un lado para otro por detrás de ellas, echándolas del tejado de un empujón e impidiéndoles posarse de nuevo. Algunas de ellas probaron a dar alguna que otra volada un poco más audaz, incluso aventurándose hasta el eucalipto. Pero, mira por dónde, la prudencia habría resultado ser una opción mejor, pues los vistosos vuelos de las nuevas palomas llamaron la atención de las águilas y empezamos a perder una por una las palomas de cola de abanico. Las palomas de Telefónica eran demasiado veloces para las águilas y podían cambiar de dirección con demasiada rapidez; en cambio las pobres palomas de cola de abanico eran presa fácil.

Sin embargo un día solo quedó una de las palomas de Telefónica; las águilas habían conseguido finalmente llevarse a su amiga. La superviviente se quedó desolada y languideció durante varios días, permaneciendo posada sola y triste, volando de vez en cuando con gran abatimiento en unas cortas y solitarias voladas. No nos importaba perder alguna que otra paloma de cola de abanico; así se controlaba la población y, además, tengo que admitir que resultaba bastante emocionante ver las agudas perdiceras tan cerca de la casa. Pero la pérdida de la paloma de Telefónica nos entristeció profundamente, y sentimos que habíamos perdido algo bello en nuestras vidas.

Y entonces una mañana en que había salido temprano y me encontraba acordonando la avena y los alverjones en los campos de la margen del río, un repentino aleteo en el cielo me hizo mirar hacia arriba. Había una gran bandada de palomas de cola de abanico que, con la paloma de Telefónica a la cabeza, emprendían un largo vuelo hacia el extremo más lejano del valle. Al fin esta había conseguido convencerlas y ya tenía compañía para volar.

Continuaron las visitas de Enrique el técnico pero, por desgracia, su ajuste de nuestro sistema telefónico nunca consiguió recrear nada que se aproximara a la sencilla manera de llegar al otro lado del valle que habían

conseguido las palomas: Joop todavía sonaba como si estuviese hablando desde una fosa en las profundidades del mar.

Un día Joop y yo nos encontrábamos sentados en el tocón de una higuera junto a la fuente hablando de este singular fenómeno, cuando Domingo apareció montado en su burra, Bottom.

—Debías comprarte uno de esos teléfonos inalámbricos como los nuestros —le dijo Joop de modo un tanto sorprendente.

—Sí que debías —coincidí.

—¿Pa'qué me sirve a mí eso? —dijo Domingo parándose de manera repentina—. No tengo a quién llamar y, aunque lo tuviera, ¿qué iba a decirle?

Nos quedamos todos pensando en esto durante unos momentos antes de que Domingo añadiera:

—De *tóas* maneras, a mí me interesan más esas cosas nuevas que hay, eso que va dentro de los ordenadores... —Joop y yo nos quedamos mirándolo perplejos.

—¿Discos? —ofrecí.

—No, módems —contestó—. Por aquel entonces yo no tenía la menor idea de lo que era un módem y, a juzgar por la sonrisa inmutable de Joop, él tampoco. Sin darse cuenta de que en lo referente a este tema estaba solo, Domingo nos ofreció un resumen de los placeres de la navegación por Internet y las dificultades que íbamos a encontrar para conectarnos en Las Alpujarras. Al parecer Antonia tenía muchas ganas de exhibir algunas de sus esculturas *on line*, pero haría falta una nueva generación de teléfonos móviles y un ordenador portátil para tener posibilidad de que todo ello funcionara. Joop parecía estar de acuerdo, aunque su amplia sonrisa seguía sin delatar nada.

—Con la nueva tecnología vale la pena esperar —prosiguió Domingo—. La calidad y el precio siempre están mejorando. Si compras lo primero que sale al *mercao* te encuentras con que casi siempre es una mierda.

—Es verdad —mascullamos los dos.

Bottom nos miró pensativamente mientras movía la oreja para espantarse una mosca y, obedeciendo a una orden imperceptible de Domingo, echó a trotar. Joop y yo nos quedamos en el tocón de higuera en

silencio durante algún tiempo mientras veíamos desaparecer a nuestro vecino por la carretera. Ninguno de los dos teníamos prisa por reanudar la conversación sobre los módems. Abordé el asunto desde otro ángulo.

—Algunas veces es mejor que otras —aventuré.

—¿Qué es lo que es mejor? —preguntó Joop.

—El teléfono, a veces funciona mal, otras veces funciona muy mal.

—Y otras no funciona en absoluto —concluyó.

—Sí, así es.

—Alguien me dijo una vez por qué pasa eso —dijo Joop—. Al parecer el satélite tiene un ala rota y ahora tiene que ir renqueando por el cielo como un perro con tres patas.

Nos quedamos sentados un rato más asimilando todo el impacto de esta información, hasta que Joop se dio cuenta de que las cabras se estaban acercando peligrosamente a sus hortalizas y pusimos fin a nuestras deliberaciones tecnológicas.

Durante aquellos primeros días emocionantes nuestras cabezas bullían de pensamientos en torno a la telefonía, y estábamos dispuestos a aceptar cualquier idea relacionada con una señal que atravesara silbando la estratosfera. Es la única manera como puedo explicar remotamente por qué un ciudadano de mentalidad secular en pleno uso de sus facultades y que no se encontrara bajo la influencia de ninguna droga se despertara una mañana convencido de que estaba oyendo música celestial.

Sucedió al cabo de solo unas pocas semanas de que instaláramos el teléfono. Una mañana casi indistinguible de ninguna otra de aquel verano seco, caluroso y sin nubes, me desperté con el ruido de un curioso y apagado zumbido resonando por el valle. Ciertamente parecía sobrenatural y tenía un tono grandioso, como si el sonido emanase de las mismas rocas y de los cerros. Desperté a Ana y le pregunté si creía que podrían ser las trompetas del Juicio Final. A juzgar por el modo como se puso a escuchar atentamente durante un tiempo antes de contestar a mi pregunta parecía ser que el ruido la inquietaba. Normalmente sus primeras palabras están relacionadas con una taza de té.

—Pues a mí no me suena mucho a trompetas. Es más bien un zumbido bajo —concluyó.

Traté de argumentar que las trompetas celestiales no iban a sonar como la sección de instrumentos de viento de la banda de música de un balneario, pero ella parecía haber perdido interés por el tema. Entonces sonó el teléfono, lo que era inusual a una hora tan temprana. Se trataba de alguien que estaba haciendo burbujas con un tubo de respiración. Supusimos que era Joop que llamaba para ver si también nosotros habíamos oído el ruido y sabíamos algo acerca de él. Al parecer este sonido estaba inundando la totalidad del valle y, que yo supiera, del mundo.

—Creo que uno de nosotros debería investigar —dije con decisión y, deteniéndome solo para ponerme presentable (aunque en aquellas circunstancias la desnudez podría haber resultado apropiada), salí en busca del origen de este fenómeno. Primero bajé por la pista en dirección al río y recorrí los bancales y campos, y después bajé sigilosamente hasta el lecho del río atravesando el bosquecillo de tamariscos. Por todas partes el sonido era igual, ni más fuerte ni más débil. Procedía de las mismas entrañas de la Tierra y parecía tan viejo como el tiempo. Mientras cavilaba sobre la música de las esferas y el indescriptible zumbido que las grandes bolas de roca fundida y gases producían al precipitarse a través del cosmos, salí de la sombra del bosquecillo de eucaliptos y descubrí que el sonido era un poquitín más fuerte. Me encontraba más cerca de su origen. La oropéndola dorada se puso a emitir su aflautado trino en el eucalipto y entonces los vi: dos parejas más o menos jóvenes sentadas en círculo (si es que cuatro personas pueden formar un círculo) con las piernas cruzadas y haciendo sonar con intensa concentración unos *didgeridoos*.

Uno de los músicos alcanzó a verme y me miró con sobresalto. La música cesó.

—Buenos días —dije, mientras los miembros del grupo se quitaban de la boca los largos tubos de madera.

—Hola —respondió el más alto, un hombre con el aspecto de un *hippy* algo atildado, con la ropa pulcramente planchada y una barba rubia recortada—. Espero que no le importe que acampemos en su terreno...

—Nada en absoluto, no faltaba más. No todos los días tenemos ocasión de despertarnos al son del *didgeridoo*.

Y se apartaron un poco para hacerme sitio en el círculo.

Averigüé que eran profesores belgas ambulantes de *didgeridoo* que habían venido a ejercer su un tanto esotérico oficio en Andalucía. Esto no se consideraría precisamente inusual entre los recién llegados a Las Alpujarras —hay una profesora de flamenco danesa en la zona y un tipo de Sussex que esquila ovejas— pero podía imaginarme ciertas dificultades para encontrar alumnos de *didgeridoo* en cualquier parte de Andalucía. De todos modos, me callé estas pesimistas predicciones y, sentado junto a su furgoneta sobre la hierba húmeda de rocío, escuché las explicaciones que me dieron sobre este antiguo instrumento.

El *didgeridoo* es un tallo largo de eucalipto cuyo interior ha sido roído por las termitas. Este instrumento no se fabrica, sino que se encuentra. Lo puedes decorar para hacerlo más de tu gusto, pero el trabajo pesado tiene que ser llevado a cabo por las termitas. El corazón del eucalipto es tan fuerte como el acero. El *didgeridoo* es un instrumento muy ecológico ya que, aparte del ruido que hace, tiene un mínimo impacto sobre el medio ambiente.

Aunque me fue impartida una lección gratis no pude arrancar ni siquiera un quejido del cacharro. Cuando se toca bien, se supone que se debe producir una especie de gemido continuo, inhalando aire por la nariz a la vez que se expulsa por la boca soplando por el tubo. Una parte de mí empezó a fantasear sobre una posible vida itinerante, libre como el viento y sin responsabilidades, arrastrando mi *didgeridoo* de pueblo en pueblo... pero pensándolo bien decidí que en realidad me faltaba dedicación.

Dije adiós con la mano a mis profesores y me encaminé de regreso a casa para desayunar. Tenía que hacer una llamada telefónica.

No fue preciso mucho tiempo para que el hacer llamadas telefónicas empezara a perder su romanticismo. No había mucha gente a quien necesitáramos telefonar y pronto se nos acabaron las cosas que decir a quienes necesitábamos hacerlo. Pero el recibir llamadas tenía un cierto aire

de imprevisibilidad y por lo tanto continuó conservando su emoción. Muchas tardes nos quedábamos sentados echando miradas de reojo al teléfono y deseando que sonara, aunque la mayoría de las veces no lo hacía.

Los primeros que comenzaron a utilizarlo fueron los pastores; se acercaba la temporada de esquila. Antes de la llegada de nuestro teléfono, los pastores que querían que les esquilara sus rebaños llegaban hasta nuestra misma puerta, las más de las veces a lomos de mula o a pie. Otros convencían a sus amigos más modernos, que disponían de una furgoneta, para que les trajesen, pero de todos modos suponía un esfuerzo bastante grande ya que El Valero está muy por debajo de las montañas donde tienen sus ovejas la mayor parte de los pastores.

Hoy en día los pastores alpujarreños se han hecho expertos en el uso del teléfono móvil, pero esto no era así cuando instalamos nuestro primer teléfono. Aquellos días lejanos, agarrar un teléfono comportaba un asunto serio, y por supuesto no era algo que debiera acometerse en estado de sobriedad.

Por regla general un pastor solía esperar hasta haber encerrado su rebaño y llevado a cabo todas las demás tareas, antes de dirigirse a un bar del pueblo que contara con las instalaciones necesarias para hacer una llamada telefónica. Las ovejas veían con malos ojos que se les encerrara mucho antes del anochecer; las demás tareas alrededor del establo llevaban una buena media hora; el trayecto a pie o a lomos de caballería hasta el pueblo podía durar entre una y tres horas, y a su llegada al bar el pastor sentía la necesidad de recuperar por completo sus fuerzas antes de emprender la desconocida e inquietante tarea que le esperaba. Por lo tanto las primeras llamadas empezaban a llegar alrededor de la medianoche.

Cuando descolgábamos el auricular lo primero que oíamos era la música y el griterío de un bar, tal vez junto al parloteo de las máquinas tragaperras. A esto sucedía un largo silencio al otro extremo de la línea.

—Es un trabajo de esquila —decía Ana pasándome el teléfono.

Podía imaginarme al tipo al otro extremo sujetando el aparato con el brazo estirado, mirándolo con repugnancia y dándole después gritos a voz en cuello. Por supuesto, cuando yo les hablaba no había posibilidad alguna de que me oyeran dada la gran distancia entre el diafragma y el oído, aparte

de la algarabía que se escuchaba a su alrededor en el bar. Así pues, el pastor le daba gritos furiosos al teléfono para que hablara más fuerte.

—¡CRISTÓBAL! —oía como en un apagado y ronco bramido.

—Sí, dime...

—¡CRISTOÓBAAL!

—Sí, sí, te oigo. Dime ya...

—¡CRIISTOOÓBAAAL!

—¡SIÍÍ! ¿QUÉ QUIERES?

Silencio al otro extremo de la línea, como si el pastor estuviera digiriendo la idea de que el objeto de plástico con cable al que estaba gritando le hubiera gritado a su vez a él.

—CRISTÓBAL, ¿CUÁNDO VAS A VENIR A ESQUILARME LAS OVEJAS?

—¿QUIÉN ERES?

—¡CRISTOÓBAAL!

—Sí, TE OIGO, PERO NECESITO SABER QUIÉN ERES.

Esto creaba un silencio al otro extremo, al que seguía un murmullo cuando los demás residentes del bar eran consultados y estos a su vez ofrecían su consejo.

—CRISTÓBAL...

—Mira, necesito saber... —pero no servía para nada, mi interlocutor ya se había hartado y colgaba el teléfono de un porrazo.

Así sucedía con los pastores y el teléfono, aunque a medida que se fueron haciendo más expertos en su uso y aprendieron algunas de las dotes sociales necesarias, las cosas comenzaron a mejorar poco a poco, hasta que por fin llegó un momento en que incluso podíamos intercambiar por teléfono información de carácter rudimentario.

Sin embargo, inevitablemente seguían produciéndose malentendidos. Una noche, a una hora bastante tardía, Chloë contestó el teléfono. Noté cómo se apartaba bruscamente del oído el teléfono para evitar que el ronco grito procedente del otro extremo la hiciera ensordecer.

—NO —respondió a gritos al auricular—, NO SE PUEDE PONER MI MARIDO PORQUE NO TENGO NINGÚN MARIDO. ¡SOLO TENGO SIETE AÑOS! —Y colgó de un porrazo.

No pude evitar sentirme orgulloso de que mi hija mostrara un poco de carácter.

Y entonces una noche sonó de nuevo el teléfono a una hora tardía. Lo descolgué preparándome para escuchar el ensordecedor grito.

—Chris —dijo una voz suave—. ¿Eres tú?

Se trataba de una persona que conocía el teléfono, una auténtica bendición del cielo.

—¡Jefa! —grité—. Dime, ¿qué noticias hay del ancho mundo?

—Bueno —dijo Nat, mi editora de Londres, pues de ella se trataba—. ¿Estás sentado? Porque tengo noticias para ti.

—No, no puedo sentarme; el teléfono me obliga a quedarme encajado en un rincón. Así están las cosas aquí. Pero me apoyaré en algo.

—Lo que voy a decirte —prosiguió Nat en tono suave— es que no te hagas demasiadas ilusiones, pero se va a leer *Entre Limones* en la radio, y estamos recibiendo pedidos de todas partes.

Me quedé mirando el teléfono. Ninguno de nosotros había esperado nada semejante. Era un poco como presentarse a un concurso local de horticultura y descubrir que has ganado una escarapela en la Muestra Floral de Chelsea.

Ley del Mal

Hay un hombre al teléfono —dijo Ana—. Creo que se llama *Ley del Mal*. Dice que quiere hablar contigo.

—Qué nombre tan raro —murmuré, y ambos miramos el teléfono como si este pudiera ofrecernos algún tipo de pista. Pero cuando cogí el auricular la línea se había cortado. Y entonces caí en la cuenta. Se trataba por supuesto del periodista Leith, del *Mail on Sunday*. Mi libro acababa de publicarse en Inglaterra y, ante la particular incredulidad de Ana, no había desaparecido sin dejar rastro. De hecho, a raíz de un par de buenas reseñas y de su lectura en *Radio Four*, había ido ascendiendo meteóricamente en las listas de libros de no ficción.

Había sido entonces cuando Leith había telefoneado diciendo que quería escribir un artículo y que iba a venir a hablar con nosotros a nuestra casa de España.

—Alquilaré un coche en Málaga —nos dijo, desechando despreocupadamente mis intentos de advertirle de los peligros que le esperaban—. Y os verá muy pronto.

—Probablemente cree saber dónde vivimos por ese mapa que hay al principio del libro —dijo Ana—. Ya sabes, ese que dibujaste.

Comencé a sentirme algo culpable por mi obra artística: esos dibujos de bosquecillos de eucaliptos y olivares en los que tal vez un camino o un cruce hubieran resultado más descriptivos. En realidad no había considerado la posibilidad de que alguien fuera a utilizar el mapa del libro. Había sido más bien una cosa tipo mapa del tesoro de un cuento infantil.

Resultó que primero llegaron Eugene, el fotógrafo, y su ayudante. Venían bien informados, y con gran desenvoltura habían alquilado a cuenta del periódico un Volvo plateado del mejor modelo de la gama para transportarles a ellos junto con su equipo hasta El Valero. Primero aparecieron a toda velocidad por la accidentada pista en medio de una nube de polvo. A continuación se precipitaron por la atroz cuesta que desciende hasta el río y atravesaron a gran velocidad el vado salpicando agua con las ruedas, una hazaña que solamente intentan los conductores de todoterrenos más fornidos y machotes.

—No es más que un puñetero coche de alquiler —dijo Eugene arrastrando las palabras—. Vamos, tío, no esperarán que te pases la semana sacándole brillo al cacharro a la puerta de tu chalé, ¿no?

Al parecer Eugene era un tipo guay.

Me quedé rondando el coche mientras los fotógrafos sacaban sus enormes bolsas y cajas, sus paraguas plateados y pantallas coloreadas, las lámparas solares, los cargadores y los trípodes. Me parecían de otro planeta.

—La semana pasada fue *Oasis* y la próxima las *Spice Girls* —comentó Eugene.

—Qué bien —dije mientras arrastraba los pies en el polvo.

—Jo, tío, esto es un festín de alucine —dijo Eugene atacando el chorizo, el jamón y las aceitunas que habíamos sacado para agasajarles—. ¿No tenía que venir también un periodista? —preguntó.

—Sí, será *Ley del Mal*, pero aún no ha llegado. Se ha debido perder.

—No me extrañaría nada. —Eugene miró hacia el sol con los ojos entrecerrados—. Bien, tomémonos un par de cervezas y después podéis sentaros todos en esa terraza.

Sonó el teléfono. Era *Ley*, que se había perdido. Ana habló con él y le explicó detalladamente cómo encontrar la carretera que se dirige al valle.

Era un calurosísimo día de julio y, como siempre ocurre en julio, el sol ardía con furia en medio de un cielo raso. Andrew, el ayudante de Eugene, estaba colocando una enorme hilera de focos bajo la terraza.

—¿Para qué queréis todo eso un día como hoy? —le pregunté.

—Estas fotos tienen que ser buenas, tío —afirmó Eugene mientras añadía a su cámara unas probóscides cada vez más invasivas—. No me gusta la luz natural; no puedes fiarte de ella. En cualquier caso al lector medio del *Mail* no le mola ver las cosas en una luz natural. ¿Puedes hacer algo con esos pelos, Chris?

—Pues en realidad, no. Creo que es lo que suele llamarse «cabello encrespado», o al menos eso se llama lo que me queda de él...

Me lo aplasté un poco con los dedos.

—Así, ¿qué tal ahora?

—Tendremos que conformarnos, supongo. Ahora mira a un punto justo por encima de la cámara y trata de sonreír de algún modo...

El teléfono sonó de nuevo. *Ley*... todavía perdido.

Eugene y Andrew nos zarandearon a empellones a Ana, a Chloë y a mí, forzándonos a adoptar toda suerte de posturas y poses diferentes, y nos empujaron de un lado para otro como si fuéramos una familia de osos de peluche. Después volvieron a hacerlo todo otra vez pero utilizando diferentes objetivos y filtros y paraguas y pantallas, haciéndonos sujetar diferentes accesorios y apoyarnos en diferentes objetos, hasta que finalmente nos hicieron quedarnos en pie de la mano dando saltos en el río:

—Intentar simplemente parecer naturales, *porfa*, os quiero en unas poses así como comunes y corrientes, tío.

Nos sentíamos como una familia de imbéciles y, cuando salió después la foto, eso era exactamente lo que parecíamos: unos cabeza de chorlitos soltados por un día de algún tipo de institución. Aún así, Eugene y Andrew eran divertidos, y todos nos reímos mucho del asunto, a excepción, por supuesto, de los momentos en que debíamos reír para la cámara, en que simplemente parecíamos anormales.

En el transcurso de la mañana *Ley* llamó varias veces más, cada una de ellas un poco más perdido que la anterior. Todos nos reímos del pobre *Ley*, que al parecer era una especie de reportero estrella.

—¿Por qué habrá querido el *Mail* enviarnos a un periodista estrella? No creo que seamos gran noticia, ¿no? —me pregunté.

—Te tratan como si lo fueras —nos tranquilizó Eugene—. Quizá no tanto como las *Spice Girls*, pero importante en cualquier caso. Por eso te

envían a *Ley*.

William Leith se presentó justo antes del almuerzo. Llegó todo acalorado y más sofocado de lo que nunca he visto estar a nadie. También él tenía el cabello encrespado, empapado de sudor por la caminata cuesta arriba, sus gafas estaban pringosas de polvo y suciedad, y temblaba como una hoja. Entró en la casa tambaleándose y se dejó caer en una butaca.

—Soy William —dijo con voz ronca, chupándose a continuación los labios resecaos—. ¿Tenéis cerveza?

Saqué un botellín —una de esas pequeñas botellas que hay en España cuyo contenido apenas si sería detectado si lo vertieras en un vaso de una pinta^[3]—. William se recostó en su butaca. Eugene y Andrew se miraron el uno al otro y después nos miraron a nosotros, quienes a nuestra vez les dirigimos una mirada socarrona. Ana me miró con intención. William se bebió toda la cerveza de un trago y, al levantar después la vista, observó que algunos de nosotros —los que no estábamos mirándonos unos a otros— le estábamos mirando a él.

—¡Dios! —dijo—. ¿Hay alguna otra por ahí?

Permaneció desplomado en su butaca con su segundo botellín, semejante a algún extraño organismo que de alguna manera hubiese ido a parar al elemento equivocado —un animal de las profundidades marinas en una sala de bingo, por ejemplo—. Nos lo quedamos mirando todos, preguntándonos qué iba a decir a continuación. Pero solo después de haberse bebido tres cervezas le fue posible comunicarse.

—¡Dios santo, qué carretera! ¡Jamás en mi vida he sentido tanto miedo! ¡Y luego ese puente de fabricación casera, como de carrera de obstáculos! Pensé que iba a morirme, os lo juro..., mirarme: aún estoy temblando. ¿Dónde está el cuarto de baño?

Supusimos que los horrores de su experiencia con la carretera y el puente habían tenido un efecto laxante para *Ley*, por lo que le condujimos a toda prisa hasta el cuarto de baño. Sin embargo el reportero no cerró la puerta y, cuando todos miramos en esa dirección, le vimos pasando revista a

los potingues que había en los estantes y los armarios, levantándolos uno por uno, dándoles la vuelta y leyendo sus instrucciones de uso.

—Es un periodista —explicó Andrew—. Eso es lo que hacen, no pueden evitarlo.

—¡Ahora se os meterá en el cajón de la ropa interior! —dijo Eugene con una risita.

Efectivamente, cuando William terminó de hacer lo que tenía que hacer en el cuarto de baño, salió y se metió en el dormitorio.

—Querías ser un escritor famoso —dijo Andrew—. Pues bien, ¿en esto es en lo que consiste!

Yo no estaba totalmente seguro de haber querido ser alguna vez un escritor famoso pero, cuando nos sentamos a comer, William se recuperó de los traumas de su viaje y resultó ser muy agradable. Bebimos algo más de vino de lo conveniente, y después William sacó su bloc de notas y dio comienzo a la entrevista.

Nos hizo todo tipo de preguntas —unas preguntas buenas e incisivas que nos hicieron pensar un poco a Ana y a mí— y poco a poco fue cayéndome simpático, haciéndome empezar a ver nuestra vida como un posible artículo de dominical bastante divertido. Le hablé a William de todo lo que me preguntaba, interrumpiéndome solo una vez cuando Ana me dirigió una mirada de advertencia, con lo cual cambié de tema de buena gana y me puse a soltar todo un tratado sobre las ventajas de la agricultura ecológica frente a la agroindustria, que William escuchó cortésmente. Después, el periodista se volvió hacia mí mientras pasaba la página de su bloc de notas.

—En la contraportada de tu libro dice —anunció— que fuiste uno de los miembros fundadores de *Genesis*. ¿Es cierto eso?

—Bueno, pues sí —dije un tanto tímidamente—. Pero fue hace una barbaridad de tiempo y duró menos de un año, y para serte sincero no es mucho lo que recuerdo de ello.

—Entonces, dime exactamente lo que recuerdas —insistió William...

De *Genesis* a la gran carpa

Lo extraño es —me encontré contándole a William— que todo había comenzado con Cliff Richard. A los trece años yo tenía una única gran ambición en la vida: iba a ser Cliff. Esto no quería decir que fuera simplemente a imitar a ese hombre (quien entonces todavía era, debo insistir, un roquero pagano), sino que de hecho iba a ser él mismo. Me parecía que el ser Cliff Richard me daría todo lo que la vida puede dar. Ahora, aproximadamente treinta y cinco años más tarde, me doy cuenta de que tal vez estaba equivocado, pero este razonamiento habría dejado frío a mi yo adolescente, totalmente fascinado con el estrellato. En cualquier caso, quiso la suerte que pronto se impusiera la realidad. Yo no sabía cantar, y evidentemente mis sueños no iban a realizarse. Así pues, me conformé con un futuro consistente en ser el guitarrista de Cliff, Hank Marvin.

Por supuesto, el ser Hank Marvin tampoco era ningún chollo. Dios, en su infinita sabiduría, había interpuesto algunos obstáculos en mi camino disponiendo que naciera sin oído musical y dándome las peores uñas que un guitarrista podía tener. Y no solo eso. Esas uñas eran prolongaciones, no de los finos dedos de un esteta, sino de las torpes manazas de un ayudante de mecánico.

Estos factores podrían haber dado al traste con mi carrera musical en una fase temprana de no ser por mi mejor amigo Duncan. Este era un tipo fabuloso para tenerlo como amigo —animado, alocado y un poco furtivo— que sobresalía entre todos los demás en el internado adonde me habían enviado mis padres. Mientras el resto de nosotros, jóvenes degenerados, nos

escapábamos en bicicleta a algún bar para beber y fumar, Duncan se quedaba en el colegio haciendo sus tres horas diarias de práctica de guitarra. Era un prodigio, y en las vacaciones tomaba clases del famoso guitarrista John Williams.

Un verano, mientras experimentábamos juntos los quince años de edad, Duncan y yo conocimos a dos chicas cuya persecución nos mantuvo ocupados durante todas las vacaciones. Una de ellas —una rubia alta y esbelta que podía dejarte sin aliento con una mirada y un movimiento de cabeza para echarse hacia atrás su larga melena— se llamaba justamente Eva. Su amiga era, por contraste, de aspecto poco agraciado, con un lacio flequillo moreno cuyas puntas abiertas se inspeccionaba constantemente. No recuerdo su nombre, aunque sí recuerdo una sonrisa bastante dulce en los raros momentos en que yo miraba en su dirección. Pero mi atención estaba enteramente ocupada en pelearme con Duncan por conseguir el asiento de al lado de Eva, echarle poco a poco de la pista de baile, o devanarme los sesos buscando algún comentario ingenioso que indujera a Eva a mirar en mi dirección.

Continuamos así durante varias semanas agotadoras, consiguiendo una fugaz supremacía unas veces Duncan y otras yo, mientras Eva le sacaba todo el jugo posible a la situación. Pero entonces, una tarde en que los padres de nuestra amiga se habían ido a Londres, Duncan se llevó la guitarra a casa de Eva. Mientras tocaba una serie de melodías astutamente seleccionadas para ganarse el corazón de una chica de quince años, se puso a mirarla intensamente a los ojos y yo ya supe que había perdido.

La amiga de Eva sabía que había llegado el momento de que nos marcháramos ella y yo. Con un gesto humanitario que bien pudo haberme salvado la vida me condujo hasta la parada del autobús, charlando sin parar mientras el sonido de la guitarra de Duncan iba apagándose y, cuando llegó su autobús, me hizo mirarla a los ojos mientras le prometía que regresaría directamente a casa en mi bicicleta. Pedaleé lentamente por las calles de Haywards Heath, pasando por la bolera y el bar *Rose and Crown*, y, sollozando bajo la llovizna de la noche, insensible a todo, seguí mi camino a casa deseando morir. A los quince años la vida no es nada fácil.

De vuelta al colegio, milagrosamente aún vivo, me dediqué a luchar contra la posibilidad de un futuro de celibato. Le compré a Duncan su vieja guitarra, junto con la promesa de unas cuantas lecciones gratis. La toqué con reverencia —el arma de seducción más potente que podía imaginar— y me puse a tratar de afinarla. Fue entonces cuando me di cuenta de que no tenía oído musical. Los profesores de música siempre te dicen que no existe la «falta de oído», pero sí que existe y yo era prueba de ello. No solo era incapaz de afinar la condenada guitarra, sino que además no podía decir cuándo estaba totalmente desafinada. Equivocándome cada dos por tres, tocaba alegremente «La casa del sol naciente» sin tener ni idea de por qué los pasillos se vaciaban y las puertas de los estudios se cerraban de un portazo.

Sin embargo seguí perseverando. Un día a la semana Duncan me afinaba la guitarra y yo practicaba hasta que no aguantaba más el dolor de los dedos. Mis progresos eran apenas perceptibles; en tres meses de práctica incesante conseguí lo que la mayor parte de los guitarristas logran en una semana. Pero para el final del trimestre había logrado dominar los acordes de Mi menor y La mayor y las modulaciones entre ellos, lo cual no es mucho. Todavía tenía todo un océano de música por el que navegar, y apenas si había conseguido sacar el barco del puerto. No obstante, me figuraba que esos dos acordes tenían un cierto patetismo seductor y, utilizados de manera inteligente, ¿quién sabe qué no podría conseguir?

El verano siguiente fui a Austria en un viaje del colegio para tratar de aprender alemán. En nuestro grupo había un chico llamado Skinner, un tipejo arrogante y malicioso que era guapo y rico, y capaz de cantar y rasguear (al igual que constantemente lo intentábamos todos) canciones de los Beatles con bastante brillantez. Durante un largo trayecto en tren a Salzburgo, Skinner hizo las delicias de todo el contingente de un colegio de chicas con su actuación, solo para enfriar el efecto cada vez que ponía los ojos en blanco y miraba con desprecio a las que tenían la temeridad de cantar.

Intuyendo que no tenía nada que perder, yo esperaba hasta descubrir por la posición de sus dedos una La o una Mi menor, y entonces le seguía, punteando y rasgueando la guitarra y haciendo que mi vacilante

demostración pareciera más timidez musical que incompetencia. Aunque parezca raro, tuvo el efecto deseado. Margie, el premio rutilante del contingente del colegio de chicas, me incitó a lograr unos triunfos cada vez más grandes con mis dos acordes, antes de llegar a la conclusión de que la competencia con el plectro no lo era todo. Durante los tres años siguientes, hasta que me dejó por un guapo poeta de dudosa reputación, Margie eclipsó mi mundo.

En mi internado, *Charterhouse*, era obligatorio ser miembro del Cuerpo —la unidad juvenil del ejército—, lo cual suponía pasar dos tardes a la semana, e incluso algún que otro fin de semana, dedicados a la más absoluta estupidez: instrucción en el patio de armas, limpieza del equipo y aprendizaje de unas cosas que no resultaban del menor interés para nadie que no fuera un imbécil homicida. Pero había algunas estratagemas para mejorar tu suerte. La mejor de ellas era hacerse de la banda militar, para lo cual había que tocar algún instrumento metálico (y sacarle brillo), o bien aporrear un tambor —una ocupación para la cual mi talento musical me hacía idóneo.

Me apunté a ella y me dieron un librito de música de tambor, un par de palillos de nogal americano y un tambor con bordón de lo más bonito, con sus cuerdas trenzadas y sus aros de colores. Las deprimentes tardes en que el resto de los alumnos del colegio se mantenían en posición de firmes bajo la lluvia, aguantando las voces y los insultos de un hombre al que conocíamos con el nombre del *Marsopo*, que se tomaba francamente en serio el asunto de jugar a los soldaditos, los tambores tonteábamos sin profesores en la Sala de Tambores, fumando, bromeando y practicando nuestros *paradiddles*, redobles, *flams* y *ratamacues*.

Una o dos veces al trimestre teníamos que salir a tocar lo que se suponía que habíamos aprendido. Salíamos de nuestra Sala de Tambores como el grupo de muchachos-soldados más vergonzosamente desaliñados que imaginarse pueda, aparte de Osborne, el tambor mayor, que se contoneaba al frente haciendo girar sus bastones y Hopkins, el galés zopenco que aporreaba el gran bombo. Estos personajes tenían todo el aire de pompa y amenaza de una Marcha de la Orden de Orange de dos hombres, pero afortunadamente les superábamos en número. El resto de nosotros

arrastrábamos los pies riendo y bromeando mientras el *Marsopo* se ponía cada vez más furioso. Girábamos a la izquierda cuando hubiéramos debido girar a la derecha; nos deteníamos cuando hubiéramos debido marcar el paso; formábamos a la derecha cuando hubiéramos debido formar a la izquierda; y lo hacíamos todo destemplándonos de risa contenida.

De todos modos, el resultado de todo esto fue que aprendí a tocar el tambor, lo cual se convirtió en una extraña obsesión. Llevabas tus palillos a todas partes, y durante las comidas utilizabas los cuchillos y los tenedores para tamborilear marchas en las mesas del refectorio. Y de esta forma mi carrera militar escolar me condujo a *Genesis*.

En el curso superior al mío había un chico llamado Gabriel que tocaba la batería en un conjunto de *jazz*, la *League of Gentlemen*. Tenía una gran batería anticuada con unas pieles de cuero blando que producían un sonido amortiguado cuando las golpeabas con los palillos. En alguno de sus momentos libres me enseñó, utilizando los pedales, los platillos y un poco de síncope, la manera de adaptar al *jazz* mi experiencia como tambor militar.

Me entró bien fuerte lo de tocar batería de *jazz*. Me quedé inmediatamente enganchado y comencé a rondar a cualquiera que estuviese tocando —había por lo menos media docena de conjuntos en el colegio— y a colocarme en la banqueta en cuanto se iban. Llegué a un estado de agitación tal, que la vista de una batería me hacía sentir mareado. Dejé completamente la guitarra a favor de mi nueva obsesión, y practicaba día y noche.

Entretanto mi mentor Gabriel había comenzado a cantar y a tocar la flauta con su grupo. Al menos para las partes de flauta necesitaba tener las manos libres, por lo que me pidió que me hiciera cargo de la batería. Era una invitación a entrar en el Paraíso, y por supuesto la acepté con entusiasmo. Tocábamos *Soul* y *Rhythm & Blues*, que era lo que más le gustaba a Gabriel: *When a man loves a woman*, *Knock on wood*, *Dancing in the street* —Otis Redding, Percy Sledge, Wilson Pickett—. Tocábamos en actos del colegio y en fiestas celebradas en las vacaciones, y de alguna

manera adquirimos fama de ser el mejor conjunto del colegio. De vez en cuando tomábamos melodías del himnario, y tal vez fue por eso por lo que más adelante Gabriel nos hizo adoptar el nombre de *Genesis*.

Y esto habría sido todo, de no ser porque el emprendedor Gabriel no hubiera enviado una cinta a Jonathan King —un espabilado que había estado en nuestro colegio algunos años antes y que había conseguido el número uno en las listas con una horrorosa canción titulada *Everyone's gone to the moon*—. Dándose cuenta sagazmente de que no era ninguna estrella del pop, King había comenzado a forjarse una reputación como productor musical. Oyó la cinta de *Genesis* y, por alguna razón que hasta la fecha nadie ha logrado comprender, decidió que había algo de extravagancia adolescente en nuestras canciones que quizá podría conseguir lanzarnos a la lista de éxitos.

King organizó una sesión de grabación en un estudio insonorizado a base de cartones de huevos por la zona de Tottenham Court Road, y todos los del grupo nos dirigimos en tropel a Londres en estado de incredulidad para grabar tres o cuatro de nuestros números. No eran los éxitos de pop más evidentes —ni tampoco eran muy buenos, para ser sinceros— pero se sacó a la venta un sencillo de la canción más memorable, *Silent sun*, que vendió unas cien copias. Parecía que íbamos a tardar algún tiempo en poder competir con Cliff Richard.

Sin embargo *Genesis* era un grupo con gran dedicación, y seguimos adelante con aquello de la música. Pero mi propio papel en su historia casi había finalizado. Posé con aire seductor para unas cuantas fotos publicitarias y más tarde, ante la insistencia de mis padres, regresé al colegio. Los demás, cuyos padres tenían una opinión más liberal de la música pop como opción de carrera, lo dejaron y se pusieron a hacer un álbum. Necesitaban un batería de más sustancia, por lo que me pusieron de patitas en la calle.

Fue una buena decisión por su parte —yo no era un buen batería— y no iba a convertirme nunca en Phil Collins. Pero en aquel momento me quedé destrozado. Me parecía casi tan malo como perder a Eva. Pero entonces Peter Gabriel se presentó con un cheque por la extraordinaria suma de 300 libras esterlinas. Al parecer Jonathan King quería dejarlo todo bien

arreglado, y el firmar un papel resolvía la cuestión de los posibles derechos futuros sobre las grabaciones.

Apenas daba crédito a mi buena suerte. Eso era mucho dinero.

Al año siguiente dejé el colegio —solo con un examen aprobado, el de Arte—. Como ninguna carrera me atraía especialmente, decidí que por qué no volver a intentar hacerme batería profesional. Tomé algunas lecciones de música de tambor y puse un anuncio en *Melody Maker*, el periódico de los músicos, que rezaba de la manera siguiente: «Caballero de 18 años busca colocación como batería».

Tal como esperaba de un anuncio con estilo tan excéntrico, recibí unas excéntricas respuestas. Una de ellas era de una tal *Gran Banda de Glen Miller* que tocaba en el bar *Haré and Hounds de Brighton* los jueves por la noche —la llamaban una «banda de ensayo y bebida»—. Me senté con ellos unas pocas veces y acabé totalmente borracho. La otra respuesta (solo hubo dos) era del «Circo de *sir Robert Fossett*», que se ganaba la vida recorriendo la región de las Midlands y el norte de Gran Bretaña.

Henry Harris, un payaso bastante viejo y de aspecto clásicamente triste que, cuando no se encontraba de gira, vivía en un *camping* para caravanas en las afueras de Brighton, fue quien me hizo la entrevista y me dio el puesto. Parte del número de Henry consistía en dar vueltas alrededor de la pista con la gracia de un elefante, tocando *My Blue Heaven* con la trompeta mientras le salía humo de todos los orificios no directamente relacionados con la operación de tocar el instrumento.

El otro miembro de la orquesta del circo era un hombre meticuloso y pulcramente ataviado llamado Ken Baker. Medio polaco y bastante afeminado, tenía las manos delicadas que me habría gustado tener para tocar la guitarra, y tocaba esa abominación entre los instrumentos musicales, el órgano eléctrico.

—Me alegro muchísimo de conocerte, Chris —me dijo con entusiasmo cuando nos encontramos por primera vez—. Estoy seguro de que vamos a formar un equipo absolutamente maravilloso.

Inauguramos la temporada de verano de 1972 en el Queens Hall de Leeds. Ataviados con chaquetas rojas de lentejuelas y corbatas de pajarita, Ken y yo nos sentamos en una plataforma montada sobre unas grandes ruedas. Habíamos hecho un par de ensayos antes del *show*, Ken tocando las melodías y yo aporreando al compás.

—Añade simplemente unos cuantos redobles para aumentar el suspense —dijo Henry el payaso— y todo irá perfectamente.

Pero Henry había olvidado mencionar que Ken tenía un problema, grave para un organista de circo: no podía improvisar ni una nota y tenía que leer todo lo que tocaba. Ahora bien, en un circo no se suele tocar una canción completa. Lo que se hace es tocar algo emocionante y animado mientras el artista entra en la pista, que luego se convierte en algo atmosférico mientras este va iniciando su actuación; después, a medida que van sucediéndose los números, se van mezclando las canciones con algún que otro silencio cargado de emoción, antes de llegar al momento culminante con un vigorizante redoble de tambores y un estruendo de címbalos cuando el artista cae en la red de seguridad o lanza el último cuchillo. A continuación se toca un final mientras el artista abandona la pista pavoneándose.

No es tan fácil como parece, al menos para el organista. En un número largo puede haber retazos de hasta una docena de canciones —el público se aburriría con la música ininterrumpida de «Nellie el elefante» no solo mientras Nellie se pasea desconsolada por la pista, sino también cuando se pone de rodillas, se sube a un cubo, etc.— y cada retazo tiene que ir sincronizado con las acciones. Ken no podía ver al artista porque tenía la cabeza hundida en las partituras. Había un gran fajo de papeles colocados sobre el órgano y para cada nuevo retazo de canción tenía que sacar la pieza, ponerla en el atril, subirse las mangas y comenzar a tocar. Por lo tanto una parte esencial de mi papel consistía en pasarle información a Ken acerca de lo que sucedía en la pista. Y con el estruendo de la batería, el bramido del órgano, el clamor de la muchedumbre y los chillidos de André, el director del circo, a menudo le resultaba imposible oírme.

En aquella primera actuación nuestro número musical comenzó a desbaratarse de mala manera durante el fastuoso espectáculo de trapecio de Serena Barontoni. Serena era un miembro lejano del clan Fossett y, junto

con su hermano Rocco, ejecutaban un número de malabarismo un tanto deslucido que consistía fundamentalmente en dar vueltas malhumorados a la pista, tropezándose con los montones de bolos, batutas y teas caídos. Pero a Serena le iba mejor sola en el trapecio. Su número no era algo por lo que estarías dispuesto a viajar grandes distancias, pero estaba moderadamente bien realizado, y para dar brincos en las cuerdas y barras en la cúspide de una gran carpa debe hacer falta mucho más valor cuando eres un acróbata mediocre que cuando eres un virtuoso.

Serena venía después de Zelda, una belleza circense de pelo negro como el azabache recogido en una cola de caballo, que ejecutaba pasos de ballet montada en la grupa de uno o varios caballos mientras estos trotaban alrededor de la pista. Todas las niñas se quedaban embelesadas, a la vez que tomaban a toda prisa firmes decisiones acerca de sus profesiones futuras mientras la artista daba vueltas a la pista a gran velocidad levantando y bajando sus perfectamente esculpidas piernas. Si bien recuerdo, salía de la pista con la música de *Los siete magníficos*.

—Bien, Ken —susurré—. Zelda ya se ha ido; ahora es André. Luego viene Serena: música de «Brasil».

—Daamaas y caballeeroos —chilló André—. ¡La in-creíible, guapísimaaaaa y des-lumbranteee... Sé-yoritaaa Sereeeenaaa BAAARONDONIII!

—Aquí viene, Ken... ¡KEN!... ¡«Brasil»!

Serena entró a grandes zancadas en la pista con una mirada de intensa determinación y un rictus de sonrisa en un silencio sepulcral. Se puso a dar vueltas para ofrecer a una parte mayor del público el honor de lo que era a la vez una sonrisa y una expresión de pocos amigos. Continuaba reinando el silencio.

—Ken, está en la pista... ¡¡«BRASIL»!!

—¡Vale, Chris, vale ya! —Ken empezaba a irritarse. La partitura se había quedado de lado y así no la podía leer. Por fin los primeros acordes inseguros de «Brasil» salieron a todo volumen del órgano, pero era demasiado tarde. Serena ya se había atado la cuerda y, con una mirada asesina en dirección a la plataforma de la orquesta, empezaba a trepar con toda la elegancia que su musculoso cuerpo permitía.

—«Llévame a la luna», Ken, ¡por el amor de Dios, hombre!

Ken seguía tocando «Brasil» despreocupadamente. Serena ya había trepado hasta la mitad de la cuerda cuando la melodía cesó bruscamente y Ken se puso a buscar a tientas. Tras un largo silencio comenzó a tocar «Llévame a la luna». De nuevo era demasiado tarde. Serena, ya solo una pequeña figura brillante allá arriba en los endebles trapecios, estaba preparándose para saltar al vacío desde el columpio. Esto requería un silencio sobrecogedor, roto por un largo y vigorizante redoble de tambores que aumentara la tensión y el pavor. ¡¡¡RrrrRRRATATATATA-CHÍN!!! Pero la tensión de algún modo fue estropeada por las notas de «Llévame a la luna» sonando cansinamente tras el *crescendo* de tambor.

—Bueno, Ken, ya está en el columpio. ¡¡Dale con todas tus fuerzas a «La danza del sable»!!

En ese momento yo dejé el órgano para seguir los balanceos, caídas y volteretas del número de Serena: RRRATAPLÁN, CHIN CHIN PUM, RATAPÚM CHIN PUM, CHIN CHIN PUM... tin tin titín. Mientras tanto el órgano seguía vomitando «Llévame a la luna», antes de que sobreviniera un silencio seguido por las primeras roncas y titubeantes notas de «La Danza del sable» que surgían del instrumento de Ken, mientras la pobre Serena se movía a toda velocidad de un lado para otro entre los aros y las barras en lo alto de la carpa.

Finalmente el desdichado número tocó a su fin y Serena agarró la cuerda para deslizarse lentamente hasta el serrín de la pista: la música de *There's no business like show business* empezó a salir a trompicones del órgano.

—¡No, Ken, por Dios santo! Todavía está ahí arriba, tiene que ser «Llévame a la luna» otra vez.

—Ay, lo siento, Chris, ¿en dónde se habrá metido eso ahora? —y de nuevo se sumergió para rebuscar entre el montón de partituras que recubrían el órgano. Serena siguió deslizándose por la cuerda en silencio, con el único acompañamiento del ruido de las bolsas de patatas fritas, el parloteo de los niños y el lejano zumbido del generador.

—Mamá, ¿por qué está tan enfadada esa señora? —se oyó que decía la voz de un niño pequeño de la primera fila. La respuesta fue apagada por

Ken al iniciar una frenética repetición de «Llévame a la luna». Pero era demasiado tarde. Serena salió indignada de la pista.

—Olvídalo, Ken, ya se ha ido.

Pero no, Ken continuó batallando a pesar de todo, hasta acabar de tocar *No business like show business* y ahogar así el comienzo del «Daamaas y caballeemos...» de André.

—De veras lo siento mucho, Chris —me dijo Ken más tarde.

Me ablandé.

—No te preocupes, Ken, las cosas mejorarán con la práctica...

Pero por supuesto no lo hicieron. Sucedió a diario, los sábados dos veces al día y, a medida que fueron pasando las semanas, yo me encontraba en constante enfrentamiento con el pobre Ken. En una ocasión hasta le arrojé un palillo de tambor durante un espectáculo, incidente provocado por Ken al dejar caer al suelo todo un montón de papeles en mitad de un número de los Hermanos Voladores Manzini, una *troupe* de acróbatas italianos temperamentales y, en mi opinión, potencialmente homicidas.

Los Hermanos estaban dando vueltas a la pista a gran velocidad, como una docena de ellos amontonados unos encima de otros sobre una bicicleta de una rueda, cuando de pronto la música se detuvo. Entonces se oyó un juramento ahogado procedente de la plataforma de la orquesta, el absurdo sonido de los tambores repiqueteando solos y, mientras, los Hermanos Voladores Manzini girando como bólidos alrededor de la pista en silencio. Y siguieron dando vueltas, tan frescos como una lechuga pero lanzando mentalmente cuchillos a la plataforma. Dieron una vuelta más. Aunque no soy ningún adivino, tenía la extraña sensación de que tanto Ken como yo debíamos evitar andar de noche por detrás de la carpa, especialmente por la zona de detrás del camión del generador, en donde los gritos pueden ser camuflados con bastante facilidad.

El Circo Fossett viajó por todo el norte de Inglaterra y buena parte de Escocia; Leeds, Halifax, Rochdale, Liverpool, Wallasey, Preston, Carlisle, Glasgow, Kilmarnock. Llegué a conocer todos los baños públicos con sus cubículos alicatados, sus enormes bañeras y sus brillantes grifos de latón

que relucían como si fueran controles de antiguos barcos de vapor, y fui iniciado en los bares que frecuenta la gente del circo. Pero lo que mejor recuerdo son los largos trayectos los domingos de madrugada, después de haber recogido la carpa al final de la segunda función el sábado por la noche.

Desmontar el circo, viajar y volver de nuevo a montarlo era como una batalla. En cuanto el público empezaba a salir en fila el sábado por la noche, notabas una repentina disminución de la tensión en la carpa a medida que los vientos iban siendo aflojados alrededor de todo su perímetro y los encargados de carpa comenzaban a sacar del suelo las estacas de hierro de seis pies de longitud. Los encargados de carpa, una heterogénea pandilla de forajidos y fugitivos, eran lo más bajo dentro de la jerarquía circense; pero todos, hasta los artistas principales, echaban una mano en la operación de desmontar la carpa y recoger.

Eran necesarias un par de horas para abatir la gran carpa, que a continuación se plegaba en unos rollos de lona increíblemente pesados y aparatosos y se cargaba junto con sus gigantescos postes en los remolques. Los animales del circo —que en aquel entonces incluían leones y tigres, elefantes, un pobre camello viejo, una llama y un par de avestruces— eran apiñados en sus remolques, listos para el viaje. Todos los asientos, las casetas, los tablones y los postes, los vientos y banderines, las vallas y los cables, las luces, la pista, las cuerdas y barras, los aros y los trapecios, las escalas y los cabrestantes, tenían que ser cargados y amarrados a sus respectivos remolques. Y todo ello se hacía en plena noche, la mayoría de las veces bajo una lluvia torrencial.

A las tres o las cuatro de la madrugada todo estaba ya recogido y colocado, los remolques enganchados a los tractores y el convoy listo para partir. Entonces era el momento para tomarse una sopa y una taza de té, todo en silencio ya excepto por el estruendo del enorme generador que hacía funcionar las luces. A continuación el generador se paraba por fin y los restos del campamento se sumían en un maravilloso silencio. Nos subíamos a la cabina del vehículo que nos había sido asignado —yo conducía la furgoneta de la carne— y salíamos con un sordo zumbido de motores por las puertas del parque.

Éramos gente de circo, y uno de los aspectos de esta vida que más me gustaban era este avanzar lentamente bajo cortinas de lluvia durante las pocas horas de noche que quedaban, escuchando el estruendo y el chirrido de las gigantescas máquinas de carretera junto con el incesante golpeteo de los limpiaparabrisas. Los faros iluminaban la señal de carretera a través de la lluvia: Kilmarnock 50. A nuestro ritmo de avance eso suponía cuatro horas o más. Borrachos de sueño, desplomados en nuestras cabinas, éramos el circo que entraba en la ciudad.

Y así transcurrió un feliz verano. Me imagino que si hubiera seguido allí y hubiera practicado mucho aquellos redobles, podría haberme convertido en un tambor de circo bastante bueno y tal vez me habría labrado con ello un futuro. Pero había llegado el momento de marcharse y probar algo diferente. En Carlisle nos instalamos en un parque entre el castillo y el río, y el sol lució durante toda la semana. Una mañana me fui de compras al centro con mi sueldo semanal de veinte libras esterlinas agujereándome el bolsillo, y entré en una tienda de discos para echar una ojeada a los estantes. Finalmente me decidí por un álbum de flamenco.

No recuerdo qué fue lo que empujó suavemente mi destino de esta manera tan curiosa; yo nunca había oído música de flamenco ni sabía nada de España. Pero aquella tarde, de vuelta a mi cuchitril en el remolque destinado a alojamiento, saqué mi pequeño tocadiscos de pilas, me tumbé en mi colchón de gomaespuma y comencé a escuchar mi nuevo disco. La guitarra era sencillamente cautivadora. No tenía ni idea de que se pudiesen hacer cosas así con una guitarra, ni por supuesto que los dedos pudieran moverse tan aprisa. No estaba totalmente seguro acerca de la música, pero la técnica —esos rápidos punteados, los profundos acordes oscuros y los golpeteos y rasgueados semejantes a un ruido de ametralladora— me dejó sin respiración.

De repente mi pequeño repertorio de canciones de Dylan y Donovan me pareció lastimoso. Iba a tener que ir a Sevilla para convertirme en un guitarrista de verdad.

Guitarra española

No sabía nada sobre España más allá de aquel disco de flamenco. Por supuesto no hablaba español, pero la idea de aprender a tocar la guitarra española se convirtió en una obsesión, casi tanto como mi primer *affaire* con el instrumento cuando estaba en el colegio. Así, tras despedirme de la gente del circo, me fui a Francia para trabajar en la vendimia y reunir dinero para una estancia en Andalucía. Desde Burdeos me dirigí a Valencia para recoger naranjas, en donde por fin cogí el autobús de Sevilla que por aquel entonces tardaba doce horas en llegar.

Coloqué mi guitarra en la rejilla y me acomodé en el asiento con una bolsa de bandolera llena de naranjas. Cuando el autobús tomó rumbo hacia el oeste, los últimos rayos del sol poniente se tiñeron de rojo, convirtiendo en siluetas al conductor y los pasajeros. Miré maravillado las palmeras y las alineaciones de secas colinas. Nunca antes había estado tan al sur. Pero a medida que oscurecía y que mi reflejo en la ventanilla iba haciendo desaparecer el paisaje, me sumí en el nebuloso estupor que provoca un largo viaje en autobús, soñando en lo que me esperaba en Sevilla.

Por aquellos días los autobuses españoles eran diferentes: traqueteaban y escupían humo y podías abrir las ventanillas, aunque esto no es algo que hubieras querido hacer en una noche como aquella. Hacía frío fuera del autobús, y el paisaje a lo lejos parecía un tanto amenazador a medida que subíamos hacia el interior en dirección a Granada. El autobús se convirtió en mi mundo, y empezó a aterrarme la idea de salir de él. Pero el viejo y decrepito autobús siguió avanzando ruidosamente a través de la oscuridad

de la noche, hasta que por fin giramos para seguir el valle del Guadalquivir y apareció en el horizonte una constelación de luces. «Sevilla», gruñó el viejo sentado a mi lado mientras se abría ante nosotros una vista de la gran ciudad de talleres industriales y suburbios.

Había deseado durante meses llegar a esta ciudad, pero ahora que se encontraba ante mí habría dado mucho por estar en alguna otra parte. Sin embargo, por fin dejamos atrás los barrios del extrarradio y, avanzando cansinamente por una ancha avenida alineada de palmeras y jardines con fuentes de piedra adornando las intersecciones, atravesamos finalmente el arco de piedra de la estación de autobuses de Sevilla. Salí precipitadamente del autobús y mientras me quedaba de pie junto a este preguntándome qué hacer y adónde ir, un viejo se me aproximó tímidamente y me susurró de modo conspirador: «Hotel, muy barato». Le seguí, sobre todo porque me había cogido la bolsa.

Resollando, mi guía atravesó a toda prisa un parque, antes de introducirse por un estrecho callejón adoquinado. El aire era una mezcla embriagadora de olor a flores y a orines, y una nube de polillas blancas revoloteaba alrededor de una farola. El eco de nuestras pisadas resonaba por las callejuelas mientras dábamos vueltas y vueltas por un laberinto, hasta que llegamos a una pequeñísima plaza en una de cuyas esquinas se levantaba una estrecha casa de tres plantas.

Entramos a oscuras. Un hombre gordo con gafas de sol y traje gris surgió de pronto de la penumbra: «125 pesetas la noche, o 175 en pensión completa, con agua fría solamente».

El precio me pareció más o menos apropiado por lo que, agarrando mis maletas, con mi viejo guía resollando y el gordo jadeando detrás, subí las escaleras hasta la azotea, donde se encontraba mi habitación, que consistía en una caja enjalbegada de ladrillos con dos camas, una silla y un par de alcayatas en la puerta.

Me dejé caer en la cama, que crujió bajo mi peso, y me puse a mirar feliz la bombilla desnuda. Por fin estaba aquí, instalado en Sevilla. Mañana por la mañana saldría a ver la ciudad.

Estaba demasiado excitado para dormir mucho, pero en algún momento debí quedarme dormido ya que por la mañana penetró en mis sueños el ruido de unos pesados postes de acero cayendo sobre un suelo de piedra. Un ventanuco enrejado daba luz a mi habitación, proyectando una pequeña mancha de sol en lo alto de la pared. Los postes de acero empezaron a caer cada vez con más frecuencia e intensidad hasta que todo el aire a mi alrededor resonaba con el estruendo. Mientras salía con gran esfuerzo del umbral del sueño me pregunté, de esa manera vaga como se hace antes de que la mente empiece a funcionar, en dónde diantres podía encontrarme y qué era aquel ruido infernal.

Cuando me vestí y salí al exterior, casi quedé cegado por el brillo de la luz matutina. Por todo alrededor había azoteas, torres y paredes de un blanco brillante; el cielo era de color azul pastel y mi propia azotea era un laberinto de cuerdas de fragante ropa tendida. Y entonces los postes de acero también se me revelaron: como las campanas de una iglesia; aquí arriba, a la altura de los campanarios, sonaban próximas y ásperas.

Después de desayunarme un café y una tostada untada con ajo crudo, aceite de oliva y sobrasada —esa especie de mantequilla anaranjada hecha con grasa de cerdo que tan apreciada es en Andalucía— salí con paso vacilante a la plazuela, seguí por un callejón adoquinado con geranios colgando de los balcones y fui en busca de Sevilla. Llegué a una plaza ligeramente más grande con cuatro naranjos y una fuente coronada por tres cruces de hierro. Era perfecta. A medida que avanzaba por otro callejón perfumado de jazmín y penetraba en otra plaza, iban entrando en juego más elementos: algo de ocre en las blancas fachadas, un patio lleno de flores y un estanque alargado bajo los naranjos.

Deambulé a mi antojo entre multitud de callejuelas. Tenían nombres como «Agua», «Aire», «Jazmín», «Vida», y todas ellas daban a una plazuela a cuál más exquisita y encantadora que la anterior. Medio mareado por este exceso de belleza, me encontré de pronto ante el coloso de la Catedral y la Giralda, el gran minarete árabe al que los cristianos colgaron unas campanas.

Este magnífico paisaje urbano estaba poblado por unas mujeres y unos hombres más bellos de lo que nunca había osado imaginar, y por todas partes se oía música: el sonido de una guitarra o un piano detrás de un balcón abierto, retazos de coplas y palmas en la cálida atmósfera de la ciudad. Los olores también eran fuertes: café, humo de tabaco negro, ajo, los escapes de las motos, «Heno de Pravia», la fragante colonia que tantos españoles usan, y por todas partes el aroma más temprano de los miles de naranjos.

Caminé aturdido por la ciudad durante todo el día, me salté el almuerzo y hasta me olvidé de que me dolían los pies. Entonces, cuando empezó a caer el fresco de la tarde, regresé a la plaza del hotel —Mezquita, se llamaba— a tiempo para la cena: pedazos de grasa de cerdo flotando en un lago de habichuelas y dientes de ajo hervidos, con vino, pan y, para terminar, una naranja. Me supo a néctar y ambrosía.

A la mañana siguiente me puse a lavarme la ropa en un lavadero de piedra que había en la azotea. Resultaba agradable chapotear con el agua al sol de mañana de diciembre. Mientras frotaba con bastante ineptitud silbando para mis adentros una canción, surgió una figura del hueco de la escalera que conectaba la azotea con el resto del hotel. Era una mujer cuarentona corpulenta, con zapatos de tacón, falda estrecha y camiseta blanca de hombre, que se me quedó mirando perpleja.

—¿Pero qué demonios estás haciendo? —preguntó.

—Lavando. Estoy lavándome la ropa —respondí, bastante satisfecho de mí mismo. Durante mi viaje hacia el sur había descubierto que esta era una pregunta inevitable y que bastaba sumergir una grisácea prenda interior en agua jabonosa para que alguien en alguna parte apareciera y te preguntara. Muy previsoramente, había descubierto la respuesta con ayuda del diccionario. Mi español era bastante rudimentario, pero aún así mi compañera consiguió hacerme comprender la idea de que tenía que abandonar inmediatamente mi labor porque no era apropiado que un hombre se lavara la ropa, y que de ahora en adelante ella lo haría por mí. Inmediatamente tomó el relevo y, mientras la mujer chapoteaba con el agua, yo intenté corresponder dándole una serenata de guitarra. Incluso estando

como estaba yo trastornado por la guitarra, no acababa de convencerme del todo de que el trato fuese totalmente justo.

Mi nueva amiga se llamaba Isa. Trabajaba en el hotel y al parecer me había tomado algo de cariño. A veces por las tardes me llevaba a un bar con su joven amiga Viki, una chica regordeta y bastante bonita que se reía mucho. Ponían un gran esfuerzo en ataviarse para aquellas ocasiones, y salían de sus respectivas habitaciones con zapatos de un tacón increíblemente alto, medias de malla, amplios escotes y unos cuantos botes de maquillaje generosamente aplicados. Entre las dos me pasaban revista, quitándome los pelos, migajas y quién sabe qué de la camisa arrugada y arreglándome el pelo antes de dictaminar que ya estábamos listos. Entonces, taconeando y con paso tambaleante, nos dirigíamos por las calles adoquinadas a una especie de barezucho.

Siempre pensaba que Isa y Viki eran muy amables por llevarme consigo en esas expediciones, puesto que yo no podía haber sido muy divertido para ellas. Solíamos apoyarnos los tres en la barra del bar, donde mis compañeras conseguían causar máxima impresión con sus medias y sus minifaldas con abertura. Parloteaban la una con la otra, volviéndose de vez en cuando para dirigirme una sonrisa amigable. Yo les devolvía cortésmente la sonrisa y me ponía de nuevo a batallar con el idioma.

Quería con todas mis fuerzas participar en su conversación, y todo el tiempo trataba de idear cosas que decirles con ayuda de papel y lápiz y de un diccionario de español. Pero, por supuesto, para cuando había encontrado la manera de entablar conversación, el momento ya había pasado y no me quedaba más remedio que recurrir a una sonrisa tímida.

De todos modos disfruté mucho de aquellas tardes y del Mezquita en general. Era un lugar ruidoso pero agradable, el resto de cuyos residentes eran fundamentalmente hombres jóvenes del campo que trabajaban en una fábrica justo al otro lado del río. Durante la cena nos dedicábamos a intercambiar artificiosas medias frases, sonrisas desconcertadas y arqueamientos de cejas. Pero, por extraño que parezca, yo debía resultarles socialmente valioso, ya que también ellos me llevaban a los bares.

En una de aquellas salidas, mientras me encontraba en un lóbrego bar lleno de estudiantes, humo y animada charla, entró una mujer enorme con una presencia tan fuerte que el parloteo cesó de golpe. Pegado a sus talones venía un chico pequeñísimo con un estuche de guitarra más grande que él. Uno de mis compañeros me dio un codazo y sonrió con suficiencia: «Lola la Gorda», dijo, indicando con las manos (de modo bastante innecesario) su figura.

Lola la Gorda se sentó contra la pared y le fue despejado un espacio por delante. Sacó la ligera guitarra amarillenta de su estuche y, sujetándola con los brazos casi totalmente extendidos entre los pliegues de su gran corpachón, se lanzó a recorrer las cuerdas con los dedos con gran fuerza y soltura. Tras un ligero ajuste de las clavijas, comenzó a tocar. Se hizo un silencio reverencial mientras iba arrancando de las cuerdas unos agudos arpeggios. Su improvisación ascendía para descender luego en picado, como un lamento y un gemido, y después iba subiendo de nuevo hasta llegar a un estruendo mientras golpeteaba el instrumento con la muñeca más rápida y flexible que jamás he visto. Yo nunca había escuchado el sonido de la guitarra flamenca en vivo y estaba hipnotizado. Su desconocido timbre oriental llenaba la música de misterio y angustia, y la facilidad y fuerza con que esta mujer tocaba hacía que pareciese como si la guitarra estuviese tocando sola.

La intensidad fue poco a poco descendiendo hasta convertirse en un bajo quejido repetitivo, semejante a un reiterado desafío. Uno de los trabajadores de la fábrica salió al espacio despejado y se arrodilló en el suelo delante de Lola. Se oyeron gritos de «¡Olé!» y «¡Anda!» procedentes del público. Persuasiva, la guitarra le engatusaba tratando de sacarle una copla, hasta que de pronto el hombre lanzó un grito como si sintiera un gran dolor. El grito se convirtió en un lamento y un profundo quejido, culminando en una larga y tensa ululación. Mientras iba cantando copla tras copla, lloraba lágrimas de verdad. Yo estaba absolutamente petrificado.

Al día siguiente me lancé en busca de un profesor de guitarra. No tuve que ir muy lejos. Mientras desayunaba café y rosquillas en un bar, me

encontré a Xernon sentado a mi lado, un chico rubio de cara regordeta mitad mejicano, mitad norteamericano. Parecía tener como doce años de edad, pero tenía un estuche de guitarra y nos pusimos a hablar.

—Si deseas aprender flamenco —me dijo— tienes que alojarte en el Hostal Monreal; ahí es donde está todo el mundo. Si quieres, puedo llevarte.

Así pues, dejé a mis amigos del Mezquita —Xernon se había quedado sorprendido al descubrir que me alojaba en una casa de citas (tal como hasta yo había empezado a sospechar tras salir unas cuantas noches con Isa y Viki)— y, echándome al hombro la guitarra, caminé hasta la Catedral, junto a la que se encontraba el Hostal Monreal en una esquina. Di mis datos en recepción a una mujer llamada Mary, una bonita irlandesa de voz suave que llevaba la contabilidad, se encargaba de que el personal estuviera a gusto y actuaba como mediadora con la heterogénea colección de huéspedes, la mayoría de ellos estudiantes de guitarra o de baile flamenco.

El amante de Mary, José, era el propietario del establecimiento. A cualquier hora del día o de la noche se le veía deambulando con una llave de fontanería y cara de profunda preocupación. Le gustaba arreglar las cañerías, y su sueño era deshacerse de la zarrapastrosa clientela del hotel y llenarlo de ricos turistas americanos. Si hubiera arreglado mejor la fontanería, probablemente habría podido subir las 175 miserables pesetas que cobraba por la «pensión completa, con agua fría solamente».

Pero la fontanería era algo absolutamente único. Para disfrutar al máximo de la ducha de agua fría tenías que apoyarte en los azulejos por debajo del agujero donde goteaba agua de la pared y, torciendo el cuello y los hombros, podías guiar el hilillo de agua hacia la parte del cuerpo que lo necesitara. No era lo más indicado para despertar el entusiasmo de unos americanos derrochadores.

El Monreal tenía tres plantas y un patio central, rodeado por unas balaustradas de madera, con unas aspidistras ajadas y una fuente de la que salía un hilillo de agua y que iluminaban unas lucecitas verdes y rojas. En la azotea estaban las cuerdas para tender la ropa y dos cubículos, que eran algo más baratos que las habitaciones propiamente dichas. Durante el día eran hornos, mientras que por la noche necesitabas una tonelada de mantas

para que no te castañetearan los dientes. Tomé uno de ellos por un mes y comencé a llevar a cabo mi misión.

Los guitarristas del Monreal éramos una pandilla internacional, y la mayoría teníamos entre dieciocho y veintipocos años. Pero de vez en cuando se nos unía algún guitarrista de más experiencia para recordar, enseñar un poco o condescender con nosotros, simples principiantes, apuntándose a una sesión. Herb era la excepción. Se trataba de un americano fibroso con cola de caballo saliéndole de debajo de una calva incipiente que nos dejó a todos perplejos por conseguir combinar su extrema vejez (tenía treinta y un años) con una torpe incompetencia. Recuerdo haber meditado estupefacto sobre su decisión de comenzar a tocar la guitarra en el ocaso de su vida y, en mi imprudencia juvenil, hasta llegué a preguntarle en una ocasión: «Y, digo yo, hombre, ¿para qué molestarte ya?». Era una frase que más tarde me perseguiría.

Las sesiones de práctica tenían lugar todos los días en la azotea, y los más entusiastas nos sentábamos a tocar allí entre ocho y diez horas al día. Por supuesto, el sonido que producíamos entre todos practicando escalas ascendentes y descendentes y soltándonos las muñecas con ruidosos rasgueados, todo ello con unas guitarras que sonaban fuerte y estridentemente, era absolutamente horroroso. No se veían las caras de los guitarristas, pues las ocultaba la ropa puesta a secar; todo lo que se veía eran las sillas, los pantalones y las guitarras, aunque si te echabas hacia atrás podías ver entre las sábanas las torres y los balcones de la ciudad y el cielo de un azul intenso. De vez en cuando subía una de las camareras y, con el pretexto de ver si se había secado la ropa, se entregaba a un poco de coqueteo.

Un día en que estábamos bebiendo juntos durante un descanso de las guitarras, todos estuvimos de acuerdo en que nuestro estudio para ensayar era realmente intolerable, e ideamos unas reglas para hacer más provechosas nuestras sesiones de práctica. A partir de ese momento, cualquiera que quisiera practicar en la azotea tenía que tocar con un calcetín metido debajo de las cuerdas hasta el mediodía, y ningún guitarrista podía beber ni ofrecer vino antes de la hora del almuerzo.

Y así se estableció una rutina. Nos sentábamos febrilmente durante toda la mañana haciendo vibrar sordamente las cuerdas de nuestras guitarras hasta que oíamos repicar las campanas, momento en que se extraían los calcetines, se sacaban las botellas de vino y setenta y dos cuerdas comenzaban de nuevo a sonar libremente. A veces la rutina era interrumpida por la llegada de un viejo con sombrero cordobés que había estado enseñando a uno de los guitarristas más avanzados en su habitación. Después todos le escuchábamos hechizados mientras tocaba sin esfuerzo una serie de falsetas, deslumbrándonos con su técnica.

Pasó el invierno y, con la llegada de los primeros meses de la primavera, empezaron a aparecer estrellas blancas entre las oscuras hojas de los naranjos y comenzaron a llegar los primeros calores fuertes del año. En Tokio y Los Angeles la inversión térmica crea una nube tóxica que se cierne sobre la ciudad durante varios días, haciendo que la gente se muera de asfixia. En Sevilla, que es la ciudad más romántica del mundo, la densa nube de olor a azahar que la envuelve en primavera y principios de verano hace que la gente se vuelva loca de amor.

En el Monreal el objeto de toda nuestra locura era Laura, una chica norteamericana que estaba aprendiendo a bailar flamenco. Tenía el pelo rizado y castaño, una nariz respingona y unos enormes ojos de color avellana, y se movía con la gracia de las hojas de bambú al ser rozadas por el viento. Todos estábamos locos por ella, pero mientras se movía etéreamente entre los músicos parecía no tener la menor idea del efecto que estaba teniendo sobre nosotros.

La atmósfera del Monreal se llenó de rivalidad sexual y nos lanzamos al combate con nuestras guitarras. La pobre chica debió dormir poco con nuestras interminables serenatas, mientras que durante el día esperanzados acompañantes hacían cola ofreciéndole sus servicios para sus prácticas de baile. Desgraciadamente, yo ni siquiera entraba en liza por este honor, pues Xernon y el resto de los virtuosos del grupo me superaban fácilmente en armamento.

Era una historia bien conocida, pero una vez más me hizo progresar con mi técnica musical. Una noche en que había estado practicando en el Parque de María Luisa con Paul, un compañero de aprendizaje, este empezó a tocar una pieza ligera clásica llamada *Romanza*. Escuché con extasiada atención. Efectivamente la música era total y absolutamente romántica, con un toque de profundo patetismo, pero más que nada era sencilla. Pensé que si Paul me daba algunas lecciones, pronto le pillaría el truco y tendría por fin alguna posibilidad con Laura. Paul, que era gay y por lo tanto estaba fuera de la persecución, dijo que por supuesto me ayudaría.

No fue tan fácil de aprender como me había imaginado, pero finalmente llegué a dominar la pieza y solo tuve que esperar a que se presentara una oportunidad para ejecutarla. Pero no se presentó ninguna. Cada vez que aparecía Laura en la azotea, uno de mis superiores se abría paso hasta el primer plano con alguna fogosa pieza de flamenco y la monopolizaba durante el resto de la práctica. Yo mientras tanto, desde mi taburete detrás de la ropa tendida, punteaba sin cesar mi *Romanza* con expresión soñadora, mientras otros como el viejo Herb ahogaban mis mejores momentos.

Decidí tomar medidas. Una tarde, cuando Laura desapareció para irse a su habitación, la seguí y llamé tímidamente a su puerta. La chica la abrió con una mirada inquisitiva no del todo impaciente.

—Quería tocarte una canción —le espeté—. A lo mejor te ayuda a relajarte después de tanto baile.

Se produjo una pausa. Laura sonrió, una sonrisa triste y ligeramente torcida, y replicó: «De acuerdo, pero prométeme que no será esa pieza que has estado tocando toda la semana en la azotea. Realmente no podría soportar oír cómo la crucificas otra vez... es decir, al menos no de cerca». Y entonces añadió de modo desconcertante: «¿Sabes?, esa película fue tan bonita y tan triste y tan, cómo diría yo, tan verídica, que quiero mantenerla fresca en mi recuerdo». Evidentemente Laura era una de esas personas que están de acuerdo con lo que dice el refrán de que quien bien te quiere te hará llorar; una extraña idea, pues me imagino que la mayoría de la gente prefiere que simplemente se les quiera.

—Ajá, claro, por supuesto... no te preocupes —conseguí mascullar mientras retrocedía por el pasillo. Pero, aparte de la humillación que me

resonaba en los oídos, los comentarios de Laura me habían dejado perplejo. ¿Qué demonios era eso de una película?

Xernon se cruzó conmigo. Trataba de contener una sonrisita de superioridad, pero dándose cuenta de que verdaderamente yo estaba *in albis*, se detuvo para aclararme el asunto.

—Has estado tocando el tema de esa película francesa, *Juegos prohibidos*, so petardo, ¿no lo sabías? —Yo seguía con cara inexpresiva—. ¿No la conoces?, esa película antigua en blanco y negro que han estado poniendo en el Plaza Nueva. —Negué con la cabeza—. ¿Sobre una pobre huérfana a la que se le muere el perro durante la ocupación de Francia?

Finalmente se le escapó a Xernon de los labios la sonrisa de superioridad que le había estado rondando por ellos, extendiéndose por toda su cara como un sarpullido.

—No exactamente flamenco —comentó.

El amor en el Monreal estaba bien y era algo que imprimía carácter, pero de lo que realmente me había enamorado yo era de España. Y habiéndolo hecho, lo que de verdad quería ser era español, o lo que entonces imaginaba que suponía serlo: tener la piel morena y los ojos negros, una mano diestra con una navaja afilada y una naranja, ser un guitarrista natural y un donjuán.

A medida que fueron pasando los meses, me di cuenta de que no iba a dar la talla. La nariz se me puso de color rojo cangrejo; tendía más a la reflexión que a la excitabilidad; era —reconozcámoslo— un pésimo guitarrista; y mis aptitudes como seductor se veían entorpecidas por una tendencia a la parálisis mental cuando me encontraba frente a frente con el objeto de mis sentimientos. Aparte de eso, me había gastado todo el dinero. Sevilla estaba tocando a su fin para mí.

A medida que fue intensificándose el calor del verano, tomé un coche de caballos para ir a la estación y subí a un tren nocturno lleno de soldados. El tren me llevó a Barcelona y desde allí fui haciendo autostop hasta París, donde toqué la guitarra en el metro para reponer fondos. En la estación de Étoile había un largo corredor alicatado y allí me coloqué. La acústica era excepcional, haciendo que el suave rasgueado de una guitarra española sonara como la música de toda una orquesta y, entre otras cosas, toqué

Romanza. Era una manera de borrar mi humillación, y quería creer que la parte central estaba empezando a quedarme bastante bien. La gente se paraba a puñados para escuchar, pareciendo quedarse pensativa y algo melancólica antes de echar una moneda de alto valor en mi sombrero.

Resultó que estaban poniendo *Los juegos prohibidos* en el cine Étoile, con la sala abarrotada todos los días. Estaba de suerte. En poco tiempo reuní el dinero suficiente para sacarme un billete de vuelta a Inglaterra.

De nuevo bajo los cielos boreales, mis ambiciones guitarrísticas fueron poco a poco siendo sustituidas por unas pasiones nuevas y bastante contradictorias: la agricultura y los viajes. Mi temporada en Sevilla había hecho que me aficionara a la idea de lanzarme a mares desconocidos, mientras que una breve estancia en una granja de ovejas en las Montañas Negras de Gales y un trabajo en una granja de Sussex me hicieron entrever una trayectoria profesional sin traje ni corbata. Durante los veinte años siguientes me dediqué más que nada a la ganadería, pasando algún que otro período ayudando a documentar guías de viajes. La guitarra reaparecería solo de manera ocasional en mi vida —un invierno tuve un trabajo los sábados por la noche en un restaurante ruso de Fulham tocando la guitarra — pero tuvieron que pasar casi veinte años antes de que me encontrara de vuelta en España con tiempo suficiente para probar suerte de nuevo con el flamenco.

Vida literaria

Un par de días después de que *Ley* volviera a atravesar cautelosamente nuestro puente de regreso a Inglaterra, recibí otra llamada telefónica de Londres. Esta vez era mi editora, Nat, que me llamaba para decirme que me habían invitado a participar en el Festival Literario de Hay. Luego pasó a enumerar las ventajas que suponía para un escritor aparecer en este encuentro de gentes del libro en Gales, lo que hizo que mi mente comenzara a divagar, recordando la vez que me había quedado en aquella granja de las Montañas Negras y había aprendido a esquilar ovejas.

«Claro que iré si ellos quieren —dije enseguida con entusiasmo—. El paisaje de los alrededores de Hay es de lo más bonito, y podría ir a ver a unos viejos amigos». Nat pareció aliviada y siguió hablando como si tal cosa sobre lo agradable que sería pasar unos días en aquel lugar; ella y Mark, su media naranja y otra mitad de mi editorial, irían en coche y me encontrarían allí. Luego, a modo de despedida, añadió que no debía preocuparme en absoluto por tener que leer o discutir mi libro: «Sé simplemente tú mismo —dijo— y todo irá bien».

Fue entonces cuando se evaporaron las imágenes nostálgicas de la esquila y me di cuenta de que iba a tener que dirigirme a un público literario. Me volví hacia Ana y Chloë; ¿tal vez ellas podrían venir también? Pero no, faltaba demasiado poco tiempo y los animales y el colegio se lo impedían. De este modo, dos semanas más tarde, arrastrando un extraño surtido de libros en una bolsa de cuero (al menos tenía que aparentar ser un

lector), entré con aprensión en el área de recepción de la oficina del Festival de Hay-on-Wye.

Una fina llovizna rellenaba los charcos que se habían formado en el centro del patio del festival, mientras los aficionados a las letras se dirigían por unos tabloncillos de madera resbaladizos a las diferentes carpas que hacían las veces de auditorio. Fue fácil localizar a Nat y a Mark, chapoteando en los charcos con su niño cerca de la puerta del aula de una escuela primaria transformada durante una semana en una sala de recepción para los autores. Me uní a ellos justo al mismo tiempo que se nos cruzaba un pequeño grupo de personas, algunas de las cuales volvieron la cabeza.

—Creo que ese es Vikram Seth —dijo Nat—. Va a hablar en la carpa de al lado de la tuya, al mismo tiempo desgraciadamente, así es que todos nos lo vamos a perder. Me volví para ver desaparecer a uno de mis autores favoritos por la entrada de otra carpa, al mismo tiempo que dos mujeres envueltas en chubasqueros señalaban en mi dirección mientras decían en un fuerte y emocionado cuchicheo: «¡Es él, estoy segura!». Esto era realmente emocionante. Me enderecé y les devolví la sonrisa mientras alguien me tomaba ligeramente del brazo para que me apartara un poco. «Gracias», murmuró Bill Bryson al pasar... ¡Bill Bryson!

No creo que necesite tratar de esclarecer la imagen borrosa que tengo de lo que sucedió luego, excepto decir que un compasivo organizador del festival me hizo pasar por la puerta del aula de la escuela primaria, me sirvió un poco de vino y me presentó a los demás miembros del panel, Monty Don, el autor de libros de jardinería, y Adam Nicolson, escritor y columnista de periódico. Recuerdo no haber hecho mucho más que sonreír y tragar saliva, con los ojos fijos en una araña de cartón que se balanceaba a un lado de la cabeza de Adam, pintada, al parecer, por «Megan, edad 6 años». Antes de que pudiera pedir otro vaso, el amable organizador nos hizo salir a todos de nuevo a la lluvia del patio para conducirnos a un estrado. Mis editores y su niño me sonrieron lánguidamente desde sus asientos junto a la puerta de la carpa. Era el tipo de sonrisa que utilizarías para animar a un familiar que se encontrara en el banquillo de los acusados.

Adam comenzó a hablar y a leer fragmentos de su libro. No creo haber deseado nunca antes que alguien fuera prolijo —y el escritor no me hizo ese favor—. Fue conciso y divertido y, todo hay que decirlo, literario. Me limpié la suciedad de las uñas y me puse a esperar a ser denunciado vergonzosamente, a que alguien se pusiera de pie por la parte de atrás y dijera: «Ese hombre no es un autor, es un esquilador de ovejas». En lugar de ello Monty Don dio comienzo a la más delicada de las presentaciones y me pidió que leyera un fragmento que había señalado previamente. Era una descripción de mi primera expedición de esquila en Las Alpujarras, en la que había tenido que enfrentarme al escepticismo de los pastores locales ante la utilización de unas tijeras eléctricas y hacerlos callar.

Dirigí la vista a la página y de pronto me di cuenta de que no tenía ni idea de cómo leerla. No era que mis habilidades literarias me hubiesen abandonado, sino que simplemente no tenía la menor idea de cómo debían sonar en inglés las voces de los diferentes pastores bromeando unos con otros. En aquella ocasión todos habíamos hablado en andaluz alpujarreño, y en el libro yo había soslayado el problema de los acentos regionales reflejando su gramática peculiar y dejando sus acentos a la imaginación. Monty me miró, Adam me miró. La lluvia golpeaba pacientemente el techo de la carpa como si también estuviera esperando. Elegí un acento, más o menos al azar, y me puse en manos del público de la sala. El primer pastor anunció sus serias dudas sobre la seguridad de su rebaño con la voz de un pirata de comedia para niños, una especie de acento de Cornualles de Ben Gunn^[4]. Carraspeé y probé de nuevo. Le contestó un chico de la región inglesa de Somerset que por lo visto había pasado mucho tiempo en el Transvaal. Volví a detenerme. Con el rabillo del ojo vi levantarse a Nat y salir medio agachada y de puntillas con el niño debajo del brazo. Mark miraba fijamente el techo de la carpa, asombrado al parecer de descubrir que estaba hecho de lona.

Proseguí. El primer pastor se había decidido por un acento mucho más suave y razonable de campesino de Sussex. Eso no estaba mal, pero yo —el narrador— de algún modo me había convertido en el Príncipe Felipe. Me detuve horrorizado.

—Lo siento —empecé a decir—, en realidad no sé de dónde han venido todos esos extraños acentos. —Pero mis palabras fueron completamente ahogadas por el feroz repiqueteo de la lluvia en el techo de la carpa. Al parecer Dios, en respuesta a mi ferviente plegaria para que la tierra se abriera y me tragara, había dispuesto que fueran los cielos los que se abrieran en su lugar. Tal vez no se había acostumbrado del todo a mi acento.

Me eché hacia atrás, salvado por los elementos, y vi cómo Nat regresaba a la carpa con el niño dormido en brazos. Me dirigió una amplia sonrisa. Mientras continuaba lloviendo ninguno de nosotros podía hacer nada más que sonreír. Era imposible oír ni una sola palabra de nadie, ni siquiera de la persona que estaba a tu lado. Me imaginé a Vikram Seth sonriendo y esperando en el estrado de la carpa de detrás, y me puse a pensar en la maravillosa virtud que tiene la lluvia de hacernos a todos iguales.

Después del diluvio el público y los miembros del panel intercambiaron algunas ideas sobre agricultura y literatura de la manera más relajada que imaginarse pueda. A continuación salimos todos al sol radiante del exterior, para entrar en una carpa donde unos montones de libros estaban esperando para ser firmados. No pude evitar ver un rebaño de vacas por encima de la zona del festival atravesando a paso lento un húmedo prado como si quisieran unirse a la cola.

A mi vuelta de este periplo literario, que incluyó unas cuantas firmas de libros en las librerías de la zona, así como el ir a visitar a mis viejos amigos ganaderos de ovejas, Ana y Chloë me inspeccionaron de cerca buscando algún signo de engruimiento. A Chloë le gustó oírme contar cómo había firmado libros en las librerías para unas personas totalmente desconocidas, aunque parecía preocupada de que ello me hubiera hecho cambiar de alguna manera sutil e irreversible.

Yo sabía a lo que se refería. El interés por los autores me parecía una cosa fugaz que se te sube a la cabeza. Sonó el teléfono y, como prueba de lo sugestionable que me había vuelto, lo descolgué esperando que fuera un

periodista exigiendo una entrevista. Pero era José Guerrero, mi socio de esquilar.

—YA HAS VUELTO DE POR AHÍ. MUY BIEN —gritó—, ¡MAÑANA NOS VAMOS A ESQUILAR!

—No, no nos vamos. Acabo de llegar a casa en este momento.

—¿Y QUÉ MÁS DA?, HAY QUE ESQUILAR ESTAS OVEJAS. NOS VEMOS A LAS CINCO Y MEDIA EN EL BAR DE RAMÓN.

—Mira, no quiero ir a esquilar mañana; ya he estado fuera muchos días y ahora quiero volver a acostumbrarme a mi familia.

—CRISTÓBAL, CUENTO CONTIGO. PUEDES VOLVER A ACOSTUMBRARTE A TU FAMILIA EL JUEVES.

—¿Por qué no puedes esquilarlas tú?

Pero era demasiado tarde; la línea ya se había cortado.

Chloë no se mostró especialmente entusiasmada de que me marchara a esquilar inmediatamente después de mi llegada, pero Ana lo comprendió. Sabe que nunca he podido negarle un favor a José Guerrero.

José es único. Tras su fachada de presuntuoso desparpajo se esconde una naturaleza discreta, considerada y cálida. Hace un par de años le fue diagnosticado un cáncer del sistema linfático, lo que probablemente explica su curioso aspecto cadavérico. Su modo de hacer frente a la enfermedad consiste en lanzarse a una vida de constante actividad frenética. Estar con él resulta agotador, pues te consume con su energía inagotable. Pero al parecer la técnica funciona; la enfermedad parece no poder aguantar el ritmo, y cada vez que le veo está un poco mejor y toma unas cuantas pastillas menos.

Tanto Ana como yo pensamos que un día de sucio trabajo manual con José Guerrero me ayudaría a volver a poner los pies en el suelo y bajar de las alturas enrarecidas que había estado habitando.

A las cinco de la mañana no hay el menor indicio de luz en el cielo, solo las estrellas, y aquella mañana en concreto no había luna. Salí de la cama sin hacer ruido y busqué a tientas mi camiseta y mis vaqueros, después de lo cual salí con sigilo de la casa a la cálida y oscura mañana. Mientras

avanzaba lentamente por la pista, me esforcé por distinguir el canto de los ruiseñores entre el crujido de mis pisadas sobre la grava y el fragor del río. Todo en derredor, las grandes panzas de las montañas contrastaban su profunda negrura con el incipiente y casi imperceptible gris del cielo. Las flores amarillo claro de las gayombas que bordeaban el camino resplandecían débilmente, y su perfume llenaba el aire de la noche. Entonces atravesé el puente, subí al coche y, al encender los faros, extinguí el hechizo de la mañana.

En el bar de Ramón los madrugadores de siempre se encontraban sentados en la barra aplicándose en silencio a su café, su manzanilla, su anís o su coñac. No había ni rastro de José, por lo que me senté en un taburete y pedí un zumo de naranja. Entró un hombre joven con chándal brillante y empezó a contar chistes de fútbol a voz en cuello. Los demás miembros del bar parecían estar disfrutando, pero mis pensamientos empezaron a derivar hacia mi casa y la cama. ¿Qué demonios me había hecho querer esquilar un día en que la mujer del tiempo había dicho en la televisión que iba a hacer unos treinta y cinco grados?

A las seis y media, José entró en el bar y se dejó caer a mi lado.

—Has *sí*o puntual —dijo—. Muy bien, vámonos.

Yo sabía que él había dicho las cinco y media, pero no valía la pena discutir. A José se le habían pegado las sábanas, pero es un hombre a quien no gusta admitir sus errores y, a decir verdad, tenía un poco de mal aspecto y parecía como si no necesitara una discusión.

Arrojé mi bolsa al interior de la estrecha y fétida cabina de la furgoneta de José y me metí tras ella. Mi amigo puso en marcha el motor e introdujo una cinta en el radio cassette. El sonido salía a todo volumen, horrorosamente distorsionado.

—Esto te va a gustar, *Bebequín*...

—¿Cómo?

—La música, es *Bebé Kin*...

—Ah, ¿quieres decir que es BB King?

—Sí, claro. Acabo de comprarme esta cinta. Escucha, es una canción de Elmore James.

A José le vuelve loco el *blues*. Bueno, a mí también, a una hora decente del día. Pero José parece tener algún tipo de cortocircuito en su sistema de sensibilidad, pues le gusta oírlo a todo volumen incluso de madrugada. Inspirado por los *riffs* de guitarra de *Bebequín*, se dirigió, dándole caña sin piedad a su pequeña furgoneta de hojalata, hacia lo alto de la Sierra de Lújar.

Era una mañana calurosa incluso a una hora tan temprana, antes de la salida del sol, y llevábamos abiertas las dos ventanillas, lo que dispersaba un poco el miasma a mierda de oveja y humo de tabaco. A medida que íbamos ascendiendo, comenzaron a aparecer las cimas cubiertas de nieve de Sierra Nevada, así como el gris de las altas montañas asomándose por encima de los tenues pliegues azulados de los valles. Seguimos subiendo, curva tras curva, por la estrecha carretera de montaña flanqueada por unos terraplenes densos de hierba crecida y de flores, a través del pequeño puerto por encima de Camacho, y pusimos rumbo al este a lo largo de la cresta hasta llegar al punto más alto de la carretera, el Haza del Lino. Allí nos detuvimos en el bar para preguntar el camino.

—¿Está Blas? —le preguntó José a la belleza de ojos oscuros que había detrás de la barra.

—No, está en la sierra.

—Pero me estaba esperando hoy —dijo extrañado—. ¿No le dieron el *recao*?

—¡Mamá! —llamó la chica.

Una mujer recién salida de la cocina, donde había estado friendo, miró a José desde la puerta.

—Ah, sí. No le di a Blas tu *recao* porque no vino a casa anoche.

—¿Y cuándo volverá?

—Eso no te lo puedo decir.

Las dos mujeres se miraron una a otra con aire dubitativo, dirigiendo luego la mirada a José.

—Entonces, ¿cómo podemos encontrarlo? —preguntó.

—Es muy difícil —comenzó a decir la madre con una mirada que hizo que pareciera que era realmente muy difícil.

—¿Cómo, entonces?

—Bueno, pues seguís la carretera hacia la Venta del Tarugo... y entonces cogéis la primera carretera a la derecha...

—No, mejor que paséis por el Tarugo y luego tiréis a la izquierda — sugirió un viejo que estaba sentado en la barra.

—¿Y tú que sabes, Manuel? Es mucho más rápido ir *p'abajo* y luego *p'arriba*...

—Pero Manuel tiene razón... —interrumpió otro cliente.

Y así continuaron las cosas, con un tropel de apasionados y aparentemente contradictorios consejos, hasta que finalmente salimos con un pedazo de papel marcado con lo que parecían ser unas runas y un guía autoproclamado llamado Miguelillo, quien aparentemente tenía un dominio muy somero de la geografía local. Sin embargo, afirmó saber exactamente dónde encontrar a Blas.

Miguelillo se sentó en la parte delantera y yo me estiré en el asiento de atrás para ver pasar el mundo a toda velocidad, o al menos la parte de este correspondiente a la Sierra de la Contraviesa, por las ventanillas laterales. Bajamos hacia la Venta del Tarugo por una preciosa carreterita donde crecían flores y hierba entre las grietas del asfalto.

El sol se elevaba ya abrasador sobre la lejana Sierra de Gádor. Cada curva que tomábamos nos dejaba casi completamente ciegos, pues a la luz blanca del sol se sumaba el repugnante estado del parabrisas de José y el hecho de que hacía mucho tiempo que se habían caído las dos viseras. A ambos lados se extendían onduladas colinas plantadas de vides, unas cepas cortas cuya oscura sombra alargaba el sol todavía bajo. Había algunos hombres en los viñedos, aprovechando el fresco de la primera hora de la mañana, uno de ellos pequeño y solitario en un mar de vides, dando tajos sin parar a las malas hierbas con su azada —una tarea verdaderamente hercúlea—. Nadie vivía por aquí. Ni siquiera podía imaginar que pudieran vivir ovejas. Seguimos avanzando más y más. Había pocas desviaciones y ningún pueblo, ninguna casa, nada que no fueran vides.

Miguelillo parecía estar cada vez más perplejo, y pronto quedó claro que apenas sabía quién era Blas y mucho menos dónde podíamos encontrarle. Era una de esas personas, y las encuentras por todas partes en la España rural, que se pasan el día en los bares esperando a que suceda

algo interesante —por ejemplo, una excursión en coche a algún lugar—. Por si acaso nos quedaba alguna duda sobre su utilidad, nos contó que tenía un trastorno psicológico que de vez en cuando le volvía violento. Casi siempre estaba bien, pero cuando se mosqueaba no podía controlarse. Dijo que eso le hacía difícil conservar un trabajo serio. Todo esto nos lo contó con una sonrisa que habría seducido a la más antipática de tus tías.

José, todo sonrisas también, se volvió para dirigirse a Miguelillo.

—Hombre —dijo—. *Tó* eso es una mala suerte *mú* grande, y mi amigo aquí presente y yo nos sentimos *mú privilegiaos* de tenerte como guía hoy... a pesar de que no tengas ni idea de dónde leches estamos. Pero aprovecho *pa'decirte* que si te saltas las normas aunque solo sea un tanto así, no dudaremos en colgarte por los huevos de uno de esos alcornos. Cristóbal, que está ahí en el asiento de atrás, ahora está *mú* tranquilo y suave, pero cuando se mosquea tiene *mú* malas pulgas y no hay quien lo pare. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Miguelillo entendió perfectamente y dijo que creía poquísimo probable que se fuera a volver desagradable. En cuanto a mí, simplemente me puse a mirar a ver pasar a gran velocidad por la ventanilla las flores del borde de la carretera, esperando no verme forzado a tener malas pulgas.

Poco después, tras equivocarnos de camino un par de veces y no obtener ninguna ayuda de Miguelillo, que había decidido bajarse en un cruce donde había una gran higuera de hermosa sombra, dimos con el cortijo donde teníamos que hacer nuestro trabajo. Con el fin de prestar algún ímpetu al asunto, abrí la puerta del coche de golpe y salí de un salto al cálido sol del corral. Una oscura hilera de hombretones con monos azules estudiaron nuestra llegada a través de una nube de humo de tabaco mientras, debajo de un nogal, un par de perros flacos se rascaban en unos pedazos oxidados de maquinaria agrícola.

—¿Cómo es posible que haya alguien que quiera ser otra cosa que esquilador de ovejas? —le dije con entusiasmo a José mientras preparábamos la maquinaria en el establo de abajo.

El día empezó a desarrollarse exactamente igual que suelen hacerlo este tipo de días, con un calor cada vez más fuerte, ambos chorreando de sudor y rodeados por enjambres de moscas, pero no nos importó porque las ovejas

eran perfectas. Esquilarlas era como cortar mantequilla con un cuchillo caliente, y la lana se desprendía fácil y limpiamente. José, que canturreaba en voz baja, aumentó la velocidad para ver quién esquilaba más ovejas. Yo también me apresuré, y pasamos toda la mañana esquilando juntos a toda velocidad aquellas fantásticas ovejas gordas. A medida que fue avanzando el día y las ovejas empezaron a sudar de calor, las cosas aún nos fueron mejor. Una oveja acalorada, gorda y sudorosa es el sueño de un esquilador. A media tarde ya habíamos terminado el trabajo y estábamos en la casa del pastor comiendo con él y su familia.

Más tarde, volvimos a cargar los trastos en la furgoneta y nos marchamos camino abajo. Miguelillo todavía estaba sentado debajo de su higuera en el cruce. José detuvo el coche y le miró bañándolo en una nube de humo de tabaco.

—Ahora querrás enseñarnos el camino de vuelta, ¿no?

Miguelillo se quedó pensativo un rato y después, viéndome en el asiento del pasajero mirándole, decidió que no.

—Gracias, pero primero tengo que hacer unas cosillas. Ya volveré por mi cuenta.

Un loro en el limonero

Junto a nuestra vivienda rural de alquiler, El Duque, hay un limonero. Brotó de una pepita de limón que plantamos sin saber por aquellos días que probablemente no saldría de ella la clase de limonero que esperábamos, es decir, sin saber que el árbol nacido de nuestra pepita podría no dar limones del mismo tipo que aquel del que la habíamos extraído, sino que había más probabilidades de que fuera un fruto primitivo, amargo y de gruesa cáscara, procedente de los albores de la historia de los limones. Normalmente los limoneros crecen muy despacio, pero a consecuencia de una extraña coincidencia —o tal vez porque había conseguido introducir sus raíces en la tubería del alcantarillado—, al cabo de cinco años se había convertido en un frondoso árbol de gran tamaño repleto de dulcísimos limones. Te podías pasar de buena gana la tarde entera dormitando a su sombra. Este árbol se yergue junto a la puerta de la casa.

Una mañana de julio, al pasar Ana bajo el limonero llevando en los brazos un saco de ropa para lavar, bajó revoloteando un objeto verde brillante con plumas y aterrizó en su hombro. Se trataba de un loro —un ave que no se suele ver mucho en Andalucía—. Se quedó posado tranquilamente, mirándola con la cabeza ladeada, quieto mientras mi mujer abría el maletero del coche y metía la ropa.

—Hola —dijo Ana, que no es una persona a quien pille por sorpresa un acontecimiento de este tipo—. ¿Así que quieres venir a casa conmigo?

El loro se colocó más cerca de su cabeza y le picoteó la oreja de un modo que ella consideró amistoso.

—Bien, pues no sería mala cosa tener nuestro propio loro, pero vamos a ver primero si Antonia sabe algo sobre ti —sugirió Ana.

Antonia era la persona más indicada a quien preguntar sobre loros porque durante los dos últimos años había estado cuidando de Yacko, el loro gris africano de su familia holandesa. Yacko es viejísimo y, como consecuencia de haber adquirido el vicio de picotearse las plumas, tiene el aspecto de un pequeño pavo desplumado, con un pico enorme y una pluma de color escarlata saliéndole del trasero. Desde que se vino al sur se ha pasado la mayor parte del tiempo escondido detrás de la nevera, desde donde contempla con resentimiento una delgada franja de paisaje alpujarreño, añorando sin duda los pólderes, los tulipanes y los cielos grises de su tierra.

Cuando llegó Ana con un loro extraviado en el hombro, Yacko no pudo evitar asomar un poco el pico desde su rincón de detrás de la nevera para echar una ojeada. Tras emitir un graznido de mil demonios se escabulló hacia atrás, quedándose atascado entre las tuberías. Yacko también hace esto con las personas, aunque de modo menos dramático, como si fuera una ancianita chismosa retirándose tras los visillos de su casa. Sin embargo, más tarde me pregunté si es que Yacko no habría notado entonces algún defecto de personalidad profundo e irremediable en el loro que le había llovido del cielo a Ana.

Antonia no había oído nada sobre un animal de compañía perdido, pero prometió hacer correr la voz por el valle y en el pueblo. Entretanto, llenó a Ana de semillas y consejos útiles para la alimentación y cuidado general del ave. Al loro pareció gustarle la idea de irse a casa con Ana, aferrándose a su hombro mientras esta subía al asiento delantero y ponía en marcha el motor. Entonces, mientras el coche avanzaba dando tumbos por el valle hacia El Valero, se colocó con delicadeza en el respaldo del asiento del pasajero como para pasar revista a su nuevo hogar.

Durante los quince días siguientes nos dedicamos a preguntar si alguien había perdido un loro. Nadie sabía nada y la opinión general en la comarca era que lo había enviado la providencia. A nosotros eso nos venía bien, pues

siempre habíamos querido un loro pero no estábamos dispuestos a apoyar un comercio cuestionable comprando uno en una pajarería.

Domingo, siempre al tanto de todo, sugirió que nuestro loro podía haberse escapado del parque ornitológico Loro Sexi (nombrado, por extraño que parezca, en honor de un almirante fenicio) de la costa. Otra atractiva teoría provenía de Rachel, que se dedica a confeccionar exquisitas joyas en su cortijo de las cercanías de Órgiva.

—Entonces fuisteis vosotros los que os quedasteis con el loro —dijo con un inconfundible tono acusador.

—¿Qué diantres quieres decir con eso? —le pregunté.

—Pues que si deseas con fuerza suficiente tener un loro y tu energía es la correcta, te llegará un loro. Yo quería uno, ¿comprendes? Sentía que era el momento adecuado para tener un loro, por lo que construí una gran jaula y le dejé la puerta abierta, y entonces comencé a tratar de reunir la energía necesaria para que viniera un loro...

—Rachel, me parece que estás completamente chiflada.

—No, espera, el viernes pasado estaba dando un paseo, el mismo día que encontrasteis vuestro loro, ¿vale? Bueno, pues estaba caminando por el cauce del río, concentrándome en el tipo específico de loro que quería que apareciese. De repente sopló una ráfaga de viento y apareció una nube de polvo a mis pies. Por supuesto, pensé que era mi loro, pero cuando me agaché para cogerlo era un pájaro muerto, tan pequeño como un guijarro. De modo que, ¿lo ves?, parece ser que vosotros conseguisteis el loro y yo el pájaro muerto... siempre me pasa lo mismo...

—Mira, Rachel, lo siento, no fue nuestra intención quitarte el loro, pero no creo que haya ya ninguna posibilidad de trasladarlo. Se ha pegado a Ana de una manera tremenda.

—No, no, por supuesto. Disfrutad de vuestro loro. Yo seguiré trabajando con la energía y, quién sabe, tal vez la próxima vez tendré mejor suerte.

En realidad nuestro loro resultó no ser en absoluto un loro, sino un perico monje y, en la opinión de todo el mundo, un macho. Establecer el

sexo de un loro no es un asunto fácil, a menos que dé la casualidad de que seas un loro, o tengas acceso a la prueba del ADN, o descubras a tu loro empollando un huevo. En cambio, establecer las diferencias entre un perico y un loro es fácil. Los pericos son de tamaño bastante más pequeño, a medio camino entre un periquito y un guacamayo. Nuestro ejemplar es de color verde luminiscente con panza gris, un gran pico anaranjado y las puntas de las alas y de la cola de un precioso color azul.

Al principio le llamamos Lorca, pero el nombre del gran poeta le venía grande y pesado —simplemente, parecía demasiado noble para nuestro pequeño intruso plumoso—. Después, un día a la hora de comer, Ana se encontraba mirando al perico picotear un trozo de jamón del plato de Chloë. Ana sujetó en el aire otro pedazo. «Aquí, Porca», le llamó. A esto sucedió un aleteo mientras nuestro loro hacía suyos su golosina y su nombre.

Porca se sintió en su casa desde el mismo momento en que llegó. Inspeccionó a todos los perros y gatos desde la eminencia del hombro de Ana o lo alto de su cabeza, e hizo balance de su nuevo reino y sus súbditos. En cuestión de unos días había conseguido someter los elementos más revoltosos y establecer una jerarquía, en cuya cúspide se encontraba él, como una especie de segundo de a bordo de Ana. Por debajo de ellos venía un orden amorfo de diferentes perros y gatos, así como Chloë y, por último, aproximadamente en el puesto número once o doce, yo.

Resulta de lo más humillante, pero cualquier intento que hago por ser ascendido se ve firmemente rebatido. Si trato de mimarlo, por ejemplo ofreciéndole un pedazo de cáscara de plátano (que Porca parece preferir a la fruta), lo picotea durante unos momentos y después muestra su desprecio por mi intento de congraciarme con él propinándome un fuerte picotazo en el dedo.

Porca vive en libertad, y el territorio que ha elegido es el cuarto de baño, donde se pasa toda la noche posado en los grifos de la ducha, que Ana ha cubierto indulgentemente con unos cartones de rollos de papel higiénico gastados para que el loro se encuentre más cómodo. Desde allí el animal lanza feroces ataques sobre cualquiera que entre por alguna razón en el cuarto de baño.

Porca es muy especial con la presencia, no solo de huéspedes, sino también de objetos en su cuarto de baño. Más que nada, detesta la presencia del vaso de dientes de plástico azul sobre la funda de la lavadora, por lo que yo a veces, para resarcirme, lo coloco cuidadosamente en ese mismo sitio. Nunca deja de enrabiarse. Enfurecido, se lanza desde su grifo sobre el vaso culpable, tratando de empujarlo hacia el retrete abierto para marcarse el anhelo tanto y ver flotar el odiado objeto en las aguas de su interior. Se le puede atormentar aún más llenando el vaso de agua para que no pueda moverlo, o cerrando la tapa del retrete. Estas son mis pequeñas venganzas contra mi rival.

Durante el día Porca se mueve por todos lados, revoloteando por la parte superior de los postigos, las encimeras, los hombros y las cabezas de las personas y, cuando hace buen tiempo, por todo el cortijo. Su habilidad en el vuelo es algo digno de ser visto, especialmente en la casa, donde se ve obligado a tomar curvas cerradas, ascender de improviso y cambiar rápidamente de dirección para esquivar los obstáculos que encuentra en su camino: puertas inesperadamente cerradas, o perros y gatos con intenciones no del todo favorables para su bienestar.

Puede detenerse y darse la vuelta en el aire con una precisión pasmosa, y ha desarrollado una astuta y estudiada estrategia para atravesar la cortina de flecos. Antes solía aterrizar primero, atravesar la cortina andando y echar luego a volar de nuevo, pero eso suponía una ocasión para que los gatos hicieran un intento de atraparlo, por lo que ha perfeccionado laboriosamente la técnica de aterrizar en la cortina, separar los flecos de cuentas con las patas, asomar la cabeza y el cuerpo por el hueco y, después, dejándose caer al otro lado, volver a elevarse de nuevo con un aleteo antes de que sus patas toquen el felpudo.

Además de su devoción a Ana, la otra obsesión de Porca es construir nidos. Durante un tiempo nos preguntamos si nos habíamos equivocado de sexo, pero de hecho son los machos los que se encargan de la mayor parte de la construcción en el mundo de los loros. Día tras día, Porca se dedicaba a volar por la casa y el jardín recogiendo un desconcertante surtido de

cachivaches: palillos chinos, cordel de empacar, trozos de papel, ramitas, bolígrafos y cepillos de dientes. Resulta difícil imaginar cómo obtienen los loros estos pertrechos en las selvas del Brasil.

Una vez recogidos estos materiales, los colocaba de tal manera que ni siquiera con la imaginación más vivida podía verse la menor semejanza a un nido. Algunos objetos los apoyaba contra las patas de una silla; el cordel era entretejido entre patas y palillos; colocaba un cepillo de uñas de plástico en el lugar de honor en el centro; y para mantener el delicado equilibrio arquitectónico, aquí y allá dejaba briznas de hierba toscamente colocadas.

Porca seguía trabajando, seria y frenéticamente, insensible a mis burlas ante sus esfuerzos. Era cruel por mi parte ridiculizarlo, puesto que su incompetencia se debía sin duda al hecho de haber nacido en cautividad y a que sus padres no sabían o no pudieron transmitirle la información que necesitaba. Sin embargo, estoy seguro de que si Porca hubiera estado adecuadamente equipado, se habría reído a carcajadas de las desgracias e incompetencia de todos los demás.

Fuera de la casa, Porca suele posarse en la acacia, donde se dedica a ignorar deliberadamente a las palomas —humildes criaturas— o a gandulear en su comedero, un cachivache rústico que improvisé para él esperando así poder hacer en paz un día mis abluciones en el cuarto de baño.

A veces, se lanza en picado hacia abajo, sobrevolando el cortijo para llegar hasta el valle allá lejos. Ana considera a Porca como una especie de halcón. Se pone de pie al borde de la terraza, con el loro posado en el brazo en espera de su orden. Entonces, con un hábil golpe de muñeca, lo lanza surcando el aire hacia el valle con un graznido. «¡Uiiiiiii!», grita Ana. Porca se mueve como un cohete y, cuando el sol le da en las alas, lanza un destello verde como si se tratase de una esmeralda volante.

Una mañana, mientras subía por el río Cádíar montado en su burra, Domingo se quedó asombrado al ver un batir de alas verdes acompañado de la llegada del loro, al que apenas conocía. Porca se posó entre las enormes orejas de la burra, semejante a un piloto que guiara su barco río arriba, contempló el paisaje durante unos momentos y después remontó el vuelo con un graznido. Actualmente, muchas veces se va volando para posarse en

el hombro de Domingo y mirarle mientras trabaja en los campos del río. Domingo le da de comer habas, que le encantan, y Porca las coge delicadamente de sus dedos.

Yo probé a hacerlo una vez y nunca más repetí.

Sin embargo, cerca del final de su primer verano, le sucedió algo a Porca que hasta le aseguró mis simpatías: fue pisado por un caballo.

Ni siquiera ahora estoy del todo seguro de cómo sucedió. Me encontraba ayudando a Pepe el herrero a herrar a Lola cuando noté enredando por el suelo una cosa de color un poquitín más verde que la hierba. Nunca he entendido el atractivo que tienen las virutas de los cascotes para los animales, pero a los perros les vuelve locos su sabor, y Porca seguramente estaba peleándose con ellos por una parte. Entonces Pepe dio un martillazo al último remache y dejó caer la pata de la yegua. Un chillido desgarrador atravesó el aire. Porca se había quedado atrapado debajo de Lola y, entre graznidos y aleteos, trataba de escaparse de la monstruosa pezuña que lo aprisionaba.

Lola por supuesto no era consciente en absoluto de que estuviera sucediendo nada por la parte inferior de sus cuartos traseros, y permanecía firme e impertérrita. Me hicieron falta un par de segundos para darme cuenta de lo que había pasado. Me apoyé en ella con todas mis fuerzas y le levanté la pata. Porca salió disparado en un torbellino de alas y, chillando como un cerdo degollado, echó a volar hacia la casa.

Para cuando llegué jadeando a la cocina, la habitación se había convertido en un escenario del dolor. El pobre Porca yacía triste y lastimado en el pecho de Ana, con la cabeza apoyada en su cuello, mientras mi mujer le miraba afligida y le acariciaba las plumas despeluchadas del lomo. Chloë, a quien el loro había hecho sufrir casi tanto como a mí, estaba desolada, como lo estábamos todos. Yo pensaba que Porca tenía posibilidad de sobrevivir a causa de la energía que había desplegado al alejarse volando del lugar del accidente, pero no cabía duda de que era un perico muy disminuido. Toda su agresividad y sus poses de machismo habían desaparecido mientras yacía flácido y triste, mirando con dolorosa adoración la cara de su amada Ana.

A lo largo de la mayor parte de aquella semana siguió reinando un ambiente apagado en la casa. Nos parecía que la pata de Porca estaba tan terriblemente destrozada que tal vez no volvería a poder utilizarla. El loro es un animal con tres extremidades útiles: las alas le sirven para volar pero para no mucho más, mientras que utiliza el pico y las patas para la locomoción y la alimentación —una pata para sujetar la comida, la otra para mantener el equilibrio y el pico para partirla—. Y aparte de eso está la limpieza, sirviéndose tanto del pico como de las patas para atusarse las plumas. Con solo una pata para mantenerse de pie, Porca no podría llegar hasta las plumas de la parte posterior de su cabeza y, dado que los loros son muy meticulosos con el aseo, comenzaría a decaer.

Resolvimos el problema de la alimentación por medio de un alambre con una pequeña pinza cocodrilo en un extremo y con el otro fijado a un bloque de plástico —una placa, al parecer, para poner los nombres de los comensales en una cena con invitados que había ido a parar misteriosamente al cajón de los cubiertos—. Pero a Ana le preocupaba que, en su debilitada situación, Porca fuera presa fácil de los gatos, que estarían deseosos de tomarse la revancha tras las humillaciones a que los había sometido. Ana calculaba que la noche sería el momento en que lo intentarían, ya que Porca no podía volar a oscuras y se quedaría quieto en cuanto se apagaran las luces. Resolvió el problema llevándose el loro a la cama.

Comenzó en una especie de nido en el poste de la cama, pero al cabo de poco tiempo el loro se había dejado caer introduciéndose entre las sábanas, colocándose bajo el edredón con Ana. Por supuesto esto presentaba un grave conflicto de intereses, puesto que ahí era donde yo también quería estar, considerando además que tenía mayor derecho. Sin embargo, si era lo suficientemente imprudente como para ir acercándome poco a poco a la otra mitad de la cama y a Ana, Porca lanzaba un graznido y me atacaba con un fuerte picotazo. Las cosas no podían ser peores para la armonía matrimonial.

Contra todo pronóstico, la pata destrozada de Porca empezó a curarse y a recuperar fuerza. Primero comenzó dando golpecitos con precaución en su percha, y poco después empezó a apoyar su peso en ella. Ana, además de

alimentarle con la calidez de su cariño —lo llevaba colgado de la cintura en una especie de bolsa marsupial— le aplicaba bálsamos curativos recomendados por sus tomos de medicina herbológica. Kate, una médica homeopática amiga suya, nos ayudó con un tratamiento de pequeñas píldoras blancas personalizadas para él. Parecía bastante satisfecha de tener la oportunidad de añadir un loro a su lista de clientes satisfechos, y sugirió que intentáramos tratarle también la agresividad. «Se puede resolver prácticamente todo —dijo— con la homeopatía».

Por desgracia, los remedios milagrosos de Kate no eran nada frente a la naturaleza inherentemente canallesca de Porca. En cuanto mejoró su pata, regresó a sus viejos ardidés, echando a volar de improviso para atacarnos con saña a mí o a Chloë sin el menor motivo. Pero la mayor parte de su malévolos energía la reservaba para aterrorizar a nuestros invitados. Porca tiene una habilidad infalible para descubrir a la persona a quien más miedo le dan los loros, y se lanza en picado hacia ella con el pico preparado para agarrarle el lóbulo de la oreja o un mechón de pelo. Para un lorófobo —y los hay a montones— este tipo de trato resulta insoportable.

Sin embargo, la homeopatía pareció tener un curioso efecto secundario: hizo que cambiaran los intereses arquitectónicos de Porca en cuanto a materiales para hacer sus nidos, que de la madera pasaron a ser el metal. De pronto se convirtió en una temible criatura armada que surcaba velozmente el aire de un lado para otro con unas tijeras de uñas colgadas del pico, o con una aguja para la carne con la que bombardeaba a los gatos. Desaparecieron las llaves del coche, una serie constante de dinero suelto —la moneda de veinticinco pesetas tenía un agujero en el centro y suponía una maravillosa adición para cualquier nido— y la mayor parte de los cubiertos de cocina.

Estas actividades dejaron la cocina desprovista de cubiertos, y si alguien que no fuera Ana era lo suficientemente imprudente como para agacharse y tomar prestada por ejemplo una cucharilla, Porca emprendía un feroz ataque. Pero los objetos de metal hacían que los nidos parecieran algo más interesantes aunque, para un ojo poco avezado como el mío, unos lugares poco prometedores para criar a unos pequeños periquitos.

Además de ser violento, agresivo y estúpido, Porca es también exigente e insistente como un niño. Aunque de hecho no sabe hablar, lo cual es

probablemente una bendición, hace una aceptable imitación de *¿Qué pasa?*, y emite un suave *miip* que por muy breves instantes le hace parecer de lo más dulce y atractivo. También emite un sonido como de arrullo que utiliza para tratar de atraer a Ana a sus recién creados nidos. *Chic-a-chiuuuu*, *Chic-a-chiuuuu*, canturrea mientras mira implorantemente a Ana a los ojos. Ahora bien, aunque Ana no sea lo que uno llamaría una mujerona, las posibilidades de que quepa en el nido de Porca bajo el estante de la cocina son casi tan remotas como el que ponga el tan anhelado huevo.

Las exigencias de Porca alcanzan su paroxismo cuando Ana y yo nos vamos a dormir la siesta y cerramos la puerta dejándolo fuera. A fin de atraer nuestra atención justo cuando nos estamos quedando dormidos durante las horas más calurosas del día, se le ha ocurrido la idea de posarse en el estante de los utensilios que hay sobre la cocina. La cocina es de chapa y, cuando le cae encima por ejemplo un pesado cucharón de acero o la paleta del pescado o la gran cuchara de servir, produce un grato estruendo. Cuando Porca termina de dar empujoncitos a todos los utensilios para hacerlos caer del estante —tiene aproximadamente diez de los que ocuparse— vuela hasta la puerta del cuarto de baño y se posa en el picaporte graznando a voz en cuello. Puede seguir graznando sin parar durante diez minutos, y es un ruido que podría despertar fácilmente, y no digamos fastidiar considerablemente, a un muerto.

Perecear en la cama por la mañana hasta tarde no es mucho más fácil de lograr, pues Porca ha aprendido a abrir la puerta del cuarto de baño. Como ya he dicho, se pasa la noche posado en el grifo de la ducha y, en cuanto hay luz suficiente para poder volar, abre la puerta —un logro no tan admirable como parece, ya que cuando coloqué la puerta, la puse al revés accidentalmente, por lo que solo hay que empujar para abrirla aunque es necesario hacer girar el picaporte para cerrarla—. En todo caso, Porca se baja al suelo y, con todas sus minúsculas fuerzas, empuja y empuja hasta que se abre. A continuación vuela hasta nuestra cama, me pica en cualquier parte del cuerpo que encuentre sobresaliendo de las sábanas y, tras haber conseguido echarme, procede a insinuarse a Ana en la almohada. Entre quejas y gruñidos, me voy a la cocina arrastrando los pies para poner el

agua a calentar. Cuando le llevo a Ana su taza de té matutina el loro me vuelve a atacar. Y así comienza un nuevo día.

Aunque el talento de Porca reside en la destrucción, hay unos pocos aspectos positivos de su presencia entre nosotros. Para empezar, es una fuente constante de fascinación, incluso en su elección de medio de locomoción: tanto al volar, al desplazarse subido en personas y animales, ir cabeza abajo en el bolsillo de Ana, o caminar por el suelo con el mayor descaro, ignorando las miradas predatoras de los perros y los gatos, añade salsa a nuestras vidas. En segundo lugar, contra toda lógica, Porca parece estar poniéndonos a todos en nuestro sitio. He observado que me he vuelto decididamente menos polémico desde que Porca está con nosotros. Hace ya mucho tiempo que no se me ocurre poner el vaso de dientes azul sobre la funda de la lavadora. También Chloë parece haberse vuelto más filosófica acerca de las caprichosas injusticias de la vida, especialmente las que adoptan la forma de ataques de loro, mientras que Ana parece sobrellevar razonablemente bien el ser tratada como el *súmmum* de la perfección.

No cabe ninguna duda. Aunque Porca me haga sufrir, ahora me resultaría difícil no tener un loro en la familia.

Ética y anticlericalismo

¡Tienes que estar loco, hombre! No puedo pasar por ahí. Esto es un coche, no una mula. Me esperaré.

Había un camión atravesado en la pista, con la rampa bajada apoyada en el terraplén. Cuatro hombres trataban de persuadir a un novillo para que se metiera en el remolque, pero comprensiblemente el animal no quería avanzar. Cerca de allí estaba atada la madre, un tranquilo animal de ojos líquidos con cuernos y un suave hocico húmedo, mirando tristemente y sin comprender lo que sucedía.

El camión pertenecía a Antonio, el primo de Manolo. El ganado era de Juan Díaz, que tiene un cortijo en Carrasco.

—¿Te van a dar un buen precio por él, Juan? —le pregunté.

—No, Cristóbal. Precio no bueno. Cortijeros *mú*, *mú* pobres. Carnicero hombre *mú* rico.

—Siempre pasa eso. Es un toro precioso.

—Toro precioso. Huevos grandes, grandes —dijo dándole palmaditas a la flácida bolsa—. Buenísimo comer. Él niño. Ella mamá. —E indicó la vaca—. Ella venir ponerlo contento.

Juan es un hombre que sabe de agricultura, y supone un verdadero placer visitar su cortijo, siempre verde, cuidado y bien cultivado, con unos árboles sanos y excelentes cosechas. Está situado en el valle, un poco más abajo del cortijo de Joop, quien habla español alpujarreño con más fluidez que ninguna otra persona que conozco, pero a pesar de ello Juan le trata, al

igual que al resto de los extranjeros, como si fuera su primer día en la academia de idiomas.

Joop me contó que un día, mientras estaba ahí de pie charlando con Domingo, había aparecido a grandes zancadas Juan Díaz por la curva del camino, a su vuelta del pueblo.

—Buenos días, Juan. No hace mal día hoy —le comentó Joop.

—No llover. *Mú* malo, *mú* malo. Sol ser bonito pero no ser bueno. Árboles y plantas secos. Cortijeros pobres.

—He oído el pronóstico del tiempo esta mañana. Han dicho que hay posibilidad de que llueva para finales de semana.

—Quizás llover. Quizás no llover. Nosotros no saber...

Domingo, que se había quedado mirando atónito a Juan durante este intercambio verbal, le interrumpió.

—¿Por qué hostias hablas de esa manera tan rara, Juan? Nunca en la vida he *oío ná* igual. Joop no es imbécil.

—No. No imbécil. Extranjero, no español. No entender.

—Pero Joop habla español tan bien como tú o como yo.

Juan se encontraba en una situación difícil; no sabía si hablar normalmente en atención a Domingo o seguir utilizando el español de indio de película en beneficio del pobre ignorante de Joop que, aunque hablara bien el español, seguía siendo un extranjero.

En cualquier caso, las críticas de Domingo no cambiaron en absoluto las cosas. Juan no se dirige a un extranjero como no sea con esa extraña media lengua. A veces mantengo unas conversaciones bastante largas con él, por ejemplo cuando le llevo en mi coche al pueblo. Su extraña manera de hablar simplificada me lleva a buscar las expresiones más coloquiales que encuentro.

—Buenas, Juan, súbete, te libraré de un trecho.

—Gracias, Cristóbal. Órgiva lejos. Juan viejo. Piernas mal.

—¿Y qué te lleva a ir al pueblo una mañana tan bonita, Juan?

—Llevarme tú, Cristóbal, en tu coche. *Mú* grande, *mú* rápido.

—No, quiero decir que por qué vas.

—Ver médico. Juan estar malo.

—¿Qué te pasa?

—Doler manos. No trabajar bien —dijo mostrándome sus enormes manos agrietadas—. *Demasio* trabajo, agua fría. Piernas también mal.

Y así continuamos. Aunque siga viviendo cerca de Juan durante el resto de mi vida, nunca se dirigirá a mí de ningún otro modo. Pero lo hace con buena intención: es un lenguaje ideado para ser lo más considerado posible con un simplón en lingüística. Juan se las arregla para hablar casi sin recurrir en absoluto a los verbos y, en las raras ocasiones en que no queda más remedio, utiliza solo el infinitivo. Los sustantivos siempre son sencillos y nunca utiliza el artículo, ya sea determinado o indeterminado.

Esta manera de hablar puede que exija poco esfuerzo, pero a la vez resulta seriamente restrictiva. No se puede profundizar mucho en temas abstractos sin utilizar verbos.

Una noche de otoño entró un tejón en el huerto y nos lo arrasó. Me fui al otro lado del río a contarle mis desgracias a Joop.

—El hombre a quien tienes que preguntar —me dijo inmediatamente— es Juan Díaz. Sabe todo lo necesario sobre los tejones.

Así pues, me fui a hablar con Juan sobre el problema del tejón. Chloë, que va al colegio con una nieta de Juan, se vino conmigo por hacer algo.

Nos encontramos a Juan arrancando los pequeños nogales que habían nacido de semilla por todos sus bancales. Se enderezó, se sacudió un poco la suciedad de las manos y le dio a Chloë una cariñosa palmadita.

—¡Hola, guapísima! —le dijo a modo de saludo.

A continuación se volvió hacia mí con una sonrisa de concentración en los labios.

—Árbol grande. Hijos chiquitillos. Árboles un día también grandes —dijo señalando los árboles jóvenes—. Tú plantar en El Valero. Ahora chicos, un día bosque de nogales.

Y, en un aparte, le preguntó a Chloë: «¿Tú crees que tu madre querría alguno? A ella se le dan muy bien los árboles».

Al igual que muchos de nuestros vecinos, Juan hace una distinción entre Chloë, nacida y criada en Las Alpujarras, y unos absolutos extraños como nosotros. Por supuesto el acento de Chloë contribuye a ello —habla español

con el leve ceceo y las pocas consonantes que son propios de estos lugares, salpicándolo de modismos juveniles—. Ana y yo nunca podríamos esperar ponernos a su altura.

—Eres muy amable —interrumpí a pesar de todo—. A Ana le encantan los nogales. Pero, Juan, hemos venido a verte esta tarde tan magnífica porque tenemos un problema con un tejón, bueno, al menos creo que eso es lo que es. Se nos está comiendo las hortalizas. Joop dice que entiendes mucho de tejones. Así es que, ¿tienes alguna idea de lo que podemos hacer para que este no se nos meta en el huerto?

—Tejón *mú* malo. Cable de embrague moto... —dijo Juan dibujando un círculo en el aire y haciendo como que lo apretaba.

—¿Cómo?

—Cable de embrague moto. *Mú* bueno. Con embrague moto matarlo bien muerto.

—Tiene que hacer falta algo más que eso, ¿no? ¿No te habrás olvidado de explicar algo? —le pregunté con un poco de pedantería.

—Es un cepo, papá —dijo Chloë entre dientes—. El tejón se mete corriendo y se queda atrapado, a veces incluso muere estrangulado.

Y mientras decía esto me clavó los ojos con la más severa de sus expresiones. Chloë y Ana comparten las mismas opiniones estrictas sobre la moralidad de los cepos, aunque en deferencia a Juan mi hija estaba intentando callárselas.

—Chloë tener razón —añadió Juan sonriendo sin darse cuenta de esto. Luego, como si se hubieran confirmado todos sus temores en cuanto a tener que comunicarse con la escoria intelectual de Europa, continuó con su explicación mediante gestos y articulando para que yo pudiera leerle los labios—. Averiguar de dónde venir tejón. Mismo sitio siempre. Cable embrague en *mitá* del camino, venir tejón, meter pescuezo por lazo... ¡pillao! ¡Zas! ¡Muerto! Fácil, ¿no?

—Sí —respondí—. ¿Pero por qué necesitas un cable de embrague?

Juan me miró con la expresión que utiliza la gente cuando decide volver a empezar a explicar laboriosamente algo desde el principio.

—Papá quiere saber por qué eliges un cable de embrague en vez de cualquier otra cosa —ceceó Chloë lanzándose a mi rescate.

—Porque hay un montón de ellos por la carretera muertos de risa junto al taller de motos de Daniel y sirven igual que cualquier otra cosa —le confió Juan.

Así es que ese era el modo de afrontar el problema del tejón, clara y escuetamente explicado. Sin embargo, aún quedaba un asunto insignificante por resolver.

—¿Chloë? —le pregunté mientras atravesábamos a saltos el vado del río de regreso a casa—. ¿Sabes cómo se dice *snare* en español?

Chloë hizo una mueca.

—No, no lo sé, ni creo que quiera saberlo tampoco. Son unas cosas horrendas, papá, y hacen daño de verdad a los animales. No deberíamos utilizar nada así en El Valero —anunció, tras lo cual siguió chupando pensativamente el caramelo que Juan se había sacado clandestinamente del bolsillo del mono.

Aunque quiero pensar que mi vocabulario español ya ha aumentado lo suficiente para ajustarse a la mayor parte de las necesidades de la vida en Las Alpujarras, he descubierto que a cada momento me topo con... bien, con una *snare* (una trampa).

Los animales, en particular, suponen un mar de incertidumbres. «Comadreja», «garduña», «jineta», «gato clavo», «hurón», son todos ellos nombres de animales que existen en un ámbito de identidades inciertas, y que a menudo se distinguen solo por el tamaño del agujero por el que pueden pasar para llevársete las gallinas. Estoy seguro de que existen confusiones parecidas con sus equivalentes en inglés.

Después, si bajas otro escalón en la escala de animales amenazadores llegas al todavía más interesante territorio lingüístico de los «bichos». Pues bien, «bicho» es una de mis palabras españolas favoritas. En general se refiere a una categoría de animales aproximadamente del tamaño de los insectos (como cuando se dice, por ejemplo, «en esta cama hay bichos y me están comiendo vivo»), pero su significado a veces abarca también otros seres pequeños que no son insectos, como por ejemplo los roedores y, en circunstancias excepcionales, sus fronteras semánticas pueden incluso

abarcar un gato o hasta un perro. A pesar de mi categoría de extranjero y de tener un terriblemente imperfecto dominio del idioma, hasta he conseguido incluir en este campo semántico animales del tamaño de una vaca y un caballo, y añadiendo el sufijo *-aco* he logrado que la palabra suene a algo temible e incluso amenazador. «¡Vaya bicharraco!», exclamo en algunas ocasiones.

Sin embargo, todo esto son unos inconvenientes lingüísticos de poca importancia comparados con el campo de minas que constituye el escribir una carta o una nota.

Cuando vives durante toda tu vida en el mismo país donde has nacido, no es probable que el problema de escribir notas a los conductores de autobuses escolares te ponga demasiado a prueba. Naturalmente, es posible que tengas que hacerlo, pero seguramente las podrás escribir de corrido y sin tener que pensarlo mucho:

A quien corresponda:

Mi hija Chloë no volverá en el autobús esta tarde porque va a quedarse en el pueblo para llevar a cabo actividades extraescolares. Gracias por su colaboración.

Atte.

Christopher Stewart (padre).

Me imagino que rezarán de manera parecida, habiendo sido escritas a toda prisa, aunque no estoy del todo seguro ya que nunca he tenido que escribir una en inglés. Aquí en Andalucía es muy diferente.

—Chris, ¿puedes escribirle una nota al conductor del autobús? —me pidió Ana un día. No era una petición inusitada.

—¿Por qué, cariño? —respondí, intentando ganar tiempo como de costumbre.

—Porque mañana después del colegio Chloë va a quedarse con Alba Teresa y Laura María.

—¿Y no podemos simplemente decírselo al conductor?

—No, realmente tenemos que hacerlo como es debido. ¿No te acuerdas de lo que pasó una vez?

Ana se refería a una ocasión en que se nos culpó de que se hubieran quedado seis niños atrapados en un autobús una tarde de calor sofocante, todo porque no habíamos entregado una nota diciendo que Chloë se quedaba en el pueblo para ir a una clase de baile, sin importar el hecho de que Ana ya hubiera avisado al conductor en dos ocasiones diferentes. La pobre Chloë tuvo que sufrir una semana de miradas glaciales y comentarios de todos los padres, antes de que el foco de atención recayera sobre otro pobre pardillo desprovisto de nota. Así es que estos días siempre les escribimos al conductor del autobús y a Mari Carmen, que es la persona responsable de comprobar que se suben todos los niños al salir del colegio.

—Entonces, ¿por qué no escribes tú la nota? —repliqué.

—Porque estoy ocupada y, además, pensaba que eras tú el escritor de la familia.

La pulla de Ana resultaba en cierto modo un golpe bajo, pero me resigné a llevar a cabo la tarea y me puse a buscar un trozo de papel adecuado para escribir la nota. El papel no debía ser demasiado grande, puesto que el tipo de nota que tenía intención de escribir no ocuparía demasiado espacio, y un trozo grande de papel llamaría la atención sobre este punto. Tampoco debía ser demasiado pequeño, ya que daría una impresión de indigencia o, peor aún, mezquindad, ninguna de las cuales es la impresión que quieres producir en un conductor de autobús escolar. Tras haber recorrido sin éxito toda la casa, además de la totalidad de sus edificaciones anexas, en busca de un trozo de papel del tamaño adecuado, se me ocurrió la idea de cortar un pedazo para darle exactamente las dimensiones necesarias y así crear una especie de página para nota a conductor de autobús a medida. Por supuesto, había que cortarlo exactamente como es debido. Probé con nuestras tijeras prehistóricas, con unos cuchillos, con una regla, y hasta doblándolo y partiéndolo con las manos.

Finalmente conseguí el trozo de papel perfecto, encontré mi bolígrafo y me senté a componer la nota. Me puse a pensar durante unos momentos. *Muy Pino mío*, escribí. Esta era una forma habitual de comenzar una carta, pero no me gustaba mucho; había algo que no acababa de encajar y, por añadidura, no estaba seguro de quién conducía el autobús aquella semana.

Había tres posibles conductores: Pino, Moya o Jordi. Ya era demasiado tarde para preguntárselo a Chloë, que estaba profundamente dormida.

Taché *Muy Pino mío*, pero no, eso no podía ser, no debía dejar tachones. Arrugué el papel con la mano y cogí otra hoja. Esta vez lo escribiría primero en sucio. Parte del problema es que la escritura de cartas en español tiende a ser bastante formal, y la escritura de cartas formales de negocios parece estar sumergida en unas prolijidades demenciales. Una vez se me pegaron algunas ideas de español de negocios de un libro con el que estaba aprendiendo, y solo aquella breve exposición pareció contaminar mi estilo.

Estimado señor, volví a comenzar. Sonaba bien pero tal vez era demasiado serio. No podría usarlo. Lo taché y, con gesto triunfal, escribí: *Querido amigo*. Consideré esto con incertidumbre durante unos momentos, dudando de su mérito literario. Y ese era otro problema; la gente del pueblo sabía que había tenido cierto éxito en el extranjero como escritor, por lo que el contenido de esa nota podría no quedarse exclusivamente entre el destinatario y yo. Existía la espantosa posibilidad de que los conductores se pasaran la nota de uno a otro para darle vueltas, criticarla, admirarla o vilipendiarla. En mis peores y más paranoicas figuraciones veía la nota clavada al tablón público de anuncios del Ayuntamiento como ejemplo. Tenía que hacer bien esto.

Medité detenidamente sobre la nota durante algún tiempo sin encontrar ninguna solución. Después me bebí mi parte de una botella de vino por ver si encontraba en él alguna inspiración, pero solo me produjo deseos de irme a la cama. Probablemente la inspiración vendría durante la noche, y solo tendría que escribir la carta de tirón por la mañana. Por supuesto, me pasé la noche angustiado dando vueltas en la cama, atormentado por diferentes combinaciones de tratamientos. *Apreciado amigo, Querido señor, Excelentísimo conductor... Muy conductor mío...*

A la mañana siguiente me levanté temprano para prepararle a Ana su taza de té matutina, hacerle el desayuno a Chloë y trabajar algo más en la nota. *Hola Jordi*, comencé. Chloë me había dicho que Jordi era el conductor aquella semana y, dado que Jordi es más joven y moderno que Pino o que Moya, sería más que probable que se contentara con un planteamiento

menos formal: *Hola Jordi*: Te informo con esta carta que mi hija Chloë no regrese en el autobús esta tarde, pues va a quedarse en el pueblo.

No me entusiasmaba mucho la construcción, pero tendría que servir en vista de la proximidad del plazo límite. *No regrese*: quizás no debería haberlo puesto en subjuntivo, puesto que después de todo no se refería a una acción que se contemplara llevar a cabo en un futuro incierto, y tampoco la persona que era el sujeto verbal tenía ninguna duda acerca del cumplimiento de la acción. No, no parecía haber razones suficientes para utilizar el subjuntivo. Pero iba a suponer una pesadilla tan grande el tratar de encontrar el tiempo verbal adecuado que decidí desentenderme. A Jordi no le importaría.

¿Pero cómo debía terminar la nota? No era una carta comercial y conocía a Jordi bastante bien, por lo que no sería necesario recurrir a esas recargadas fórmulas religiosas como la de *Dios guarde a Vd. muchos años*, una despedida formal pero sorprendentemente frecuente en las cartas españolas. Esto dejaba, así, las siguientes posibilidades: *atentamente*, *un saludo*, *un abrazo*, *un beso* o *besos*. Descarté sin más estas dos últimas fórmulas. Le tenía cariño a Jordi pero no tanto.

Un saludo, Cristóbal.

Con un suspiro de alivio busqué un sobre y, a continuación, me fui a llevar a Chloë a la parada del autobús. Me alegré de descubrir que era de hecho Jordi quien lo conducía.

— Buenas, Jordi, aquí tienes una nota — anuncié.

— ¿Ah, sí? ¿*Pa' qué es?*

— No es más que para decirte que Chloë no va a volver en el autobús esta tarde.

— Vale, me acordaré.

— Sí, pero coge la nota.

— ¡Pero si me lo acabas de decir! No me hace falta la nota.

— Venga, toma la nota.

— No, ¿*pa' qué* la quiero yo?

— Es la manera como hay que hacerlo... Tengo que entregarte una nota.

— De *verdá* que no hace falta, Cristóbal...

—Mira, Jordi, me he pasado la mitad de la puñetera noche despierto escribiendo esta nota y no pienso volvérmela a llevar a casa ni en broma.

—Tranquilo, Cristóbal, tranquilo. Ya está, ya tengo tu nota.

Y, después de coger el sobre, lo colocó detrás de la visera.

Satisfecho de un trabajo bien hecho, me quedé de pie mirando desaparecer el autobús por la curva de la escarpadura en una nube de polvo, entre traqueteos y ruido de piezas sueltas. De haber sabido que me esperaban nuevas tareas literarias, habría sido mucho menos autocomplaciente.

Una de las razones por las que Ana no tenía tiempo para escribir notas era que estaba haciendo los preparativos para ir a encontrarse con su madre y pasar con ella en Málaga el fin de semana, dejándome a mí al cuidado de Chloë, el cortijo y los animales. Di de comer al ganado y, antes de instalarme para dedicar una larga jornada de duro trabajo a la contemplación del ordenador, me puse a preparar masa de crepes para Chloë. Cuando haces crepes siempre consigues que los niños se pongan de tu parte, lo cual hace, en mi opinión, que el asunto del cuidado de los niños se asiente sobre las bases adecuadas.

A las seis me dirigí al otro lado del valle para recoger a Chloë de la casa de una amiga del colegio.

—¿A que no sabes lo que tenemos para cenar esta noche? —le dije mientras bajábamos juntos hacia el río.

—*Crepes*, supongo —contestó algo ausentemente tras lo que, reanimándose un poco, añadió—: ¡Yupiii!, mi comida favorita.

Evidentemente, había algo que le preocupaba.

—¿Papá? —preguntó tras una pausa.

—¿Sí?

—Papá, ¿me prometes que no te vas a enfadar si te pregunto una cosa?

—Intentaré prometerlo, aunque depende de lo que quieras preguntarme.

—Bueno, pues... quiero dejar de ir a clase de religión. Es que ya no me gusta. ¿Puedo, papá? ¿Puedo dejar de ir?

—No tengo por qué enfadarme por una cosa así, ¿no? Verás lo que vamos a hacer, hablaremos de ello cuando vuelva tu madre.

Normalmente puedo soslayar los asuntos espinosos con este sencillo dispositivo dilatorio, pero esta vez Chloë no estaba dispuesta a dejarse desviar del tema.

—Pero tenemos Religión el viernes y no quiero ir. ¿Puedes ir a hablar con el profesor para decírselo? Anda, papá, por favor.

Para entonces ya habíamos llegado al puente, por lo que la conversación quedó momentáneamente en suspenso mientras avanzábamos con cuidado por las vigas de madera por encima de un torrente de aguas blancas.

La cuestión de la Religión no era nueva en absoluto. Cuando Chloë empezó a ir al colegio estuvimos dudando mucho tiempo entre dejarla en la clase de Educación religiosa o decidirnos por la de Ética, alegando mi agnosticismo empedernido. Al final resolvimos que un conocimiento introductorio de la Biblia y de los principios del Cristianismo supondría más una ventaja que un inconveniente a la hora de aprender la literatura y la cultura europea. También parecía ser una buena manera de familiarizarse con los rudimentos de los numerosos festivales y fiestas de santos que salpican el calendario alpujarreño.

Una ojeada a los libros de religión nos convenció de que en ellos también se le daban a la oposición todas las oportunidades. Había breves descripciones de otras creencias, acompañadas de caricaturas de hombres de tonalidad oscura y ojos saltones con taparrabos sentados en la posición del loto. Mahoma y los musulmanes recibían escasa atención si mal no recuerdo —se encuentran peligrosamente cerca de Andalucía— pero las religiones más orientales se suponía que estaban suficientemente lejos para no representar una amenaza. Sin embargo estos libros evidentemente no se editaban pensando en Las Alpujarras. Aquí están bien representadas todas las religiones orientales, y en un radio de diez kilómetros de Órgiva hay más cultos y sectas y sub-sectas que varillas de incienso en un almacén de productos esotéricos.

Seguí preguntándole un poco más a mi hija.

—¿Por qué estás ahora tan en contra de la clase de religión, Chloë?

—La Religión es aburrida y no me gusta, y además la Ética es mucho más interesante.

—Ah, pero ¿cómo sabes que es más interesante?

—Me lo ha dicho Hannah.

—Claro, ella ya debe saber bastante de eso.

Hannah es la mejor amiga de Chloë. Es alemana y sus padres son bastante progresistas, por lo que optaron desde el principio por que no fuera a las clases de religión.

—Y Zohra también —añadió Chloë. Zohra es otra buena amiga de Chloë y, como puede deducirse por el nombre, es musulmana.

—Y Alba Recio.

Los padres de Alba Recio son españoles progresistas. La imagen iba quedando ya más clara: a Chloë le gustaba la idea de formar parte del pequeño círculo exclusivo, sentándose aparte y estudiando ética mientras las masas aborregadas recitaban monótonamente el catecismo y aprendían a pasar las cuentas del rosario. Me había quedado impresionado y, mientras nos sentamos a comernos juntos las crepes, me puse a meditar en voz alta sobre lo interesante que era el tema de la ética.

Chloë estuvo absolutamente de acuerdo y, antes de que se fuera a acostar, leímos dos capítulos de *Heidi*, uno de los libros favoritos de Chloë en aquel momento. Había esperado poder mantener una conversación con ella sobre los diferentes universos éticos del abuelo y de la Señorita Rottenmeier, pero nos enfrascamos en los efectos asombrosamente curativos del queso tostado y del aire de montaña sobre la discapacidad de Clara. Observé, sin embargo, que Chloë no parecía tener nada en contra de que el abuelo regresara a la iglesia del pueblo a codearse con el párroco.

La noche siguiente, cuando Ana llegó a casa, le hablé de nuestra conversación. «¿Estás seguro de que no quiere tener simplemente una hora libre para hacer el tonto con sus amigas?», dijo.

A veces Ana puede ser terriblemente desconfiada. Sin embargo, estuvo de acuerdo en que sería hipócrita por nuestra parte obligar a Chloë a seguir con la Religión si había decidido específicamente optar por la Ética, y en que tal vez debíamos ponernos del lado de nuestra hija en esta ocasión. Personalmente, estaba encantado con la postura anticlerical de Chloë y

pensaba que era un buen presagio para un futuro de librepensamiento. Así pues, a la tarde siguiente me fui a ver a su profesor, don Manuel.

Chloë se quedó haciendo el indio por el patio mientras yo subía a la planta de arriba para cerrar el trato. Don Manuel se mostró muy comprensivo pero, dijo, había un problema: el trimestre estaba ya muy avanzado y, normalmente, si querías cambiar de asignatura tenías que hacerlo a principio de curso. Se trataba del tipo de irregularidad que podría hacer que todo el mundo pretendiera subirse al mismo carro porque, me confió, había muchos alumnos que querían cambiarse de clase. La Ética, al parecer, estaba haciéndose cada vez más popular.

—Ay, don Manuel, *¿porfi?* —dije, utilizando sin darme cuenta la abreviación infantil de «por favor».

—Mire, le diré lo que vamos a hacer. Vamos a ver a don Antonio, el director, a ver si tiene alguna sugerencia. ¿Qué le parece?

—Muy bien —dije—, me parece bien.

Y don Manuel me condujo hasta el despacho del director. Hacía años que no había estado en uno de ellos, y me sorprendí a mí mismo mordisqueándome la uña del dedo gordo. Pero don Antonio era una persona agradable e inteligente que pronto hizo que me sintiera a gusto. Nos estrechamos la mano calurosamente.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

Miré a don Manuel y don Manuel me miró a mí. Entonces este expuso mi caso.

—Sí, eso es exactamente —dije.

—Muy bien —dijo don Antonio despacio—. Pero dígame, ¿por qué exactamente quiere que su hija haga Ética en lugar de Religión?

Tosí para ganar un poco de tiempo.

—Bueno, pues la cuestión es que... —y le ofrecí a don Antonio con frases entrecortadas un argumento sobre los ideales humanistas y mis deseos de animar a Chloë a pensar más allá de las limitaciones de la religión.

—Eso me parece razonable —dijo—. Pero usted comprenderá el problema de Manuel, ¿no? Si concedemos este privilegio a su hija, también

todos los demás querrán cambiarse a Ética. La Ética es una asignatura muy popular, ¿sabe?

—Eso me han dicho —respondí.

—Pero le diré lo que vamos a hacer —dijo el director—. Si usted me escribe una carta exponiendo brevemente sus razones por querer sacar a Chloë de la clase de Religión, haré una excepción con usted.

—La tendrá el lunes por la mañana —dije.

—¿Qué ha dicho, papá, qué ha dicho?

Me pregunto por qué los niños tienen que repetirlo todo.

—Bien, he ido a ver al director y me ha dicho que si le escribo una carta buena te dejará cambiarte a Ética.

—¡Yupii! Gracias, papá, gracias.

—Pero tendrás que ir a Religión el viernes, no voy a tener terminada la carta tan pronto.

—No me importa, papá, no me importa nada.

Disponía del resto de la semana y del fin de semana para escribir la carta. Y no me iba a sobrar ningún tiempo. Esto eran palabras mayores, redactar un ensayo filosófico para el director. Iba a necesitar tiempo para calentar motores y perderme en una maraña de argumentos para después retomar el hilo, o explorar mi tesis central desde toda una serie de ángulos.

Tras afilar mi lápiz y servirme una bebida, me puse a matar algunas moscas. Después abrí mi cuaderno, quité unos pegotes de cera de la mesa y cogí el periódico.

Me desperté sobresaltado cuando una voz me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Le estás escribiendo esa carta al director, papá?

—Eeeeh, sí, justamente lo estaba haciendo.

—¿Puedo ver lo que has escrito?

—Todavía no es mucho, solamente dice *Estimado Don Antonio*.

—En español «don» se escribe con minúscula.

—¿Ah, sí?

—Todavía no has escrito mucho, ¿verdad? —añadió Chloë cogiendo sus rotuladores y yéndose al otro extremo de la habitación.

Pero pronto la musa comenzó a tomar las riendas y escribí de una sentada tres o cuatro párrafos pasables. Me eché hacia atrás para admirarlos y entonces entró Ana.

—¿Cómo va el ensayo? —preguntó y, viendo que ya iba por la segunda página, añadió—: ¿Has terminado ya con la Contrarreforma? —Decididamente había una sonrisita bailándole en los labios. Sin embargo, Chloë se había puesto de pie de un salto con una expresión de preocupación en la cara.

—No va nada mal, a pesar de las interrupciones.

Y blandí despreocupadamente la hoja en dirección a Ana; una imprudente decisión puesto que no quería que la leyese todavía.

Ana frunció el ceño y su cara empezó a adquirir una expresión de concentración.

—Chris, no puedes poner eso... —anunció cogiendo la hoja.

—¿Qué es lo que no puede poner? —preguntó Chloë acercándose a la mesa.

—¡Por el amor de Dios!, ¿quién está escribiendo la carta?

—Es demasiado poco claro, Chris. No creo que nadie entienda a qué diantres te estás refiriendo —dijo Ana, completamente en serio ya.

—Papá, anda, hazlo bien, *porfi*... por favor, papá.

—Por ejemplo —continuó Ana—, ¿qué es lo que quieres decir exactamente con eso de «la deformación de las tendencias naturales de los niños hacia lo numinoso»? ¿De dónde diablos ha salido todo eso?

No andaba muy equivocada.

—A lo mejor tienes razón...

—¿Pero tú sabes lo que quiere decir?

—Bueno..., lo leí en un libro, se refiere a lo de quedarse sobrecogido por la presencia de lo divino. —En realidad no sonaba mucho más convincente en palabras del autor.

—¡Papá! —farfulló Chloë exasperada—. ¿Qué tiene ESO que ver? Y además, es «la razón», no «el razón», ¿es que no sabes nada?

A continuación, Chloë empezó a dictarme con expresión concentrada, subrayando cada palabra con un movimiento de su rotulador.

—¿Por qué no dices simplemente que quieres que cuando sea mayor me convierta en una buena ciudadana en una... esto... mmm... ah, sí, en una sociedad secular, y que crees que es la Ética lo que mejor me puede enseñar a serlo? —Finalizó con un golpe dramático de su rotulador en la mesa y arrimó su silla a la mía para supervisar el trabajo secretarial.

Me quedé atónito. Hasta Ana había levantado una ceja. Si este cambio de clase podía revelar tales dotes retóricas en mi hija, sin duda merecía la pena.

—Chloë —dije boquiabierto—. Eso es genial. Es un argumento extraordinariamente bueno, sencillo, directo...

—Bueno —dijo Chloë encogiéndose de hombros—. Funcionó con Hannah y Alba Recio. ¿Por qué no voy a decirlo yo también?

El lunes por la mañana introduje la carta en el sobre de aspecto más respetable que encontré y la envié al colegio con Chloë.

—Si pierdes esta carta te tendrás que quedar en Religión para siempre —le advertí.

Al día siguiente Chloë regresó del colegio en estado de euforia.

—Don Manuel dice que ya no tengo que ir más a Religión —dijo—. Gracias, papá, gracias.

La verdad es que me puse bastante contento.

Esa misma semana me encontré en el pueblo con Tina, la madre de Hannah. Tina es una mujer guapa y enérgica que dirige con su marido un consultorio médico y un cortijo. Sin embargo, nunca está tan ocupada como para no pararse a charlar, y siempre resulta un placer el hacerlo.

—Chloë está contentísima de estar ahora con Hannah en la clase de ética —anuncié. Pensé si añadir una breve descripción de mis esfuerzos epistolares, pero parecía un poco gratuito.

—Ajá —dijo Tina, como esperando a que continuara con el tema principal.

Esto me molestó un poco.

—Estoy algo preocupado —proseguí— de que se sienta muy por detrás del resto de la clase. Todavía no le han dado ningún libro de texto, ¿sabes?

—¿Libro de texto? —Tina me miró con incredulidad—. Pero está haciendo Ética.

—Sí, ya lo sé, pero tendrán al menos un libro de referencia o algo, ¿no?

—Chris —dijo con la misma mirada de incredulidad—. Tú sabes lo que es Ética, ¿verdad?

—Bueno, creo que sí, he elaborado un argumento bastante bueno sobre las razones por las que Chloë debe estudiarla... —Pero no tuve ocasión de repetir el elocuente razonamiento de Chloë porque las siguientes palabras de Tina me dejaron con la moral por los suelos.

—Es colorear, Chris.

—*Glup* —dije tragando saliva—. Entonces, ¿no son debates sobre moralidad?

—No, Chris, solo son... lápices de colores.

De vuelta a la escuela

Una de las cosas que nos impulsaron a Ana y a mí a establecernos en Andalucía fue nuestra afición al flamenco. Antes de llegar aquí nos veíamos yendo los dos a Granada a pasar noches enteras en las salas de flamenco, mientras que yo alimentaba la idea de revivir las clases de guitarra de mi juventud a los pies de algún maestro local. Sin embargo, al final ha resultado que en el tiempo que llevamos aquí hemos visto muchos más pastores que guitarristas: o ha sido demasiado difícil encontrar a alguien para cuidar de los animales, o no queríamos arrastrar a Chloë a unos bares oscuros y llenos de humo, o bien no nos llegaba el dinero. De hecho, la triste verdad es que nuestro contacto con guitarristas andaluces de primera ha sido más que nada a través de cintas que nos han enviado amablemente unos amigos de Madrid.

Sin embargo, ha querido el destino que Chloë haya desarrollado su propia afición al baile flamenco —o, para ser más exactos, a las Sevillanas, esas piezas acompañadas de castañuelas que no pueden faltar en ninguna fiesta andaluza—. Desde una edad muy temprana se quedaba de pie hipnotizada delante del estrado estudiando todos los movimientos de las *bailaoras*. Más tarde, cuando le compramos su primer traje de gitana, me emocionó verla dar vueltas, hacer palmas y zapatear con ellas. Esperaba que su entusiasmo la indujera a aprender a tocar la guitarra pero, desgraciadamente, se ha resistido a todos mis intentos por interesarla en este instrumento. Para mayor desgracia, y trayéndome con ello dolorosos

recuerdos de mis días de Sevilla, parece preferir el acompañamiento de una cinta al de su padre.

Los maestros locales tampoco se materializaron. Ninguno de los campesinos que de vez en cuando venían a tomarse con nosotros una copa y una tapa en nuestra terraza mostraban la más leve inclinación a sacar una de las guitarras que teníamos colgadas de la pared. Incluso Domingo, que parece poder hacerlo todo, demostró no ser consciente de esta parte de su patrimonio. «Me da igual», dijo, utilizando esa sombría frase tan típica de Andalucía cuando bajé mi guitarra y le pregunté si le gustaba la música.

Así es que cuando Ben llamó para decir que quería venir a quedarse unos días y que se traería su guitarra, me puse a dar saltos de alegría. «Estupendo, Ben —dije atropelladamente—. Sí, por supuesto, ven cuando quieras y quédate para siempre».

Dado que no conocía personalmente a Ben, la oferta era, tal como había señalado Ana, un poco precipitada. Pero había oído hablar de él. Era el sobrino de un buen amigo mío de Londres que había venido a España para hacer justamente lo que yo habría debido hacer: aprender la técnica auténtica de flamenco en una escuela de guitarra de Granada.

Ben llegó la mañana siguiente a su llamada telefónica y, antes de que el sol se hubiera puesto por detrás de su polvoriento *doscaballos* amarillo, se había convertido en esa cosa tan difícil de encontrar que es el invitado indispensable. Era absolutamente apabullante —alto, rubio, con aire culto y nariz aquilina—, como un personaje del mundo clásico traído hasta la playa por las olas. Durante tres semanas nos deslumbró a todos: a Ana con su conversación y su encanto; a Chloë por ser divertido y enseñarle toda una nueva serie de trucos y juegos de palmas; y a mí con su manera de tocar la guitarra, que me llenó de inspiración. Durante el mes que había pasado en la escuela de flamenco, Ben había adquirido un repertorio impresionante que tocaba con una fluidez natural, y el maravilloso sonido de su guitarra nos arrulló como el cristalino tintineo de un arroyuelo al deslizarse por un lecho de guijarros.

El Valero está hecho para la música de guitarra: «Si fuera realmente rico —me había dicho a menudo a mí mismo— contrataría a un trovador». Ben era lo que más se parecía a eso, pero de hecho algunos meses antes yo casi había conseguido un trovador. Se llamaba Ángel —un nombre de lo más adecuado, ya que raras veces he encontrado un alma tan etérea.

Me topé con Ángel una tarde de invierno, cerca de la casa de una familia musulmana en la parte alta del valle.

—¿No tendría por casualidad algún trabajo para mí? —me preguntó.

—Bueno, puedo darte todo el trabajo que quieras —le aseguré a este fantasma de amable aspecto—. Pero me temo que no hay dinero para pagarte. ¿Por qué?, ¿qué es lo que haces?

—Hombre, pues toco la guitarra y canto, y supongo que en parte soy pintor, y también se me da muy bien el yeso.

Me quedé un poco sorprendido. ¿Pensaba realmente Ángel que le iba a pagar porque me tocara la guitarra y me cantara, o hasta porque me pintara cuadros? Lo del yeso no estaba mal —siempre me vendría bien algún trabajo de enlucido— pero, como ya le había dicho, no tenía dinero para pagarle.

—Supongo que tocar la guitarra sería bastante más barato que el trabajo con el yeso, ¿no? —pregunté por decir algo.

—Hombre, claro. Bueno, lo que quiero decir es que no cobraría tantísimo por tocarte la guitarra.

Me quedé en silencio unos minutos asimilando esto.

—¿Cuándo puedo empezar? —preguntó Ángel alegremente.

—Lo siento, Ángel. Me encantaría poder ser el tipo de persona que puede contratar a un guitarrista, a un pintor o a un trovador, pero me temo que no va a suceder en esta vida.

Y continué mi camino en silencio, dejando a Ángel un tanto abatido.

No mucho después de la estancia demasiado breve de Ben, me apunté a la escuela de guitarra de Granada. No se trataba solo de una sugestión por mi parte como la de Sapo^[5], sino de una medida de emergencia en pro de la armonía de nuestro hogar. Después de haber descubierto el nivel superior del sonido de la guitarra de Ben, Ana y Chloë estaban teniendo algunas dificultades para volver a descender a la esfera más terrenal del mío. Ana en

particular estaba llegando al final de su tolerancia de mis constantes sesiones de práctica, y recurría a acciones cuasi bélicas, desde el uso gratuito de un molinillo de café hasta la incitación de los animales.

Pero un día perdió completamente los estribos. Le estaba explicando la suerte que tenía de disponer de un guitarrista como yo que le llenara la casa de agradable música —lo cual, admito, resultaba un tanto provocativo— cuando se encaró conmigo.

—¡Chris, realmente no creo que puedas llamar música a eso! —dijo—. Es absolutamente intolerable y no hay mujer en todo el planeta dispuesta a aguantarlo. *Tirititrín-tirititrín* todo el día... —dijo imitando de manera pasable y hasta divertida el sonido de una guitarra tocando un mal trémolo. La moral se me vino abajo y me eché a reír.

—No tiene gracia —masculló, manteniendo un tono de censura—. Lo que sugiero es que de ahora en adelante te vayas a practicar al estudio o, mejor aún, al establo de las ovejas y después, cuando lo hagas ya bien y estés listo, podrías darnos un recital... una vez a la semana, como mucho... y Chloë y yo te escucharemos... y hasta puede que te aplaudamos.

Me volví a Chloë. Ya sé que no está bien poner a tu hija en medio de una seria desavenencia doméstica, pero esto también le incumbía a ella. Su educación musical se encontraba, después de todo, en peligro.

—¿Qué piensas tú, Chloë? —le pregunté (estaba sentada a la mesa sumergida con excesiva concentración en sus deberes)—, ¿te parece justo eso?

Chloë parecía consternada. No le gustaba nada que la colocaran en una situación diplomática tan delicada como aquella.

—No, papá —murmuró—. No me lo parece. —Tras lo cual, ocultando con su mano la risita que estaba a punto de estallarle, añadió—: ¡Las pobres ovejas!

Y así fue como una tarde de invierno salí con mi guitarra camino a Granada. Cuando llegué a Órgiva era demasiado tarde para coger el autobús, por lo que me fui caminando hasta la salida del pueblo y saqué el dedo pulgar. No había hecho autoestop desde hacía años, pero en el plazo

de cinco minutos me encontraba en el coche de una joven granadina que regresaba a la ciudad tras unas vacaciones en La Alpujarra, charlando con ella mientras avanzábamos a toda velocidad.

Cuando me puse a subir trabajosamente la Cuesta del Chapiz, una calle adoquinada en lo alto de la cual se encontraba la escuela, comenzó a oscurecer. La subida me hizo entrar un poco en calor; a medida que el sol se iba escondiendo detrás de los tejados, descendía un frío cruel por las calles de la ciudad. Detrás del gran portón de madera de la Escuela Carmen de las Cuevas había un bonito patio con macetones de aspidístras y una fuente-cilla de piedra, y por él pululaba una panda variopinta de chicas y chicos, zigzagueando con aire vacilante por entre los estuches de las guitarras de unos y otros y sin saber bien en qué idioma hablar.

A mis cuarenta y ocho años yo no era exactamente el viejo de la clase —ese era Jean-Paul, que ya tenía cincuenta y tantos— pero el resto eran mucho más jóvenes: músicos callejeros de fin de semana, estudiantes, trotamundos, un payaso de Munich. Eran un agradable batiburrillo de bohemios. Sin embargo, yo era intensamente consciente de la diferencia de edad. Me asaltó el recuerdo de Herb en mis años juveniles de Sevilla, acompañado de la sensación ligeramente paranoica de que mis compañeros estudiantes me veían como un anacronismo, alguien que se había metido en el escenario equivocado. Cuando alguno de ellos me dirigía una pregunta o comentario, no podía evitar pensar que había otra pregunta oculta bajo la superficie: «Y, digo yo, hombre, ¿para qué molestarte ya?».

Incluso creí detectar una mirada extraña en Nacho, la persona a cargo de la escuela, cuando entré en la oficina a matricularme. Apoyando mi guitarra en la pared, le sonreí con indulgencia cuando me preguntó a qué curso me quería apuntar.

—Bueno, ciertamente no soy un principiante —le aseguré—. Dese cuenta de que llevo casi treinta años tocando.

—Entonces, ¿qué es lo que es usted...? —preguntó Nacho.

Una especie de modestia, casi seguramente fuera de lugar, me hizo dudar sobre si apuntarme a la clase avanzada.

—Supongo que lo mejor es que vaya a la clase intermedia —dije con falsa modestia.

—Muy bien —dijo Nacho—. Mañana a las diez. Estará arriba con Emilio.

Me fui algo vacilante al piso que se me había asignado y, sentado en una silla en la gélida cocina, empecé a practicar para mi primer encuentro con Emilio. En la otra habitación se oía al payaso alemán, Horst, que se había apuntado a la clase de principiantes. Horst estaba logrando un agradable y fluido sonido con su guitarra, y su trémolo era exquisitamente suave.

Comencé haciendo unos ejercicios de pulgar que llevaba años sin practicar, y pronto me di cuenta de lo perezoso que se había hecho este dedo. A continuación me puse a hacer unos cuantos rasgueados agotadores, lanzando con fuerza cada uno de mis cuatro dedos por todas las cuerdas, asegurándome de que el dedo meñique y el anular las pulsaran con la misma fuerza que sus hermanos mayores.

Hacía cada vez más frío. Después de una hora empecé a sentir un desagradable dolor en los pequeños músculos de la parte superior de mi dedo anular, un dolor persistente.

—Horst —llamé—. Vámonos de aquí, a ver si encontramos algo para comer...

Horst, que por momentos iba congelándose y tocando de modo más aletargado, salió entumecido de su habitación. Intercambiamos cumplidos sobre nuestra manera de tocar y salimos a la noche helada para recorrer el barrio del Albaicín en busca de sustento.

Horst era lo que los españoles llaman un pesado, y se parecía bastante a los payasos que yo había conocido en el circo. Aun así, una vez que encontramos un restaurante y tuvimos una botella de vino tinto en la mesa, ambos nos relajamos y pronto me encontraba riendo a carcajadas de sus chistes escatológicos de estilo teutónico.

Sin embargo aquella noche me asaltaron extraños sueños en los que aparecían Emilio y los estudiantes de la clase intermedia. En el camino de vuelta a casa después de cenar nos habíamos encontrado con un grupo de ellos. Eran norteamericanos, aparte de un tipo jovial procedente de algún lugar de las ciénagas de los Países Bajos con el curioso nombre de Ale-Jan

van Donk. Entre los americanos había una pareja de californianos llamados Brent y Kirk, y un hombre muy alto llamado Elin, con aspecto un poco como de brujo con su largo abrigo de estilo capa y su melena de brillante cabello negro. En mi sueño su aspecto era aún más extraño, con largos dedos blancos coronados por uñas de plástico y un pulgar curvado hacia atrás —de hecho, una deformidad no del todo inusual en los guitarristas de flamenco—. Lleno de fanática energía, el Elin de mi sueño golpeteaba sus rasgueados con aquellas poderosas uñas de plástico, produciendo un sonido como de ametralladora.

En el sueño mi propia manera de tocar era extrañamente triste. Me temo que el término técnico utilizado para describirla podría ser «geriátrica».

Abrí la puerta de la clase con un cierto recelo. Los californianos ya estaban tocando, y cuando entré y les pregunté si era esa la clase de Emilio adoptaron una expresión afectadamente impasible. «Sí», dijeron al unísono, y volvieron a su práctica de la guitarra, tocando de modo nítido y elegante y marcando perfectamente el compás, con el ritmo y los acentos en todos los momentos adecuados.

Ale-Jan entró unos minutos después, me sonrió, miró algo desconcertado a los californianos y levantó una ceja. Y entonces, lleno de energía, entró por fin Emilio, el gran maestro. Un gitano fibroso con gafas de concha, largo cabello ralo, ojos como dardos y lo que parecía una sonrisa cruel, tras mirarnos brevemente, dio una palmada para hacer callar las guitarras. «¡Venga! Alegrías. Todos las sabéis tocar. ¡Andando!».

Y se lanzaron a tocar, o al menos eso hicieron Brent y Kirk, entregándose a una vertiginosa pieza en *staccato*. Ale-Jan y yo rasgueamos torpemente nuestros instrumentos. Yo no tenía ni idea de cómo tocar Alegrías, e incluso si la hubiera tenido habría sido totalmente incapaz de tocarlas así.

Discretamente, volví a meter mi guitarra en su estuche y me escabullí cobardemente por la puerta antes de que hubiera finalizado la pieza. Bajé despacio las escaleras y entré sigilosamente en la cueva donde Nacho estaba sometiendo a los principiantes a un ejercicio de *alzapúa* —una técnica

consistente en la pulsación de la cuerda hacia arriba y hacia abajo con el pulgar—. Levantó los ojos para mirar al alumno con treinta años de experiencia de guitarra flamenca y, con una sonrisa de sorna pero amigable, detuvo la clase. «¡Bienvenido, maestro!», me dijo a modo de saludo.

Yo quería hacerme invisible en algún rincón, pero eso resultaba imposible. La cueva donde practicaban los principiantes se utilizaba para clases de baile, y las paredes estaban recubiertas de espejos. Esto hizo que mi entrada humillante lo fuera más aún: no solo veía yo cómo me miraban todos esos humildes principiantes, sino que también me veía a mí mismo viéndoles cómo me veían a mí, como si fuera una repetición simultánea.

Sin embargo, me senté en mi sitio y unos minutos más tarde me consolé al ver entrar a hurtadillas a Ale-Jan. Yo no era el único con pretensiones.

Los días de prácticas fueron transcurriendo mientras los principiantes nos esforzábamos por seguir las instrucciones de Nacho y tratar de distinguir el sonido de su guitarra entre el que producían las nuestras. Esto no resultaba fácil, puesto que todos parecíamos tocar con una ligera falta de sincronización y, mientras Nacho explicaba algún matiz más sutil, siempre parecía haber algún imbécil practicando a todo volumen el trozo que acabábamos de aprender.

En cualquier caso, cuando tocábamos al unísono de modo un tanto descuidado la totalidad de una pieza que estábamos aprendiendo, parecíamos ser en realidad bastante buenos; ilusión que se hacía añicos cada vez que Nacho nos señalaba a uno de nosotros para que tocáramos solos y resultaba que en realidad la mayoría no teníamos ni idea.

El principiante con aspecto más seguro de sí era un francés llamado Jean-Paul, que se presentaba a sí mismo como músico profesional. Sin embargo, se negaba en redondo a tocar solo. «Soy una *pej-so-ná muy ti-mi-dá* —explicó—. Lo sé *tocaj pejo nesesito pjacticar* antes de poder *tocaj* con estas personas». En lugar de depender de su memoria o de la observación, decidió grabar las lecciones en un aparato de muy alta tecnología, para luego estudiarlas con detenimiento a su regreso a Francia. Yo había escuchado su grabación de la primera lección —la de mi entrada en la clase

— y era algo horroroso, con la cacofonía multiplicada de tal manera que no podía distinguirse ni una sola frase útil.

Por extraño que parezca, Jean-Paul parecía sentir desprecio por el método flamenco, y detenía la lección una vez tras otra: «*Pejo*, Nacho, esa es una manera *ji-di-cu-lá* de *produzir* ese sonido. Es muy más *fa-síl le haser asi, ¿non?*». Y entonces proponía su inapropiada versión. Y así continuó toda la semana. «¡¿Con *cuatjo* dedos?! *Pejo* eso es *absolument* imposible, nadie puede *haser* eso con *cuatjo* dedos... *pas du tout*. Es *mejor* con tres, *comme ga...*».

Nacho demostraba una paciencia admirable, explicando las técnicas una y otra vez, mientras Jean-Paul soltaba un juramento y, encogiendo los hombros a la manera gala, miraba al resto de la clase en busca de apoyo. Pero todos estábamos con Nacho y, en el transcurso de los quince días, la mayor parte de nosotros comenzamos a hacer auténticos progresos.

Yo ciertamente pensaba que había mejorado, a pesar de que al tocar superaba el umbral del dolor, ya que el trabajo desacostumbrado me producía un dolor atroz en los pequeños músculos de la parte superior del dedo, y mis uñas, gastadas por un incesante tocar, comenzaron a romperse.

Al final del curso, de hecho tuve que utilizar pegamento rápido para sujetarme las uñas. Pero había conseguido mi propósito. Era hora de regresar a El Valero para impresionar a las mujeres.

Wwoofers

Las siglas WWOOF corresponden a la organización *Working Weekends on Organic Farms* —Fines de Semana de Trabajo en Granjas Ecológicas—. Esta idea comenzó hace alrededor de treinta años con la finalidad de ayudar a abrirse camino a los agricultores ecológicos, necesitados de mucha mano de obra, permitiendo al mismo tiempo que las familias urbanas interesadas por el campo salieran de la ciudad para trabajar al aire libre, cavando y escardando en el barro. La organización se ha expandido y, en la actualidad con el nombre de *Willing Workers On Organic Farms* (Trabajadores Voluntarios en Granjas Ecológicas), ofrece una red de domicilios poco comunes que visitar casi en cualquier parte del globo. Esos son los anfitriones *wwoof*. Los trabajadores voluntarios, llamados *wwoofers*, son un conjunto de jóvenes y no tan jóvenes peripatéticos dispuestos a cambiar de buena gana un poco de trabajo por alojamiento y comida en un hermoso entorno.

Parte de la finalidad de la organización WWOOF es que los agricultores enseñen a los *wwoofers* agricultura ecológica, pero la realidad es que a menudo los agricultores aprenden tanto como enseñan. Viajando de granja en granja los *wwoofers* son un valioso conducto de información para unos granjeros aislados y a menudo poco comunicativos.

El Valero tenía un evidente potencial *wwoof*: un hermoso cortijo cuyos propietarios no disponían de dinero sobrante para mano de obra. Por eso, en el transcurso de los años hemos dado trabajo a toda una serie de *wwoofers*,

la mayoría de ellos estupendos aunque haya habido de vez en cuando algún holgazán.

Gudrun y Jaime, nuestros *woofers* más recientes, quizá sean los más memorables de todos.

Gudrun era una joven campesina procedente de algún lugar de la zona de cultivo del nabo del noroeste de Berlín, y nos había escrito una agradable y elocuente carta preguntando si podía venir a trabajar como voluntaria a nuestro cortijo durante dos o tres semanas. Entonces, unos días después de recibir nuestra invitación, nos llamó para decir que venía de camino, por lo que fui enviado a recogerla a la parada del autobús.

Se bajaron del autobús aquella tarde alrededor de una docena de personas que pronto se dispersaron por las calles oscuras, pero ninguna de ellas parecía ser Gudrun (aunque no puede decirse que yo tuviera mucha idea del aspecto que tenía).

Y entonces divisé a una mujer larguirucha y rubia con una mochila subiendo despacio por la calle. Fui tras ella a grandes zancadas.

—¿Eres por casualidad Gudrun? —le pregunté. La chica se volvió un poco y me miró boquiabierta y desconcertada. Nos quedamos mirándonos el uno al otro en la oscuridad creciente. Pasaron unos segundos que se convirtieron casi en un minuto. Dios mío, pensé. Es un tío y no le ha gustado que le confunda con una tal Gudrun.

—¿Gudrun? —dije otra vez débilmente.

Me siguió mirando unos instantes más.

—Oh —dijo.

—Hola, soy Chris, encantado de conocerte, ¿qué tal el viaje? —dije, dando por supuesto que el «oh» significaba que era de hecho Gudrun.

—Oooh —dijo otra vez con una inflexión ligeramente diferente.

Tal vez sea sorda, pensé, aunque no había mencionado eso en la carta. Le cogí la mochila y me siguió dócilmente hasta el coche.

Durante el camino de vuelta a casa traté por todos los medios de entablar conversación con Gudrun, enunciando todas las palabras con la más precisa de las dicciones. Pero pronto quedó claro que la sordera no era

en absoluto el problema. Gudrun no hablaba ni una palabra de español y casi nada de inglés —y yo tenía la leve sospecha de que tal vez ni siquiera en alemán fuese una persona muy comunicativa—. Aunque no es que yo pudiera juzgarlo, dado que mi alemán de colegial apenas contaba como forma de comunicación humana: *Heute machen wir einen Ausflug, nach Boppard* (Hoy vamos a ir de excursión a Boppard), era todo lo que sabía decir, y no nos servía de mucho.

Al llegar a casa, Gudrun le dirigió una cálida sonrisa a Ana y desapareció en su habitación sin siquiera comer ni beber nada. Ana y yo nos quedamos mirándonos pensativos el uno al otro.

—Puede que mejore —sugirió Ana.

—Pues desde luego eso espero. ¡No va a resultar muy divertido tenerla aquí a menos que lo haga! —dije.

Al día siguiente, después de un desayuno comunal un tanto taciturno, Ana consiguió hacer entender de algún modo a Gudrun que quería que quitara las malas hierbas del huerto. Efectivamente, Gudrun desapareció durante el resto de la mañana y escardó el huerto como un torbellino. Decididamente era una escardadora sensacional. Ana le hizo café y juntas se tomaron una taza mientras fumaban, y de algún modo no verbal indefinible empezaron a establecer un vínculo afectivo.

Tal vez como consecuencia de las insinuaciones de Ana, Gudrun parecía encontrar que yo era un ejemplar gracioso, y se reía disimuladamente cada vez que me acercaba a ella. Yo le sonreía sin comprender y, poco a poco, se estableció algún tipo de relación, con la ayuda de los «Ohs» de Gudrun y gracias a que yo de vez en cuando desempolvaba los planes de viaje a Boppard.

Puede que fuera el lenguaje infantil a que nos veíamos reducidos, pero Gudrun parecía mucho más joven que sus veinticinco años. Era alta y de aspecto demacrado, como el de los adolescentes después de haber dado un estirón rápido, y tenía una espesa melena rubia que le caía a ambos lados de la cara enmarcando una sonrisa sorprendentemente amplia. Poco a poco le fuimos tomando cariño a Gudrun y, a medida que empezó a sentirse más cómoda con nosotros, fue cambiando y animándose un poco, y

dirigiéndonos más sonrisas. Así es que Gudrun se quedó, durmiendo en un almacén que había sido convertido en dormitorio, y escardando día tras día.

Jaime era un tipo muy diferente de *woofer*: un joven español urbano de Madrid. El primer día de su estancia con nosotros se acercó a grandes zancadas a Manolo, que todavía dista mucho de ser moderno y urbano, le estrechó la mano con firmeza y, mirándole directamente a los ojos, le dijo: «Hola, soy Jaime». Manolo miró abatido a Ana en busca de ayuda.

Jaime era igualmente directo con el resto de nosotros, dirigiéndose coloquialmente a cualquiera con quien se encontraba en su propio idioma. Hablaba inglés perfectamente y con un acento trasatlántico que había adquirido de una sucesión de novias angloparlantes procedentes de una larga serie de lugares, desde Goa hasta el Condado de Marin en California. Siempre estaba ampliando su vocabulario, haciéndonos preguntas que ponían seriamente a prueba nuestros conocimientos de nuestro propio idioma. Su principal defecto era que no soportaba equivocarse, y, muy especialmente, el que alguien demostrara que se había equivocado, sobre todo si este alguien era una mujer.

Un día Ana y Jaime estaban mirando la caseta del perro, que es de una especie de color rojo parduzco indefinido.

—Dime, Ana —comenzó a decir Jaime—. ¿Qué color es ese en inglés? En español es granate.

—Bueno, pues es una especie de marrón rojizo, en realidad no es ningún color en especial —respondió.

—Sí, sí, pero ¿cuál es el nombre del color?

—No tiene ningún nombre.

—Venga, tía, no puedes estar hablando en serio, ese es un color específico.

—No, no lo es, es parduzco. Y si tiene un nombre, yo no lo conozco. — Ana estaba dispuesta a recoger el guante.

—Mira, tía... en español es granate. Todo el mundo lo sabe. No hay ni siquiera una puñetera persona a lo largo y ancho de toda España que no sepa qué color es ese.

Jaime estaba empezando a agitarse y, justo en ese momento, se oyó un «miiip» procedente de la chumbera y apareció Manolo con Porca en el hombro. Porca le tiene cariño a Manolo.

—Mira, ahora vas a ver. Voy a preguntarle a Manolo de qué color es... —y comenzó a dar voces—. Eh, Manolo, ¿de qué color es la caseta del perro?

Manolo dirigió la vista con aire vacilante a Jaime, a la caseta del perro y de nuevo a Jaime.

—Venga, dínoslo. ¿De qué color es?

—Bueno, pues es como una especie de marrón rojillo... ¿no?

—¡No, hombre, no! ¡Sabes de sobras del color que es! Venga, tío, no me vengas con esas.

—Entonces, será marrón.

—¡Hombre, por Dios! Tú sabes qué color es ese. Es granate, ¿no?

—Granate —murmuró Manolo dándole vueltas a la palabra.

—¿Ves, Ana? Ahí lo tienes, él lo ha dicho. Todo el mundo conoce la palabra...

Jaime está orgulloso de su forma de ser disciplinada, por lo que siempre resulta divertido tratar de irritarle y de hacerle bajar de las alturas de su karma. Trabaja mucho para lograr ese estado —con taichi y meditación fundamentalmente— y hay que admitir que consigue alcanzar un grado aceptable de autocontrol.

Por las noches, mientras los demás nos recostábamos en el sofá con un vaso de vino o una taza de chocolate en la mano para hablar lánguidamente, leer o escuchar música junto a la chimenea, Jaime llegaba tarde, después de haber finalizado sus agotadoras sesiones de ejercicios, nos daba cortésmente a todos las buenas tardes y, cogiendo su ladrillo (siempre se lleva a todas partes un ladrillo de madera), lo plantaba en el suelo en mitad de la habitación. Entonces, sentándose en él, adoptaba una posición de medio loto con la espalda tesa como un palo. Rechazaba las ofertas de un vaso de vino pero aceptaba un vaso de agua para más tarde, y se quedaba ahí sentado, contestando cuando se le hablaba pero por lo demás mirando

fijamente las llamas de la chimenea, recitando mantras en voz baja, para no molestar a nadie. Ni que decir tiene que nos sacaba a todos de quicio.

El sexo era una cosa de la que Jaime también afirmaba estar en control. Tenía treinta y tres años y era un joven muy bien parecido, con un físico como de Adonis —resultado, según me dijo, de rigurosas sesiones de ejercicio físico en su juventud—, y adoptaba un punto de vista filosófico ante las tentaciones de la carne. «Bueno, por supuesto solo soy humano como el resto de la gente, y de vez en cuando necesito una mujer —me confió—. ¿Y quién no? Pero ¿sabes?, tío, cuando necesitas una cosa, muchas veces se te presenta. El resto del tiempo aprendo a vivir sin ello. Si no lo haces... bueno, el sexo es una fuerza destructiva y puede desviarte completamente del camino que has elegido».

Una noche llevé en el coche a Jaime y a Gudrun a una velada de música celta en un bar de las montañas. Encontré un sitio confortable para colocarme en el bar, mientras Jaime cogía su ladrillo y se sentaba directamente delante de la banda rechazando las ofertas de cerveza. Gudrun, entretanto, se movía entre la gente al fondo del bar, bailando al ritmo de la música. Se ignoraron completamente el uno al otro hasta que, en el camino de regreso a casa, mediante diversos magreos en el asiento trasero del coche, Gudrun dejó bien claro cuáles eran sus intenciones.

A la mañana siguiente, mientras Gudrun se fumaba un cigarrillo en la terraza después del desayuno, Jaime se sentó a desayunar con nosotros. «¡Dios, es un auténtico tigre en la cama, tío!», observó. Miré a Ana levantando las cejas. Ya habíamos notado el aire de Gudrun, y a menudo nos habíamos entregado a un placentero debate en voz baja acerca de cuáles eran los signos de pasión absolutamente claros y cuáles eran los fortuitos. Por ejemplo, ¿era frotarse el cuello un signo más claro que mirar con complicidad a tu muesli?

Pero Jaime no era dado a tales sutilezas. «Voy a necesitar un montón de preservativos, tío —anunció—. Ana, cuando vayas al pueblo ¿puedes traerme unos preservativos? Me bastaría con cinco cajas». Y después añadía con petulancia, reflexionando en voz alta: «¡Dios, qué cuerpo! Es la perfección, tío... ¡eh!, mejor tráeme diez cajas, anda».

Ana y yo fuimos al pueblo al día siguiente. Me acordé de los preservativos, y la relación de nuestros *woofers* floreció, regalándonos Jaime con frecuentes y explícitas descripciones de sus actividades. El arreglo no era lo que se dice romántico. De hecho, Jaime parecía considerarlo fundamentalmente como un recurso práctico para almacenar un poco de sexo, a la manera de los camellos, para el siguiente período de vacas flacas: «Ella sabe, tío, porque yo se lo he dicho, que esto es definitivamente una relación con fecha de caducidad».

Por supuesto resultaba bastante difícil sacar en claro de Gudrun qué es lo que pensaba ella, pero yo en cierto modo me resentía con la frialdad de Jaime. No creía ni por un momento que Gudrun fuese una pobre ingenua que estuviera sufriendo; para empezar, era ella la que había iniciado la relación, y había conseguido hacer comprender a Ana que solo la consideraba como una aventura de vacaciones. Pero me gusta ver un poco de cariño y vulnerabilidad entre los amantes jóvenes y, aparte del hecho de que siempre estábamos tropezándonos con ellos besuqueándose o magreándose, ninguno de los dos parecía evidenciar mucha ternura. Yo quería ver a Jaime atormentado por la pasión. Era por su bien.

Durante la época que conocí a Jaime, me pareció como un zapatero de agua, revoloteando por la superficie del profundo estanque de la vida. Pensaba que necesitaba ser más como esos seres plateados que se alimentan deslizándose por las profundidades del fondo. Desde la superficie del agua no se ve el fondo, solo el reflejo del cielo. Y esa es una impresión bastante falsa de la que depender.

Fueran cuales fuesen mis celos sobre la vida sentimental de Jaime y de Gudrun, entre los dos formaban un magnífico equipo horticultor. Gudrun parecía comprender perfectamente las aspiraciones hortícolas de Ana y solo con intercambiar unos cuantos sonidos vocálicos durante el desayuno Gudrun sabía exactamente lo que hacer. Jaime, entretanto, estaba ocupado en la construcción de un nuevo camino que bajaría serpenteando desde la casa al huerto a través de un delgadísimo hilo de agua que de vez en cuando se convertía en un riachuelo.

En manos de Gudrun las plantas estaban a salvo, mientras que Jaime diseñó un camino y un pequeño puente de troncos atados de una belleza propia de la religión zen. Jaime era un artista imaginativo; cualquier tarea que emprendía la transformaba en una obra maestra creativa, aunque bien es cierto que no siempre resultaba esto totalmente práctico. Una vez se rompió el pestillo de la puerta de la calle y él se ofreció a cambiarlo. Después de pasarnos tres días con la casa abierta y vulnerable a los elementos y a los voraces animales, fuimos obsequiados con uno de los pestillos de forma más hermosa y de mejor ingeniería que jamás han adornado una puerta principal. Incluso ahora me da remordimiento usarlo con demasiada brusquedad, como si en cualquier momento fuera a ser reclamado al lugar que se merece en un museo.

Algunas veces Jaime comía con nosotros, pero normalmente se hacía él la comida. No era un cocinero extraordinario pero, insistía, sabía exactamente la ingesta diaria de calorías que necesitaba para mantenerse en buena forma. A principios de semana preparaba una gran olla de una bazofia de verduras que confeccionaba con prácticamente todo aquello a lo que podía echar mano. Todos los días la recalentaba y se servía dos cucharones para cenar. Calculaba la cantidad para que le durara toda la semana, y de esta forma solo tenía que guisar un día.

Hay que reconocer que Jaime estaba en una buena forma extraordinaria. Durante todos los meses del verano iba de un lado para otro vestido solo con unos pantalones cortos minúsculos para así lograr un buen bronceado uniforme. No le sobraba ni un solo gramo de grasa corporal, y tenía un tono muscular extraordinariamente bien desarrollado: unos firmes músculos abdominales sin rastro de gordura, unos pectorales anchos y bien definidos, unos atractivos y carnosos bíceps, tríceps y cuádriceps, y todo, en resumen, lo que necesita un hombre.

Manolo, tal vez debido a su gran apreciación de los frutos del cerdo, no es tan esbelto como podría ser, aunque su amplia capa de relleno esconde una fuerza casi sobrehumana que Jaime nunca podría tener posibilidad de igualar. Sin embargo, aquel verano Manolo dedicó alguna atención al físico de Jaime. Por primera vez vimos a Manolo sin camisa —eso es algo que prácticamente no hace ningún alpujarreño auténtico—. Manolo también

observó la comida que Jaime se llevaba para comerse a la sombra de la higuera y, después de mantener una serie de conversaciones con él sobre la dieta y su efecto sobre el físico, el contenido de su fiambarrera comenzó a cambiar. Empezaron a aparecer verduras, ensaladas y fruta, y las inmensas tajadas de tocino y pucheros cada vez iban jugando un papel menos importante. Manolo se figuraba que una modificación de su físico podía tener también un efecto beneficioso sobre su vida sentimental, que estaba pasando en cierto modo por una temporada de vacas flacas.

—¿Sabes?, es una pena que yo le guste a Gudrun —nos anunció Jaime una mañana— porque sería la chica perfecta para Manolo. Le he dicho que por mí puede preguntarle. No soy en absoluto posesivo.

Manolo estaba de pie unos pasos más atrás, sonriéndole jovialmente a su nuevo mentor.

—Eso es muy generoso por tu parte, Jaime —le contesté— pero ¿no crees que Gudrun podría tener alguna opinión al respecto?

Manolo, por su parte, tenía un audaz proyecto que quería presentarle a Gudrun. Su madre, de edad ya avanzada, tenía que quedarse en casa después de una operación de rodilla, y Manolo pensaba que tal vez Gudrun quisiera extender su estancia en el valle y tomar un trabajo como señorita de compañía.

—Venga ya, Manolo —le dije tratando de que pusiera los pies en el suelo—. ¡Gudrun no habla ni una palabra de español! ¿Qué demonios van a hacer ella y tu madre juntas todo el día?

Resultaba imposible imaginarlo. Manolo meditó sobre ello unos momentos.

—Pueden ver la tele —contestó tranquilamente.

Yo seguía sin ver cómo podía funcionar, pero Jaime dictaminó que era una idea fantástica y que se lo preguntaría a Gudrun aquella misma noche.

Afortunadamente para todas las personas afectadas, aquella fue la última vez que se habló del tema. De hecho, unas semanas más tarde Gudrun regresó a Alemania para seguir un curso de enfermería.

Si su partida afectó a Manolo y a Jaime, lo disimularon muy bien, o quizás yo no noté los signos obvios. A lo largo de toda la primavera que fue

revelándose poco a poco, surgió algo nuevo que durante un tiempo me absorbió completamente. Tenía un capricho ecoarquitectónico que construir.

Un capricho ecoarquitectónico

Los orígenes de nuestro capricho ecoarquitectónico se remontan a una mañana de principios de primavera en que me llevé de paseo a los perros por la ladera de detrás de la casa. Muy por encima de mí descubrí la pequeña figura de un hombre bajando cautelosamente por entre los matorrales. De pronto este se paró y comenzó a agitar los brazos y a señalar en dirección al desfiladero del río como queriendo hacerme mirar algo, pero yo no podía distinguir de qué se trataba. Era uno de esos días en que apenas corría una brizna de aire y solo se veía alguna que otra totovía surcando un cielo totalmente desprovisto de nubes. Entonces lo vi: una oleada de agua bajaba rugiendo por el río Cádjar. En cuestión de unos minutos la totalidad del cauce del río se había convertido en una riada de color marrón rojizo, salpicada de trozos de matorrales y árboles arrancados de las laderas. Entonces, poco después de haber comenzado, el torrente disminuyó y el río volvió a su sereno susurro habitual.

Yo ya había oído hablar de la sobrecogedora erosión de las riadas, pero nunca la había visto en acción. Debía haber habido una violenta y repentina tromba de agua en lo alto de la sierra de la Contraviesa, pues el río tenía el color de la tierra rojiza arrancada de sus abruptas pendientes. El agua había bajado tan espesa de tierra y arena que se había movido casi a cámara lenta, como un río de melaza, cambiando la topografía del cauce de nuestro río.

Me volví para mirar hacia lo alto del cerro y vi aproximarse por el camino al hombre que había estado agitando los brazos. Llevaba un chándal morado y saltaba por encima de las piedras con una agilidad que parecía no

concordar con su mata de pelo rizado gris. Observé que llevaba un paraguas plegable de aspecto elegante.

—*Hallo* —dijo el hombre.

—*Hallo* —repliqué, mirando con curiosidad el paraguas que llevaba.

—Oh, *yes*, es un diseño japonés, muy compacto... —comentó, dándose cuenta de mi interés—. Me parecía que podía desatarse una tormenta, aunque no esperaba que sucediese tan arriba.

Y se puso a hablar largo y tendido sobre el fenómeno de las riadas, señalando las razones por las que pensaba que el río había tomado el curso que había tomado.

Yo estaba fascinado por este despliegue de conocimientos hidrográficos, y me quedé ahí de pie asintiendo con la cabeza y haciendo alguna que otra pregunta.

—¿Adónde se dirige? —le pregunté finalmente.

—Voy de vuelta a mi furgoneta. La he aparcado como a dos kilómetros río arriba, más allá de ese cortijo —dijo señalando El Valero—. Es la casa de Chris y Ana, ¿a lo mejor los conoce...?

—Pues sí, sí que los conozco... de hecho, soy yo, al menos yo soy uno de ellos.

—*Really?* (¿De verdad?). Eso sí que es una feliz coincidencia —dijo, haciendo una pausa para saborear la expresión—. Estaba pensando ir a presentarme a ustedes.

—Una coincidencia verdaderamente feliz —dije—. Entonces, ¿quién es usted?

—Me llamo Trev —dijo extendiendo la mano—. No Trevor, Trev.

Le dije que estaba encantado de conocerle y le propuse que volviéramos juntos al cortijo. Yo estaba impaciente por ver los daños que había causado la riada en el bancal del río. Mientras caminábamos, Trev me fue hablando de su trabajo como técnico ecológico itinerante y de cómo creía posible que necesitáramos sus servicios. Le dije que no estaba del todo seguro de qué era exactamente lo que hacía un técnico ecológico pero que si nos podía ayudar a mejorar la eficacia de nuestras placas solares o el precario

funcionamiento de la chumbera bien, entonces sí que podríamos aprovechar su ayuda. Trev asintió a esto con la cabeza pero dijo que prefería concentrarse en algo más concreto. Me diría lo que se podía hacer cuando hubiésemos echado una ojeada al terreno.

Nos detuvimos en la casa, donde le hice a Trev una infusión. Cuando le llevé la taza a la terraza, vi que había bajado al bancal del huerto de Ana y que estaba caminando lentamente de un lado para otro. De vez en cuando se detenía, miraba hacia el sol y se frotaba un lado de la nariz con el dedo índice; esta era, al parecer, su forma preferida de pensar. Porca, a quien gusta vigilar su territorio, revoloteaba mientras tanto entre las ramas de una gran higuera estudiando al intruso.

—He examinado detenidamente sus placas solares y sus sistemas de agua —anunció Trev cuando me acerqué a él—. Y ya veo lo que dice de la chumbera. Hace un poco de peste ahí abajo, ¿verdad? Lo que necesitan es un macizo de carrizos para limpiar los residuos. —Después, alargando la mano para coger la taza, levantó los ojos hacia las ramas de la higuera—: Ah, un perico monje, esos sí que me gustan —dijo, antes de reanudar su discurso—. Calculo que vamos a tener que pensar lateralmente sobre cómo fundir aquí la tecnología alternativa con la tradicional. Pero la verdad es que es un lugar fantástico para hacerlo, verdaderamente prometedor para el tipo de proyecto adecuado.

—Sí, tiene razón —dije despacio. Me había dado cuenta de que Trev había utilizado la primera persona del plural, y ciertamente parecía ser una buena e innovadora forma de hablar—. Entonces, ¿qué eco-proyecto es el que deberíamos elegir?

—Bueno, no va a ser fácil y tampoco va a resultar económico, pero podría ayudarte a construir algo audaz y experimental, una cosa que aumentaría muchísimo la calidad del entorno, y que también interactuaría con él. Si le interesa, por supuesto.

—Suena interesante —dije—. Entonces, ¿de qué se trata?!

—De una piscina —replicó.

Me quedé mirando a Trev con incredulidad.

—¿Está usted loco? —dije—. ¿Para qué diablos quiero yo una piscina? ¡Por el amor de Dios!, si me apetece nadar, puedo hacerlo en el río.

Me devolvió la mirada con una expresión socarrona.

—Esa no es una perspectiva tan fantástica hoy —dijo indicando con un movimiento de cabeza la desolación en el cauce del río.

Era verdad. La riada y el fango se habían llevado por delante todo rastro de nuestra poza para nadar, creada con unas cuantas pasadas del tractor de Manolo y un precario dique de rocas. Haría falta todo un caluroso día de trabajo para recoger las rocas y construir una nueva.

Trev cruzó los brazos y, apoyando luego un codo en el hueco de la mano contraria, volvió a acariciarse la nariz.

—Me parece que tal vez haya un poco de confusión acerca de lo que quiero decir con el término piscina.

Resultó que «piscina» era de hecho un término totalmente inadecuado para referirse a la idea que tenía Trev para El Valero.

—No estoy pensando en abrir un agujero rectangular en el suelo... —explicó—, para pintarlo de color turquesa y llenarlo de productos químicos. Ni hablar, a mí no me gustan a esas cosas. La idea que yo tengo es acercar el agua a su casa, creando una ecosfera —pero una en la que puedan nadar, que conste— que sea natural y esté limpia, pero sin una sola gota de cloro.

Y Trev pasó a explicar por qué el cloro era la auténtica maldición del planeta; cómo los aerosoles, los frigoríficos y la flatulencia bovina eran buenos para la capa de ozono en comparación con lo que estaba haciendo el cloro de las piscinas artificiales. Entonces comenzó a esbozar la idea que había estado desarrollando para un cliente como yo que apreciara la ecología, que tratara su cortijo y su paisaje como una especie de jardín, que se propusiera dejar la tierra enriquecida en lugar de despojada y empobrecida.

Las ideas de Trev tenían una auténtica belleza, y todo aquello sonaba como algo muy distante de la técnica de ventas de piscinas. Se imaginaba nuestra ecosfera (para nadar) como un estanque de aguas cristalinas, filtradas por estanques secundarios llenos de una jungla purificadora de nenúfares, carrizos, juncos, y menta de agua. Bancos de deliciosos peces, que después serían cosechados para consumo doméstico, patrullarían de un lado para otro devorando los organismos y microorganismos hostiles a la pureza de nuestro estanque. Un gran cojín de lana de oveja sin tratar flotaría

en la superficie del estanque de los carrizos para absorber toda la porquería de aceite solar y demás ungüentos que ensuciaran el agua. Y cualquier organismo o grumo de suciedad que escapara a esta formidable red sería levantado por una noria impulsada por energía solar, hasta una gigantesca botella de piedra llena de arenas seleccionadas y tierras tamizadas de épocas muy anteriores al despertar de la humanidad. (Al parecer se podían adquirir, en bolsas, en las tiendas de piscinas).

Desde la gran botella el agua filtrada serpentearía por unos canalillos de piedra donde la acción de los rayos del sol sobre la delgada capa de agua acabaría de rematar cualquier bacteria que hubiera sobrevivido. Entonces el agua pura bajaría por una cascada de piedras calentadas por el sol para regresar de nuevo al estanque principal. El conjunto sería construido utilizando materiales naturales existentes en la zona; las formas serían orgánicas e inspiradoras; el diseño, a base de piedra y plantas autóctonas y exóticas; y el proyecto podría completarse con un modesto pabellón de tierra apisonada y paja.

Evidentemente se trataba de un proyecto disparatado e increíblemente complejo, y además estaba basado en toda una serie de supuestos optimistas. Nadie que estuviera en su sano juicio encargaría jamás un proyecto así.

Contraté a Trev con su proyecto sobre la marcha.

Me entretuve el resto de la mañana soñando con El Valero como un modelo de eco-tecnología. Sentado en la terraza al lado del huerto —un lugar auspicioso según Trev— nos imaginé a Ana, a Chloë y a mí flotando felices entre los nenúfares, mirando desde allí las montañas y los ríos a nuestro alrededor mientras bajo nosotros las carpas surcaban como dardos las profundidades.

Mi placentera ensoñación se vio interrumpida por el pitido del coche y el ladrido de los perros. Ana y Chloë estaban de regreso de Órgiva. Jaime y Manolo también habían venido a la casa a recoger unas herramientas, y nos sentamos todos en la terraza a beber algo a la sombra. Yo casi no podía contenerme, por lo que empecé inmediatamente a describir la riada, mi

encuentro con Trev y nuestros nuevos y audaces planes para dar nueva forma al paisaje de El Valero.

Chloë estaba loca de contenta. «Nuestra propia piscina», gritó con entusiasmo, saltando a nuestro alrededor llena de excitación y haciendo que los perros se pusieran de nuevo a ladrar. Al parecer, bañarse en el río no tenía un gran encanto para una niña de ocho años. Señaló que no era fácil practicar los diferentes estilos de natación en el fondo fangoso de un río cuando el agua apenas te llega a las rodillas y, como el cauce del río es bastante ancho, esto significa que para cuando llegas a la toalla colgada del sauce, y no digamos a la casa, ya estás de nuevo acalorado y lleno de polvo. Lo único que le preocupaba del ecoproyecto de Trev era si la piscina estaría terminada a tiempo para la visita de su amiga Hannah la semana siguiente.

Una vez hubo digerido el hecho de que yo iba en serio con el proyecto y de que prácticamente ya lo había encargado, Ana también se inclinaba a ser positiva, especialmente en lo referente al aspecto botánico del mismo. «Parece algo verdaderamente precioso —reconoció— y siempre me ha gustado la idea de que El Valero disponga de su propio gran capricho arquitectónico. Pero ¿cómo sabes que va a funcionar? Pareces estar dando por ciertas demasiadas cosas. ¿Y qué sabes realmente de este hombre, Trevor, y de sus obras terrenales?».

Tuve que reconocer que no sabía mucho. Trev y yo habíamos hablado un poco aquella mañana sobre sus anteriores proyectos y la vida que había elegido. Durante los cinco últimos años había dividido su tiempo entre Inglaterra, los Pirineos y Las Alpujarras, trasladándose de uno a otro lugar en una furgoneta adaptada para hacer las veces de vivienda y oficina, parándose en cada sitio el tiempo que le hiciera falta para llevar a cabo un proyecto. Durante los dos últimos meses había estado trabajando en el «Cortijo Romero», un centro de terapia alternativa situado en los alrededores de Órgiva. El centro se especializaba en cursos de desarrollo personal, renacimiento, yoga, danzas en círculo y cosas por el estilo. Trev había diseñado e instalado un complejo sistema de calefacción bajo suelo para las salas de terapia. ¿Y qué puede ser más importante —me pregunté retóricamente—, cuando estás escapándote de las cadenas de tu encorsetado ego, que un agradable suelo caliente donde poder hacerlo?

Ana parecía estar de acuerdo, pero dijo que le gustaría saber cómo funcionaba el sistema cuando llegara el invierno y se pusiera de hecho en marcha. Pero Jaime se mostró abiertamente entusiasta. Parecía entender la forma de funcionar de todos los elementos del proyecto mejor que ninguno de nosotros y estaba muy interesado por ver cómo acababa encajando todo.

—Pero dudo que esté yo aquí para darme un baño, tío —dijo—. Va a ser un proyecto difícil de hacer bien; puede que lleve meses.

Manolo, que durante toda esta conversación había estado sonriendo para sus adentros, se quedó atónito.

—¿Meses? —barbotó—. ¡Pero si no es más que una piscina!

Manolo tenía una opinión ortodoxa sobre la manera de hacer piscinas, pues había trabajado en la construcción de unas cuantas. La única regla incuestionable era que no eran necesarias más de seis semanas. Si llevaban más tiempo era, bien porque los obreros eran unos incompetentes, porque te estaban robando, o por ambas razones.

Le expliqué una vez más cómo esta iba a ser muy diferente de una piscina química normal, y que íbamos a crear toda una nueva ecosfera con unos ingeniosos aparatos para mantener la claridad y pureza del agua.

Manolo me escuchó hasta el final y luego, volviendo a sonreír de su manera habitual, preguntó:

—Entonces, ¿nada de cloro?

—No, Manolo —respondí—. Nada de cloro.

Durante toda la quincena siguiente, Trev se lanzó a hacer cálculos, diagramas y ajustes como un poseso. Las compuertas que demasiado a menudo habían frenado sus proyectos visionarios se abrieron de par en par bajo nuestro patrocinio, y las ideas surgieron en tropel. Nuestro nuevo amigo vivía el proyecto, lo respiraba, lo dormía, lo bebía y lo comía. El comer adoptaba la forma de algún que otro trozo de verde toscamente introducido en un bollo de pan integral: una extraña dieta que resultó ser un intento por recuperar el cariño de su novia. Al parecer esta le había dado calabazas (por correo electrónico) porque lo que ella realmente buscaba era una pareja apasionadamente vegetariana, y el insípido vegetarianismo de

Trev distaba mucho de dar la talla. Nosotros sabíamos que de alguna manera esto era justo, ya que cuando venía a comer con nosotros, Trev se aplicaba a su plato de pollo asado con verdadero apetito.

De tarde en tarde, a fin de ver las proyecciones por ordenador del proyecto, le hacía una visita a Trev en su furgoneta, que dejaba aparcada a la sombra de un olivo al otro lado del río. Por su parte exterior parecía bastante normal, el tipo de furgoneta que alquilarías para llevar tus productos a un puesto del mercado, a no ser por dos grandes placas solares que había apoyadas en una roca, conectadas al motor por un cable. Los días de sol estas placas proporcionaban electricidad más que suficiente para alimentar su ordenador y sus electrodomésticos, y cuando estaba nublado Trev siempre podía cargar sus placas solares dándose una vuelta en la furgoneta. También había logrado encontrar el lugar más próximo a El Valero desde donde poder utilizar el teléfono móvil, y a menudo me lo encontraba sentado en el cerro navegando por Internet con su ordenador portátil.

Lo único que no cuadraba con este vehículo como de ciencia ficción eran sus puertas. La primera vez que Trev me dijo que eran difíciles de abrir y que debía apartarme mientras él lo hacía, supuse que funcionaban con algún dispositivo de vanguardia de apertura retardada. En realidad estaban abolladas, y simplemente era preciso darles un fuerte puntapié en un punto específico para después abrirlas forcejeando con la manivela. Era agradable ver cómo perduraba un antiguo método tradicional.

Trev parecía capaz de emprender prácticamente cualquier tarea de carácter mecánico o electrónico, creando soluciones con una mezcla de ciencia, arte e inventos de tebeo. A medida que fue tomando forma el proyecto de la ecosfera, adaptó el motor de los limpiaparabrisas de nuestro antiguo Land Rover para que impulsara una batería de placas solares que se movían según iba avanzando el sol, permaneciendo perpendiculares a los rayos solares durante todo el día y volviéndose a colocar por la noche en la posición inicial. La capacidad de las placas fue calculada para hacer funcionar otro motor —extraído de una hormigonera estropeada— que hace girar la noria, cuya capacidad elevadora está calculada a su vez para hacer pasar por el filtro tres veces la totalidad del volumen de agua de la piscina,

utilizando las doce horas de sol de que disfrutamos un día normal de verano.

Durante todo este proceso, el factor estético se mantuvo como algo de importancia primordial, sobre todo porque Trev también es un artista. Expone sus obras de arte bajo el nombre de Val Dolphin (que en círculos bohemios tiene algo más de atractivo que Trevor Miller), aunque el arte queda evidenciado en todo lo que diseña. Los escalones de nuestra piscina, por ejemplo, descienden en una espiral que recuerda a las hojas imbricadas del diafragma de un objetivo, o a esa obra maestra de escultura acuática de Bauhaus que es el estanque de los pingüinos del zoo de Londres.

Todo esto era exactamente como yo deseaba que fuese, excepto por un pequeño fallo, un fallo que amenazaba con que nuestros grandiosos esfuerzos quedaran atrapados bajo una nube de rencor: Trev era un auténtico perfeccionista que no toleraba el más mínimo error y que consideraba que hasta las más pequeñas desviaciones de sus planes ponían en peligro la totalidad del proyecto. Probablemente tenía razón. Pero resultaba duro, tanto para la moral como para el bolsillo, hacer trizas un trabajo y volver a comenzar de nuevo porque, por ejemplo, un escalón tenía dos centímetros de más, o se descubría que los materiales no cumplían del todo con los requisitos.

También estaba el problema de los días perdidos en que no hacíamos nada sino esperar a que nos buscaran nuevas piezas o a que llegaran materiales, lo que nos dejaba a Manolo, a Jaime y a mí haciendo temporadas de trabajo solo esporádicas, cuando disponíamos de los materiales adecuados. Finalmente un día, con el verano a la vuelta de la esquina y ni sombra de piscina a la vista, perdí los estribos. Manolo y yo habíamos estado trabajando duro dándole los últimos toques a la presa que separaba el estanque de los peces del sumidero. El sumidero era donde el agua se acumulaba para ser levantada por la noria hasta el filtro de arena. Habíamos estado esforzándonos durante un día entero por dejarlo todo bien nivelado. Era un trabajo lento y agotador, pero seguimos adelante con él sabiendo que el final estaba a la vista y que pronto podríamos pasar a hacer

otra tarea. Entonces apareció en escena Trev vestido con su mono color crudo recién lavado, nos observó durante un rato y sacudió la cabeza.

—No, no, eso no sirve para nada —declaró—. Imposible dejarlo así.

—¿Qué quieres decir? —farfullé.

—Pues que no sirve. No está nivelado. Se ve que no lo está, incluso desde aquí. Me temo que lo vais a tener que hacer de nuevo.

Manolo se encogió de hombros pero yo estaba dispuesto a pelearme.

—Mira, Trev —le dije—, ¿qué puñetas da si solamente le falta una pizca para estar perfectamente nivelado? No es más que una piscina, por Dios santo, no los Jardines Colgantes de Babilonia.

Trev se dio media vuelta como si le hubiesen pinchado.

—De acuerdo. Si quieres hacer una chapuza, dímelo. Es tu dinero y haces con él lo que te da la gana. En cuanto a mí, quiero hacer un buen trabajo y crear algo verdaderamente bello. Piénsatelo, Chris. Piénsalo largo y tendido.

Y diciendo esto se fue airadamente en dirección a su furgoneta, frotándose enérgicamente con el dedo un lado de la nariz.

Me senté en una roca lleno de desánimo. Por supuesto Trev estaba siendo demasiado quisquilloso, pero esa no era la manera de hacer las cosas. Miré a Manolo y a Jaime pero, en lugar de apoyar mi arrebató, ambos parecían pensar que yo estaba equivocado y que había liado las cosas.

Durante el almuerzo, hablé del tema con Ana.

—Has llegado hasta aquí —dijo—, así que por qué no terminar el asunto de manera adecuada. Sería una lástima escatimar a estas alturas, después de tanto esfuerzo.

—Sí, lo sé. Tienes razón.

Aquella tarde bajé al lugar de la obra y la emprendí a mazazos con nuestra presa hasta derribarla. Trev reapareció al anochecer.

—Así que al fin hemos elegido la opción de crear algo bello —confirmó, mirando mi montón de escombros.

Hombres trajeados

Un buen antídoto para la complejidad de la existencia es ir a poner en marcha un tractor. Un fin de semana, aprovechando la ausencia de Manolo, decidí bajar a trabajar un poco con el tractor. Comencé por arar el campo situado debajo del establo, un trozo de terreno que no había sido removido desde hacía años.

El efecto del riego y el constante pisoteo de las pezuñas de las ovejas habían dejado la superficie dura como el hormigón. Tuve que amontonar piedras sobre la cultivadora para hacer alguna marca en el suelo, pero a pesar de ello este no hizo más que romperse en gruesos terrones grisáceos. Sin embargo, después de algunas pasadas, empezó a aparecer una tierra cultivable de agradable olor, y el trabajo se convirtió en un placer. En la parte inferior del campo hay una hilera de limoneros y, cada vez que pasaba por debajo, la chimenea echaba una bocanada de humo y una lluvia de pétalos caía sobre el tractor y sobre mí y cubría la tierra de un mosaico de color blanco cremoso.

El resoplido del tractor, las virutas de tierra que iban cortando las rejas de la cultivadora y los silenciosos torbellinos de pétalos me provocaron una especie de trance. La agricultura puede ser preciosa, reflexioné. Miré en derredor mío hacia los bancales de naranjos cuidadosamente podados, la anárquica maraña de parras junto al establo y la alfalfa espesándose para la primera siega, y me permití un suspiro de satisfacción. Es cierto que yo no era el más competente de los agricultores, y que después de años de duro y a veces agotador trabajo, no estábamos más cerca de sacar un salario

decente del cortijo. Pero hay otras maneras de obtener provecho: para empezar, está el privilegio de enriquecer nuestro propio entorno, un pequeño pedacito de la Tierra, verde como un oasis y enmarcado por montañas, ríos y la transparente bóveda del cielo.

Di rienda suelta a mis pensamientos, tal vez con algo de autocomplacencia, y me puse a pensar en todas las piedras que habíamos quitado de los campos, en la tierra en sí, la cual, cada vez que la cavaba, parecía ser un poco más rica y más oscura y estar un poco más repleta de bacterias. La vida parecía ser bastante buena. Pero entonces mi ensoñación fue rota por un potente grito de Ana, que me llamaba desde la casa. Acababa de regresar del pueblo y estaba haciéndome señas desde la terraza.

Le lancé otro grito para señalarle que iba para arriba y vi cómo regresaba despacio hacia la cocina. Incluso desde aquella distancia, y a pesar de que estaba medio oculta por una masa de perros excitados, yo notaba que algo pasaba. Paré el motor del tractor y me encaminé a la casa.

Ana tenía una carta para enseñarme, que venía dentro de un sobre de aspecto oficial que había recogido de la oficina de correos. Era de la Confederación Hidrográfica y declaraba, de la manera más sencilla que permite el lenguaje gubernativo, que dado que la acequia que pertenece a nuestro cortijo no estaba registrada oficialmente, la Confederación no podría ofrecernos ninguna protección en caso de litigio. Puesto que nadie había mostrado el menor interés por disputarnos nuestra acequia —nuestra fuente de riego para el cortijo— esto nos pareció inquietante. La carta finalizaba invitándonos, caso de que necesitáramos alguna aclaración o ayuda, a visitar la Confederación en sus temibles oficinas de Málaga, y venía firmada por un tal Juan Manuel Baldomero.

Miré a Ana. Estaba claro que esto no presagiaba nada bueno, aunque no supiera decir exactamente por qué ni cómo. Ana, a quien se le da bastante mejor descifrar amenazas en clave, estaba igualmente perpleja. «Es muy raro», reflexionó. Pensaba que quizá la carta tuviera que ver con un resurgimiento del plan hidroeléctrico pero, entonces, ¿por qué no la enviaron cuando se empezó a someter a discusión el proyecto? No puedo evitar preguntarme si es que no estarán preparando el terreno para algo aún peor.

Ana se refería a unos planes que había habido durante algún tiempo para construir una central hidroeléctrica río arriba por encima de nuestro cortijo. Ello habría supuesto perforar varios kilómetros de montaña para desviar el río. Habría llenado el valle de montones de escombros, puesto en peligro todos nuestros suministros de agua y creado un potencial peligro para la salud debido a los cables de alta tensión. Sin embargo, al parecer los planes habían sido archivados hacía más de un año. No tenía sentido que necesitaran disputarnos ahora nuestra acequia para resucitarlos. Busqué a mi alrededor el sobre en caso de que contuviera alguna pista, pero había desaparecido. Porca, partiendo de la base de que los enemigos de Ana eran también sus enemigos, se había llevado el objeto ofensivo y estaba haciéndolo trizas en su fortaleza de los grifos de la ducha.

Dos días después Ana y yo nos encaminamos a Málaga para ver a Juan Manuel Baldomero. La sede de la Confederación Hidrográfica estaba en un edificio anodino de ladrillo rojo, cerca del jardín botánico de la ciudad. Nos aventuramos a entrar, tratando de no parecer demasiado temerosos. Por supuesto, el señor Baldomero no estaba; al parecer había salido a tomar café. Pero podíamos esperarle, nos dijeron. Nos sentamos en un par de sillas de madera que había en el pasillo junto a su grandioso y amplio despacho.

La puerta estaba abierta, por lo que pudimos verificar fácilmente que en efecto no se encontraba allí. Entretanto, pasaba constantemente por delante de nosotros gente con enormes fajos de papeles y carpetas, y de vez en cuando un hombre o una mujer esmeradamente vestidos se detenían y nos preguntaban cortésmente lo que hacíamos ahí.

—Estamos esperando a Juan Manuel Baldomero —contestábamos—; está tomando café.

—Claro —respondían—, a esta hora de la mañana estará tomando café. Y diciendo esto continuaban su camino.

Ana y yo charlábamos con desgana en voz baja, como se suele hacer cuando se está esperando para ver al director del colegio o al médico especialista en el hospital. Se paró más gente para interesarse por lo que hacíamos ahí. Les enseñábamos la carta. La estudiaban detenidamente con

expresión de concentración, para luego devolvérsela diciendo: «Para eso es para lo que necesitan ver a Juan Manuel Baldomero». «Eso es — coincidíamos —, está tomando café». «Efectivamente, así es».

A medida que fue transcurriendo la mañana, empezamos a conocer bastante bien a los habitantes de la Confederación. Una parte muy importante de su trabajo parecía consistir en acarrear fajos de papeles de un despacho a otro. De todas formas, eran gente bastante simpática y, cuando nos hubieron visto por enésima vez, simplemente nos sonreían porque ya no les quedaban más cosas que decirnos.

Después de mucho rato, un personaje de aspecto muy importante vestido con chaqueta de *tweed* y corbata apareció por la esquina del pasillo.

—Por fin —nos dijimos el uno al otro—. Este será Juan Manuel Baldomero.

Nos pusimos de pie para estrecharle la mano y, después de presentarnos, le mostramos la carta, a la que echó un vistazo con un aire de concentración un tanto exagerado. Después nos miró por encima de sus gafas y la volvió a leer otra vez, hasta que finalmente, enfrascado aún en la lectura de la carta, nos condujo al despacho. Nos sentamos en unas sillas de madera al otro lado de la mesa.

—Bueno, pues... —dijo quitándose las gafas—. Para esto van a tener que ver a Juan Manuel Baldomero.

—Sí, pero está tomando café —contestamos.

—Así es —dijo nuestro nuevo amigo—. De todas formas, podrían esperarle en el despacho. Estarán más cómodos y, mientras tanto, pueden echarle una ojeada a estos papeles.

Rebuscó un poco por la mesa y empujó hacia nosotros una carpeta verde del grosor de un ladrillo puesto de lado.

—Pero ¿qué va a decir Juan Manuel Baldomero cuando se encuentre con dos desconocidos sentados a su mesa curioseando en sus carpetas? —pregunté.

—Oh, no le importará nada. Voy a ver si lo encuentro —dijo, y desapareció por el pasillo dejándonos solos con la carpeta en el despacho.

Ya solo quedaba alrededor de una hora antes de que la oficina cerrara para el almuerzo, por lo que Ana y yo comenzamos a rebuscar con urgencia

en la carpeta, contentos de ir al fin a lo esencial. La mayor parte del contenido era un galimatías absolutamente incomprensible: resmas de memorandos administrativos, páginas de gráficos y de tablas y de gráficas circulares, montañas de cartas de un «excelentísimo» organismo a otro, repletas de respetuosa estima y redactadas en la más incomprensible de las jergas. Hace falta ser un determinado tipo de persona, bien versada en las artes de la administración, para echar un rápido vistazo a un montón de ese calibre sin agobiarse. Al cabo de unos minutos los ojos estaban empezando a quedárseme vidriados. Sin embargo a Ana, que tiene alguna nebulosa titulación en Ciencias empresariales, parecía dársele bastante mejor.

—¿Qué es lo que estamos buscando en realidad? —le pregunté, dejando en la mesa mi mitad correspondiente de papeles de la carpeta.

—Cualquier cosa sobre El Valero, los ríos y el proyecto hidroeléctrico —me susurró con complicidad—. La empresa que lo propuso se llamaba Saltos de Sierra Nevada.

—Aquí está, Saltos de Sierra Nevada —exclamé, bastante satisfecho de haber tropezado con ello tan pronto. Había todo un lote de papeles que versaban sobre el proyecto.

Nos pusimos a estudiarlos ávidamente, página tras página de permisos y pronósticos y mediciones; y entonces, hacia el final, nos encontramos con una página titulada «Acequia del Valero».

—Fíjate —le dije a Ana—. ¡Toda una página dedicada a nosotros!

Me callé y ambos empezamos a leer la página y a mirar el dibujo. Al parecer el proyecto «Saltos de Sierra Nevada» no estaba archivado en absoluto, sino que en su lugar la empresa se había echado un poco hacia atrás y estaba reduciendo la escala del proyecto. Ana y yo hicimos una pausa durante unos momentos para digerir la información.

Rompí el silencio.

—Bueno... es malo pero no tanto, ¿sabes? La central no tendrá tanto impacto sobre el río, y no será una monstruosidad tan grande... —dije dejando la frase sin terminar.

Ana no escuchaba. Estaba estudiando el reverso de la página y se había quedado lívida.

—¿Qué es lo que pasa? —exclamé.

Mi mujer me acercó la página. Había un dibujo de una presa, con elevaciones detalladas y referencias cartográficas. El encabezamiento rezaba «Propuesta de Presa de Retención en El Cerrado del Granadino», y debajo del dibujo había una carta diciendo que Saltos de Sierra Nevada trasladaría su proyecto de central hidroeléctrica teniendo en cuenta la elevación del lecho del río ocasionada por la construcción de la nueva presa, y que no exigiría a la Confederación ninguna indemnización por esta pérdida.

Ana se había quedado callada. El Granadino se encuentra a apenas un kilómetro río abajo de nuestra casa, y lo que teníamos delante era una propuesta para la construcción de una presa en nuestro valle: precisamente la presa que yo había temido desde que compramos el cortijo. La propuesta era específica. La presa no era para abastecimiento de agua ni de hidroelectricidad. Su función era algo totalmente diferente; se trataba de un filtro para impedir que los sedimentos fluviales y las piedras llegaran hasta la inmensa nueva presa de Rules, cerca de la costa. Rules era uno de los trabajos de ingeniería de mayor envergadura que se habían llevado a cabo nunca en España, con una longitud de 900 metros y un presupuesto de 40 000 millones de pesetas.

Nosotros no éramos más que un pequeño detalle dentro de este gran proyecto, pero la hoja que teníamos delante indicaba el papel que iba a desempeñar nuestro valle. La presa de filtración de El Granadino tendría cincuenta metros de altura y sería porosa, por lo que el valle acabaría inundado, no de agua, sino de sedimentos fluviales acumulados tras la presa. Estos se elevarían hasta la curva de nivel de los 425 metros, señalada con un trazo grueso en el mapa. La altitud que había marcada para el cerro que hay en la parte baja de nuestro cortijo era 404 metros. Podíamos perder la totalidad de El Valero.

Mientras Ana y yo nos mirábamos con incredulidad, apareció por la puerta otro hombre importante y bien trajeado con chaqueta de *tweed* y corbata, que se presentó como Juan Manuel Baldomero.

—Ah, están mirando el expediente —dijo—. ¿Han encontrado algo que les resulte de interés?

—Pues sí, en realidad sí que hemos encontrado algo —repliqué.

Dirigió la mirada al expediente mientras se frotaba el bigote con el dedo pulgar.

—Mmmm, El Granadino, la presa de retención.

—Está solo un poco más abajo de nuestro cortijo —le espeté—. Con esa altura parece que la presa va a sepultarlo por completo bajo el limo. Necesitamos saber si esto va a suceder y, caso de que suceda, cuándo.

—Como usted comprenderá, es un asunto de enorme importancia para nosotros —añadió Ana en voz baja.

Baldomero se frotó de nuevo el bigote.

—Bien —dijo enunciando cuidadosamente—. Ustedes hablan español, me imagino.

—Así es —dijimos.

En ese preciso momento, el hombre que nos había conducido al despacho entró y se nos acercó, uniéndose a nuestro corrillo alrededor de la mesa. Cogió el documento y echó una rápida ojeada a la página culpable. Evidentemente era algo que había visto con frecuencia.

—Bien —prosiguió Baldomero—. Tienen que tener en cuenta que en estos momentos esto no es más que una posibilidad. No se ha concedido ningún permiso y aún no está sucediendo nada.

Y pasó a explicarnos que había una serie de obstáculos con los que podía tropezar un proyecto de tal envergadura, por lo que resultaba algo prematuro preocuparse por la posibilidad de tener que cultivar bajo el agua o, ni que decir tiene, bajo el limo.

Eran unas palabras comprensivas que habrían resultado enormemente tranquilizadoras si hubiéramos podido creérnoslas. Para entonces, Ana había clavado los ojos en el primer hombre trajeado con chaqueta de *tweed*. Él parecía entender que su opinión también era necesaria y, de un modo ligeramente más escueto, repitió las observaciones de su colega.

—Sí, es cierto. Aún no hay nada definitivo, e incluso en el peor de los casos —el peor desde el punto de vista de ustedes— tendrían que pasar muchos años antes de que el río depositara suficiente cantidad de limo para suponer una grave amenaza para su cortijo.

—¿Cuántos? —preguntó Ana.

Don Traje la miró desconcertado.

—Años —explicó mi mujer.

El hombre se encogió de hombros y extendió las manos.

—Eso nadie lo puede saber. El río es poco fiable. Realmente, lo único que podemos hacer es mantenerles informados. Y por supuesto, aunque no pueda darle ninguna garantía, en realidad este proyecto no debería ser un grave motivo de preocupación para ustedes.

Estos repetidos intentos por calmar nuestros temores esta ban resultando cada vez más desconcertantes.

—Mire usted... —dije con un tono de voz un poco más alto de lo que pretendía. Ana me lanzó una mirada—. Mire, hemos planeado vivir el resto de nuestras vidas en este cortijo. ¿Ustedes nos recomiendan que continuemos con este plan, que plantemos árboles, construyamos, invirtamos en él nuestro tiempo y nuestro dinero? Necesitamos saberlo.

Los dos hombres miraron un mapa topográfico que Baldomero había abierto sobre la mesa. Era un mapa de escala muy grande con todas las curvas de nivel claramente marcadas.

—No estoy seguro de que estemos en situación de responder de manera concluyente a eso. Hay demasiadas incertidumbres. Sabremos mucho más dentro de un año —respondió Baldomero.

—Pero, si estuviera en nuestro lugar, ¿invertiría la mayor parte de sus ahorros en ese lugar? —preguntó Ana mirando directamente a *Don Traje*.

Hubo una pausa.

—No —contestó—. Creo que no lo haría.

Ya había llegado la hora de comer. Ana y yo encontramos un bar no lejos de la Confederación y nos instalamos en él para asimilar la enormidad de lo que acabábamos de descubrir. Pedimos una botella de vino y algún tipo de pescado; el pescado de Málaga es legendario, pero igual podíamos haber estado comiendo palitos de pescado fríos. Le di la mano a Ana por debajo de la mesa y se la apreté, sonriéndole con algo de tristeza.

—En fin, podía haber sido mucho peor —dije.

—Sabía que ibas a decir eso —me contestó con una débil sonrisa.

—Y yo sabía que sabías que lo iba a decir. Por eso lo he dicho. Pero ¿sabes lo que estoy pensando?

—No, dímelo —dijo Ana.

—Bueno, pues que es un valle enorme que va a tardar muchísimo tiempo en rellenarse. Me parece que haría falta una eternidad incluso para que llegara hasta el establo de las ovejas. Y para entonces tú, yo y quizás hasta Chloë seremos demasiado viejos para que nos importe. Y también las ovejas.

—¡Eso lo dirás por ti! —rezongó.

En cualquier caso, durante aquella comida tomamos una decisión. Íbamos a averiguar todo lo que pudiéramos sobre el proyecto de la presa y, si fuera necesario, trataríamos de luchar contra él. Pero ninguno de los dos nos dejaríamos arrastrar por el abatimiento. Resolvimos en aquel momento ser positivos, y el primer paso positivo que íbamos a dar era consultar al grupo ecologista local.

Y diciendo esto, salimos con paso enérgico del restaurante charlando animadamente y con excelente buen humor sobre unos temas que no nos interesaban en absoluto.

Los defensores del río

Domingo fue la primera persona a quien consultamos sobre la propuesta de la presa, pero su reacción fue decepcionante. Como es típico de los españoles del campo cuando se enfrentan con el poder del estado, se mostró flemático y fatalista. «Quién sabe —dijo encogiéndose de hombros—. Si hacen la presa, a lo mejor no funciona y a lo mejor sí. Pero no se pueden parar los proyectos grandes. Los campesinos no contamos *pa'ná* con los que tienen el poder». Esta era también la opinión general en Tíjola; cuando se trata de la autoridad, no hay nada que hacer.

Sin embargo, a la semana siguiente nos encontramos con Gary, un amigo carpintero de Capileira, que nos habló de la «Unión Verde Alpujarreña», de la que él era miembro. Nos sugirió que lleváramos nuestra información al grupo para que fuera sometida a estudio: la idea nos agradó; nos parecía un buen paso positivo.

Pero resultó que no tuvimos ocasión de pronunciar unas palabras ante la UVA, pues unos días más tarde nos encontramos de nuevo con Gary, que nos contó una triste historia. Había ido a la reunión mensual con la intención de hablarle al grupo de la amenaza de la presa y esperando que se adoptara una propuesta suya —un asunto sencillo con que se pudieran estrenar—. Su propuesta implicaba quitar los montones de basura que se habían ido acumulando a lo largo de los años alrededor de una fuente situada junto al pueblo de Ferreirola. Gary calculaba que se trataba de un proyecto que debía estar más o menos dentro de la capacidad organizativa del grupo. Pero cuando llegó a la reunión con su propuesta bajo el brazo, el

grupo ya estaba enzarzado en un apasionado debate. Había un tema radical en el programa: la prohibición de la producción de plásticos en todo el mundo. Después de una hora o más de furiosa polémica, durante la cual Gary intentó varias veces presentar su propuesta sin conseguirlo, la moción de los plásticos se sometió a votación.

—Fue la primera moción aprobada por unanimidad en toda la historia del grupo —dijo Gary con una sonrisa de resignación—. Hubo alguna duda acerca de cómo iban a ponerla en práctica, pero eso pronto fue olvidado cuando el tesorero se levantó para hacer un informe sobre la situación financiera. La UVA se encontraba prácticamente sin fondos: de hecho, solo quedaba dinero suficiente para invitar a los reunidos a una o dos rondas de copas. Así es que presentamos a votación disolver la reunión y trasladarnos al bar, lo que de nuevo fue aprobado por unanimidad.

—Pero ¿dónde nos deja eso a nosotros? —nos preguntamos.

—Siempre podríais probar con José Luis y su «Colectivo ecologista» de Tablones —sugirió Gary—. De todos modos, probablemente serían mucho más eficaces que la UVA.

Los del «Colectivo ecologista», nos dijo Gary, eran gente seria. Ellos sabrían cómo hacer las debidas averiguaciones, y José Luis era una figura de verdadero peso —no solo un radical de bar—. Era un activista hasta la médula, un hombre grande como un oso que se ganaba la vida enseñando a aspirantes a fontaneros en Albuñol, un pueblo rodeado de un horroroso mar de invernaderos de plástico. Se había trasladado a Las Alpujarras desde Santander, e incluso después de cinco años de residencia era considerado un forastero por sus vecinos. Sin embargo, dedicaba casi todo su tiempo libre a problemas medioambientales locales y había adquirido fama de sacar a la luz proyectos urbanísticos corruptos e ilegales y fastidiarles el asunto. Sus armas eran una cierta perspicacia legal, la capacidad de penetrar las turbiedades de la burocracia y una sordera a las amenazas y los sobornos.

Tan pronto como Gary me dio la idea de contactar a José Luis, empecé a oír hablar de él por todos lados. Al parecer, el Colectivo tenía tras de sí un buen historial. El año anterior habían organizado una protesta contra un proyecto para construir una fábrica de asfalto en Tablones que, si hubiese seguido adelante, habría contaminado la atmósfera y casi con seguridad

también el río. Se descubrió que los planes eran ilegales, por lo que tuvieron que darles carpetazo. Y lo mismo sucedió con el proyecto para abrir una cantera en un lugar cercano: lo que se temía en este caso era que el polvo se extendiera sobre una superficie de muchos kilómetros cuadrados de terrenos agrícolas, destruyendo árboles y cosechas. José Luis había descubierto, entre otras irregularidades, que el emplazamiento del proyecto era Patrimonio de la Juventud, mantenido en fideicomiso para los jóvenes del municipio y que por lo tanto no podía ser tocado. El santanderino había ventilado ese tema, entre otros, ante el ayuntamiento, y el alcalde lo había paralizado.

Así, con mucha curiosidad y algo de esperanza, me encaminé una sofocante tarde de verano hacia Tablones, continuando después a lo largo del cauce del Guadalfeo en busca de la casa de José Luis. No tenía una idea muy clara del tipo de casa en que esperaba que viviera un activista ecológico, pero me sorprendió un poco encontrar el patio de su vivienda de una planta rodeado de tela metálica (al parecer, el anterior propietario lo utilizaba como corral). Al otro lado de la tela metálica, una niña jugaba con unas pinzas de la ropa mientras su madre doblaba unas sábanas. La puerta estaba abierta y, sonriéndome amistosamente, la mujer me hizo señas para que entrara. Una vez dentro, seguí un rastro de humo de tabaco hasta una pequeña habitación sin ventana que constituía el cuartel general del «Colectivo ecologista y cultural Guadalfeo». Allí, encajado entre montones de libros, ceniceros y afidávits, estaba sentado José Luis, mirando atentamente la pantalla de su ordenador.

—Hola, bienvenido. Tú debes ser Cristóbal —dijo desviando su atención de la pantalla el tiempo suficiente para estrecharme la mano, tirar una colilla a la papelera y pasar la lengua por un cigarrillo recién enrollado—. ¿Qué te parece esto?

Sin más preámbulos volvió a hacer girar su corpachón hacia la pantalla e hizo clic en una imagen, revelando una inmensa extensión amarillenta de plásticos de invernadero que cubrían toda una serie de campos hasta llegar a la costa.

—No muy bonito, ¿verdad? —observó—, especialmente para los trabajadores que tienen que vivir y respirar todo el día las fétidas

concentraciones de toxinas. Por eso utilizan emigrantes marroquíes, ¿sabes? Les pueden obligar a quedarse, y nadie va a preocuparse mucho de los problemas respiratorios que puedan tener.

Y José Luis se lanzó a soltar toda una retahíla de daños medioambientales y humanos causados por los empresarios de los invernaderos, hablando con pasión sobre los vertederos de bidones vacíos de productos agroquímicos, la tasa de criminalidad galopante generada por este nuevo negocio y sus temores de que el sucio mar de plásticos pronto empezara a invadir la Alpujarra.

José Luis parecía tan metido en este tema y aparentemente era un desastre tan terrible a pesar del impulso que estaba dándole a la economía local, que yo me sentía reacio a desviar su atención hacia un problema menor como el de la amenaza que suponía para nosotros la presa. Pero le habían hablado de nuestra entrevista en Málaga y quería saberlo todo sobre ella.

—Bueno... quizás podrías echarle un vistazo a esto —comencé a decir como pidiendo disculpas mientras ponía una hoja de papel en su mesa junto al cenicero.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó, mirándolo atentamente de cerca a través de una cortina de humo—. Parece como si fuera un diseño de acuario.

En realidad se trataba del bosquejo que yo había hecho del plano que habíamos visto en la carpeta de la Confederación Hidrográfica.

—Es la presa.

—Ah, es verdad... ¿y dónde la van a construir exactamente?

—Justo un poco más arriba de donde estamos, en El Granadino.

José Luis quitó con un soplido un poco de ceniza que había caído en la hoja de papel y estudió esta última con los ojos entornados.

—Pues venga, cuéntame todo lo que sepas sobre ella.

Así pues, le conté lo que era la presa, cómo lo habíamos descubierto y lo que los hombres trajeados nos habían dicho sobre ella.

José Luis frunció el ceño.

—Por lo que parece, tú y probablemente otros cuantos más vais a perder una parte considerable de vuestros cortijos —dijo—. Y todo el ecosistema

del valle se va a ir al carajo con todas las de la ley.

—Eso es.

—Pues entonces, mejor que hagamos algo, ¿no?

En Andalucía el método preferido para afrontar las amenazas al medio ambiente o cualquier otra agresión al interés público, es la celebración de una fiesta. Con esto pueden conseguirse varios objetivos al mismo tiempo: recaudar dinero, aumentar el nivel de concienciación pública sobre un problema y, por último pero no menos importante, que todo el mundo se divierta.

Una vez que José Luis empezó a ocuparse del caso, el Colectivo se puso rápidamente en acción. Se constituyó un comité de fiesta; se imprimieron y distribuyeron pósteres que anunciaban la fecha y el local; se encargó cerveza, vino y montañas de carne; y se contrató al tipo de músicos que estuvieran dispuestos a tocar gratis. El local tal vez no tenía demasiado de ecológico —la fábrica de cemento de Tablones— pero era lo más parecido a un trozo de terreno llano que podía ofrecer Tablones. La fecha era un sábado de mediados de agosto.

La noche señalada era calurosa y llena de estrellas, como siempre ocurre en agosto. Ana vendía vales de comida y bebida, mientras que yo trabajaba en el puesto de los pinchitos. El vino no era de los mejores pero, con el calor de la noche atizando la barbacoa hasta convertirla en un infierno, bebías cualquier cosa que podías. Apuraba una y otra vez mi vaso de papel a la misma velocidad que, enfrente, Abu Bakr se atiborraba de té de menta en el puesto de pinchitos de carne *halal* montado para el contingente musulmán.

Yo había preparado para mis pinchitos un exótico adobo a base de jengibre, ajo, cebolla, guindilla, salsa de soja, miel y jerez. Sin embargo no resultó tan bueno como esperaba, puesto que le puse demasiado jerez y por eso el adobo no se quedaba adherido a la carne. Además, los trozos de cerdo que había cortado eran demasiado grandes, lo que hacía que la dulce y jugosa carne se quemara por fuera y se quedara cruda por dentro. Pero de

todos modos los comensales estaban demasiado borrachos para darse cuenta.

El primer número, al caer la noche, fue una banda de música cubana compuesta por españoles y alemanes, con un vocalista francés cuya voz me recordaba a Billie Holiday. Musicalmente, eran todo lo buenos que podía esperarse una noche como esta, pero prácticamente no se les oía porque el colectivista a cargo del sistema de sonido aún no había llegado. De todos modos, la noche era joven y, después de las doce, la amplificación se puso en marcha y empezaron a llegar juerguistas de todos los rincones de la Alpujarra, y hasta de Motril y Granada.

José Luis se abrió paso entre la multitud, sonriendo exultante y saludando a la gente con grandes palmadas en la espalda, lo que fue dejando un rastro de carne y vino por el suelo.

—¡Hay lo menos mil personas aquí, o incluso dos mil! —gritó mientras un repentino estallido de graves y batería anunciaba el siguiente acto.

Una banda *Thrash* había subido al estrado. Se trataba de los estudiantes de fontanería de José Luis, buenos candidatos a la peor banda de Andalucía. El cantante principal daba saltos por el estrado vociferando unas letras indescifrables contra una cacofonía de ruido blanco que a cada momento resultaba más dolorosa. Incluso los españoles más endurecidos, que son capaces de charlar hasta por encima de un huracán, parecían huir de los altavoces. Pero los miembros de la banda estaban tan encantados de tocar que no había manera de bajarlos del estrado. Sin embargo, finalmente se le ocurrió a alguien la idea de desenchufar el cable y un suspiro de alivio se elevó por encima de la muchedumbre.

Ana se acercó sonriente para tomarse un pinchito.

—Hay un buen nivel de asistencia, ¿verdad? —dijo—. ¡Por lo menos debe haber quinientas personas! Es un principio fantástico.

Mi respuesta fue interrumpida por un tremendo y agudísimo chirrido de realimentación del micrófono mientras José Luis se preparaba para dirigir unas palabras a la muchedumbre.

—¡¡Amigos y compañeros!! —chilló—. Ya sabéis por lo que estamos aquí esta noche. Estamos aquí para salvar la Alpujarra. —Estalló una ovación entre los congregados—. Estamos aquí para salvar la Alpujarra de

los tiburones y de los buitres —y la ovación aumentó de intensidad—, de los especuladores y de los promotores inmobiliarios, de los crueles industriales que intentan destruir nuestras montañas...

A José Luis se le daba bien esto; era un orador nato y la muchedumbre ya estaba de su lado. Como se trataba de las Alpujarras, el grueso de esta estaba compuesto por personas de estilo de vida alternativo —anarquistas, pintores, curanderos, herbolarios, meditadores, vegetarianos, ovolactovegetarianos y demás gente por el estilo— junto con unos cuantos cabezas rapadas y bravucones que habían venido a pasar una noche de sábado de música *Thrash* y pinchitos. Aún así, reinaba una sensación de euforia y, mientras José Luis se lanzaba de lleno a una arenga sobre las amenazas al medio ambiente alpujarreño —la presa, la fábrica de asfalto, el entubamiento de los ríos— el ruido sordo de la multitud se convirtió en un rugido al tiempo que aparecían puños por lo alto. Al parecer, esta vez los buitres y los tiburones no iban a tener nada que hacer.

La muchedumbre había seguido creciendo, y la demanda de carne hacía tiempo que había superado la oferta —hasta mis pinchitos de estilo oriental estaban siendo engullidos— mientras que el vino, la cerveza y los cuba libres fluían por las barras de los puestos en cantidades cada vez más pantagruélicas. Le dirigí una sonrisa ligeramente beatífica a Ana a través del humo de la barbacoa. Me encontraba solo ligerísimamente aturdido por el vino, pero las cosas tenían buen aspecto y todos estábamos divirtiéndonos de lo lindo. Estaba tocando una banda de *reggae* local, y sus luces intermitentes iluminaban las nubes de polvo que levantaban los pies de los danzantes. Avancé serpenteando entre la multitud con paso vacilante y saqué a Ana a bailar a trompicones en un torbellino de saltos y movimientos de brazos.

Una vez que se hubieron pagado las facturas, la fiesta sacó de hecho unos modestos beneficios, que el Colectivo se apresuró a gastar publicando panfletos y pósteres con el eslogan «¡Acequias SÍ! ¡Dique NO!», asegurándose los activistas de que todos y cada uno de los árboles, letreros y edificios de las Alpujarras proclamaran su mensaje.

También se celebraron mítines para aumentar el nivel de concienciación de los que no habían podido beneficiarse de la fiesta. En pueblos remotos de toda la Alpujarra, pequeños grupos de lugareños se congregaban bajo los chopos y los castaños para escuchar a José Luis describiendo las amenazas medioambientales a que se enfrentaba la región. Me gustaría poder decir que los incitaba a una rebeldía delirante y que inmediatamente le prometían su apoyo, pero la mayoría de las veces parecían ser indiferentes a asuntos que estuvieran lejos de sus cortijos y sus pastos.

Quizás inevitablemente, nuestro optimismo empezó a decaer y, a medida que el otoño fue dando paso al invierno, la campaña contra la presa comenzó poco a poco a perder impulso. Durante unas semanas nuestra esperanza se reavivó cuando un abogado especialista en estos temas accedió a estudiar el caso, pero no le fue posible encontrar ningún recurso que interponer con posibilidades de éxito. Su opinión era que tal vez podríamos detener el proceso durante breves períodos de tiempo, con unos costes altos y posiblemente algún riesgo personal, pero dudaba que jamás pudiéramos parar la presa de manera definitiva.

Ana, que se había convertido en una voraz lectora de *El Ecologista*, la revista del movimiento ecológico español, había seguido la evolución de una presa parecida que se estaba construyendo en Itoiz, en Navarra. Presentaba una imagen no muy salutífera. Al parecer, la oposición a este enorme e impopular proyecto contaba con un fuerte apoyo europeo y había ganado todas las batallas legales necesarias para conseguir que se diera carpetazo a la presa. Pero el Estado decidió hacer caso omiso de los recursos y seguir adelante con ella a pesar de todo, castigando al mismo tiempo con fuertes sentencias de cárcel a muchos de los ecoactivistas. Resultaba deprimente descubrir que Domingo tenía razón mostrándose pesimista. El Estado parecía en efecto hacer lo que le venía en gana.

José Luis no ocultó su decepción cuando le dije que pensaba que debíamos dejar de seguir batallando con un proyecto que no tenía posibilidades de éxito. Esta manera de hablar no entraba en su repertorio. Sin embargo, incluso el Colectivo empezó a parecer resignado a perder esta batalla en particular, y pronto sus fondos y sus energías fueron canalizados de nuevo hacia campañas contra los invernaderos de plástico.

Así pues, a medida que se acercaba el invierno, Ana y yo nos resignamos a la idea de la supuesta presa. No era buena para nuestro futuro, tampoco era buena para el valle, pero comprendíamos que para evitar que el pantano de Rules se taponara de lodo y rocas y árboles arrancados de cuajo, tendría que haber otras presas menores como la nuestra que sirvieran de sifón para los sedimentos fluviales. Las discusiones más profundas acerca de si el propio pantano de Rules era beneficioso —permitiendo que los secos pueblos de la costa se entregaran a construir todavía más mansiones y palacetes para turistas, campos de golf e invernaderos— parecían carecer de relevancia en vista del hecho de que casi estaba terminado.

Aparte de eso, había cosas que hacer. Este año al parecer íbamos a tener una cosecha excepcional de aceitunas y, bajo los árboles, el suelo se había convertido en una jungla de zarzas y espinosos brotes de granado que había que limpiar. También se estaba aproximando la Navidad, y esperábamos a una multitud de amigos y familiares que iban a venir a quedarse unos días; íbamos a necesitar arreglar algunas habitaciones en la otra casa, que se encontraba en estado ruinoso.

De vez en cuando descubría a Ana contemplando algo pensativa o preocupada la familiar vista de los ríos y el desfiladero, pero a medida que nos fuimos entreteniendo con estas tareas, la amenaza fue alejándose cada vez más de nuestros pensamientos.

Feliz Navidad

Por primera vez desde que estábamos en España, Ana y yo teníamos dinero para celebrar como es debido unas Navidades. Había llegado un cheque de pago de mis derechos de autor que nos había dejado un tanto deslumbrados. Otros años lo habíamos pasado bien, pero ello se había debido en gran parte a la generosidad de nuestras familias, amigos y vecinos que, atravesando el oscilante puente, venían durante las fiestas a traernos bolsas llenas de dulces, jamones y vinos, así como pequeñas sorpresas para Chloë. Por supuesto nosotros correspondíamos todo lo que podíamos, pero hay un límite en el número de bolas perfumadas con clavos y naranja que pueden caber en un cajón de calcetines de tamaño medio, mientras que los cubos de esparto para refrescar botellas y los tarros de confitura de limón no son el tipo de obsequios que se puedan repetir todos los años. Pero esta vez íbamos a poder pagar la cuenta nosotros, comprar regalos para Chloë y dar la bienvenida a nuestros amigos con toda la hospitalidad que deseábamos. Nos parecía todo un privilegio.

Tal vez de modo inevitable, mientras nos regodeábamos en un lujo recién descubierto, Ana y yo nos sorprendimos a nosotros mismos pensando en otras Navidades menos saludables que habíamos soportado en el pasado. Quizás teníamos que recordarnos que la vida no había sido siempre un sueño de sol y limones. Cualquiera que fuese la razón de ello, había una Navidad a la que ambos volvíamos una y otra vez: fue justo después de que Chloë cumpliera los tres años y la fiesta se nos había agitado por completo.

Aquel año había sido excepcionalmente seco. El ardor del verano se había apagado mucho más tarde de lo habitual, dejando el campo extenuado y sediento. Cada día dirigíamos la mirada a la bóveda azul del cielo, depositando nuestras esperanzas en cualquier brizna de neblina o diminuta nubecilla que se aventurase a salir, solo para verlas desaparecer más tarde sin dejar huella. Pero entonces el tiempo cambió por fin. Suspiramos de alivio cuando comenzó a llover, y hasta salimos a ponernos de pie bajo la lluvia con Chloë en brazos, para que se maravillara de las diminutas gotas que caían a su alrededor y que se nos quedaban prendidas en el pelo.

Todo el valle parecía exhalar un nuevo aroma a tierra mojada y a pino, mientras que los árboles que se habían vuelto pálidos y secos se tornaron verdes, y luego, a medida que la lluvia limpiaba el polvo de sus hojas, más verdes aún. El goteo de agua de los ríos pronto se transformó en un respetable torrente, e incluso los pájaros parecían contentos, revoloteando por todas partes piando y trinando felices como si hubieran ganado una audición para cantar.

Pero siguió lloviendo, y poco a poco toda la Alpujarra se quedó hecha una especie de papilla. Nubes y nieblas envolvieron el valle, y desaparecieron todos los puntos de referencia que conocíamos, entre ellos el puente, que fue arrastrado por el río dejándonos aislados y sin ninguna posibilidad de recibir visitas. Durante muchos días ni siquiera podíamos ver las montañas a nuestro alrededor: parecía como si estuviésemos solos en una isla cenagosa rodeada por la niebla.

Para colmo de males, la Navidad estaba a la vuelta de la esquina.

—Solo faltan diez días —dijo Ana una mañana—. Pronto empezará toda esa música de chinche y ramplón...

—¿Toda esa qué?

—Música de chinche y ramplón, ya sabes, los altavoces escupiendo por todas partes música de villancicos —explicó Ana, como si esto fuera lo único que pudiera empañar el horizonte del invierno.

El suelo de alrededor de la casa estaba tan empapado que el nivel freático subió y la cocina se inundó con casi ocho centímetros de agua, al igual que el dormitorio por el lado de Ana. Teníamos frío, estábamos mojados y aburridos, y moqueábamos con unos resfriados galopantes.

La arquitectura alpujarreña no fue concebida pensando en la lluvia y no la soporta bien. Un tema frecuente de conversación e incluso un indicador de cierto tipo de respetabilidad es la cantidad de cubos que tienes en tu casa recogiendo agua de las goteras. Un día conté veintitrés receptáculos repartidos por toda la casa —cubos y barreños y latas y tinas—. Lo peor era por la noche; justo cuando estaban casi llenos, uno de nosotros o de los perros se tropezaba con ellos, derramando litros de agua turbia por el suelo. Esto sucedía con frecuencia, puesto que el sistema de energía solar había dejado de funcionar y nos movíamos como fantasmas en la grisácea penumbra o a la luz mortecina de unos pocos cabos de vela. El fuego de la chimenea, alimentado por una leña mojada y negra, llenaba la habitación de humo y no proporcionaba más que un resplandor débil y malévol.

«Bueno, no fue tan malo —me dijo más tarde Joop—. También nosotros tuvimos muchas goteras. Había una que caía justo en mitad de la cama, por lo que tenía que dormir con un cubo, sujetándomelo así sobre el pecho —y representó con gestos cómo lo había mantenido en equilibrio sobre la caja torácica—, y cada hora tenía que levantarme a vaciarlo en la bañera». Me pareció que todos mis esfuerzos en el asunto de la recogida del agua de las goteras no eran nada comparados con la resistencia heroica de Joop.

Los días se convirtieron en semanas, y continuaron las goteras en la casa y la niebla y la lluvia en el exterior. Conseguíamos mantener en seco a Chloë durmiendo y sentándonos nosotros en los sitios mojados, y le leíamos cuentos a la luz de una vela y le hacíamos crepes, pero poco a poco nos íbamos sintiendo cada vez más deprimidos. «Parece que al fin está aclarando un poco», anunciaba yo cada mañana mientras miraba por las ventanas chorreantes de agua un implacable mar de nubarrones, pero hasta yo estaba empezando a desanimarme.

Solía pensar durante aquel tiempo que, si hubiéramos sido ricos, podría haber habido alguna solución. Tal vez podríamos habernos ido a un hotel sin goteras. Pero en realidad no podíamos atravesar el puente —de hecho, ya no teníamos puente— e incluso si hubiéramos conseguido cruzar el río era difícil imaginar un hotel que nos recibiera con nuestro séquito de perros, gatos, caballos, ovejas y gallinas. No, el dinero no habría servido para sacarnos de esta. Y, aparte de eso, no éramos ricos —en aquel preciso momento no teníamos más que algunos cientos de pesetas.

No es que estuviéramos en la ruina absoluta. Había algo de dinero en perspectiva —subvenciones por las ovejas, venta de los corderos, alquiler de nuestra casita rural— pero nada que nos pudiera sacar de apuros en aquel mismo momento. Recuerdo haber hecho un recuento de nuestros recursos. Teníamos un depósito de gasolina en el coche, un saco de cebollas, otro de patatas cuyos brotes estaban convirtiendo la despensa en una espesura impenetrable, cincuenta litros de aceite de oliva en bidones de plástico, pienso de gallinas para un mes y unas cuantas hortalizas abriéndose camino a duras penas en el huerto. Ah, y teníamos un montón de aceitunas y unos árboles repletos de naranjas. No íbamos a pasar hambre, simplemente no teníamos dinero para celebrar las Navidades.

El principal problema era la falta de electricidad. Sin suficiente cantidad de sol para cargar nuestras baterías solares, no había nada que pudiéramos hacer para que la húmeda penumbra resultara más soportable —ni siquiera podíamos oír música ni cintas de cuentos a oscuras—. Es cierto que tenía mi guitarra, pero no estaba realmente de humor para tocarla, y Ana y Chloë decididamente no estaban de humor para escucharla. Un día de Navidad sentados alrededor de una llameante chimenea habría sido algo que esperar con ilusión, pero la perspectiva de quedarnos sentados en las sillas de madera (el sofá de gomaespuma se había convertido en una esponja) con las botas de agua puestas y ahogándonos con el humo de la leña empapada, dejaba bastante que desear.

—No os preocupéis —dije—. Ya surgirá algo.

Ana me lanzó una de las miradas más fulminantes que recuerdo, y ni siquiera Chloë pareció del todo convencida.

Al menos teníamos la ventaja de que no estábamos completamente aislados. Habíamos improvisado lo que llamábamos el *Flying Fox* —una cuerda con una polea— para atravesar el río, por lo que de vez en cuando organizábamos una expedición al pueblo. Unos días antes de Navidad crucé el río colgado de la cuerda y me fui andando hasta el pueblo para reunir unas cuantas provisiones sencillas y económicas y con el objeto de mirar en Correos nuestro apartado postal.

Había algunas cartas y tarjetas de Navidad de familiares y amigos, así como un delgado sobre de avión procedente de Florida que llevaba por detrás el nombre de una amiga norteamericana de mi madre a quien yo siempre había llamado «tía», aunque creo que no nos unía ningún lazo de parentesco y la última vez que la había visto había sido cuando yo estaba en el colegio. Cuando lo abrí, un objeto verde cayó revoloteando al suelo de la calle. Era un billete de cien dólares. La tía Dawn había oído que teníamos apuros económicos y esperaba que esta cantidad nos vendría bien.

En cuanto me recuperé, le escribí a toda prisa a la tía Dawn uno de los *christmas* más selectos de Órgiva y, saboreando uno de los grandes momentos de la vida, me puse a pensar en qué gastar este dinero caído del cielo. La respuesta obvia era en la compra de un cargador de baterías que fuera grande y potente para poderlo conectar a nuestro generador. Disfrutaríamos la Navidad con música de chinche y ramplón y luz eléctrica —¡qué inimaginable alegría!—. Había visto en Granada un cargador de baterías que parecía ser justo el que necesitábamos, y me imaginaba que los cien dólares podrían ser más o menos suficientes.

Al día siguiente era Nochebuena y, justo antes del amanecer, salí bajo una lluvia torrencial de expedición a Granada. Había dejado nuestro vetusto Land Rover, *Black Bess*, en la ruta de atrás y en lo que parecía ser un lugar seguro, a aproximadamente una hora y media de camino por encima de la casa. Subí fatigosamente por el cerro con un paraguas y una mochila, superando curva tras curva bajo una incesante cortina de lluvia.

Al llegar al coche, yo estaba tan empapado que con cada paso que daba salía agua a chorros de las botas. No había nada que estuviera suficientemente seco ni siquiera para limpiarme las gafas. Pero *Black Bess* se puso en marcha con una sacudida y, a medida que nos fuimos adentrando

en los pinos, dejó de llover y la masa impenetrable de nubes se levantó, para después abrirse y empezar a disiparse. Una hora después, al detenerme en Mecina Fondales para ver si un amigo me prestaba ropa seca, el sol se había abierto paso por el cielo y su amarillo calor hacía bullir al mundo entre nubes de vapor.

En Granada, las nubes se reagruparon y pidieron refuerzos para bañar la ciudad en torrentes de agua. Pero yo estaba de buen humor y, armado con el dinero que me había caído del cielo, entré con paso decidido y me compré el cargador de baterías. ¡Solo 12 000 pesetas! No daba crédito a mi buena suerte. Quedaría lo suficiente para comprar algo especial para comer, y tal vez una bola plateada para colgar de nuestra rama navideña de pino carrasco que goteaba en el rincón del cuarto de estar.

Fui a una tienda y compré un par de botellas de buen vino tinto, algunos adornos de chocolate para el árbol y dos faisanes. Por aquí no se ven muchas de estas aves, así es que suponían un capricho muy especial. De hecho, no habíamos comido faisán desde los días en que vivíamos en una casita de campo alquilada junto a una autovía en el sur de Inglaterra. Ana había tenido allí un admirador que era guarda de caza y, a veces, como prueba de su amor imposible, nos engalanaba el porche con aves de caza muertas. Al volver a casa por la noche, nos golpeaban la cara los faisanes colgados de los lilos junto a la puerta. Nos dábamos verdaderos banquetes con ellos hasta que ya no pudimos aguantarlos más.

Desde Granada, *Black Bess* y yo regresamos bajo la lluvia a Las Alpujarras. Las míseras porciones de luna delantera que iban despejando los limpiaparabrisas eran totalmente insuficientes para ver la carretera, y la calefacción pronto renunció a su batalla contra el vaho de las ventanillas. El traqueteo del coche, el murmullo de los neumáticos en la carretera, el estruendo de la inútil calefacción y la lluvia aporreando el techo del coche contribuyeron a que al llegar a la encina estuviera temblando y con los nervios destrozados. Este árbol marcaba el lugar en que la pista empezaba a ser peligrosa, por lo que me eché a un lado, paré el motor y cerré los ojos en el silencio de la noche. Me puse a pensar en Chloë y en Ana, esperando en nuestra deprimente casa allí abajo en la profundidad del valle. Pero entonces, incapaz de evitarlo, me quedé dormido.

Cuando me desperté todo estaba en silencio, la lluvia había cesado de aporrear el techo y una media luna avanzaba suavemente con Venus por el cielo entre unas nubes que se deslizaban vertiginosamente. El cargador de baterías era enorme y pesaba mucho. Con técnica de marinero lo amarré a mi mochila y me lo cargué a la espalda. Después me eché los faisanes al hombro e inicié el largo trecho cuesta abajo. Al principio andaba con energía, pero al cabo de unos minutos ya iba a paso de tortuga. La menor sacudida o zarandeo al dar un paso hacían que el borde de la cubierta de acero del cargador chocara contra la parte de atrás de mi cadera. Tardé una hora y media en bajar la pista, que ya era de por sí accidentada pero que en aquella ocasión estaba peor de lo que jamás la había visto, con grandes surcos excavados por la lluvia y llena de rocas esparcidas por los desprendimientos de tierras.

Los faisanes rebotaban resignados en mi espalda y el cargador me rozaba hasta dejarme en carne viva, pero era una noche preciosa. Cuando llegué a la cima del cerro, me detuve anonadado por la vista del profundo valle envuelto en su negrura y, abajo a lo lejos, los dos ríos como de plata fundida saliendo con furia del desfiladero en El Granadino y siguiendo su curso a través de la vega de Tíjola hasta llegar al puente de los Siete Ojos. Me agaché junto a una roca para aliviar un poco mis hombros del escozor del peso y contuve el aliento tratando de escuchar el silencio y el distante sonido de las aguas. De repente se oyó el ruido de un enorme animal pasando al galope. Me puse de pie sobresaltado, con un difícil y doloroso movimiento, y miré en derredor mío para ver desaparecer entre los matorrales los cuartos traseros de un jabalí. Había estado justo a mi lado y casi podía sentir el calor de su aliento.

Tras otra hora más de cauteloso descenso lancé un silbido para que los perros se pusieran a ladrar, y todos ellos se precipitaron en tropel monte arriba para saludarme, meneando la cola con sencillo deleite. Llegamos a la casa juntos y colgué los faisanes por el cuello en el porche —eso es lo que suele hacerse con los faisanes—, tras lo cual metí el cargador en el cobertizo, dispuesto para ser conectado el día de Navidad. Luego, Ana, Chloë y yo pasamos una tranquila velada de Nochebuena sentados bien erguidos en sillas de madera, con las botas de agua puestas, abriendo

crismas, leyendo en voz alta retazos de cartas y engullendo los adornos de chocolate que no habían cabido en la rama de pino.

A la mañana siguiente nos despertamos tarde y —oh, milagro de Navidad— en un despejado cielo matutino lucía un sol resplandeciente que iluminaba los pliegues de la Contraviesa con matices de verde y dorado. Yo estaba ilusionado por darle a Chloë su regalo, a pesar de que solo se trataba de una cama de fabricación casera que le había hecho para la muñeca. La había construido con madera blanca y le había pintado un delicado motivo floral en la cabecera, mientras que Ana le había confeccionado sábanas, mantas y almohadas a juego. Chloë se quedó encantada con ella —sobre todo porque habíamos conseguido de algún modo que no se mojaran las sábanas ni las mantas—, así como con los regalitos que Ana le había metido en el tradicional calcetín navideño, consistentes en una o dos mandarinas, unas pocas almendras, algunos higos, unos caramelos y un pedazo de carbón envuelto en papel de plata. Es absolutamente cierto que no se necesita gastar mucho dinero para hacer felices a los niños. Había llegado el espíritu de la Navidad y, con el festín que nos esperaba, el vino y el cargador de baterías, me sentía lleno de regocijo.

Abrí de par en par la puerta para dejar que entrara el sol, y ahí en el porche, girando en los extremos de unas delgadas cuerdas, estaban las cabezas de los faisanes. Recordé que había colgado allí unos faisanes enteros la noche anterior... tal vez se habían podrido por el cuello y se habían caído. No, no había nada en el suelo. Finalmente me di cuenta de la espantosa verdad. Los perros se habían comido el resto de los faisanes, con plumas incluidas, dejándonos solo las cabezas dando vueltas colgadas en el porche.

Yo había querido que los faisanes fuesen una sorpresa para Ana y no le había dicho nada la noche anterior. Me vio mirando por la puerta con la boca abierta y se me acercó rodeándome con el brazo.

—Ay, Chris, qué estupendo, compraste faisanes para nuestra comida de Navidad...

—Sí... pero... ahora solo quedan las... las... —no podía pronunciar la palabra.

—Las cabezas. Quieres decir las cabezas, ¿verdad? Supongo que compraste faisanes enteros y los colgaste donde los perros pudieran cogerlos.

—Sí... —dije en voz baja.

—No importa. La intención es lo que cuenta, y tu intención era muy buena. De todos modos, siempre podemos hacer una sopa con las cabezas —con unas patatas fritas y unos huevos nos vendrá muy bien para una comida de Navidad.

Me fui cabizbajo a conectar el cargador de baterías a nuestro sistema eléctrico. No hizo ni atisbos de funcionar, ni siquiera saltó una chispa. Había algo fundamental que fallaba o, de lo contrario, me habían vendido un trasto inútil.

Pero al menos los perros no se habían bebido el vino. Ana los adornó con trozos de espumillón, tuvimos huevos fritos con patatas para comer y después nos fuimos todos a sentarnos al sol junto al río. He pasado días peores de Navidad.

Una noche en la sierra

Justo por debajo del pico del Mulhacén, que con sus 3450 metros es el más alto de Sierra Nevada y, de hecho, de toda la Península Ibérica, están los borreguiles. Antaño, se consideraba que un borrego no era apto para comer hasta que no había pasado un verano pastando en la fresca hierba que tapiza estos prados de alta montaña, lo que explica el origen de la palabra.

Hay aproximadamente una docena de borreguiles por debajo del pico en su lado suroeste. Cada uno de ellos es un prado húmedo dentro de una gran hondonada, rodeado de paredes de roca y comunicado por cascadas con el prado inmediatamente inferior y superior. Se diferencian en la disposición de los distintos elementos. Algunos tienen una cascada que cae directamente en una laguna, de la que salen dos o tres arroyuelos que bajan serpenteando entre la hierba hasta el borde, desde donde se precipitan en cascada hasta el prado de debajo. En algunos de ellos la laguna está en el centro, con un solo curso de agua que la alimenta y por el que desagua, y hay un borreguil que tiene por cascada un empinado terraplén de hierba.

Todos tienen en común su perfecta calma, la claridad casi sobrenatural del agua y lo mullido de su espesa capa de hierba. Para agosto, sin embargo, incluso allí arriba la vegetación empieza a marchitarse a medida que las aguas de alta montaña se van secando. Comienza a researse y a agostarse por el perímetro, y este proceso va avanzando hacia el centro, hasta que finalmente solamente queda una estrecha mancha verde alrededor de la laguna —y después, nada, pues el sol del estío hace que incluso el agua de

la laguna sea absorbida por la atmósfera hasta dejar solo un lecho seco de piedras—. Más tarde, con las lluvias de otoño, los borreguiles reverdecen de nuevo, justo a tiempo para ser enterrados bajo un par de metros de nieve hasta el verano siguiente.

El mejor momento para ver los borreguiles es entre finales de mayo y finales de julio —primavera en lo alto de la sierra—, y de algún modo es precisamente el carácter tan fugaz de esta belleza lo que la hace aún más atractiva. A principios de julio, casi un año después de nuestra fiesta de la presa, subí andando a los prados desde Capileira. Al encaramarme por encima del borde, la vista que se abría ante mí me dejó mudo. La hierba había dejado de ser verde y era una alfombra de azul amoratado —un azul tan deslumbrador que parecía venir de fuera del espectro visual normal. Eran las gencianas de Sierra Nevada. Había oído hablar de ellas pero era la primera vez que las veía. En aquel momento eran dos las variedades que estaban en flor, la *Gentiana verna* color azul de ultramar y la delicada, casi luminiscente *Gentiana alpina*.

Hay cosas que son tan fuertes que tienes que compartirlas con alguien —y aquellas gencianas eran fuertes—. Mientras iba bajando con cuidado, me puse a pensar en la manera de engatusar a Ana y a Chloë para que vinieran a la sierra. Al igual que los lugareños, ambas tienden a pensar que andar es exclusivamente un medio de locomoción y no un placer en sí mismo. El plantear la idea de una caminata de seis inexorables horas cuesta arriba iba a poner a prueba hasta el límite mis poderes de persuasión. Pero una subida hasta aquí para ver la mágica bruma azul de las gencianas parecía ser exactamente lo que necesitábamos todos para sacudirnos de encima nuestras preocupaciones.

Casualmente, Chloë tenía algo que hacer: iba a quedarse a dormir en Órgiva en casa de una amiga del colegio. Pero a Ana pareció gustarle mucho la idea y, sin Chloë en casa, estuvo incluso dispuesta a considerar la posibilidad de acampar una noche. Así pues, no había nada que nos impidiera ponernos en marcha al día siguiente.

A pesar de todas las maravillas de las flores y del paisaje de montaña que nos aguardaban, me quedaba la duda persistente de que tal vez les había restado importancia a los rigores de la jornada que teníamos por delante.

«Realmente no está tan lejos —le había asegurado a Ana—. Y la subida tampoco es tan empinada y, de todas formas, cuando llegas es tan maravilloso que te olvidas al instante de lo lejos y lo empinado que era, aunque, por supuesto no lo es».

Ana recibe este tipo de declaraciones con un comprensible recelo, desarrollado a lo largo de unos veinticinco años de ir conmigo de un lado para otro. Pero me preguntaba si ella le había aplicado un grado suficiente de escepticismo. Aun así, yo pensaba que iba a merecer la pena de verdad una vez que nos encontráramos allí arriba en los prados: por el placer que a Ana le produciría pasar un tiempo allí, y por el placer que a mí me produciría su placer. También había algo de simbólico en nuestra excursión, pues los borreguiles son la fuente del Poqueira, el río que riega nuestro cortijo y que abastece los manantiales de los que bebemos, nos lavamos y regamos las flores del patio.

Nos pusimos en camino en cuanto hubimos dado de comer a los perros, gatos, gallinas, palomas, caballos y ovejas. Porca el loro salió con nosotros, subido en el hombro de Ana, hasta que llegamos al río y esta lo echó a volar para que se alejara. Nos subimos al coche y nos dirigimos a Pampaneira, uno de los pueblos de la Alpujarra alta, donde íbamos a comenzar nuestra excursión a los borreguiles. En el plazo de una hora nos encontrábamos tomando fuerzas con café y roscos en la plaza mientras mirábamos, más allá del campanario de la iglesia, hacia el lejano pico del Veleta, que no era el lugar adonde íbamos pero que se encontraba a una distancia parecida.

Fuimos subiendo por las callejuelas empedradas del pueblo y continuamos por un empinado camino que atravesaba el bosque hasta llegar al pueblecito de Bubión. Desde allí solo había algo más de un kilómetro, aunque todavía de fuerte subida por unas praderas, hasta llegar a Capileira, el pueblo más alto con sus casi 1300 metros sobre el nivel del mar. Cuando llegué a la plaza del pueblo, resollando como un fuelle oxidado, Ana ya estaba allí, sentada tranquilamente en un banco. Esto me fastidió un poco, como bien se imaginará el lector.

—Tienes que aprender a saber medir tus fuerzas —dije jadeando.

—Este es un sitio agradable. ¿Por qué no pasamos aquí el resto del día?; podríamos hacer algunas compras —bromeó Ana.

Yo ignoré el comentario y, echándome la mochila al hombro, salí con determinación del pueblo en dirección hacia arriba. Seguimos subiendo durante muchas horas, a través de pinares y siguiendo el curso de acequias. El sol ardía implacable, y la sombra de los árboles e incluso el sonido del agua eran una bendición del cielo.

Más tarde, nos sentamos bajo un pino para beber agua de las botellas de mi mochila —que estaba justo por debajo del punto de ebullición— y comer lo que se suele comer normalmente en las excursiones al campo: jamón, chorizo, aceitunas, tomates y pan, seguidos de *halva* y dátiles y, para terminar, aproximadamente tres kilos de cerezas. Después nos echamos a dormir.

El pino donde habíamos almorzado era el último; después de comer rebasamos el límite superior del bosque. El sol había bajado ya bastante desde su cénit y nos quemaba la pierna izquierda, el brazo izquierdo y la parte izquierda de la cara. A lo lejos distinguíamos el refugio del Poqueira y, justo más allá de este, el empinado valle del río por el que teníamos que subir para llegar a los borreguiles.

—No vamos a subir hasta allí arriba, ¿verdad? —preguntó Ana.

—No has hecho más que protestar desde que salimos esta mañana —la fustigué sin un ápice de justificación. De hecho, Ana había ido de buen humor a la cabeza durante casi todo el día.

Nos aguardaba algo especial mientras subíamos por la larga y empinada pendiente hacia el refugio: los tomillos y los cojines de monja de lo que los botánicos llaman los «erízales» estaban en flor. El término es apropiado, ya que estas matas espinosas de baja altura se asemejan de hecho a una enorme multitud de erizos. El sendero y sus bordes eran un mar de cúpulas de color rosado y blanco compuestas por una apretada masa de las más exquisitas florecillas. Ana nunca había visto nada parecido, pues jamás había subido hasta esta altitud. Yo ya había visto estas plantas y las había descartado como algo bastante feo, pero ahora, en todo el esplendor de su floración, eran deslumbrantes. El aire estaba lleno de mariposas, algunas de ellas del tamaño de una mano, y de verdaderas nubes de pequeñas mariposas azules

cada vez que llegábamos a la más diminuta zona de humedad, tapizando el suelo cuando nos acercábamos y elevándose por el aire a millares cuando pasábamos, creando su propia minúscula brisa de montaña.

Le sonreí a Ana y ella me respondió con otra sonrisa de puro deleite y felicidad. Ya solo el llegar hasta aquí había merecido la pena, aunque yo sabía que aún quedaba un larguísimo trecho hasta los borreguiles, donde planeábamos pasar la noche. Existe un refrán en España que dice que «si rey con tus amigos te quieres sentir, a un lugar hermoso los has de conducir», y creo que tiene mucha razón.

Horas más tarde el sol se había escondido por detrás del pico del Veleta y los valles estaban llenos de sombras. Ana y yo avanzábamos penosamente, sumidos en un pesado silencio tras casi seis horas de una subida de más de 1500 metros. Yo estaba decidido a que llegáramos a los borreguiles antes de que se hiciera de noche.

Este último valle, donde el recién nacido río Poqueira se precipita a gran velocidad entre las rocas y la hierba, era tan empinado y difícil como la primera cuesta de la mañana, solo que ahora ya no nos quedaban muchas fuerzas. Sin embargo, seguimos trepando lentamente hasta alcanzar por fin el más bajo de los prados. Casi había oscurecido, y las pocas gencianas que había en este borreguil se habían ido a dormir, cerrando apretadamente sus pétalos para abrigarse del frío de la noche que se avecinaba.

Ana y yo nos dejamos caer en una roca que aún conservaba el calor del intenso sol diurno y allí permanecimos hasta que nos echó el aire glacial de la noche. Me puse a sacar las cosas de la mochila. Sacos de dormir, jerseys, botellas de agua —ahora totalmente helada—, comida, una linterna, tiritas, crema hidratante... ¡Crema hidratante!

—¿Para qué demonios quieres crema hidratante?

Ana dijo que ella no iba a ninguna parte sin crema hidratante.

—Eso me parece muy bien, ¡pero yo soy el pobre desgraciado que tiene que acarrearla!

—Bueno, si quieres yo la llevo de bajada —se ofreció.

Encontramos un lecho blando donde poner los sacos de dormir y estiramos nuestras doloridas extremidades para descansar en lo posible. Una hora más tarde, o tal vez dos, después de darnos vueltas y más vueltas

y hacer otra serie de intentos de encontrar una postura cómoda, una luna llena se elevó por encima de las negras rocas hacia el este y su fría luz plateada inundó nuestro pequeño valle. Me di otra vuelta más y miré a Ana.

—¿Estás dormida?

—No, claro que no.

Nos levantamos y nos asomamos al borde del prado. A nuestros pies se extendían Las Alpujarras, bañadas en la luz de la luna. Había una bruma que se arremolinaba en los valles como un mar de leche, y los montes eran como unas oscuras islas, las Islas Afortunadas, al parecer. La escena estaba envuelta en un profundo silencio, hasta que un perro comenzó a ladrar en algún lugar de la inmensidad de la noche. Otra serie de perros respondieron a su llamada en la lejanía, y durante breves momentos los valles resonaron con sus ladridos; pero después el silencio volvió a invadir la noche.

Nos quedamos absortos sin pronunciar palabra, casi sin respirar por miedo a que se rompiera el hechizo. Entonces Ana se estremeció con un pequeño escalofrío.

—Dios mío, y pensar que vivimos ahí abajo, en ese lugar.

Lancé un gruñido. Cuando dos personas se han conocido durante mucho tiempo, a veces un gruñido es suficiente.

—Es increíble, un privilegio —continuó mientras nos arrebujábamos en nuestros sacos de dormir.

Volví a gruñir y cambié de postura el brazo con que le rodeaba el hombro, que se me estaba quedando dormido.

Los valles de Las Alpujarras se extendían inmediatamente por debajo de nosotros y, hacia el sur, elevándose oscura entre las neblinas, se alzaba la gran masa de la Contraviesa y de la Sierra de Lújar. Si levantábamos los ojos por encima de las sierras de la costa, veíamos la luz de la luna sobre el lejano Mediterráneo.

—Chris —susurró Ana.

Esperé unos momentos.

—Tú sabes que van a seguir adelante con la construcción de la presa en el valle, ¿verdad?

—Sí —respondí en la oscuridad—. Sí que lo sé.

Por primera vez desde que habíamos oído la noticia, de algún modo nos parecía soportable. Seguimos hablando hasta bien entrada la noche, liberados por decir lo que habíamos dejado sin decir, y descubrimos que habíamos llegado prácticamente a las mismas conclusiones. Queríamos quedarnos, incluso si el agua y los sedimentos fluviales se comían el cortijo, y Chloë también lo quería, que nosotros supiéramos. Pasara lo que pasase, primero intentaríamos adaptar a ello nuestras vidas. Ya habíamos echado raíces aquí, y levantar el campo y marcharnos no era la opción que había sido en otro tiempo.

Por otro lado, nos sentíamos en cierto modo responsables de quedarnos para vigilar lo que le sucedía a la tierra —no solo a nuestro propio cortijo, sino al valle y al panorama más amplio de Las Alpujarras—. Aunque hubiésemos perdido la batalla de la presa, podíamos aceptarlo y utilizar lo que habíamos aprendido para batallas futuras.

En cualquier caso, estuvimos de acuerdo en que no iba a pasar nada durante algún tiempo. Nada sucede deprisa en España.

Por muy bonito que sea, no se duerme demasiado bien enfundado en un saco de dormir en un prado de montaña. Nos dimos vuelta tras vuelta, revolviéndonos y tiritando mientras procurábamos que no nos deslumbrara la luz de la luna, pero fue solo al salir el sol cuando nos quedamos por fin dormidos. Y así permanecimos hasta que el astro estuvo lo suficientemente alto en el cielo como para empezar a calentar los sacos de dormir.

Salimos arrastrándonos de nuestros sacos, guiñando los ojos por la intensidad de la luz. Por todas partes a nuestro alrededor se habían abierto las gencianas, y la hierba estaba oculta bajo una nube de intensísimo azul. El cielo era de color azul claro, y allí estaban las oscuras rocas y la alfombra azul intenso del prado con su transparente lago en el centro. Nos parecía como si nos hubiésemos despertado en un mundo totalmente diferente.

Resultaba imposible decir nada; nos limitamos a quedarnos boquiabiertos. Nos hizo falta algún tiempo para acostumbrarnos al fenómeno pero después, poco a poco, bajamos de la nube y nos

desayunamos con cerezas y agua de manantial. Todo ese dolor, todo ese ascenso implacable y sudoroso habían merecido la pena para poder despertar una mañana de tu vida en un lugar como este. Ana estuvo de acuerdo conmigo.

Mientras estábamos sentados disfrutando del calor del día oímos un roce, un resbalar de rocas y por último el inconfundible tintineo del cencerro de una oveja. Uno de estos animales se deslizaba por la ladera pizarrosa de encima del prado y, al vernos, se detuvo, se agachó y se puso a hacer pis mientras nos miraba inexpresivamente. Se le unió otra oveja, que hizo exactamente lo mismo. Por alguna razón las ovejas siempre suelen hacer esto: cuando ven a una persona, se agachan y hacen pis; a menos, por supuesto, que se trate de carneros, en cuyo caso simplemente se quedan de pie y babea.

A este par de ovejas se le unió otra y luego otra, y pronto había todo un rebaño de varios centenares de ovejas bajando de las rocas a toda velocidad hacia el prado, balando y tintineando con docenas de cencerros. Se desplegaron por el valle, ocupándolo de un extremo al otro y, tras beber en el lago hasta saciarse, se pusieron a comerse las gencianas. Les llevó aproximadamente media hora, y cuando terminaron no quedaba ni una sola flor; el prado había vuelto a su verde habitual.

Ana y yo fuimos las últimas personas en ver las gencianas aquel año. Echamos a andar pendiente abajo mientras nos preguntábamos si acabábamos de ver demostrada alguna cuestión filosófica, aunque sin conseguir establecer de qué podía tratarse. Tal vez tuviera algo que ver con aprovechar el momento fugaz antes de que llegue algún condenado herbívoro y lo aproveche primero.

Nos hizo falta la mayor parte de un largo y caluroso día para regresar hasta Pampaneira y el coche. Exhaustos y silenciosos, fuimos bajando trabajosamente, sintiendo con cada sacudida un dolor intenso en los músculos de las rodillas y de los muslos. Al entrar en el valle, observamos una nube de polvo elevándose desde el cauce del río y oímos lo que nos pareció el estruendo de maquinaria pesada.

Cuando llegamos a nuestro puente tuvimos que esperar a que las ovejas de Domingo acabaran de cruzarlo. El propio Domingo estaba al otro lado,

contándolas según iban pasando.

—Hay una máquina en el valle —anunció—. Ahí abajo en El Granadino. Han *empezao* la presa.

Fauna de laguna

A la mañana siguiente nos encaminamos a El Granadino para ver por nosotros mismos lo que estaba haciendo la máquina en el cauce del río. Era un día de fuerte calor sin una brizna de aire, pero cerca del desfiladero siempre corre una brisa y, al aproximarnos a sus altas escarpaduras rojizas, sentimos un aire fresco en la cara. Trepamos por un montón de piedras. «¡Dios mío! ¡Mira eso!», exclamó Ana. Una enorme excavadora amarilla dormitaba bajo las paredes de roca. Junto a ella la superficie del acantilado había quedado desnuda, roída vorazmente por la máquina hasta quedar reducida a su esqueleto. Las mismas raíces de la montaña habían quedado limpias, como si fueran caries excavadas en una muela.

Nos quedamos mirando la espantosa escena en silencio; no había mucho que decir. Parecía tal intromisión, tal acto de violencia gratuita perpetrado en el tranquilo valle y en el cauce de su río, hasta entonces salpicado de rocas desparramadas sin orden. Había sido un lugar de perfecta tranquilidad. A veces veníamos aquí las tardes de verano para disfrutar de la brisa y sentarnos a mirar cómo las golondrinas y los murciélagos volaban casi a ras del agua, lanzándose de repente en picado para beber. Regresamos a paso lento río arriba, inmersos cada uno en nuestros propios pensamientos.

Al llegar al cortijo nos encontramos con Trev, ocupado en arrastrar mangueras de un lado para otro. Hacía tanto tiempo que no habíamos

trabajado en serio y de modo organizado en la piscina que tardé un poco en asimilar las implicaciones que este hecho tenía.

—Buenas, maestro —le dije, con bastante más jovialidad de la que sentía—. No me digas que realmente vas a llenar de agua esta piscina...

—No sé que otra cosa podría hacer con estas mangueras —respondió lacónicamente mientras encajaba el extremo de la manguera entre dos rocas junto al estanque de los peces.

—Bueno, será interesante ver si la piscina se llena de agua antes de que el valle se llene de sedimentos —dije con tono sombrío.

Trev me miró de cerca.

—No es típico de ti hablar de ese modo.

—No te extrañes de que lo haga. Ana y yo acabamos de ir a echar un vistazo a la obra de la presa. Ya no nos quedan muchas dudas de que vaya a seguir adelante.

—Chris, no puedes pensar seriamente que toda esa inmensa superficie del valle vaya a llenarse mientras tú vivas. Incluso para alcanzar el nivel del establo la cola tendría que llegar casi hasta Torvizcón.

Torvizcón es un pueblo que está por lo menos seis kilómetros río arriba.

—¿De veras lo crees? Porque eso es exactamente lo que creo yo, solo que me resulta difícil tomar en serio mis propias opiniones.

—Mira —dijo Trev sentándose a mi lado—. No tienes más que mirar el tamaño de los valles de esos ríos. He estado haciendo algunos cálculos en mi ordenador. Por supuesto, no significan nada: nadie puede dar unas cifras reales para este tipo de cosas. Pero calculo que el volumen de limo que haría falta para alcanzar este nivel donde estamos ahora sentados serían varios miles de millones de metros cúbicos. Las probabilidades de que pierdas siquiera los campos del río mientras vivas son bastante remotas. Realmente no deberías preocuparte, ¿sabes?

El dictamen de Trev no era nada nuevo. Ya llevaba meses diciendo más o menos lo mismo mientras yo no hacía más que preocuparme por la presa. Pero de alguna manera esta vez sus palabras tuvieron eco, ejerciendo un efecto tranquilizador que me cogió por sorpresa. Dirigí una sonrisa a Trev.

—Quizás tengas razón, no deberíamos preocuparnos —dije volviéndome hacia la piscina—. Así que realmente vamos a poder nadar en

ella por fin... Casi no puedo creerlo.

—Yo que tú no me entusiasmaría tanto...

—¿Por qué? ¿Cuándo estará llena?

—Pues, teniendo en cuenta su forma elíptica, el progresivo ensanchamiento de los escalones y el ángulo de inclinación entre la parte poco profunda y la profunda, y calculando un caudal lento de, digamos, once litros por minuto más algo de evaporación, debería llevar como nueve días. —Trev hizo una pausa para frotarse la nariz—. Eso, suponiendo que no utilices el agua para nada más.

Dirigimos la vista hacia el hilo de agua que poco a poco iba extendiéndose por el suelo alicatado de la ecosfera. Corría tan lentamente que resultaba difícil imaginar cómo iba a llegar hasta arriba alguna vez.

Tal como Manolo había señalado al principio, la gente que construye piscinas por estos lugares espera que estén listas para poderse bañar en ellas en un plazo de quince días. Pero no nuestra ecosfera (para nadar). Llevaba ya doce meses en construcción y ni siquiera estaba aún terminada. Trev todavía tenía que construir la noria, aunque por el momento había improvisado una bomba, mucho menos agradable desde el punto de vista estético y bastante menos eficiente.

Al igual que tantas otras veces desde que comenzó el disparatado proyecto, tanto Chloë como Ana se mostraron algo recelosas de mi entusiasmo. A medida que fueron pasando los meses y que aparecieron grandes huecos en el programa de trabajo mientras esperábamos a que nos llegara alguna pieza o material esencial, empezaron a sugerir que había tenido la imprudencia de dejarme subyugar por el arquitecto y sus maquinaciones. Luego habíamos recibido la noticia de la presa, y la piscina de ecosfera empezó a parecerme, incluyéndome a mí, una distracción frívola y costosa. Había semanas en que pasaba de largo por el lugar al parecer abandonado sin querer hacer frente a la idea de que todo ello podía ser un gran elefante blanco. Pero entonces reaparecía Trev y nos sentábamos al borde del agujero de hormigón con las piernas colgando mientras él me explicaba por centésima vez los cálculos de volumen y

fuerza de ascensión, y la exquisita complejidad de la forma en sí de la piscina. Yo mantenía una especie de fe en el proyecto y me consolaba con la sencilla belleza del estanque de filtrado, con sus peces, sus rocas y carrizos, sus nenúfares y libélulas negras aterciopeladas, sus zapateros de agua y renacuajos, y la delgada culebra que había decidido instalarse allí.

Cada mañana yo echaba una mirada furtiva a la piscina para ver si realmente el nivel del agua había subido o no. Parecía estar igual, aunque Trev, que andaba enredando por los alrededores con un nivel y un metro o una regla de cálculo, me aseguraba que todo se estaba desarrollando de acuerdo con sus cálculos. Y entonces una mañana, nueve días más tarde, ahí estaba el agua rebosando y derramándose por el borde, corriendo por los canalillos de piedra y cayendo en cascada entre las rocas al estanque de los peces —ante la consternación de estos últimos—. Trev la miraba pensativamente mientras se frotaba un lado de la nariz.

—¡Dios, Trev!... ¡Funciona! Mira, está llena de agua y funciona. ¡Es increíble!

—No —dijo Trev—. No está bien del todo; el agua corre por los canalillos demasiado deprisa para que los rayos ultravioletas sean totalmente eficaces en el proceso de purificación. Vamos a tener que subir los niveles una pizca.

—Vaya, eso es una lástima... a mí me parece que está bien así.

—Pues no, no lo está, pero servirá por el momento. Mañana me voy a Inglaterra. Lo arreglaré cuando vuelva.

—¿Cómo qué te vas a Inglaterra?

—Voy a hacer un curso.

—¿Qué tipo de curso?

—Desarrollo personal, en cierto sentido —dijo Trev con lo que me pareció un ligero aire de picardía.

—Entonces, ¿cuándo vuelves?

—Me voy por lo menos para un mes.

—¡Un mes! ¡Pero no puedes, todavía no has terminado la piscina!

—Estará bien así; os servirá para lo que queda de verano.

—Y si no funciona, ¿qué?

—Sí que funcionará. Sé que lo hará. He hecho los cálculos.

—¡Maldita sea, Trev, qué morro tienes, largándote sin más en mitad de un trabajo!

—Mira, aparte de todo, va a ser mucho más agradable para todos vosotros tener la piscina para vosotros solos durante el resto del verano, sin que esté yo rondando por ahí todo el tiempo. Además me tengo que ir mañana, o llegaré tarde al curso y no quiero perdérmelo...

—Está bien, pero ¿qué curso es ese?

Trev se puso a mirar fijamente la burbuja de su nivel.

—Sexo tántrico, con alojamiento para los participantes —dijo.

—Ajá, ahora comprendo —dijo consideradamente—. No, no puedes llegar tarde a él.

Así pues, Trev se marchó a disfrutar de los placeres prohibidos de Yorkshire, dejándonos de este modo libres para hacer el tonto en las cristalinas aguas de nuestra nueva poza.

—Mira —le dije a Ana—. Hasta se ve el fondo.

—Mmmm —dijo—. Es verdad.

Pero al día siguiente el fondo había desaparecido por completo.

—Ya no se ve nada el fondo —observó Chloë.

—Sí, ya lo sé, pero eso es natural y, además, yo creo que un matiz verde hace que el agua tenga un aspecto todavía más apetitoso, ¿no te parece?

Chloë y Ana no estaban del todo convencidas. Y al día siguiente, varios de los escalones inferiores habían seguido la misma suerte que el fondo.

—Creo que le da un aspecto como de charca de bosque que le va bastante bien —sugerí en respuesta a sus críticas.

Pero a lo largo de los días siguientes la charca de bosque se convirtió en una sopa clara de miso, que iba espesándose y haciéndose más verde a un ritmo alarmante. Para el final de la semana se había convertido en un caldo opaco de verde mefítico con una capa viscosa flotando en la superficie. Yo era el único que seguía nadando en ella.

—Venga, Chris, ¿cómo puedes nadar ahí? —es una asquerosidad.

—Admito que no tiene un aspecto muy apetitoso, pero a menos que me equivoque creo que hoy está ligerísimamente más limpia... Casi se ve el segundo escalón.

Durante toda la semana había tratado por todos los medios de ser positivo. La viscosidad parecía significar que el sistema había fallado aunque, por lo que yo veía, todos los distintos elementos funcionaban a la perfección. Hacía sol para propulsar las bombas eléctricas durante todas las largas horas del día, por lo que el agua seguía siendo elevada a la perfección hasta el filtro de arena, desde donde se filtraba a un ritmo adecuado para regresar al fondo de la piscina y crear allí su corriente circulatoria. A continuación se desbordaba por la parte de arriba, y el sol impregnaba con sus rayos ultravioletas las láminas de agua que corrían formando una capa fina por los canalillos de piedra. Desde allí caía al estanque de los peces en donde estos se zampaban ávidamente las algas y demás microorganismos adversos a la claridad del agua de nuestra piscina. Todo esto parecía funcionar... así pues, ¿qué era lo que fallaba?

La rabia estaba empezando a anidar en algún lugar de mi corazón. Todo este proyecto de la piscina era una cagada, un fallo; me habían embaucado y yo había hecho el primo. Aquí estábamos mi familia y yo, desconsolados junto al borde de una cubeta de agua de aspecto siniestro donde hasta el más pestilente de los hipopótamos dudaría en revolcarse, mientras el arquitecto de este asqueroso proyecto se encontraba en el norte de Inglaterra retozando con las huríes de Hull. Era absolutamente humillante. De pronto me sentí avergonzado por haber tenido tanta fe en su prognosis de la presa. Evidentemente ese hombre no tenía ni idea.

Decidí telefonar a Trev en aquel momento y ajustar cuentas con él allí mismo.

—¿Qué quieres decir con que «eso es lo que tiene que pasar»? —me sorprendí farfullando casi en cuanto contestó el teléfono.

—Pues eso precisamente. Que el agua pasa por esa fase...

—Mira, Trev, no soy un hombre poco razonable, pero realmente no creo que sea mucho pedir que...

—Cálmate y escucha... —insistió. Yo no esperaba que se mostrase tan sereno, y eso me desinfló un tanto—. Todo forma parte del orden natural de

las cosas, ¿comprendes? Hay que pasar por la fase de la mugre antes de que el agua se aclare. Yo sabía que iba a suceder eso. Y, hagas lo que hagas, no cambies el agua o tendrás que volver a empezar desde el principio, pero si la observas con atención, verás cómo se va aclarando. Llevará aproximadamente una semana.

—Ah... vale. Entonces, ¿cómo va el curso?

Una semana después de que colgara el teléfono, reapareció el fondo. Casi podían distinguirse las líneas de los azulejos y, no mucho más tarde, el agua recobró su claridad original. Los peces estaban gordos como bolas y los filamentos estaban asquerosos, pero el agua de la ecosfera estaba tan transparente como el aire —bueno, casi—. Yo estaba encantado y hasta telefoneé a Trev para decirle que estaba pasando lo que él había dicho. «Ya te lo dije», dijo. En realidad, no sé qué otra cosa esperaba que dijera.

Las bombas de agua zumbaban silenciosamente y el rastreador solar seguía la trayectoria del sol; los rayos del sol caían con fuerza sobre las piedras, masacrando las bacterias enemigas a millones. Los peces del estanque de filtrado se comían cualquier cosa que caía en su órbita. Eran carpas, que después averiguamos que son las cabras del mundo de los peces y que no eran buenas para nuestro ecosistema. Las carpas se lo comen todo —renacuajos, ranas jóvenes, zapateros de agua, libélulas— y, si pudieran, se comerían a las personas.

Habíamos comprado otras cinco carpas pequeñas para que hicieran compañía a las dos grandes originales, tranquilizados por el hombre de la tienda de los peces quien nos había dicho que estarían bien, puesto que los peces jamás comen ejemplares de su propia especie. Pero en el plazo de un día todas ellas habían sido devoradas por las carpas grandes. No nos engañemos: las carpas son unos bichos de cuidado.

Había algo más que no había entrado en nuestros cálculos acerca de la ecosfera, algo que tal vez deberíamos haber pensado desde el principio. La piscina era un paraíso para las ranas. En cierta medida la culpa era nuestra, pues habíamos ayudado a Chloë a introducir un cubo de renacuajos procedentes del lecho del río, pensando que estaría bien tener por ahí alguna

rana que otra. Pero cualesquiera que fuesen las sustancias nutritivas que había en el estanque, evidentemente eran las que más les gustan a las ranas y, al cabo de poco tiempo, la población había alcanzado masa crítica y se vio obligada a enviar patrullas de reconocimiento en busca de nuevas aguas que colonizar. Las que fueron en dirección suroeste tenían un largo viaje hasta alcanzar el río, y en cualquier caso el río es un entorno muy poco de fiar para las ranas; pero las que se dirigieron hacia el noreste pronto regresaron con la noticia de que a menos de cuatro buenos saltos de allí había una magnífica extensión de agua límpida, lista para la conquista.

Pues bien, no me importa nadar en una piscina acompañado de aproximadamente una docena de ranas —ya que casi ni las ves—, e incluso consideraría que veinte es un número aceptable, aunque tal vez yo esté en minoría sobre este punto. Sin embargo, al cabo de poco tiempo empezó a preocuparme la posibilidad de que nuestra piscina se convirtiera en una palpitante masa de ranas en perpetuo croar y copular. Suponía una perspectiva horrorosa pero ¿qué podíamos hacer? Era imposible utilizar algún producto químico que las ahuyentara porque precisamente el objetivo de la piscina era no necesitar productos químicos y ser ecológica (¡lo que sin lugar a dudas era!). Por otra parte, un disuasor químico para las ranas era poco probable que resultara beneficioso para los bañistas. Así pues, me vi obligado a dedicar muchas horas cada día a sacar ranas y renacuajos.

Por supuesto, la caza de ranas tiene su parte de diversión y es un asunto que requiere mucha habilidad. Las ranas se mueven con mucha rapidez y no les gusta ser recogidas con una red para, como era este el caso, ser devueltas a un repugnante estanque lateral. Y cuando lograba cogerlas y devolverlas a su parte de la piscina, no tardaban mucho tiempo en dar media vuelta y regresar directamente de un salto.

Necesitábamos asesoramiento, pero cuando le mencioné a Trev por teléfono mi preocupación, lanzó un suspiro de resignación como si yo fuese una especie de imbécil. «¡No puedes estar preocupado en serio porque haya unas cuantas ranas en el agua! ¡Con lo bonitas que son y la elegancia con que nadan! Por Dios, hombre, no estás en el Ritz, ¿no?». Y entonces pasó a asegurarme que las carpas se las arreglarían perfectamente para mantener a raya la población.

Ni que decir tiene que Chloë estaba entusiasmada con la piscina. Constituía un placer verla pasar largos días de verano jugando en el agua con sus amigas, entrando y saliendo del follaje a la carrera para tirarse a la piscina con las ranas. Una carcajada señalaba por lo general la llegada de Porca, que se posaba en su habitual atalaya natatoria en la cabeza de Ana para quedarse allí mientras esta se deslizaba cuidadosamente de un lado para otro.

No mucho después de que se llenara la piscina, me encontraba flotando un día en el agua contemplando el valle, cuando Ana se me acercó nadando cautelosamente con Porca. Bajo nosotros el río serpenteaba tranquilamente a una velocidad que haría que tardase un milenio en enterrar nuestra casa bajo sus sedimentos.

—¿Sabes? —le dije a Ana—. Creo que Trev quizás esté en lo cierto después de todo.

—Sí, es verdad que las cosas estarán mejor cuando tengamos funcionando la noria —contestó.

—No, me refería a lo que dijo sobre la presa y los niveles de agua en el cauce del río. Creo que realmente está en lo cierto, ¿sabes?, y no le va a pasar nada al cortijo... ni tampoco al valle.

Ana se encogió de hombros.

—El tiempo lo dirá —dijo, y se sumergió lentamente bajo el agua, obligando a Porca a abandonar la nave con un fuerte graznido y un torbellino de alas.

Desde las profundidades de la jungla del estanque surgió un fuerte croar de ranas que se elevó por la cálida atmósfera de la noche.

FIN



CHRIS STEWART (Faygate, Horsham Sussex, Reino Unido, 1951). Fue batería del grupo musical inglés *Genesis*. Había sido invitado al puesto de batería por Peter Gabriel que iba a la misma escuela que Stewart en 1967. La banda, al principio, estaba guiada por Jonathan King, que hacía las veces de mentor, manager y productor. Incluso fue el que les puso el nombre definitivo al grupo. La formación que lograría grabar el primer single estuvo compuesta por Peter Gabriel, Tony Banks, Anthony Phillips, Mike Rutherford y el propio Stewart.

Tras el segundo single Chris salió de la banda por petición de King y del resto de los miembros de la misma, que consideraban a Chris un batería deficiente. Peter Gabriel llegó a afirmar que Stewart «no era precisamente una máquina de seguir el ritmo».

Continuó con sus estudios. Su carrera en *Genesis* había sido una diversión y aprovechó la oportunidad.

Los siguientes veinte años los pasó tocando en el circo de *sir* Robert Fossett, esquilando ovejas en Suecia y trabajando en una granja de Sussex. Después viajó hasta China con el propósito de escribir una guía turística de viaje. También hizo un curso de aviación consiguiendo la licencia de piloto en Los Ángeles. Finalmente logró realizar su sueño, mudarse con su esposa Ana a un cortijo llamado «El Valero» en la ladera sur de Sierra Nevada, Granada, en España, donde residen actualmente junto con su hija Chlöe. En este lugar ha escrito su *best seller Entre limones*.

Esta obra fue publicada en el Reino Unido en 1999 con el título *Driving Over Lemons: An Optimist In Andalusia*, y también ha sido impresa en español. Es el relato de las experiencias del autor en España. Es divertido, dulce, extraño pero que deja un gusto indescriptible.

En las elecciones municipales españolas del 27 de mayo de 2007, Stewart se presentó a concejal en la lista de Los Verdes del municipio donde reside, Órgiva (Granada), en las que esta candidatura obtuvo un solo representante (201 votos o aproximadamente el 8% de los sufragios).

Su estilo desenfadado y divertido, acorde con su visión de sí mismo como «un optimista nato», le ha valido el reconocimiento de ser algo más que uno de los cientos de *hippies* de origen anglosajón que pueblan el citado municipio granadino.

Notas

[¹] En sueco en el original. En inglés existe la palabra *overnight*, de la misma raíz. (N. de la T.) <<

[2] Los ingleses utilizan *goodbye* solo como fórmula de despedida. (N. de la T.) <<

[3] Medida habitual de cerveza en el Reino Unido que equivale a 0,5683 l.
(N. de la T.) <<

[4] Personaje de *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, que habla con voces extrañas para confundir a los piratas mientras buscan el tesoro. (N. de la T.) <<

[5] Un personaje del cuento infantil de Kenneth Grahame *El viento en los sauces*, muy popular en el Reino Unido; Sapo es impulsivo y se apasiona por una serie sucesiva de actividades. (N. de la T.) <<